
El
SECRETO
de la
SEÑORA
AVIGNON
PABLO POVEDA

El secreto de la señora Avignon

Pablo Poveda



Pablo Poveda Books

Copyright © 2022 por Pablo Poveda
Portada: Pedro Tarancón
Corrección: Ana Vacarasu
ISBN: 9798828832170
Imprint: Independently published
Pablo Poveda Books
Todos los derechos reservados
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

Cita

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

Si te ha gustado...

Sobre el autor

Libros

Se necesitan dos para que haya un accidente.
—F. Scott Fitzgerald (El Gran Gatsby).
A ti, que me lees.

1

Lunes, 26 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

La llamada que cambia la vida es aquella que nunca se espera.

Sandra Castillo, jamás imaginó que esa mañana transformaría el destino de su carrera.

El teléfono sonó sobre el escritorio del inspector Abellán. Los ojos de la compañera se clavaron en el aparato. Aquella melodía provocó que los recuerdos se apoderaran de ella, llevándola al pasado.

«¡Ring, ring!»

Diez meses atrás, una mañana cualquiera. Dos víctimas y un suicidio.

«¡Ring, ring!»

Una tragedia evitable, una decisión mal tomada.

Antonio Pomares asesinó a su mujer y a su hija con un machete y después se quitó la vida saltando desde la azotea del edificio en el que vivía la familia.

La esposa se negaba a denunciarlo por miedo a las represalias, pero su hija acudió a la comisaría en busca de ayuda.

Esa mañana, la inspectora Castillo podría haber salvado las vidas de dos mujeres, pero las reglas impedían detener al futuro homicida.

«No tenemos pruebas, ni siquiera una acusación. Me gustaría decir lo contrario, pero no podemos hacer nada, a no ser que denuncies tú. Sin eso, tu padre podría cargar contra nosotros».

«Si lo hago, nos matará a las dos».

«¡Ring, ring!»

«Siempre hay algo que se puede hacer, Abellán... aunque nos saltemos el código», le insistía a su compañero.

Pero ella no podía ser cómplice de una irregularidad más. Semanas antes, había golpeado a un hombre en la calle, cuando este intentaba coaccionarla. Un puñetazo en la entrepierna del tipo

equivocado, un amigo del alcalde y del comisario. Debía ajustarse al reglamento, si quería preservar su puesto.

«Extirpa la emoción de tus acciones».

Y le prometió a la chica que buscaría la manera de culparlo, aunque tuviera que jugar al gato y al ratón.

Sin embargo, el envite no salió bien.

El maltratador intuyó su estrategia y abandonó las dependencias policiales en cuanto supo que no tenían nada contra él.

Dos horas más tarde, el teléfono de la oficina sonó y la llamada cambió para siempre su vida. La de las dos mujeres ya no se podía cambiar.

La joven tenía razón, pero ya no podía ayudarla.

Diez meses de culpa, diez meses cargando con una mala decisión que cambió el camino de sus días.

«¡Ring, ring!», volvió a sonar el teléfono de la mesa de Abellán.

La inspectora abandonó el trance y miró a su compañero.

—¿Lo vas a coger? —preguntó, molesta.

—¿Qué mosca te ha picado? —quiso saber él, confundido—. Ya voy...

Castillo desvió los ojos hacia la pantalla del ordenador, que seguía con el procesador de textos abierto y el documento en blanco.

Estaba siendo una mañana tranquila en la Comisaría Provincial de Alicante.

«Aplomo es lo que necesitas ahora», le decían a menudo.

«Hiciste lo correcto».

«Eres muy valiente por seguir trabajando».

Pero aquella llamada, diez meses atrás, fue el inicio de un efecto dominó que desestabilizó su vida. Primero, la responsabilidad por no haber evitado una tragedia. Después, el divorcio provocado por su inestabilidad emocional, que terminó en un episodio de infidelidad por parte del marido. Seis años de relación echados por la borda, convertidos en un resquemor que ella subsanó con whisky y sexo con desconocidos.

Como remate, el comisario la apartó de la unidad a la que pertenecía, asignándole casos de escasa relevancia.

«Todo pasa por algo, Sandra».

«Mejor ahora que más tarde, ¿no?»

Cada consejo, cada frase de apoyo, iban cargados de vacío.

«Os podéis ir al cuerno, todos».

—Sí, ya, entiendo... —comentaba el compañero al aparato—. Está bien, iremos para allá, si no nos queda otra...

El inspector Abellán colgó.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, al ver su expresión.

—El comisario Ojeda nos ha dado otro encargo...

—Lo dices con una emoción...

—Leonor Romero, noventa y cinco años.

—¿Asalto a la propiedad?

—Un cadáver —especificó, aún sentado en la silla giratoria, sin demasiado interés por levantarse—. Ha ocurrido hace menos de una hora... La mujer ha fallecido en su vivienda de Santa Pola. Un vecino ha llamado a Urgencias para auxiliarla... Primero han llegado los de SAMU, aunque no han logrado reanimarla... y después la Benemérita.

—Llama a los municipales y así estamos todos...

—Los hijos de la difunta quieren denunciar al vecino que ha dado el aviso —explicó y se encogió de hombros—. Ojeda ha pedido que nos encarguemos de ello y que abramos una investigación, si es que procede...

—Noventa y cinco años, Fernando.

El compañero suspiró, alargando el silencio. Luego se levantó de la silla y apagó el monitor del ordenador.

—Lo sé... —contestó, mordiéndose la lengua, y echó a andar—. Venga, en marcha... Nos vendrá bien el paseo.

2

Salió al exterior del edificio, por delante de su compañero y se detuvo frente a la ventanilla del asiento del Peugeot 307 de color gris que había aparcado en batería. En ella observó su rostro reflejado en el cristal por los cálidos rayos de sol que llenaban de luz aquella mañana casi primaveral, y se dio cuenta de lo poco que sonreía últimamente. La ausencia de descanso se manifestaba con dos sombras bajo los ojos que hundían sus párpados inferiores. Los mechones de la oscura melena le caían sobre la clavícula. Tenía el pelo tan negro como el cuero de la chaqueta que vestía y la piel tan blanca como la camiseta de manga corta que llevaba debajo.

Con unos vaqueros apretados, rotos por las rodillas, se miró de perfil en el cristal y se encontró más delgada de lo habitual, dejando a la vista la curva de sus pechos y los huesos de los hombros.

«No importa lo que veas, sabes que estás bien... Un poco disgustada con tu vida, contigo, y por cómo se ha ido todo a la mierda, de repente... pero no por ello te sientes infeliz».

—¿Piensas subir, o vas a quedarte ahí mirándote? —preguntó el compañero, abriendo la puerta y metiéndose en el coche.

—Al menos, estoy orgullosa de lo que veo —respondió y subió al vehículo.

Él arrancó el motor y encendió la radio. La mano de Castillo se agarró al dial.

—Tú conduces, yo elijo la música —comentó, dándole a entender que la discusión estaba zanjada.

Abellán no puso objeción, consciente de cómo se las gastaba la compañera. Desde la tragedia de esas mujeres, Castillo adoptó una actitud hostil frente al resto de agentes de la comisaría. Practicaba artes marciales desde hacía años y se habían convertido en un pilar necesario en su vida, pero nunca las utilizaba para calentar a otra persona.

No obstante, las secuelas permanecían presentes, sufría problemas para controlar las emociones, se dejaba llevar por la

presión y era propensa a discutir. Dada su negativa para asistir a terapia, el comisario le asignó tareas que no interfirieran con el resto de la brigada. El remedio fue peor que la enfermedad. Las horas de oficina se convirtieron en norma, haciendo las jornadas de lo más soporíferas. Abellán pagó la otra parte de los costes, asumiendo que, a su lado, el trabajo era banal y aburrido, aunque no parecía afectado. Ella no le reprochó el conformismo. En el fondo, muchos compañeros buscaban la estabilidad y la ausencia de riesgos a cambio de un salario fijo. A diferencia de otros, Abellán nunca intentó aprovecharse de su fragilidad emocional.

—¿Otra vez? —dijo, al ver el rótulo de la emisora de rock en la pantalla de la radio—. No sé cómo no te cansas de oír siempre lo mismo...

—¿Conoces el camino?

Él la miró y meneó la cabeza con movimientos cortos.

—Esta música sólo alimenta tu rabia.

—Dicen que lo que no te mata, te hace más molesto.

Castillo subió el volumen mientras se metían en la nacional que bordeaba la costa. Santa Pola era un pequeño municipio pesquero que se encontraba a unos veinte kilómetros de allí. Como otros pueblos del Levante, ese era el destino vacacional de muchos españoles —y también extranjeros—, que llenaban de vitalidad las calles durante dos meses y las dejaban vacías y sin vida el resto del año.

A esas horas de la mañana, el tráfico era casi inexistente en la carretera secundaria que unía la capital con el municipio alicantino. Cuando pasaron el túnel del aeropuerto y dejaron atrás Gran Alacant, un complejo de adosados en el que habitaban colonias de forasteros, avistaron la señal que avisaba de su destino. Tomaron la primera salida que conectaba una rotonda con las afueras del pueblo y siguieron las indicaciones de tráfico. A medida que se acercaban al mar, la ausencia de actividad se notaba cada vez más. Bordearon el estadio de fútbol del equipo local y se incorporaron al paseo principal de Gran Playa, una zona residencial pegada a la costa y llena de bloques de parcelas privadas con torres de apartamentos, todos con un aspecto similar.

—¿Has notado qué paz? —preguntó el compañero, refiriéndose a la paz que transmitía la playa y el sol picando sobre el mar—. Mucho mejor que la ciudad. Te vendría bien pasar una temporada aquí.

—No vuelvas a mencionar eso.

—Yo sólo te digo que...

—No aguantaría ni la primera semana.

—Todo es pensarlo, Sandra... —argumentó él, girando a la derecha y entrando en la calle que indicaba el navegador. Frente a la parcela privada vieron un vehículo de la Guardia Civil, aparcado y con un agente apoyado en él, comprobando varios documentos. Cuando Sandra Castillo bajó la ventanilla, oyó la acalorada discusión que procedía de la propiedad. La ambulancia había desaparecido y en el interior de la finca, dos jóvenes hablaban con el otro gendarme, bajo la mirada de otra pareja de individuos de más edad.

En ese momento tuvo un pequeño presentimiento que compartió en voz alta.

—¿Crees que ha sido cosa de Ojeda? —preguntó al compañero, antes de bajar del coche—. Ocuparnos de esto, ya sabes...

Abellán dio un profundo suspiro.

—¿Qué más da? Es trabajo fácil —contestó y apagó el motor—. En el peor de los casos, los mandamos a la comisaría.

—¿Y la vivienda?

—Habrá que avisar a la Científica.

—¿Para esto?

—Mira, no quiero entrar en la propiedad de una fallecida, eso es todo.

—No me fastidies... ¿Llamo a los Cazafantasmas?

Abellán la miró desdeñoso y se tragó las palabras.

Bajaron del sedán y se identificaron ante el guardia civil que había junto al coche. Este los saludó y se dirigieron al núcleo de la discusión.

—Ha muerto la madre de la pareja adulta —expuso el gendarme —, pero ninguno da una explicación lógica. El de gafas es el vecino de abajo.

—¿Y la chica?

—Una testigo que pasaba por aquí.

—Gracias —respondió Abellán, tomando el relevo.

Los policías entraron en la parcela del edificio y se identificaron, pero los ignoraron por completo.

—¡Silencio, por favor! —exclamó ella, entrando en escena—. Soy la inspectora Castillo y él es mi compañero, el inspector Abellán. A partir de aquí, nos hacemos cargo nosotros...

—Escuche, inspectora, aquí tienen al culpable —señaló el hombre vestido de traje—. Queremos poner una denuncia por intento de asesinato.

—Perfecto. ¿Quién es usted?

Era un varón alto, fofo, vestido de traje y con el pelo canoso. Supuso que estaría cerca de la jubilación y que habría tenido un pasado desastroso con las relaciones amorosas.

—El hijo de la víctima.

—Lo primero, modere el volumen. Supongo que tiene una razón para una acusación tan grave.

—Soy abogado.

—Estupendo, otro sabelotodo... —murmuró Castillo, sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo ha dicho?

—Que actuemos como personas civilizadas... ¿Le parece?

Los ojos se voltearon hacia el chico de gafas y cabello ondulado.

—Le juro que he intentado salvar su vida —comentó—. He sido yo quien ha llamado a Urgencias.

—¿Y usted es?

—El vecino... Esta gente debería estar agradecida...

—Lo estaría si hubieras salvado a mi madre.

De pronto, una mujer lo apartó de un manotazo.

—Escuche, inspectora —intervino la hermana—. Nuestra querida y difunta madre cambió el testamento hace cinco días, para poner en la herencia a este individuo, al cual no hemos visto en nuestra vida.

Los ojos de los policías se dirigieron al chico.

Protegido con la mano en la frente, este se encogió de hombros, avergonzado.

La joven que lo acompañaba guardaba silencio y movía en círculos la muñeca. Cuando la inspectora advirtió el gesto, la chica lo disimuló entrelazando los dedos.

—¿Es eso cierto?

—Es absurdo... Es la primera noticia que recibo —respondió. Por el acento, Castillo notó que no era de allí—. De verdad que no sé de lo que hablan estas personas...

—¡Entonces explica lo de la herencia, mamarracho!

Él la miró desconcertado.

—Yo no quiero nada, ¿lo entiende?

—Cállense un momento —ordenó Castillo y le hizo un gesto a su compañero—. Parece que tienen mucho que explicar y este no es el lugar, así que será mejor que lo resolvamos en la comisaría.

—¿Comisaría? —preguntó el de gafas.

—¿Algún problema?

—Ninguno, inspectora —respondieron los hijos de la difunta.

—Mi compañero les indicará cómo llegar.

Abellán los llevó hacia la salida de la propiedad y Castillo se acercó al muchacho.

—De verdad, agente —comentó, al verla de cerca—. ¿Es necesario todo esto?

—¿Cómo se llama?

—Fidel Duró.

—¿Vive aquí?

—No, exactamente. Estoy de vacaciones, o estaba... Escuche, se lo puedo explicar...

—No —contestó, tajante, y asintió con la cabeza. Por unos segundos, intentó buscar en aquellos ojos de color chocolate, que no parecían asustarse ante su presencia. Entonces sospechó que, tal vez, escondía algo tras ellos—. Guárdese lo que tenga que decir para su declaración, señor Duró.

—Esto es una pérdida de tiempo... —dijo y chasqueó la lengua—, y debo regresar a Madrid.

—Lo lamento, pero su viaje tendrá que esperar.

—Me matarán si no llego a tiempo a la reunión.

Fría como una losa de mármol, la inspectora aguardó unos segundos.

«Te equivocas, lo único que nos mata es la vida».

Después respondió con una sonrisa forzada.

—Si no ha hecho nada malo, no debe preocuparse —contestó y caminó hacia la salida—. Le espero en la comisaría, señor Duró.

3

Lunes, 19 de febrero de 2007.

Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Madrid, España.

Para encontrar nuestra propia voz, antes debemos aprender a observar y diferenciar las otras. Y ese era uno de los muchos problemas a los que se enfrentaba Fidel Duró, que se había convertido en escritor, a los treinta y casi de la noche al día, sin haber mirado más allá de su ombligo.

En la segunda planta del edificio Sabatini, Fidel acompañaba a su agente literario, Gerardo López, a la visita semanal del museo Reina Sofía.

El blanco de las paredes, los tonos grises y claros de las baldosas de mármol y los focos que iluminaban la enorme y rectangular obra de Picasso, se habían convertido en un entorno habitual para sus encuentros.

—De verdad que no lo entiendo —comentó el joven escritor frente al Guernica.

—¿El qué? —preguntó con voz grave el agente. López, un par de décadas mayor que el literato, llevaba una gorra de tweed, gafas de pasta y un abrigo de paño marrón. Por el rabillo del ojo observaba el desasosiego de la joven promesa—. ¿No entiendes que visite este cuadro cada semana? Es una obra maestra.

Duró no llevaba gorra, pero sí un abrigo de paño negro, viejo y maltratado.

—No, no me refiero a eso —contestó, obsesionado con los demonios que se apoderaban de él. Cogió un pañuelo de tela del bolsillo del pantalón y limpió las lentes de las gafas. Después, buscó en el interior del abrigo, sacó una nota de prensa arrugada y se la mostró a Gerardo.

Era su agente, pero también su editor, su consejero, el amigo que fingía escuchar cuando nadie lo atendía, el mentor que nunca buscó.

—¿Otra vez? —preguntó, mirando el titular. La nota no hablaba de Duró, sino de los peores libros del año anterior, entre los que figuraba el suyo—. La gente ya no se acuerda, Fidel.

—Como escritor, tengo debilidad por los finales felices. Incluso por los míos.

—En cambio, en las vidas de quienes participamos en este negocio, no existe tal cosa... No hay atardeceres dorados, la fama es efímera, el dinero no llega como te gustaría, los contratos se cumplen y las críticas sólo sirven para rellenar las páginas de los diarios.

—No sé por qué no puedes decirles que necesito más tiempo...

La voz del muchacho se perdía en el eco de la sala.

—Firmaste un contrato, Fidel. Se llama legalidad y les debes un libro nuevo —respondió—. Ve a casa, dile al mundo que estarás fuera durante unos días, enciende el ordenador y escribe algo hermoso. Aún tienes tiempo para ello. Unas páginas, lo que sea...

—Llevo un año sin escribir un párrafo.

—Llevas un año intentando replicar la misma historia, una y otra vez... Un año entero intentando sorprender a una chica que ni siquiera se acuerda de ti. ¿Cuándo vas a caer del burro? —preguntó y las palabras lo hirieron como punzadas en el hígado—. Esta profesión requiere tales cosas como paciencia, esfuerzo, bajas expectativas, un poco de suerte... y llevarte bien con quien apuesta por ti... Tú no estás considerando ninguna.

—Es difícil, con los cuatro mil euros que me dieron, de los que tú te quedaste un tajo... —contestó, desdeñoso—. ¿Cómo pretenden que escriba sin preocupaciones? El escritor que no come, no escribe...

El agente suspiró, sacó la mano del abrigo y lo agarró del pescuezo.

—¿Cuántas veces has visitado conmigo este cuadro?

—He perdido la cuenta.

—Picasso pasó años en la miseria cuando ya era un genio.

—¿Qué quieres que te diga? No todo el mundo quiere ser Picasso.

—Te equivocas —contestó—. El arte no se hace por dinero. Los cuadros como este son dignos de contemplar, de escuchar, de sentir... llámalo como quieras... tantas veces como sean necesarias. El cuadro no cambia, pero sí nosotros y por ende, el modo en el que lo observamos. Ese es el trabajo de un artista, Fidel. Ser capaz de transformar el espejo en el que las personas se sienten identificadas...

—Pero eso no tiene nada que ver con el adelanto...

—No —interrumpió, cortante—. ¿Acaso el Guernica fue el primer cuadro de Picasso? Ni hablar.

—No me puedes comparar...

—Escucha —dijo y lo miró a los ojos—, llevo muchos años en este negocio y puedo apreciar cuando alguien tiene talento... A ti no te falta, por eso te represento, pero te sobra soberbia, el talón de Aquiles de la mayoría de los que empezáis con un golpe de suerte. Céntrate, escribe el libro, recoge el dinero y firma el siguiente. Esto va así.

La impotencia de Duró tocó techo.

—¿Qué hay sobre aquello de que cada historia necesita su tiempo?

—Lo has tenido y lo has desaprovechado.

—No puedo hacerlo en dos semanas —dijo, sin alzar la voz, pero con el volumen suficiente—. Es complicado.

Gerardo López dio un largo respingo, miró a su alrededor y murmuró para sus adentros.

—Complicado será que no te ahogue con mis propias manos... Venga, vamos fuera. A ver si el café te despeja las ideas.

***

Era una mañana fría, aunque soleada, propia del invierno mesetario. Bordearon el lateral del Real Conservatorio de Música y caminaron por el empedrado de la calle de Santa Isabel, hasta que llegaron a un bar típico español. Duró ignoraba el malestar y la vergüenza que el agente había sentido en el museo. Era incapaz de mirar a otro lado que no fuera él. Los resultados de las ventas del último

trimestre habían sido un fracaso y eso era lo que más le escocía. También le dolía a su agente —aunque él no era su único cliente—, y eso ayudaba a dormir mejor por las noches.

No entendía que su primer libro, Delirio en Madrid, publicado por Editorial Hispano, una de las casas de más renombre del país, no hubiese superado las tres mil copias vendidas en su salida. Puede que la sociedad no estuviera preparada para su literatura, pensó en un primer momento, pero la realidad era muy distinta.

Duró jugó a ser Fitzgerald con *El Gran Gatsby*, pero su novela no pasaría a la posteridad. Los críticos literarios la definieron como un simulacro ramplón de literatura, infantil y sin estilo. Un fatuo intento de radiografiar la sociedad española contemporánea, sin acercarse ni a la sombra de Francisco Umbral. Por si fuera poco, el libro no tuvo el respaldo de ciertas figuras influyentes del ámbito cultural, que mostraron su desinterés desde el primer momento, debido al exceso de vanidad del escritor. Para rematar un lanzamiento desastroso, las novedades literarias de otros nombres con más fuerza apagaron la mecha de un debut que terminó como un intento fallido.

Lo peor de todo era que el escritor había puesto todo su arsenal en aquellas páginas, una historia nacida de las brasas de un amor de verano que no lograba superar, de una promesa que le hizo al mundo para ser escuchado y de un deseo ardiente por recibir el reconocimiento de quienes siempre lo ignoraron.

Ahora temía enfrentarse a la frase que más pánico le infundía.

«En ocasiones, se vuelve muy caro vivir de un sueño».

—Mira, Fidel, no le des más vueltas —comentó el agente, removiendo el azúcar del café, apoyado en la barra de madera—. Tómalo como algo positivo. Tienes una segunda oportunidad para demostrar tu valía.

—Me falta la chispa que prende el relato, Gerardo. Es lo que intento decirte todo este rato...

—Historias hay muchas, casi todas se repiten... Las ideas están sobrevaloradas —aclaró—. La clave no está en el cómo, ni en el qué... sino en el porqué. Aléjate de las distracciones, si es lo que necesitas, y lárgate unos días a una casa de la sierra, a una cabaña de madera en medio de La Mancha, o a un pueblecito de Asturias,

qué sé yo... Ve, escribe unos capítulos y envíamelos. Yo me encargaré del resto y ya veremos qué pasa... pero no quiero enemistades con los de Hispano.

—Suena bien, si tuviera dinero.

—Tienes lo único que realmente importa, tiempo... —dijo y notó al escritor desanimado—. No sé, muchacho... ¿No tenían tus padres un apartamento en la playa?

El agente arqueó una ceja y lo miró expectante.

—Sí.

—No creo que te pongan trabas por unos días.

Fidel dio un sorbo a la taza.

—Hace mucho que no voy por allí.

—Pues ya lo tienes... Ahora, a darle a la tecla y sin excusas.

—Sin excusas.

—Te llamaré en unos días, ¿de acuerdo?

Estaba atrapado en un callejón que terminaba en un foso plagado de cocodrilos. Romper el contrato y devolver el dinero adelantado, habría sido más fácil, si no hubiese sido porque no quedaba un céntimo de aquel préstamo. Él tampoco quería disputas, ni perder la confianza del agente. La idea de viajar a la costa no era la más seductora, pero después de todo, no tenía otro lugar al que ir para alejarse de la gran ciudad.

—Esperaré tu llamada.

Suspiró, terminó el café y caminó hacia su casa.

«A veces aciertas con la primera idea y eso define tu vida, quién eres... Y esperas que así sea para siempre y no porque temas cambiar, sino porque eres consciente de que no volverás a tener tanta suerte, ni una idea tan buena como la primera».

4

Lunes, 19 de febrero de 2007.

Hospital privado IMED Valencia.

Burjassot, Valencia, España.

Un rayo de sol atravesaba la ventana de la aséptica habitación y calentaba su piel. El silencio del cuarto sólo era interrumpido por el leve ruido que generaba la máquina de respiración asistida. Arrodillado junto a la cama, sus manos agarraban con firmeza los dedos inertes de su esposa, que permanecía tumbada, con los ojos cerrados, cubierta por una manta y rodeada de cables. Intentó hacer un esfuerzo por reprimir las lágrimas que salían de sus ojos. No quería que ella lo viera así, aunque estuviera dormida. Debía ser fuerte o, al menos, aparentarlo. Lo último que Marina necesitaba era sentirse reflejada en la pena que expresaba el rostro de su marido. Saldrás de esta, ya lo creo, se dijo una vez más, acariciando su piel con ternura. Algo en su interior le indicaba que, más pronto que tarde, dejaría de hacer aquel gesto. Sin embargo, en su corazón brotaba la esperanza de que Marina se levantara de nuevo y de que sus vidas recuperaran la normalidad que tanto echaba de menos. Si la perdía, lo perdía todo. Ella era lo único que sujetaba su vida. No pudieron tener hijos, pero aceptaron la realidad y continuaron juntos el camino de la vida, a pesar de los baches que esta intentara ponerles. Estaban unidos y así permanecerían, le decía ella cuando se sentía desanimado. Marina era la parte optimista de la pareja y no había duda para él. Le ayudó a superar el alcoholismo en el que cayó cuando lo invitaron a dejar su puesto como inspector de la Policía Nacional en Valencia. ¿La razón? Una caza de brujas para airear la Brigada de Homicidios a la que pertenecía. Otros compañeros tuvieron más suerte y solicitaron el traslado, pero a él, nadie lo echaría de menos, a pesar de los veinte años de carrera que había ejercido en el Cuerpo. La noticia lo demolió y el problema con la bebida se llevó la oportunidad de elegir otro destino. A menudo se preguntaba qué había hecho para merecer algo así. Por desgracia, el

golpe laboral no llegó solo. Marina contrajo una de esas enfermedades desconocidas que se apropió de su sistema inmunológico en cuestión de meses. Primero fueron las incesantes jaquecas y los mareos continuos. Después llegaron las hemorragias internas, los vómitos y, por último, el ingreso en una clínica que les arrebataría la esperanza y los ahorros. Sin un diagnóstico claro, los médicos le hablaron de un tratamiento experimental, probado con éxito en algunos pacientes con síntomas similares en el extranjero. Una medicación que no se podía permitir con la pensión que le había quedado. Montaner, reacio a rendirse, aceptó los términos sin pensar en las consecuencias. Pidió un crédito bancario, llamó a antiguos colegas del trabajo y ofreció sus servicios como detective privado para cubrir los costes. Las semanas pasaron y Marina no parecía mejorar.

—Siempre hay un ángel velando por las buenas personas, Roberto —dijo ella, frágil y con un hilo de voz, un día en el que aún estaba consciente—. Y tú eres una de ellas.

—Es difícil diferenciar entre las buenas personas y las que sólo piensan en su interés, Marina.

Entonces, la suerte tocó a su puerta.

La red de contactos y la llamada de auxilio surtieron efecto.

Un marchante de arte del País Vasco llegó a él con una propuesta. Al principio, parecía sencilla y calculó que no supondría un embrollo. No quería involucrarse demasiado, mientras ella siguiera en el hospital.

Don Alfredo Quintana, que era como se llamaba el donostiarra, le encargó dar con el paradero de una mujer que residía en la Comunidad Valenciana y que, según sus informadores, guardaba algo de considerable valor. Por desgracia, el vasco se limitó a darle un nombre y dos apellidos, sin profundizar en los detalles. Los honorarios eran generosos y eso era lo que primaba en el asunto. Con el dinero que le ofrecía, podría saldar sus compromisos con el banco y pagar los próximos seis meses del tratamiento médico.

Aceptó sin dudarlo. Conocía a los comisarios y a los inspectores de las comisarías con más influencia de la Comunidad.

En cuanto a Marina, jamás le contó la verdad sobre la procedencia del dinero ni qué hacía para conseguirlo, prefirió decirle que cubría el puesto de encargado de vigilancia de seguridad en unos laboratorios de Valencia.

—Pagan bien y nunca pasa nada —explicaba.

Ella lo miraba con recelo, pero prefería no hacer preguntas al respecto.

—Es mucho dinero, Roberto. No quiero que te metas en líos.

—Tranquila, no lo haré. Lo único que importa eres tú.

Una semana más tarde, Montero localizó a Leonor Romero en la provincia de Alicante. Saldó varios favores pendientes y estudió su expediente sin demasiada sorpresa. No había mucho sobre ella, ni encajaba con el perfil adinerado que solían tener los coleccionistas de arte, pero esa parte no era de su incumbencia. Romero había vivido la mitad de su vida allí, era viuda, con dos hijos adultos, y su patrimonio no era gran cosa. Envió el informe y la documentación a una dirección de correo electrónico y esperó a que el cliente cumpliera con su transferencia. Y así ocurrió. El día que recibió el ingreso en la cuenta bancaria, suspiró plácidamente y no volvió a saber más de aquel tipo.

Esa mañana de invierno, Marina descansaba en un sueño profundo que se había alargado más de veinticuatro horas. Él le acariciaba la mano, a la espera de que el tacto provocara una reacción en su cuerpo, pero no obraba el milagro. No quería oír el diagnóstico de los médicos, pues lo más probable era que le comunicaran que había entrado en coma.

La puerta se abrió lentamente y el doctor lo encontró de rodillas.

—Señor Montaner, ¿podemos hablar un minuto?

—No me escondo ante ella.

El facultativo observó a la mujer en la cama y negó con la cabeza.

—Por favor, acompáñeme al pasillo.

—Se lo digo en serio.

—Y yo a usted.

Carraspeó, se peinó el bigote canoso y tieso, soltó la mano de la mujer y se puso en pie.

—Regresaré enseguida, Marina.

***

Siguió los pasos del médico por el inmaculado y moderno pasillo de la planta, hasta una máquina expendedora de alimentos. El doctor García, el especialista que monitorizaba el tratamiento de su esposa, no parecía traer buenas noticias con él. En sus años de policía, Montaner había interrogado a todo tipo de personas. Detectaba los embustes a leguas, cuándo alguien mentía y cuándo estaba a punto de confesar lo que su interlocutor no quería oír. El médico encajaba en el último caso.

—No se ande con rodeos. No hay que ser un genio para saber que mi mujer se muere.

—Verá, señor Montaner...

—¿Está sordo?

El médico chasqueó la lengua.

—La segunda fase del tratamiento no ha funcionado como esperábamos. Marina tiene los sistemas de defensa muy bajos y no ha habido ningún progreso en las últimas cuarenta y ocho horas, de ahí que...

—No lo diga en alto, puede oírnos... —respondió, mordiéndose la lengua—. No estoy dispuesto a aceptar una disculpa. Les he pagado un dineral para que la mantengan con vida.

—Cálmese, por favor. No todo está perdido.

—Ah, ¿no?

—Sin embargo, no es fácil decirle esto... —respondió y tragó saliva, sin desviar la mirada del hombre que aguantaba la respiración para no derrumbarse en el pasillo—. Existe otro tratamiento, uno complementario, algo diferente al que le estamos administrando, que podría funcionar en esta situación. Las probabilidades de éxito son altas.

—¿Cómo de altas?

—Un cincuenta, aunque no puedo darle un porcentaje seguro, pues la enfermedad es desconocida.

—¿Pretende venderme más esperanza, hasta que me quede sin blanca y sin esposa?

—Existe la posibilidad de salvarla.

—¿Y cuánto me costará esta vez?

La cifra sobrepasaba lo estimado. La cantidad que mencionó el médico lo abrumó. ¿De dónde iba a sacar tal dineral en tan poco tiempo? Se sentía estafado.

—Es insultante. Tuve que pedir un préstamo para el primer tratamiento y aún lo estoy pagando.

—Intento ser lo más franco posible con usted.

—¿Por qué no lo hizo al revés? —preguntó, pero el doctor no tenía una respuesta—. Necesito unos días para pensarlo.

—El problema es que desconocemos el tiempo del que disponemos —explicó—. Su esposa puede permanecer con vida algunos días más, quién sabe si podría mejorar, pero todo es incertidumbre en este momento...

Montaner se echó las manos a la cara y se frotó los ojos. El cansancio, la mala alimentación y el desasosiego lo abatían lentamente.

—¡Oh, Dios!

El doctor le puso una mano en el hombro, a modo de apoyo, pero él se la quitó de encima.

—Regrese a casa, descanse, recupérese y reflexione. Sé que es una situación delicada y una decisión difícil, pero es todo lo que puedo decirle hasta ahora... Lo que usted determine, será lo mejor para ella y lo que hagamos.

—¿Sabe, doctor? Lo peor de todo es que, hasta el momento, tengo la impresión de que no han hecho nada

5

Se despidió de su esposa, tomó el consejo que el médico le había dado y abandonó el hospital con un profundo sentimiento de impotencia en el corazón. La cifra del tratamiento era impensable. Los milagros sucedían una vez, pero no dos, pensó. Había agotado sus contactos, el banco no le haría un segundo préstamo y no tenía la menor idea de dónde sacaría tal cantidad en un margen de tiempo tan estrecho. No quería darse por vencido, pero las inseguridades comenzaban a apoderarse de su cabeza. No podía perderla porque, de hacerlo, acabaría perdiéndose a sí mismo.

Salió por la puerta principal y caminó hacia el aparcamiento del hospital, en donde tenía el Volkswagen Passat que había comprado siete años antes. Un sedán familiar para la familia que no tuvo. Buscó en los bolsillos interiores de su cazadora de piel marrón y sacó un paquete de Ducados para encenderse un cigarrillo. Lo había dejado antes de que su esposa ingresara en el hospital, pero la presión lo superó. Para él, fumar era diferente a beber y si tenía que elegir, prefería quedarse como estaba.

Con la primera calada, se fijó en dos hombres corpulentos que esperaban en el coche que había junto al suyo. A medida que avanzó en dirección al vehículo, los tipos lo identificaron en la distancia.

«¿Qué carajo?»

—¿Roberto Montaner? —preguntó uno de ellos. Altos y corpulentos, vestían abrigos largos, de color oscuro y llevaban zapatos limpios y brillantes, como los porteros de una discoteca de lujo. Algo le olió mal. No estaba acostumbrado a las visitas y menos a las de individuos así.

—Se han equivocado —respondió, pasando por delante de ellos. Entonces, uno de los hombres lo abordó antes de pulsar el mando a distancia—. ¿No habla mi idioma?

Estudió la reacción del individuo. Tenía la mirada oscura, el cabello corto y una herida mal cicatrizada en la barbilla, que le

duraría de por la vida. El hombre se relamió los labios y sonrió con cara de pocos amigos. Del bolsillo del abrigo sacó un teléfono móvil de carcasa y se lo ofreció.

—Aguarde un minuto... Hay alguien que quiere hablar con usted.

—¿Y si no quiero hablar con nadie? —preguntó, notando la presencia del segundo desconocido en su espalda.

—Es por su bien —dijo el otro, echándole el aliento en la nunca.

Montaner agarró el aparato y notó cómo vibraba en su mano.

—¿Sí? —preguntó al abrirlo.

Enseguida reconoció el carraspeo de la voz del interlocutor.

—Roberto Montaner, lamento haberlo contactado de esta manera, pero el tiempo corre para los dos...

—Podría haberme llamado directamente, señor Quintana, y ahorrarse la escena.

—No será porque no lo he intentado, pero hace días que no responde a las llamadas de su número habitual —confesó el marchante donostiarra con razón. El expolicía había cambiado de teléfono para que no volviera a contactar con él—. Espero que mis hombres no hayan sido muy insistentes.

—Lo justo —dijo y los miró de reojo—. ¿Qué quiere ahora?

En un primer momento, temió que le pidiera la devolución del dinero.

—Lo primero, agradecerle la eficiencia de su servicio.

Las palabras lo tranquilizaron.

—Ambos cumplimos con nuestra parte.

—Sí, aunque no ha sido suficiente —respondió y esperó unos segundos. El silencio se hizo eterno—. Me gustaría que hiciera algo más por mí.

—Lo siento, señor Quintana, pero es un mal momento. Ahora mismo, me atañen otras preocupaciones.

—Lo sé —contestó, provocándole un escalofrío—. Su mujer corre el riesgo de perder la vida si no recibe un nuevo tratamiento... y usted no tiene la solvencia necesaria para afrontar los costes, pero yo sí.

—¿Me ha investigado?

—No ha sido preciso.

—¿Por qué cree que aceptaría?

—Lo que le voy a proponer, no le costará más que a mí el tratamiento de su esposa. Prometo pagarle hasta el último céntimo de la medicación, siempre y cuando cumpla con su parte.

—Está acostumbrado a que le den la razón, ¿verdad?

—Le ofrezco una solución a su problema. Para mí, esto es tan importante como para usted la vida de Marina.

Pensó en colgar el teléfono, meterse en el coche y salir de allí. Puede que fuera la esperanza, o tal vez la desesperación, pero algo en su interior lo mantuvo al aparato.

—Le escucho...

Los hombres se alejaron unos metros.

—¿Recuerda la mujer que le encargué encontrar?

—Sí, claro. Leonor Romero. Tengo buena memoria.

—Bien, pues necesito que la visite y le pida algo de mi parte.

—Ya sabe dónde vive, ¿no pueden hacerla sus gorilas?

—No sea tan insolente... —dijo y prosiguió—. Usted ha sido policía. Ella no es una mujer fácil.

—¿De qué va todo esto? Es una anciana.

—No pregunte y haga lo que le digo. Como dice, es una mujer de avanzada edad, pero no se deje engañar por las apariencias... Esa señora no va a ceder con facilidad.

—Se ha equivocado de persona, no soy un extorsionador.

—No he dicho tal cosa, pues no servirá de nada —aclaró—, pero aquí entra su magnífica experiencia... Visítela y obtenga la llave.

—La llave... ¿de qué?

—Ella sabrá a lo que se refiere... Cuando la tenga, contacte con mis hombres.

—No me gusta lo que insinúa.

—Y procure ser limpio, ya sabe a lo que me refiero.

—¿Por qué ella?

—Montero, piense en su esposa... El tiempo corre para los dos.

Y así hizo, olvidando la cara amarga del asunto.

—Sea claro conmigo, ¿qué es lo que debo hacer?

—Ya se lo he dicho... Visítela, consiga la llave... y haga desaparecer a la señora.

6

Miércoles, 21 de febrero de 2007.

Lavapiés, Madrid.

Con la maleta abierta sobre el colchón, encontró un contrato arrugado en una caja de cartón.

—Cuatro mil euros... —murmuró, nostálgico, en voz alta—. El precio de un sueño a medio cumplir.

No le iban a dar mucho más por el siguiente libro, pero Fidel esperaba que la huida solucionara sus problemas. La mayoría de los artistas abrazaban esta excusa cuando debían enfrentarse al mito de la página en blanco, el bloqueo del escritor, la falta de inspiración. Hollywood había contribuido en exceso por construir tal falacia. El escape como receta a los conflictos, la excusa perfecta para alejarse de una situación que seguía presente. Así que la única manera de encontrar la gran idea era marchándose a otra parte, huyendo de Madrid, del ruido y, sobre todo, del entretenimiento. Porque eso era la capital, un ocio permanente.

Tomó el consejo que su editor le había dado, intentando convencerse de que no era tan mala idea. Sin conexión a Internet, sin distracciones y después de un largo trayecto, escribiría los primeros capítulos que tanto demandaban los dueños de la editorial. Se prometió que los tendría antes de plazo legal y después, una vez que recibiera la opinión de los editores, decidiría cuál sería el siguiente paso.

«En el amor y en la pasión de nada sirve ser realista».

Se despidió por unos días de la minúscula buhardilla de doce metros cuadrados en el corazón del barrio de Lavapiés. Un quinto piso sin ascensor ni encanto, luminoso, pero con un tejado inclinado que devoraba la mitad del espacio, haciéndolo más incómodo de lo que ya era. Fidel no necesitaba mucho más para vivir en paz, ni podía permitirse algo mejor. Y allí escribió el libro que lanzaría su carrera profesional.

En la maleta metió la ropa necesaria, el ordenador portátil, una bolsa de aseo, un cuaderno de notas de tapa dura y un viejo número del Paris Review. Después revisó la habitación, cerciorándose de que lo llevaba todo, salió del apartamento con la maleta y pensó que no echaría de menos las cinco alturas del edificio.

Antes de pasar el cerrojo de la puerta, se prometió que regresaría con una historia.

De lo contrario, su sueño terminaría para siempre.

***

Con las gafas de sol puestas, subió al vehículo, sintonizó la emisora de Radio 3 y arrancó el motor del Renault 11 de color gris. Una leyenda de la automoción que había heredado de su padre, antes de que terminara en un desguace.

Tenía unas cuatro horas por delante, siempre y cuando no existieran contratiempos. Santa Pola quedaba lejos en el mapa, pero también en su memoria. El pueblo alicantino había sido el destino vacacional familiar durante años, hasta que optó por pasar los calurosos veranos en la ciudad, a solas. Después de su ruptura con Laura Marco, su sueño de verano, el interés por aquel lugar se redujo a cero. En su memoria guardaba algunos recuerdos de la infancia y de la adolescencia, unos mejores que otros, pero la mayoría de ellos aburridos, aunque agradables. En esta ocasión, ya no le importaba Laura, a pesar de que aún se ponía nervioso al pensar en ella. Después de tantos años, imaginó que habría formado una familia.

«Es eso lo que hacen los adultos, ¿no? Encontrar respuestas donde fueron felices».

Antes de tomar la salida que lo llevaba a la autovía, el teléfono móvil vibró. Era un mensaje de texto de su editor.

«He hablado con los de la editorial. Están deseosos de leer lo nuevo. No me decepciones».

Cerró la pantalla, subió el volumen de la música y se metió en el túnel de la M-30.

7

Tras dos horas de viaje tranquilo, se desvió de la carretera para hacer un alto en La Roda, poco antes de llegar a Albacete. Por la salida vislumbró la explanada que llevaba al área de servicio y a un enorme establecimiento de ladrillo del que colgaban letras luminosas que decían: RESTAURANTE JUANITO. El aparcamiento estaba lleno y recordó haber pasado por allí antes, muchos años atrás.

Bajó del coche, entró en el bar y oyó el bullicio de las máquinas de café, de las conversaciones entre familiares. También le llegó el olor a la magra de cerdo recién hecha y bañada en salsa de tomate, a la fritura de los torreznos y a la de los calamares que humeaban en la freidora. Pidió un pincho de tortilla de patatas y un café en la barra y atendió a la televisión, en la que hablaban del buen tiempo que haría en la zona del Levante.

«Por lo menos, un poco el sol», se dijo, sorbiendo el café torrefacto y observando a la gente comprando cajas de miguelitos. Entonces recordó las veces que sus padres regresaban a Madrid, cada año a primeros de septiembre, con dulces de hojaldre y crema.

A las doce y media del mediodía, estaba ya cerca de la costa y el sol picaba en la tapicería del sedán francés. A lo lejos veía el mar y los aviones que despegaban sobre un paraje árido y lleno de palmeras. Le pareció fascinante el color de la geografía, ese amarillo seco y cálido como un oasis de cartón. Se limitó a seguir las señales de tráfico y tras subir una larga cuesta, tomó el desvío que lo llevaba a Santa Pola. El paso del tiempo no había cambiado la esencia del lugar. Los bares a pie de playa seguían ocupando el mismo sitio, aunque ahora, tal vez llevaran otros nombres. Se alegró cuando vio el mar tan cerca y pensó que no se marcharía sin mojarse los pies en su agua. Avanzó por Gran Playa, fijándose en la mayoría de los edificios de apartamentos, casi todos de tres alturas, con toldos del mismo color y delimitados por un muro.

Los recuerdos afloraron en su cabeza, reconociendo el banco de madera en el que se dio el primer beso con Laura y donde también

se dijeron adiós.

«Todo el mundo tiene una opinión sobre lo que tardamos en recuperarnos de una ruptura».

Después giró por una calle desierta y se detuvo frente a una parcela con el muro de granito. El edificio estaba vacío, a excepción de una vivienda de la última planta. El resto de los bloques de apartamentos permanecían igual y le encantó que así fuera. Para él, la calle siempre había estado llena de vida, de ruido, de alegría, pero no quedaba nada de aquello y no podía concebir un ambiente más apropiado para escribir su novela.

Cuando bajó del coche, se dejó abrazar por el ruido de las olas al romper en la orilla y el canto de las gaviotas.

Cogió la pequeña maleta de viaje, cruzó la entrada de la finca y sacó un manojo de llaves con el que abrió la puerta del edificio. El olor a humedad caló en sus huesos. Subió las escaleras hasta la segunda planta y abrió la puerta del apartamento.

La vivienda tenía tres dormitorios, un baño y un largo pasillo que conectaba la cocina con el salón y la terraza. Se adentró en la vivienda, echando un vistazo a las habitaciones y comprobó que todo seguía como recordaba. Dejó la maleta en la puerta del dormitorio más pequeño, activó la electricidad, abrió la llave de paso del agua y subió las persianas del salón para que entrara la luz por las ventanas y por el balcón.

La fuerte claridad del mediodía se coló por cada hueco, alumbrando con fuerza el interior de las habitaciones. Entonces recordó el consejo de sus padres, quienes le advirtieron de que el calor, de día, era una ilusión, ya que las casas no estaban preparadas para el invierno. Como solución, encontró un pequeño radiador de aceite en uno de los armarios y, al verlo, se preguntó si funcionaría.

Una vez que descargó el equipaje, pensó en buscar un supermercado para llenar la nevera, y fue entonces cuando se encontró con ella.

A la altura de la primera planta, sintió unos pasos lentos y pesados que subían los peldaños. Miró por el hueco de la escalera y la sorprendió desde arriba. Una anciana canosa, con la mirada azul y

una notable fragilidad en sus brazos, sujetaba dos bolsas de plástico llenas de alimentos.

—Buenos días... —dijo él, sorprendiéndola—. ¿Le echo una mano?

La mujer lo observó con detenimiento, sin responder, y sonrió con dulzura, cuando lo reconoció. Entonces aceptó la ayuda.

—Muchacho, te has hecho tan mayor... que casi no te reconozco —respondió, con voz suave y temblorosa.

Confundido, agarró las bolsas.

—Perdone, pero...

—No te acuerdas, ¿verdad? No he cambiado tanto... A la última planta, por favor.

—Claro... —respondió, extrañado por el comentario de la mujer, y subió las escaleras de piedra—. ¿Cómo puede cargar con esto?

—¿Y qué esperas que haga? Los vecinos se niegan a instalar un ascensor...

—¿Vive aquí?

—Todo el año... y desde hace mucho tiempo.

Cuando ella llegó, él se apartó a un lado y calculó que la anciana tendría unos noventa años. Ella abrió el monedero, sacó una llave y la introdujo en la cerradura. Con el rabillo del ojo, lo observaba pensativa.

—¿Qué te trae por aquí? —quiso saber, girando el picaporte—. Han pasado más de diez años desde la última vez que te vi. Eras un adolescente...

—Más o menos —contestó, sin detallar.

—¿Vacaciones?

—Más bien, unos días de desconexión.

—Bueno... Al menos, no estaré tan sola en este castillo —comentó cuando la puerta se abrió. Ella entró y cruzó el pasillo. Fidel se quedó parado, sin saber muy bien cómo proceder—. Pasa, pasa, no te quedes ahí... Las bolsas no van a venir solas.

El apartamento tenía una distribución como la del suyo, a diferencia que allí se respiraba a hogar y a caldo de pollo. Con disimulo, giró la vista hacia un enorme cuadro al óleo que ocupaba la pared, y en el que aparecían unas mujeres.

—¿Te gusta?

—Es hermoso.

—Me ha llevado años terminarlo... —dijo y miró al muchacho.

—¿Lo ha pintado usted?

—Es una larga historia... ¿Por qué no me ayudas a poner todo esto en la nevera?

8

Miércoles, 21 de febrero de 2007.

Estación de trenes de Alicante.

Alicante, España

La primera parte del pago se efectuó a las veinticuatro horas de aceptar la oferta de Quintana. El detective estaba entre la espada y la pared. Era eso o la fatalidad del destino. Le dolía en el corazón abandonar a su mujer, después de saber que esos matones la estarían vigilando, pero no le quedó más opción que comunicar al hospital su ausencia por unos días.

«Diez días, Montaner».

El encargo no parecía complicado, si no fuera porque incluía la muerte de una persona. Se preguntó por qué lo habría elegido a él, por qué a un expolicía. Con la mente fría y el corazón en un puño, decidió no darle más vueltas.

«Esto solucionará tus problemas, Roberto».

Debía salir para Alicante. Allí se reuniría con un viejo amigo del Cuerpo, con el que había compartido años en Valencia y que ahora ejercía de comisario. Ojeda, como el resto de la Brigada, no tuvo más remedio que pedir el traslado a otra ciudad. De algún modo, pensó que su excompañero se alegraría de verlo.

***

El tren procedente de Valencia llegaba al andén de la estación de Alicante a las diez de la mañana. Viajaba solo y en un vagón tranquilo, pero las condiciones no ayudaron a que conciliara el sueño. Pese al cansancio, hacía horas que el desasosiego se había apoderado de su cabeza y de su cuerpo.

Prefirió el ferrocarril al coche. Ante todo, debía dejar el menor registro de su paso por la ciudad. Estudió dónde se hospedaría. Contaba con dinero suficiente para gastos, pero los hoteles tenían cámaras de seguridad y registros legales, así que optó por localizar

una pensión que estuviera cerca del centro. Después, buscaría un medio de transporte con el que desplazarse.

Con una hoja de ruta marcada en la mente, antes de iniciar los primeros trámites, decidió visitar a su viejo amigo para ahorrar tiempo. Con lo que Ojeda le proporcionara, entablaría contacto con su red más íntima, un conjunto de expolicías retirados que se dedicaban al tráfico de información sensible previo pago.

En cuanto las puertas se abrieron, agarró la bolsa de equipaje, salió del vagón y cruzó la estación de trenes. Después tomó el primer taxi que encontró en la calle y le pidió que lo llevara hasta la Comisaría Provincial. El taxista puso el contador en marcha, bajó una avenida que moría cerca del mar y giró por varias calles hasta dejarlo en la puerta de un enorme edificio.

—Aquí es, señor.

—Gracias —le dijo, abonando una generosa propina—. Que tenga un buen día.

Se apeó del vehículo y echó un vistazo a la puerta principal del edificio. Sintió un ligero anhelo de otra época que no reviviría. Había pasado una larga temporada desde su última visita a una comisaría.

Respiró hondo, carraspeó y subió los escalones.

Su presencia despertó el interés de los agentes uniformados que custodiaban la entrada del edificio.

—¡Buenos días! ¿A dónde se dirige? —preguntó uno de ellos, moreno y con la barba cerrada. Por su expresión, intuyó que no pasaría de ahí sin una explicación.

—Me gustaría ver al comisario Ojeda.

El agente miró al compañero.

—Documentación, por favor.

—Sí, claro... —respondió y sacó la cartera. Luego le mostró el carné de identidad—. Dígale que es Roberto Montaner, exinspector de la comisaría de Valencia...

Cuando terminó de hablar, agachó la mirada y tragó saliva. El agente hizo una señal al compañero y le devolvió los documentos. Parecía traerle sin cuidado su experiencia.

—Espere ahí, por favor —dijo, apartándolo a un lado del escáner.

La demora se alargó varios minutos hasta que regresó el compañero del que custodiaba la puerta.

—Por aquí —indicó y le mostró el escáner de objetos—. Antes, ponga ahí sus pertenencias.

Montaner cedió a la orden, sintiéndose como un ciudadano más.

Una vez pasado el control de seguridad, el otro agente lo dirigió a la segunda planta del edificio. Al llegar, vislumbró una enorme oficina de escritorios compartidos. Le sorprendió la moderna distribución del lugar, que operaba de manera muy distinta a lo que conocía de la vieja comisaría del distrito para la que trabajó. Observó cómo los grupos de agentes, muchos de ellos vestidos con ropa casual, se coordinaban, mano a mano, en diferentes investigaciones. Algo insólito para quien había trabajado siempre en pareja. En uno de los extremos, al lado de una sala de juntas con cristal transparente, reconoció el despacho.

Cruzó el pasillo, tocó a la puerta y giró el pomo.

Los ojos de Ojeda se despegaron de los documentos que tenía sobre la mesa.

—¿Montaner?

—Espero no haber llegado en un mal momento.

9

Miércoles, 21 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

Apoyados en la barra del bar que había frente a la comisaría, los inspectores esperaban a que el dueño les sirviera los cafés.

—Un solo para usted y el cortado para la compañera —dijo el encargado, dejando las tazas encima de la vitrina de vidrio.

—Gracias —respondió Abellán, agitando el sobre de azúcar.

A esas horas de la mañana, el bar se encontraba a medio gas. Estaba siendo una jornada aburrida para ambos. Desde hacía una semana trabajaban en el caso de un extraño robo de una joyería del centro. Esta vez, un collar de diamantes valorado en miles de euros. Era el tercer hurto de los últimos meses y las cámaras de vigilancia no habían captado nada. Los agentes empezaban a sospechar que fuera una mentira para cobrar el seguro, pero debían esperar a ver las grabaciones.

—Tienes mala cara —comentó él, mirándola de reojo—. ¿Sigues con el insomnio?

Ella se movió con apatía y dio un sorbo al café, notando cómo el párpado le temblaba. Después comprobó la pantalla del teléfono y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta de cuero.

—Ya dormiré cuando esté muerta.

—Deberías pensar en la baja, Sandra. Todo el mundo la pide...

—¿Tú también con el mismo rollo?

—Te ayudaría a resolver tus problemas emocionales.

La subinspectora Castillo frunció el ceño.

—Las emociones son complicadas, por eso te hacen fuerte —respondió, seca, poniendo fin a la conversación—. Dormir es el último de mis problemas. Tengo la mesilla llena de ansiolíticos.

—¿Entonces?

—Si quisiera, podría quedarme dormida para siempre.

Él prefirió ignorar su cinismo.

—Olvídalo. No he dicho nada.

Los dos bebieron el café en silencio. Iba a ser un día largo para ella. Se sentía hundida, extasiada, como si fuera incapaz de frenar el tren que había arrollado su rutina. Todos le decían que era una mala racha, que pronto volvería a la normalidad, pero lo ordinario era un término que quedaba lejos en su diccionario.

—¿Has redactado el informe? —preguntó él, reiniciando la charla.

—No, estoy a la espera de las grabaciones.

Abellán suspiró.

—Escucha, soy tu compañero. Yo también tengo problemas personales, pero aquí estoy. No estaría mal que colaboraras un poco...

La inspectora dejó de un golpe la taza sobre el plato de cerámica y la cuchara se movió, provocando un sonido seco y metálico. El impacto desvió la atención del propietario del bar, que estaba pendiente de lo que decía la televisión.

—¿Sabes lo que ocurre, Abellán? Estoy hasta los ovarios de todo. Eso es lo que me pasa.

—No eres la única, ¿entendido?

—Harta de que me traten como si me hubiese quedado gilipollas, así que no lo hagas tú también... Nos han puesto en un segundo plano y seguimos actuando como si fuera algo lógico...

—Es por tu bien.

—No vuelvas a decir eso, que pareces un maldito loro... Ni tú, ni nadie sabe qué es lo mejor para mí.

—Tú misma, Sandra.

—Lo único que quiero es trabajar y que me tomen en serio.

La conversación decayó unos minutos y la tensión regresó a la barra. El inspector dejó varias monedas y pidió al dueño del bar que se cobrara. La pareja de policías abandonó el local y se dirigió a la entrada del edificio. Entonces él la detuvo.

—La mejor manera de que nos valoren, es haciendo las cosas bien —explicó, intentando empatizar con ella—. Lo que te pasó, podría haberle ocurrido a cualquiera. Pero, ahí dentro, hay quien no piensa así y el jefe es uno de ellos. Demuéstrale que has pasado página y nos dará una oportunidad.

Ella lo miró con altivez.
—¿Y si no lo hace?
Abellán le dio una palmada en el hombro.
—Cuando los ángeles caen... también se levantan.
Ella lo miró y negó con la cabeza.
—Rebaja la intensidad, campeón.
Después echó a caminar por las escaleras.

***

Minutos más tarde, sentada frente al teclado del ordenador, reflexionó acerca de las palabras de su compañero. Creyó que Abellán tenía razón y que había sido demasiado insolente con él. Últimamente, le costaba controlar las emociones, sobre todo, a la hora de hablar. Su compañero era la persona que pagaba los platos rotos cada mañana y se preguntó cuánto aguantaría hasta hartarse de ella. Castillo no entendía cómo, diciendo que estaba de su lado, fuera incapaz de ver el trato que ambos habían recibido desde el asesinato de aquellas dos mujeres y pensó que a Abellán no le disgustara su nueva posición.

«Pídete la baja, todos lo hacen».

Huir, trabajar menos, tomarse unas vacaciones, fingir que duele de verdad. El sueño español. Pero ella no había entrado al Cuerpo para ganarse una nómina desde el sofá de su casa.

Supuso que una mejora en su actitud, tal vez cambiaría la manera en la que observaba su alrededor, pero no haría ninguna transformación en cómo la veía el resto. La realidad no era su espejo, por mucho que sonara a frase de una taza de café. Se había convertido en la persona frágil de la oficina y eso era lo que más le molestaba, porque ella no era así.

Sin embargo, esa mañana, como muchas otras, se sentó frente al ordenador, dispuesta a sentirse como una planta decorativa. De repente, una presencia la distrajo del tornado de negatividad. Por el reflejo de la pantalla vio a un hombre que llegaba al segundo piso por las escaleras. Se fijó en él, en su corte de pelo militar, en el bigote canoso y en las gafas de cristal grueso que portaba. Vestido

con una gabardina azul y unos vaqueros desgastados, ponía rumbo al despacho de Ojeda. No lo había visto antes, pero su presencia le resultó de lo más inusual.

La subinspectora se impulsó hacia atrás en la silla y se acercó al compañero.

—¿Qué ocurre?

—¿Conoces a ese tipo? —preguntó, señalando con la mirada al desconocido.

—No... —respondió él, entornando los ojos y volvió al ordenador —. ¿Quién es?

—No lo sé, pero se dirige al despacho del comisario.

—¿Y qué tiene de extraño?

—Ojeda detesta las visitas.

Abellán chasqueó la lengua, restándole importancia a la situación.

—Si ha venido a verlo, por algo será... —dijo y regresó a su ordenador—. Redacta el informe, antes de que seamos nosotros los que vayan a ese despacho.

Ella suspiró y se quedó pendiente hasta que se cerró la puerta. Había algo perturbador en ese rostro, pero lo cierto era que, desde el trágico día, hacía tiempo que encontraba la misma expresión en mucha otra gente.

10

Miércoles, 21 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

Los ojos chocolate del comisario estudiaron al exinspector.

El silencio reinó durante unos segundos, dejando un halo de desconcierto en la sala, hasta que Ojeda se puso en pie para recibirlo con un apretón de manos.

—Maldita sea... ¡Qué diablos! —expresó, agarrándolo por el antebrazo—. ¡Tienes buen aspecto!

—Y tú la mirada piadosa.

—Siéntate, siéntate, por favor...

Montaner, parco en palabras como dictaba su naturaleza, barrió de un vistazo el limpio y cuidado despacho. Ojeda era superior en altura, lucía unas cejas gruesas y pobladas y tenía el cabello tieso y oscuro como el carbón. La amistad se remontaba a muchos años atrás, antes de que los galones colgaran del uniforme. Ojeda era más correcto y ambicioso que él y siempre aspiró a ser comisario, aunque le tocara hacerlo en la otra esquina de la Península. Montaner nunca observó su carrera con grandes expectativas. Se limitaba a trabajar, a cumplir con el deber y a pagar sus deudas a final de mes. Para prosperar rápido, había que poseer talento, agallas y mano izquierda, algo que el detective no tenía.

Tomó asiento, se fijó en la fotografía familiar colocada junto al banderín español y se frotó las manos, antes de comenzar a hablar. Intuyó, como era lógico, que Ojeda lo abrumaría con preguntas. Habían pasado más de dos años desde el último encuentro.

—Madre mía, Roberto, no me lo esperaba... —comentó el comisario, sonriente—. ¿Qué te trae por aquí?

Él agachó la mirada hacia las rodillas.

—Un pequeño encargo.

Ojeda arqueó una ceja.

—¿Trabajo?

—Ahora soy detective privado.

—Vaya...

—¿Sorprendido?

—No —respondió, aguantando la sonrisa firme—, pero me alegra saber que sigues en activo.

—Es una actividad diferente.

—¿Cómo está Marina?

El corazón se le aceleró al oír su nombre y un fuerte zumbido le ensordeció el oído izquierdo. La reacción provocó la sospecha.

Ojeda conocía una parte de la historia. Cuando Montaner abandonó el Cuerpo, el infierno de Marina no había hecho más que empezar. Nunca habló en profundidad de ello, ni con Ojeda ni con el resto de los compañeros, por lo que la bebida se convirtió en su aliada a corto plazo, que terminó consumiéndolo poco después.

Se frotó la barbilla, se peinó el bigote con los dedos y optó por desviar el tema de la conversación.

—No está pasando por su mejor momento... —explicó, tomando el tiempo necesario para emplear las palabras adecuadas—, pero se recuperará.

—Mándale ánimos de mi parte.

—Gracias... Se los daré.

—¿Y, bien? Tú dirás qué puedo hacer por ti, Roberto.

El encuentro parecía aproximarse a su fin. Él sabía que a Ojeda nunca le habían gustado las reuniones insustanciales.

—Estoy buscando a una mujer.

—¿Desaparecida?

—No, una visita formal.

—¿Quién es él? —preguntó, curioso.

Montaner negó con la cabeza antes de hablar.

—Un coleccionista de arte. Me ha pedido que averigüe dónde vive esta señora... —improvisó—. Quiere hacerle una oferta.

El comisario entornó la mirada.

—¿No estarás metiéndote en un problema?

—La gente con tanto dinero, no sabe en qué gastarlo. Necesita un poco de fantasía en su vida. Yo sólo soy un mero conductor.

—Ya...

—Me preguntaba si podrías ayudarme a encontrarla.

Ojeda dudó por un momento.

—¿Cómo se llama?

—Leonor Romero.

El comisario pestañeó al escuchar el nombre y vaciló a la hora de dar el siguiente paso. Luego descolgó el teléfono y marcó una extensión. Un agente se puso al otro lado del aparato.

—Necesito la dirección de Leonor Romero... Sí, en la provincia —explicó y miró al hombre que tenía delante. Pasaron unos segundos en silencio hasta que la voz murmuró al otro lado del altavoz. Ojeda tomó un bolígrafo y garabateó en un cuaderno de notas de color blanco—. Vale, muchas gracias, Peréz. Sí, sin problema... Adiós.

Colgó, arrancó la hoja y la puso bocabajo sobre el escritorio. Después cruzó las manos. Montaner, al ver el trozo de papel, sintió un cosquilleo en la parte baja de la espalda.

—A eso lo llamo eficacia —comentó.

—Ahí la tienes —dijo, señalando la dirección. El detective levantó la mano para llevarse la nota con él, pero Ojeda lo detuvo, aplastando el pedazo de papel contra la mesa. Sus ojos se encontraron—. Espero que sepas lo que haces.

Apretó con fuerza y las yemas de los dedos del comisario se levantaron de la nota. Después la guardó en el interior de su gabardina.

—Estaré unos días en la ciudad, aunque espero que sea una estancia breve... Me gustaría invitarte a cenar.

—¿Qué tal te viene esta noche?

—Me parece perfecto.

—Pues no se hable más... Pensaré en el lugar —confirmó, apresurado—. ¿Dónde te hospedas?

Montaner respiró hondo.

—Todavía tengo que buscar una habitación.

—Hay un hotel muy cómodo en...

—No te preocupes —interrumpió, sin cambiar la expresión—. Me las apañaré. No necesito gran cosa.

Ojeda levantó las cejas y ladeó el rostro.

—¿Sigues teniendo el mismo número de teléfono?

Montero carraspeó y negó con la cabeza. Se acercó a la mesa, agarró el bolígrafo y anotó las nueve cifras en el cuaderno.

—Dame una hora, un sitio y allí estaré.

***

Regresó al casco urbano caminando. Contento por haber avanzado en su caso, entró en un bar metido en las callejuelas próximas al mercado de abastos. Se sentó a una mesa frente al televisor que había en el techo, y pidió el menú del día: judías verdes con jamón, de primero, y un filete de ternera con patatas fritas, de segundo. Acompañó la comida con una copa de Ribera del Duero y entre el primer plato y el segundo, preguntó a la camarera si conocía alguna hospedería cercana. La mujer, agradable en su expresión y gesticulando al hablar, lo envió a escasos metros del establecimiento, donde conocía una pensión barata frente al cuartel de la Guardia Civil y próxima a la Plaza de Toros, de Alicante.

—En verano hay mucho extranjero, pero en invierno baja el ritmo —explicó la señora—. El precio es razonable.

Agradecido por la comida y por la ayuda, se marchó de allí hacia el lugar indicado.

Delante del edificio, comprobó el poco tránsito que había en él. La pensión ocupaba dos de las tres plantas que componían el bloque de viviendas. Con un poco de simpatía y algo de dinero en efectivo, logró engatusar al recepcionista para darle sus datos más tarde.

Dos noches, le dijo este y Montaner aceptó.

Cuando entró en la habitación, dejó la maleta en el suelo y se sentó en el borde de la cama. Vio que el cuarto era pequeño, el colchón estrecho y la pared del baño estaba pegada a la mesa de noche, pero no le importó. No eran unas vacaciones, tenía lo que necesitaba y había logrado el primer objetivo de la lista.

Ojeda le envió un mensaje de texto con la dirección del lugar.

«Nou Manolín. A las 20 horas».

Memorizó el nombre del restaurante y borró el mensaje de la memoria del terminal. Después marcó el número del hospital y preguntó por el estado de su mujer. Apenas habían pasado unos

días, pero la incertidumbre lo desconcertaba. El diagnóstico de Marina era estable y eso lo tranquilizó un poco, lo justo para seguir con sus labores. Quintana podía cerrar el grifo del suministro cuando quisiera y comprendió que aceptar aquel chantaje había sido peor que rechazarlo.

Colgó, eliminó el registro de llamadas y abrió el equipaje. Del interior sacó un rígido ordenador portátil, buscó un enchufe en la pared, lo conectó al cargador, encendió el aparato y entró en la red inalámbrica de la pensión. Pese a lo que pudieran pensar de él, no era un dinosaurio tecnológico. Desde la llegada de los ordenadores modernos a las comisarías, se mostró interesado por aprender el funcionamiento de lo que llamaba «las armas del futuro». No fue difícil destacar entre un equipo de agentes que únicamente utilizaban los ordenadores para redactar denuncias, informes, o jugar al solitario. Aprendió a navegar por Internet, a programar su primera página web y descubrió que había un mundo nuevo al otro lado de la línea telefónica. Tal conocimiento le podía abrir puertas en su futuro profesional, pero estas se cerraron de imprevisto y el saber se volvió en su contra, cuando a su mujer le diagnosticaron la enfermedad. Pasaba horas y horas tecleando preguntas en los buscadores de Internet, leyendo artículos médicos sin ninguna clase de base científica. Empezó a perder la cabeza, el sueño y también la esperanza. La infinidad de información de dudosa validez lo desbordó. Siempre había algo nuevo que leer, un rincón más que descubrir. Sumado a la bebida, la adicción al ciberespacio lo llevó al borde de la locura.

Por fortuna, gracias al apoyo de Marina, sacó fuerzas para cortar por lo sano. Le llevó meses, pero aprendió a controlar ambas cosas. Primero, dejó de beber, de la noche al día. Lo hizo por ella, más que por él, y no fue fácil aguantar la abstinencia. Después dio de baja los servicios telefónicos domésticos, prohibiéndose así el acceso a la red virtual durante una larga temporada.

Con el portátil sobre sus rodillas, abrió la página de mapas y tecleó la dirección que Ojeda le había facilitado. La chincheta roja se clavó en una zona residencial del municipio de Santa Pola, a unos veinte kilómetros de Alicante. No conocía el área, nunca había

estado allí antes, pero no le costaría llegar a ella. Según el mapa, comprobó que el casco urbano de la ciudad se encontraba a un kilómetro de allí, por lo que intuyó que no habría residentes durante el año. Era un caso muy habitual en las zonas costeras destinadas al turismo. La población se triplicaba en verano y dejaba un pueblo fantasma de ladrillo durante el resto del año.

«Veamos quién es Leonor Romero», se dijo, tecleando el nombre de la señora en el buscador, pero no obtuvo ningún resultado.

Solía investigar a los clientes, antes de admitir un caso.

Con Quintana no tuvo problemas a la hora de aceptar el primer encargo. Lo investigó a fondo y no encontró ninguna irregularidad. Así que, a pesar de la soberbia y de su mal carácter, pensó que no le daría problemas.

Refrescó la página, extrañado, y lo intentó de nuevo, pero sin dar con ella.

Hasta el momento, no había tenido la necesidad de recurrir a su círculo de contactos virtuales. Prefería evitarlo, antes de pedir ayuda, porque cada favor quedaba en una lista de deudas pendientes.

«Primero Quintana, ahora esto», se dijo, dudando antes de dar el paso.

Abrió el programa *MSN Messenger* e inició la sesión. Comprobó la lista de usuarios y desplegó la pestaña de «Compañeros», donde la mayoría eran miembros del Cuerpo. Después abrió la ventana de uno de los conectados y le preguntó por el nombre de la mujer.

Se quedó pensativo un buen rato mientras el otro policía accedía a la base de datos.

«Nacida en Madrid, empadronada en Alicante desde 1944. Ama de casa y viuda con dos hijos. Historial limpio. Eso es todo».

Cerró la sesión y reflexionó ante la respuesta. Sin duda, para él había algo desconcertante en aquel encargo.

Pronto, descubriría lo que era.

11

La primera planta del restaurante Nou Manolín rebosaba de comensales. Estaba nervioso por el encuentro, hacía tiempo que Montaner no cenaba en un lugar tan elegante y le preocupaba la conversación y el desenlace de esta. La iluminación de la lámpara que tenía a su lado le resultó perfecta. La distancia entre las mesas era la idónea para que la conversación no cruzara las fronteras invisibles que separaban unas de otras. Se fijó en los adornos de madera, en los detalles de las paredes de ladrillo, en la ornamentación de las tinajas que servían de objetos decorativos y en los rostros de los locales que acudían allí a cenar. La mayoría de los clientes eran hombres de su edad, algunos acompañados de sus esposas, otros de sus amantes. El comisario Ojeda tardó en aparecer diez minutos más de lo previsto, excusándose en el tráfico de vuelta a casa y en el poco margen que había tenido para quitarse el uniforme. La mesa era cuadrada, protegida por un mantel de tela blanca y decorada con una pequeña maceta artificial. Ojeda se sentó y el detective notó que era un cliente habitual, en cuanto el camarero retiró la planta de plástico y sirvió una botella de agua.

Por su parte, sintió un poco de vergüenza por la apariencia que gastaba, pero no le dio demasiada importancia al asunto. Lo más probable era que, una vez terminada la cena, no regresara por allí de nuevo.

—Gracias —dijo, cruzando las manos—. Por elegir el sitio.

—No hay de qué, hombre.

—Y por no pedir vino.

El semblante del comisario se estiró ante la delicada cuestión. Conocía el problema, aunque prefiriera no hacer mención.

—Nunca he tolerado bien la bebida.

—Ya somos dos —dijo Montaner y sonrió con timidez.

Pidieron una ración de jamón de bellota, acompañado de pan tostado con aceite de oliva; un tomate de Mutxamiel con salazones, un poco de quisquilla cocida y unos buñuelos de bacalao.

El acompañante parecía hambriento y con ganas de disfrutar el encuentro.

Rompieron el hielo hablando de los viejos tiempos, de los antiguos compañeros que quedaban en activo, de los que se habían ido a otras regiones y de cómo les había cambiado la vida en tan poco tiempo. Los camareros sirvieron los platos y ellos comieron, pensaron y llenaron los estómagos. Finalmente, la conversación llegó a la razón del encuentro.

—¿Y tú qué? —preguntó Ojeda, cortando el tomate con el cuchillo—. ¿Pagan bien?

—¿Estás pensando en hacerte autónomo? No es un buen país para ello...

—Ni hablar. Me retiraré aquí, si Dios quiere...

—Verás, han cambiado un poco las cosas desde que lo que ocurrió...

Ojeda se limpió el aceite de la barbilla con la servilleta de tela.

—¿Lo dices por ti? Yo te veo muy bien —respondió, evitando entrar en detalle.

—Lo digo por todos —matizó, agarró el vaso de agua y notó cómo la mano le temblaba. Hablar de ello le resultaba incómodo. Dio un trago para paliar la sequedad de la boca y continuó—. Nos tiraron.

Ojeda tensó la mandíbula.

—Nos invitaron a salir, que es diferente.

—Fue una carnicería.

—Puede ser, pero... ¿qué más da, ahora? —cuestionó—. Lo hecho, hecho está, Roberto.

—Te lo dice el comisario... Hay que joderse. Te recuerdo que soy el único que se quedó fuera.

Ojeda lo miró de reojo.

—Después de lo que hiciste, tuviste suerte de no acabar en la cárcel.

—No era yo.

—Sí, sí que eras tú... Golpeaste a un sospechoso hasta dejarlo en coma.

—Te digo que no era yo... Fue una provocación.

—Mira, ibas bebido, estabas pasando por un momento difícil... Ya tuvimos bastante.

—Lo sé... Esa noche no debí estar ahí, nada de aquello debió suceder —respondió, recordando la noche, con amargura—, pero supongo que no puedo seguir disculpándome por algo que no cambiará. Todo lo que puedo hacer es pasar página e intentar convertirme en alguien que se gane el respeto de los demás.

—No sé, Roberto —comentó, llevándose un pedazo de jamón a la boca—. Todo lo que no debía ocurrir, ocurrió... pero, lo que pase a partir de ahora, es cosa tuya.

—Cierto.

—¿Cómo está Marina? Esta mañana me has dejado inquieto.

—Ha empeorado mucho. Está ingresada en el hospital desde hace casi un año... Los médicos dicen que sufre una enfermedad desconocida... Yo creo que no tienen ni la menor idea.

—Vaya, lo siento... No sabía nada.

—Pero estoy limpio, eso es lo que importa. Al menos, ayuda a llevarlo mejor —contestó, sirviéndose un buñuelo de bacalao en el plato—. La maldita enfermedad nos ha torturado lentamente... y también nos ha arruinado. El tratamiento cuesta un dineral y ni siquiera es efectivo...

—Increíble...

—Tengo una pensión de mierda y el salario de ella no es suficiente.

—De veras que lo lamento... —comentó, pero a él no podía mentirle. Lo conocía lo suficiente como para saber que no le importaba demasiado.

—En estos años, desde que me fui, he tenido toda clase de empleos. Este último, el que me ha traído hasta Alicante, es el que paga la clínica... —explicó, pinchó una mitad del buñuelo y se la echó a la boca. Masticó, lo saboreó y tragó con placer. Luego se aclaró la garganta con un poco de agua, antes de seguir hablando—. Por eso he acudido a ti, Miguel. Es importante para mí.

—Por supuesto, sin problema.

—Me gustaría preguntarte algo.

El comisario suspiró con disimulo y él notó su incomodidad.

—Claro, adelante...

—¿Sigues confiando en la gente?

Los ojos de su interlocutor se despegaron del plato.

—Buena cuestión...

—Las personas cambian con el tiempo. Sólo quiero estar seguro de que puedo confiar en ti.

—Sigo siendo el mismo, Roberto.

Lo miró a los ojos por unos segundos y asintió.

—Estupendo... —dijo y se limpió el bigote con la servilleta—. Eso es todo.

El rostro de su excompañero se arrugó, intrigado por la petición de la mirada seria que lo observaba.

—¿Qué demonios tienes en la cabeza?

—La pregunta no es qué, sino cuántos...

—Me preocupas.

—Sólo bromeaba —dijo, agarró el vaso y lo alzó para brindar—. Por nosotros y por nuestra amistad.

—Con agua trae mala suerte...

Montaner sonrió, sosteniendo el vaso en el aire.

—Me importa un bledo —contestó, con los ojos brillantes—. Hace tiempo que dejé de creer en la suerte.

12

Miércoles, 21 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola.

Alicante, España.

El sol, el Mediterráneo, el buen clima y las palmeras lo mantenían inspirado, vivo, y lo acusó a la intensidad de la luz o al efecto curativo del agua marina.

La entrañable anciana de pelo blanco le había alegrado el día. Pronto se dio cuenta de que les unía el pasado, aunque él no lograra recordarla con claridad. Esa misma mañana, después de ayudarla con las bolsas de la compra, destacó un extraño detalle en su visita al apartamento de la mujer: sintió que había estado allí antes. La culpa fue del enorme cuadro colgado en la pared del salón. Pensó que tal vez sería una falsa impresión de familiaridad, o puede que la suma de todos los detalles, al acordarse de Gerardo, de sus visitas al Reina Sofía y de todos los sermones que le había dado sobre Picasso. Coincidencias aparte, era indiscutible el talento de la señora.

Siguiendo el consejo de la anciana, condujo hasta uno de los supermercados de las afueras del pueblo y llenó el maletero con lo esencial para aguantar hasta el final de la semana: un pan casero, una cuña de queso, varios sobres de embutido, un poco de carne, tres tomates frescos, un kilo de naranjas, un paquete de café, una botella de vino blanco y papel higiénico.

«Quizá no escribas el libro, pero te darás un buen festín».

Regresó al apartamento, recordando algunas explanadas por las que había jugado muchos veranos y dándose cuenta de que habían sido ocupadas por complejos residenciales con enormes piscinas. No sintió nada al pasar por allí, pues no podía echar de menos un recuerdo borroso.

«A partir de una instantánea, el resto es producto de la imaginación».

Cuando llamó a su familia para indicarles que ya estaba instalado, le preguntó a su madre por la mujer que vivía en el

tercero.

—Sí, claro... La señora Romero, ¿no te acuerdas de ella?

—Pues no, mamá.

—Es un poco particular, ya me entiendes... Se quedó viuda hace muchos años y eso le marcó el carácter.

—Vaya...

—Sí, una pena... Además, está muy sola... sus hijos nunca la visitan.

—No seas tan dura con ella, a mí me ha parecido una mujer muy entrañable.

—Será porque se ha alegrado al ver a alguien en el edificio. Toda su vida ha sido solitaria y un poco rara.

—Yo también soy un raro, mamá.

—Ya, pero tú eres mi hijo.

—Y tú mi madre.

—La soledad es muy mala, siempre te lo digo, Fidel... y a esa edad, no te puedes fiar de las zancadillas que te pone la propia cabeza. Hazle caso a tu madre y no te creas mucho lo que te cuente.

—Tomaré nota...

—Tú céntrate en la escritura, encuentra a tu musa y deja a la mujer en paz.

La conversación lo inquietó. No había pensado en ello hasta ese momento, pero lo cierto era que no encontraba musa con la que inspirarse.

Después de medio bocadillo de jamón y queso y una lata de cerveza, durmió dos horas de siesta en el sofá del salón y el resto de la jornada la dedicó a leer y a preparar su primer día de trabajo. El teléfono no sonó, su editor pareció haberse olvidado de su existencia y él se alegró de ello. Por primera vez en mucho tiempo, Fidel flotaba en un limbo libre de responsabilidades, saboreando cada instante, centrándose en un momento presente que se esfumaba como arena entre los dedos. Con un vaso de vino en la mano, desde el balcón observó el atardecer de la playa, reconociéndose en la postal imaginaria que todos deseaban cuando hablaban de sus vacaciones. ¿Era aquel el sueño de los urbanitas de la capital?, se

cuestionó. La nada, lo estático, la ausencia de pagos, de responsabilidades; el trabajo como pasatiempo y no como una obligación; la felicidad reducida a unos segundos de luz, el sonido del mar y una copa de vino en una terraza... Si los americanos tenían su ideal, el del joven español cosmopolita era aquel. Pero entendió que los buenos momentos, como la vida, como el dinero, como la salud y como el amor, duran poco y se disfrutan aún menos. Allí plantado, con el cielo rosado, era incapaz de contemplar sin que su cabeza estuviera en otra parte. La fantasía se encarga siempre de embellecer los recuerdos que uno tiene y, sobre todo, los que no se repiten.

Con el anochecer frente a sus ojos y medio litro de vino en el estómago, el frío húmedo se apoderó de sus huesos y sintió la embriaguez del alcohol en su cuerpo. Cerró el salón, se acostó en el sofá y se cubrió con varias mantas. Después encendió el radiador de aceite para calentar la habitación. Sus padres tenían razón acerca de las noches en esa vivienda. Por suerte, no estaría lo suficiente para aborrecerlas. De fondo, procedente del apartamento de arriba, oyó una melodía que le resultó familiar.

«Debes de estar soñando», pensó al identificar la música popular, con los párpados casi cerrados, agotados por el largo día. Con el último suspiro, se cubrió con la manta hasta el pecho y, arrastrado por el cansancio, los ojos de Fidel se apagaron por completo.

13

Jueves, 22 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola.

Alicante, España.

En su segundo amanecer decidió que había llegado el momento de enfrentarse a la página en blanco, pero se sentía cansado y sin ánimos para ponerse en pie. El problema era que no había conseguido dormir tranquilo. Nunca pensó que las ventiscas nocturnas golpearían con tanta fuerza las paredes de su habitación.

Preparó una cafetera y se asomó al balcón mientras escuchaba el borboteo del café. Los primeros rayos de luz de la mañana golpeaban la superficie de la terraza. La playa estaba tranquila, desierta, y el sol aún no picaba sobre el mar. La sensación era tan agradable que se imaginó viviendo allí una temporada. Le sorprendió que no lo hubiera hecho antes, pero recordó la razón que lo había alejado tantos años de la costa. Ahora, la percepción era distinta. Laura Marco no aparecería por allí, ni por asomo, pensó, riéndose. Tomó la primera taza de café y encendió el ordenador portátil. Después abrió la página del procesador de textos y movió los dedos antes de teclear.

«Vamos allá», se dijo, confiado y capaz de escribir, cuando notó un crujido que tambaleó la mesa e inclinó el tablero.

—Oh, no...

Una de las patas se había soltado.

Se quedó pensativo por un momento. Él no era un manitas y, en general, no se le daba bien arreglar nada. Pero no todo estaba perdido. Con un poco de maña, pensó, la cinta adhesiva lograría sujetar la pata.

«Las buenas historias nunca empiezan bien».

Buscó por los armarios de la cocina y de la galería, creyendo que su padre guardaría una caja de herramientas, pero no encontró nada que le fuera de utilidad. Con una mesa inclinada, no podía escribir.

El bloqueo de la página en blanco, lo llamaban los expertos. La excusa perfecta para realizar cualquier tarea que no fuera la de escribir.

Llevaba meses así, postergando el momento para evitar un disgusto. En el fondo de su ser, temía darse cuenta de que era un impostor. Se levantó de la silla, regresó al balcón y sopesó la idea de hacer un poco de ejercicio en la playa. La actividad le ayudaría a pensar y correr le funcionaba para inspirarse. Según los escritores consagrados, existía una conexión alquímica entre el deporte y la creatividad, y estar una hora alejado del teclado, no destruiría una jornada entera de trabajo.

Convencido, se cambió de ropa, salió del edificio y caminó hacia la playa. Una dirección llevaba al espigón del puerto y allí terminaba la naturaleza. El resto era asfalto hasta pasar el casco antiguo del pueblo. La otra seguía hacia las montañas de sal que había al final de las urbanizaciones y continuaba por una costa salvaje que recorría el sur.

Echó a correr despacio por la orilla. Las suaves olas rompían en sus pies, refrescándolos con el agua helada. Sumido en sus pensamientos literarios, recorrió la costa hasta el final de las viviendas. En su trayecto, se cruzaba con grupos de gaviotas que merodeaban por la arena como si fuera suya. A medida que se aproximaba a las salinas, se cuestionó si era el momento de volver. No quería sentirse demasiado cansado, pero aún se notaba capaz de aguantar un poco más. Cuando llegó al final del paseo, vislumbró un espigón de rocas que separaba el área urbana de un muelle en ruinas y de la playa salvaje. Curioso por conocer lo que habría al otro lado, siguió hacia el sur, cruzó el muelle y pasó por delante de un viejo refugio de la guerra, pero la extensión de la playa se hacía más y más larga, perdiéndose en un cabo que impedía ver más allá.

Empapado de sudor, cambió de rumbo y vislumbró la figura de una mujer que se aproximaba a lo lejos, corriendo a gran velocidad. Parecía joven, al menos, más joven que él, y calculó que no llegaría a los treinta años. De cabello oscuro, largo y recogido en una cola de caballo. Los ojos negros de la mujer se cruzaron con los suyos, al pasar por la orilla. Al encontrarse, ella lo saludó con la mano, sin

interés, y continuó, abstraída en la potente música de los auriculares. Él reaccionó tarde y mal, y tropezó con un pedrusco oculto en la arena mojada. Intentó evitar la caída, planeando con los brazos como las gaviotas que lo observaban, pero el aterrizaje fue desastroso. Las gafas cayeron al agua, se dio de bruces contra la orilla y notó la dureza de la tierra mojada. Con la caída, se salpicó de agua salada, empapando la mitad de su cuerpo.

—Maldita sea, las gafas... —lamentó, sacándolas del agua y poniéndoselas—. Qué idiota eres...

—¿Estás bien? —preguntó la chica, y él se sonrojó de vergüenza. Cuando se giró, la vio plantada frente a él.

—Sí... gracias. Sobreviviré a esto.

—Ya veo, ya... —dijo ella y se rio.

Él la miró con desconcierto.

—Esta playa es un peligro para la dignidad.

—Por desgracia, está llena de piedras como esa.

—Ya veo... —contestó él, quitándose la arena mojada de las rodillas. Entonces notó que seguía ahí, dispuesta a mantener una breve conversación.

—No eres de por aquí —comentó, intrigada—. No te he visto antes.

—No —contestó e hizo un gesto de caminar con los dedos—. Estoy de paso, por la playa.

—El acento te delata.

—No tengo acento...

—Sí —respondió, sonrió y le ofreció la mano para ayudarlo a ponerse en pie—. Soy Andrea.

—Gracias, Andrea —contestó y se levantó. El tacto de su mano era suave y delicado—. Fidel.

—¿Qué nombre es ese?

La temperatura aumentó todavía más en su rostro.

—Pues un nombre, como el tuyo. ¿Qué tiene de malo?

—Nada... —dijo, mirándolo con curiosidad—. Es la primera vez que conozco a alguien con ese nombre... En persona, quiero decir.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—¿Y qué se te ha perdido en Santa Pola, Fidel?

—Buena pregunta, tienes madera de periodista.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Más o menos... Soy reportera.

—Lo sabía.

—¿Y bien?

—No tengo planes de quedarme mucho tiempo.

—¿Vacaciones?

—Trabajo.

Ella le mostró la hora del reloj.

—¿Y por qué no estás trabajando?

—Soy escritor.

—¿De los que escriben o de los que hablan sobre escribir?

Esa chica sabía cómo meter el dedo en la llaga.

—Intento ser amable contigo.

—Suerte, entonces... —le respondió, vacilando—. Será mejor que regreses a tu casa. La brisa marina es traicionera y no querrás que un resfriado arruine tu inspiración.

—Eres una persona muy particular, Andrea.

Ella le guiñó un ojo, se colocó los auriculares y la música volvió a sonar. Fidel se fijó en su atractiva y trabajada figura. La desconocida inició la carrera, le dio la espalda y corrió hacia las montañas de sal. Parado, con los pies en remojo, contempló la silueta de la muchacha, preguntándose de dónde habría salido.

***

Cuando regresó al edificio, la ropa estaba casi seca, pero la piel le escocía a causa del salitre. Por el camino, no se había quitado a esa chica de la cabeza. El encuentro lo inspiró para el inicio de un diálogo entre dos desconocidos, un relato breve, un capítulo suelto. Se dijo que, quizá, por ahí encauzaría el principio de algo más largo, pero no le convencía escribir sobre relaciones, pues ya lo había hecho en su libro anterior.

Cruzó la puerta de la propiedad, con el regusto amargo de haber perdido la mañana y la intención de sentarse frente al teclado. Se dijo que no habría más interrupciones hasta que completara el

primer folio. Escribiría donde fuera, aunque tuviera que hacerlo en la cocina.

Al abrir la puerta del edificio, notó un fuerte olor a guiso de carne que se pegaba a las paredes. Luego oyó unas pisadas en la escalera.

—¿Fidel, eres tú? —preguntó la voz de la anciana, que bajaba despacio los peldaños. Cuando lo vio, su expresión se estiró—. ¡Muchacho! ¿Qué has hecho para ponerte perdido de tierra?

—¡Oh, esto! No se preocupe, no es nada... —dijo y se sacudió la camiseta—. No estoy acostumbrado a correr por la playa.

La mujer llevaba un sombrero de campana de ala corta, unos elegantes pantalones de tela blanca, una blusa de color crema y un pequeño bolso azul. Al escritor le sorprendió su coquetería.

—¿Va a dar un paseo?

—Así es —respondió, asintiendo con la cabeza—. Por cierto, ¿te gusta el estofado de ternera?

«Lo sabía...», pensó, adelantándose a la invitación.

—Tengo mucho que hacer, Leonor...

—El mío es diferente al que hayas probado hasta la fecha —respondió y lo agarró del antebrazo—. Esta mañana me ha dado por cocinar, pero desde que vivo sola, calculo muy mal las cantidades...

—Siempre lo puede congelar...

La señora ladeó la cabeza y clavó sus ojos claros en él.

—¿Vas a rechazar la invitación, después del tiempo que he invertido? —preguntó, sonriente y cariñosa—. Sé que estás aquí para descansar, pero créeme, te sentirás mejor después de la comida. Prometo no robarte más tiempo del necesario.

Fidel le respondió con una mueca y se rindió, alzando los hombros.

—Si me lo pide así...

—No pareces muy entusiasmado...

—Es buena leyendo a las personas.

—Chico, tienes todo el tiempo del mundo para comer pan y fiambre.

—Al revés, tiempo es lo que no tengo —respondió, con humor—, pero, qué demonios... A nadie le amarga un dulce.

Los dos se rieron.

—Te veré más tarde. Debo enviar una carta urgente... —contestó, saliendo por la puerta—. Vente a la hora de la comida, cuando estés listo.

La vecina cruzó el umbral de la parcela y caminó por la sombra hasta perderse por las espaldas del edificio que había en la esquina.

«Supongo que la historia tendrá que esperar».

14

Jueves, 22 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola.

Alicante, España.

El cronómetro del reloj marcaba cuarenta minutos y treinta y siete segundos cuando llegó al viejo muelle de la playa.

Treinta minutos más y terminaría su carrera matutina.

De regreso al centro del pueblo, pensó en ese chico. La situación le hizo gracia. A pesar del vergonzoso momento, le pareció resultón, aunque no era su tipo. Lo juzgó por el aspecto y sospechó que sería uno de esos hijos consentidos que jugaban a ser artistas. No todos tenían la misma suerte y ella llevaba una vida muy distinta a los de esa clase.

Continuó la carrera, apurando cada aliento, esforzándose con cada zancada que recortaba la distancia con el casco urbano del pueblo. Correr por la orilla, la hacía sentir libre.

Al final de Gran Playa, tomó dirección al puerto y cambió la orilla por el asfalto de la carretera. El cronómetro pitó, avisando de que había superado el tiempo previsto. Detuvo la alarma, bajó la intensidad y comenzó a andar para relajar el ritmo cardíaco. Entonces, sus ojos se fijaron en el sombrero que llevaba una anciana.

El pulso se le disparó al verla.

Esperó a que la mujer cruzara y se escondió en un portal para que no advirtiera su presencia. Sacó el teléfono del bolsillo de la sudadera deportiva, abrió el álbum de fotos y comprobó una de las últimas fotografías que había pasado a la memoria digital. En ella aparecía una mujer joven, pero con un parecido físico tremendo. Había visto tantas veces su rostro en fotografías, que no dudaba de que debía de ser ella.

La había encontrado.

—Ojalá estuvieras aquí... —murmuró hacia sus adentros, después apuntó con la cámara del teléfono a la señora y disparó una

foto. La calidad era mala, pero suficiente para contrastar la imagen con la del archivo de fotos que tenía en casa.

Cuando despegó la mirada del aparato, había perdido de vista a la anciana.

15

Jueves, 22 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola.

Alicante, España.

Se presentó en la puerta de la vecina con la botella de vino blanco que había comprado el día anterior. En su casa lo habían educado a llevar un detalle cuando lo invitaban a otra casa. No era un buen vino, pero sí mejor que unas manos vacías. El aroma a estofado de carne se colaba por los agujeros de la escalera, provocando que en el edificio se respirara un olor dulzón.

«No sé muy bien qué haces aquí, pero espero que no se alargue demasiado».

Tocó al timbre, nervioso, desconcertado por el encuentro y oyó los pasos de la mujer al otro lado de la puerta. Cuando Leonor abrió, vio que se había cambiado de ropa, vistiendo un suéter y unos pantalones cómodos.

—En ti estaba pensando ahora mismo... —dijo, sonriente, y caminó hacia el salón—. Pasa, pasa...

Siguió su lento caminar hasta el comedor que daba a la terraza. Le resultó entrañable que se hubiera tomado tanta molestia a la hora de preparar la mesa y dedujo que cualquier visita era un motivo de celebración. Después sintió pena por ella, por la soledad que tendría que soportar a diario. No era forma de terminar sus días.

—He traído algo de beber —comentó, mostrándole la botella—, aunque no pega mucho con la carne.

Con un gesto maternal, ella le arrebató la botella y la dejó sobre la encimera de la cocina.

—Gracias, pero no te preocupes, esa es para ti. Lo tengo todo preparado.

Tímido, se apartó y la dejó continuar con sus quehaceres, sin saber muy bien de qué hablar. En el fogón había una olla con carne en salsa y una sartén con patatas fritas recién hechas. Echó un vistazo por el salón, cotilleando los viejos recuerdos que llenaban las

baldas y se detuvo ante el cuadro que había visto el día anterior. De cerca, era todavía más impresionante. Cinco mujeres delgadas miraban al frente, recreando un círculo. Sus cabezas eran alargadas, horizontales, con forma de platillos volantes y de color magenta. El fondo era azul y rojizo, como un atardecer mezclado, y a los pies de las mujeres se alzaban lo que parecía una carretera y un montón de viviendas. No comprendía bien el significado ni lo que la autora pretendía transmitir, pero le sorprendía por su destreza con la brocha. Esa no era una obra de aficionada. El cuadro lo firmaba con el nombre de «Madame Avignon», imitando la marca del pintor malagueño, y Fidel intuyó que consistiría en un juego de palabras. Debajo de la firma, leyó una fecha, 1964-1969, y supuso que serían los cinco años que necesitó para acabarlo.

—Espero que te guste la comida —comentó la mujer, de espaldas a él, removiendo la carne en la olla—. Es una antigua receta francesa. Hace muchos años que no la preparo, pero ayer tuve el antojo.

—¿Francesa? —quiso saber, intrigado, y se acercó a ella. La carne tenía un olor suculento, especiado, entre dulce y salado. A sus ojos, era lo más parecido a la ternera en salsa de tomate que comía en los bares de la ciudad—. ¿Qué es exactamente?

—Carbonada flamenca... —dijo, orgullosa de su trabajo—. Ya te lo he dicho antes. No has probado nada igual.

—¿Cómo está tan segura?

—Lo sé, ¿por qué no pones algo de música?

—¿Música?

—¿Voy a tener que repetirlo dos veces? —preguntó, se dio la vuelta y señaló un viejo tocadiscos que había bajo las revistas y el mueble bar—. Los discos están en el armario de abajo. Siéntete libre de escoger.

Fidel no se había fijado en la existencia del aparato, sepultado bajo un montón de revistas y periódicos antiguos. Apartó las publicaciones poniéndolas sobre una silla y descubrió el viejo tocadiscos conectado a unos altavoces de tamaño medio. Era un sistema antiguo, pero funcionaba. Abrió el cajón del mueble que había debajo y encontró una pequeña colección de discos de vinilo,

formada por Louis Armstrong, Duke Ellington, Edith Piaf y un recopilatorio de canciones populares madrileñas.

«¿Era esto lo que oí?», se preguntó, recordando la música de la noche anterior y esbozando una nostálgica sonrisa.

Apostó seguro, sacó el disco de la cantante francesa, colocó la aguja sobre los surcos y dejó que la dulce voz acompañara la comida con «La vie en rose».

—Buena elección, muy romántica.

—¿Prefiere un chotis? —preguntó, guasón, y se puse en pie—. Lo he encontrado en su colección.

—Qué bobo eres... Si supieras bailarlo...

En un estante, tapada por dos fotografías familiares, en las que intuyó que serían sus hijos, encontró una pila de libros deteriorados por el tiempo. La mayoría de los autores eran clásicos que ya había leído, pero no pudo contenerse y sacó una vieja edición de *El Gran Gatsby,* su novela favorita, que no había visto hasta el momento. En la cubierta aparecían un hombre y una mujer, acompañados de una botella de espumoso en una champañera. Abrió la portada y leyó la fecha de impresión: mil novecientos setenta. Tal vez, ese libro no significara nada para la señora, pero Fidel sintió que tenía una reliquia en sus manos.

—¿Son suyos?

La anciana soltó una carcajada, terminó de servir la comida en dos platos y suspiró.

—¿De quién, si no? Amo la literatura. Leer me ayuda a mantenerme lúcida.

—Disculpe, pero no he podido resistirme... —comentó y señaló los ejemplares—. Esa edición de Gatsby... no sabe lo que guarda ahí. Es una joya de coleccionista.

—¿Te gusta?

—Es mi novela favorita.

—Una buena historia.

—Aunque un poco trágica —explicó—, sobre todo cuando se refiere a vivir esas vidas que no están a nuestro alcance.

—Sí, supongo que sí... —contestó por lo bajo, con un hondo anhelo en su voz—. Ven, échame una mano. Los brazos empiezan a

fallarme.

—Claro... —le dijo y se acercó a ayudarla.

Colocaron los platos en la mesa y la señora sacó una botella de vino tinto que guardaba dentro de una pequeña bodega.

—Domaine Catherine y Claude Marechal... —leyó Fidel con una pronunciación horrible—. Lo siento... No sé mucho de vinos.

—Y menos de francés —respondió ella y le ofreció el sacacorchos —. Es un Borgoña. Acompañará bien la carne... si todavía tiene sabor.

Descorchó el vino y lo sirvió en las copas de cristal. Sentados a la mesa, con la suave voz de Piaf de fondo y el aroma de la comida pegado a las paredes, Leonor propuso un brindis.

—Antes de nada, quiero agradecerle la invitación...

La mujer le dio un pequeño golpe en la mano, a modo de juego, para que se sintiera cómodo.

—No seas complaciente, Fidel. Me alegra que estés aquí —respondió con dulzura, alzaron las copas y brindaron—. Por tu visita.

—Por esta apetitosa comida... Salud.

El primer trago supo a gloria. El vino acarició su paladar con delicadeza y cogió la cuchara para degustar la comida. No quería excederse, sino comportarse con finura y demostrar que tenía buenos modales.

—Está muy rico.

—Lo sé —dijo ella—. La vida es demasiado corta para beber malos vinos.

—Supongo, si usted lo dice.

Por delante, tenía una comida llena de vacíos y de silencios que no sabía cómo afrontar.

—¿Crees en algo, muchacho?

—En las torrijas de Pascua que hace mi santa madre... —comentó, provocándole una sonrisa—. No, de verdad, ¿y usted, cree en algo?

—Sí... Creo en la Santísima Trinidad.

—¿La católica? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...

—No, la artística —aclaró con dulzura—. La música, la literatura y la pintura...

—Si está siendo sarcástica...

—No, te lo digo de verdad. Creo que Dios está en el arte y nosotros en él... En eso creo yo.

Fidel estaba de acuerdo con sus creencias, aunque no era tan devoto como ella. No le incomodaba la extravagancia de sus explicaciones y en su interior crecía una pequeña curiosidad por su persona. De algún modo, la comida estaba siendo entretenida.

—Come, anda, antes de que se enfríe —señaló Leonor. Después sumergió la cuchara en la salsa y probó. Su cara no era muy expresiva, pero él vio que apretaba los labios antes de tragar—. Sé lo que estás pensando en este momento...

—Dudo que acierte.

—Le falta sal, ¿verdad?

Fidel esbozó una sonrisa.

—No, nada de eso —respondió, masticando la carne que le parecía un manjar y señalando con la mirada al cuadro de las mujeres. Después de tragar, siguió hablando—. ¿Lo ha pintado usted?

—¿El qué?

—El cuadro de la pared... Me recuerda a Picasso. ¿Es una imitación?

Ella entornó los ojos y lo miró recelosa.

—¿Eres tú una imitación de Fitzgerald? —preguntó, desafiante—. Bendita juventud y el descaro que la alimenta...

—Lo siento, no quería... Las palabras me pierden.

—No, lo que te pierde es la boca tan imprudente que tienes... Debes aprender a domesticarla, a ser más sagaz... —le dijo y miró al cuadro—. Donde tú ves un homenaje, yo veo otra vida, otro lugar... pero también observo el pasado, la pena, la lejanía, la renuncia...

Fidel dirigió los ojos al cuadro, pero él sólo veía a un grupo de mujeres deformadas.

—¿Qué opinión tienes de Picasso?

—Fue un artista brillante.

—Nadie cuestiona su destreza, pero sus ideas no eran las mejores. El éxito no depende del talento.

—Las ideas no significan nada hasta que se ejecutan...

—La mayoría de las ideas suelen viajar ligeras de emociones —argumentó, sin mostrarse molesta—. No te ofendas, pero los hombres siempre habéis visto el mundo a vuestra manera, convirtiéndolo en la norma... Cuando se trata de expresar un sentimiento, nosotras hemos sabido mejor cómo dar vida a toda clase de emociones, mientras que vosotros os habéis limitado a una paleta de tonos muy básica...

—¿Sigue hablando de pintura, o...?

—Créeme, Fidel, sé lo que digo... Por suerte, el conocimiento, la cultura, hace mucho tiempo que está al alcance de todos... —prosiguió, sin dejar que terminara la frase—. Es una decisión personal, la de elegir lo que nos llena, pero dedicarnos a ello tiene un coste económico alto... Es una pena.

—Sí, imagino que sí, aunque no la entiendo del todo. ¿Posee el cuadro algún significado especial para usted?

La mujer lo contempló unos segundos, suspiró y dirigió la mirada al tocadiscos.

—Tuve la suerte de estudiar en un colegio francés... Mi padre era una persona muy culta y heredé de él la pasión por el arte, por la música y por los libros...

—Debió de vivir una vida llena de experiencias.

—No te creas, no fue así... Nací en el seno de una familia humilde. Mi padre me dio sólo la llave de acceso a otros mundos, a otras vidas que quedaban muy lejos de mí... Después crecí en una época demasiado convulsa y la guerra me arrebató cualquier atisbo de esperanza... Así que no he tenido grandes oportunidades para recorrer el mundo. Me casé tarde, tuve dos hijos que no me dieron nietos y... ahora, a mi edad... Todo lo que ves, ha sido mi vida.

—Vaya, lo siento.

—No, no quiero darte pena, no me quejo —comentó, con un gesto de mano—. Aprovecha mientras puedas, las oportunidades se esfuman rápido.

—Pero, no ha respondido a mi pregunta...

—En el arte, como en las personas, lo que ves, es lo que hay... Pero lo que se esconde o no llegas a ver, es tu problema...

—La angustia nos atrapa cuando conocemos nuestras limitaciones.

Ella sonrió al escucharlo.

—Más o menos, ¿a qué viene tanto interés, muchacho?

Él resopló.

—Soy escritor, tengo hambre por vivir, por sacar lo que llevo dentro, pero no encuentro la chispa que necesito...

Ella sonrió y continuó comiendo.

—Esa vitalidad te durará unos años más, hasta que descubras que ya no la tienes... Entonces la buscarás en otra parte, más joven que tú, claro...

—¿Por qué iba hacer a eso?

—Cuéntame, Fidel... —cambió de tema con una destreza magistral. Leonor sabía que la edad jugaba a su favor, así como ser la anfitriona de la casa. Poco a poco, la presencia de él menguaba y se convertía en el niño chico, en el infante incapaz de hablar desde la misma altura—. ¿Has publicado algo ya?

—Sí, una novela...

—¿Qué te llevó a hacerlo?

Él la miró decepcionado.

—Digamos que, la persona con la que lo quería todo, no quiso nada conmigo. Esa fuerza me llevó a escribirlo.

—¿Fue difícil?

—Más que difícil, fue un tumor que necesitaba extirpar. Ocurrió hace mucho.

—Las rupturas siempre dieron buen material.

—¿Cuánto hay que sufrir para lidiar con una carrera literaria?

—Ya sabes... Haz lo posible por no enamorarte de nadie.

—Es un consejo que no voy a tomar.

—Duele que te rechacen, que no te amen... pero más duele cuando amas y renuncias.

—Es más fácil abandonar a otra persona. Al menos, conoces el motivo.

—Bueno... Visto así, mi marido se fue antes que yo... y dudo que lo tuviera...

—Lo siento...

—Sólo bromeaba... En cuanto a tu pregunta, todos sois escritores cuando nace de dentro, Fidel.

—Ojalá alguien la escuche...

—Pelea, aguanta, pero no te rindas nunca, muchacho —le aconsejó con una voz más profunda—. Fitzgerald no lo hizo cuando le rechazaron por primera vez *El Gran Gatsby*. Si no hubiera creído en sí mismo, ese libro no descansaría en mi estante.

—Pero yo no soy Fitzgerald.

—Tú eres Fidel y escribes tu historia.

—Madrid no es París...

—No, aunque te fueras a vivir allí... Las ciudades no cambian a las personas, somos lo que somos.

La música se detuvo. La aguja había llegado al último surco del disco. Antes de que ella se lo pidiera, Fidel se levantó para darle la vuelta al vinilo, colocó la aguja sobre la primera canción y la música volvió a sonar. De regreso a la mesa, se fijó en la página de una de las viejas revistas de pasatiempos que había apiladas sobre la silla. En ella aparecía un sudoku incompleto, rayado por el bolígrafo, y con varias celdas vacías.

—No te molestes, lo he dado por imposible —comentó ella.

—¿No logra terminarlo?

—No encuentro la manera.

La mujer lo miraba atenta.

—Siete, cinco, ocho... y aquí un tres, si no me equivoco.

Los ojos de la señora se entornaron.

—No me lo creo.

—Sí... —comprobó, inequívoco—. Es así.

—¿Cómo es posible? Te juro que lo he intentado durante años...

—No era tan complicado, siento desilusionarla.

—¿Lo habías hecho antes?

Él se encogió de hombros, regresó a la mesa y se colocó la servilleta de tela sobre las rodillas.

—Mis padres dicen que habría sido un buen matemático, pero las letras me eligieron.

La mujer sonrió y bañó con la cuchara una patata frita en la salsa.

—Los padres siempre tienen razón, aunque sus consejos nunca llegan a tiempo... —respondió, negando también con la cabeza—. Es una lástima.

—No me interesan las matemáticas, pero soy incapaz de dejar un rompecabezas a medias.

Los ojos de la señora se iluminaron.

—Ya veo... Cuéntame más sobre el libro...

—Es por lo que he venido. No hay mucho más que añadir.

—Te sientes bloqueado, sin inspiración...

—Y sin tiempo. Se supone que debo tener el principio de algo para la próxima semana.

—Bueno, no todo es tan horrible... Siempre podrás dar clases en la universidad.

—No puedo enseñar a escribir a nadie. Nadie puede y quien diga lo contrario, es un impostor.

Ella se quedó pensativa unos segundos.

—Quizá la historia que buscas no esté dentro de ti, sino delante.

Él arqueó una ceja. Esa mujer no sabía de lo que hablaba.

—No me malinterprete, pero las buenas historias nacen de las entrañas...

—Chico, no pretendo molestarte —respondió y él entendió que la mujer no era culpable de su falta de inspiración—. Sólo te aconsejo que abras la mente y permitas que esta se inspire por lo que te rodea.

—Supongo que tiene razón —aceptó, bañando un pedazo de carne en la salsa marrón.

—No me des la razón como a los idiotas.

Fidel levantó los ojos del plato y la miró. Estaba seria.

—Se lo digo de verdad... Mi problema es que siempre soñé con contar una gran historia y cuando creí que lo había hecho, resulté ser un impostor.

—El talento viaja contigo —contestó, animándolo—, deja que hable por ti... y no de ti.

Las palabras sonaron como un bálsamo, aunque no supo bien de qué modo interpretarlas. Puede que Leonor tuviera razón y que la historia deambulara fuera de su ombligo.

Fidel sonrió y se limpió la barbilla con la servilleta de tela.

—Gracias —dijo, mirándola fijamente.

Ella estiró la mano por encima de la mesa y le acarició el brazo.

—Ahora, ¿me vas a decir qué has hecho esta mañana para llenarte de arena?

—¡Oh! Eso... Casi lo había olvidado —explicó, recordando el incómodo accidente de la playa—. Ha sido vergonzoso...

—¿Te ha visto alguien?

—Por desgracia.

—¿Una chica?

—Sí.

—¿Era bonita?

—Ya lo creo —respondió sincero, recordando a la corredora—. Se llama Andrea y debe de ser de por aquí.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó con curiosidad.

Él tomó aire.

—Morena, delgada, atlética, entrometida... Y diría que más joven que yo.

—Te ha gustado.

—Ya sabe que sí.

La mujer ladeó el rostro y miró a la terraza.

—Hay una chica que corre todas las mañanas por la playa... —comentó, señalando al mar—. Desde el balcón, la veo pasar... de ahí para allá... Y encaja con la descripción que has dado.

—De momento, me centraré en el libro.

—¿Quién sabe?

—Es mejor así.

—No te cierres al destino.

—El destino me espera el lunes en Madrid... y más vale que tenga un par de capítulos terminados.

—Quizá no consigas escribir un párrafo, pero puede que, después de todo, el viaje merezca la pena.

16

Jueves, 22 de febrero de 2007.

Alicante, España.

Unas horas antes.

El despertador del teléfono sonó por tercera vez.

Abrió los ojos resecos, con las pupilas inyectadas en sangre, confundido, sobresaltado, y respiró profundamente, agarrándose a los laterales del colchón.

Dio varias inhalaciones, con la mirada en el techo del minúsculo cuarto de la pensión, hasta que recuperó el equilibrio mental.

—¡Uf! —exclamó, soltando el aire acumulado en los pulmones. Desde el comienzo del periodo de abstinencia, sufría ataques de ansiedad que se manifestaban cuando menos lo esperaba. Pensaba que había logrado controlarlos, pero lo cierto era que estos lo manejaban a él. La razón era desconocida, por mucho que los médicos le hubieran dicho que se debía al estrés que sufría su cuerpo. En el fondo, él sabía que procedía del subconsciente y conocía el origen.

Comprobó la hora y lamentó el retraso.

Aquel invierno lo estaba pasando mal. Tal vez se debiera al frío, a la falta de luz del sol, a las bajas presiones atmosféricas. Se cobijaba en cualquier excusa que diera sentido a su malestar, aunque lo cierto era que se notaba más cansado de lo habitual. No tenía más que mirarse al espejo, para ver cómo crecían las bolsas bajo sus ojos.

Tomó la botella de agua mineral que había en la mesilla de noche, la terminó de un trago y decidió darse prisa. Después de una rápida ducha de agua helada, se vistió y reflexionó sobre el encuentro de la noche anterior con Ojeda. La conversación había sido un calvario emocional.

Pero Ojeda no era su principal preocupación. El asunto de la señora lo ponía en un aprieto. Tenía un mal presentimiento sobre ello. Él no era un matón y esa clase de trabajos lo incomodaban. La muerte, el homicidio, por imprudencia o premeditado, dejaba

cicatrices imborrables en las personas. Lo había comprobado en el comportamiento de otros compañeros. Nunca volvieron a ser los mismos. Algunos sufrieron depresiones y a otros les cambió la visión del mundo que los rodeaba. Acabar con la vida de otra persona, de alguna manera, significaba perder un pedazo de su alma.

Por desgracia, Montaner no tenía elección. En esta ocasión, el precio a pagar era más alto y cruel que la acción que se le había encargado. Lo más irónico era que acabaría con una persona, para mantener con vida a otra.

Salió de la pensión, desayunó un café y una tostada con tomate y jamón en el bar del día anterior y ojeó la prensa local, con tal de distraerse. Su contacto le había proporcionado la información que necesitaba, por lo que prefirió dejar el revólver en la habitación, antes de la primera toma de contacto.

«Un error, un registro policial y todo se irá al cuerno».

Leonor Romero no encajaba con la clase de persona a la que había que visitar armado y en su cabeza intentaba evitar la violencia, a toda costa.

Con el desayuno a medio terminar, pensó en su esposa, llamó por teléfono al hospital y se aseguró de que estaba bien. Marina reaccionaba positivamente al primer día de tratamiento. Al enterarse de eso, los remordimientos se diluyeron por un breve espacio de tiempo, suficiente para convencerse de que, lo que iba a hacer estaría justificado.

Abonó la cuenta del desayuno, dejó unas monedas de propina y caminó hasta la estación de autobuses, que se encontraba al otro lado del casco urbano.

Allí comprobó el panel de salidas, compró un billete para el autobús de las diez y esperó en los andenes, fumando un cigarrillo y observando la mezcolanza de inmigrantes, pedigüeños y gentes extrañas que merodeaban por los alrededores del recinto. Montaner era buen conocedor de aquellos ambientes y los había frecuentado debido a las guardias nocturnas.

«Aprecias el lado amargo de la vida, cuando conoces su peor versión».

Un autobús llegó al andén número cinco y descargó a una decena de viajeros. Miró el billete y se aseguró de que ese era su coche. Terminó el cigarrillo, se puso a la cola y esperó su turno hasta que entró en el vehículo.

—Perdone, ¿cuánto tardaremos en llegar a Santa Pola?

—Unos cuarenta minutos, si nada lo impide —respondió el chófer.

Agradeció la información, se sentó tras el conductor y apoyó la cabeza en el cristal de la ventana.

***

El autobús salió de la ciudad y tomó una carretera secundaria que se alejaba de los edificios, dejando atrás cualquier resquicio de civilización. El paisaje no le decía nada. Estaba acostumbrado a los bloques de viviendas de ladrillo, a los solares inmundos que habían quedado vacíos a causa de la crisis inmobiliaria, a los huertos de palmeras asfixiadas por las plagas de insectos y los parajes ausentes de actividad. El chófer hizo cuatro paradas en las que los viajeros se reemplazaban por otros de aspecto similar. Por sus rostros, intuyó que la mayoría hacía el mismo y repetitivo trayecto cada jornada. Los cuarenta minutos parecieron una eternidad.

El autobús llegó a una estación situada junto a una caseta de la Cruz Roja.

—¡Última parada y fin del trayecto! —señaló el chófer, indicando la llegada al destino.

Con la boca seca y el trasero dolorido, el detective se apeó del autobús y buscó la cajetilla de tabaco. Al otro lado de la estación, vio una gran letra amarilla que indicaba la ubicación de un McDonald’s.

—Hasta aquí han llegado los americanos... —dijo en voz baja.

Cruzó la calle, entró en el restaurante y pidió un café para llevar. Pensó que nadie recordaría su cara. Los trabajadores tenían memoria a corto plazo, acostumbrados a escuchar a cientos de clientes a lo largo del día, repitiendo una y otra vez la misma cantinela. La muchacha que lo atendió le cobró antes de servirle la bebida y el expolicía aprovechó para aclarar una cuestión.

—¿Sabrías decirme dónde se encuentra esta calle? —preguntó, mostrándole la nota que Ojeda le había dado.

La chica frunció el ceño, pensativa. No parecía segura.

—Lo siento.

—¿Te suena un lugar llamado Gran Playa?

—¡Ah, sí! Claro que sí... —dijo y le hizo una señal a la parte trasera de la cocina—. Camine hacia el paseo y después en dirección sur.

—Eres muy amable.

Ella le respondió con una sonrisa forzada y dirigió sus ojos a la persona que esperaba detrás.

Salió del edificio, se apoyó en una mesa de madera y fumó tranquilamente mientras entraba en calor con el café. Desde allí, calculó la distancia del camino.

Como un errante en el desierto, transitó por las calles pegadas al paseo marítimo. Con un entorno tan desolador, pensó que las circunstancias jugarían a su favor. Una vez terminado el trabajo, no podría permitirse esperar al siguiente autobús que lo llevara de vuelta.

Cuando llegó a la playa, a lo lejos, vio el cartel de una cafetería. Se fijó en las esquinas de cada manzana, leyendo los letreros de azulejos que mencionaban los nombres de las calles, hasta que una conversación lo distrajo. Retrocedió unos metros y se ocultó tras la fachada de un restaurante que estaba cerrado. Se quedó quieto y alzó la vista hacia los balcones de las viviendas. El edificio estaba vacío, a excepción de la segunda y tercera planta, que tenían las ventanas abiertas. Vio a una anciana que hablaba con un hombre al que no podía verle la cara.

¿Era ella?, se preguntó, ¿y el otro, quién carajo era?

El tono de la lejana conversación se amplificaba a causa del silencio que reinaba alrededor de la vivienda.

«¡Oh, esto! No se preocupe, Leonor, no es nada... No estoy acostumbrado a correr por la playa».

La sospecha lo confirmó.

«Todavía tienes tiempo...»

«Te sentirás mejor después de la comida».

—Estupendo... —murmuró—, tenemos visita...

Quedarse allí, no sería de gran utilidad y comprendió que debía conseguir un coche para hacer guardia desde la calle.

«Roberto, la vida no siempre es justa... Te guste o no, alguien va a salir perjudicado de esto».

17

Jueves, 22 de febrero de 2007.

Alicante, España.

Se levantó de la lona y se puso en guardia.

—¡Sandra, por Dios! —bramó el instructor—. ¡Te he dicho mil veces que no uses los ojos!

Esa tarde estaba desconcentrada. Era la tercera vez que Mario la atacaba y no lograba defenderse. El cuerpo le dolía, notaba los músculos entumecidos y la cabeza abrumada.

«Respira, utiliza tus sentidos».

La primera regla del *ninjutsu* era anticipar el ataque para golpear con una buena defensa. Había practicado aquel ejercicio cientos de veces con éxito y Mario ni siquiera la estaba golpeando con ferocidad. Algo fallaba dentro de ella.

—Venga, una vez más.

—¿Estás segura?

—No me cuestiones.

El instructor respiró hondo, tensó la mandíbula y clavó sus ojos en los de ella. A pesar de no tener interés de lastimarla, el fracaso implicaba un riesgo. Se adelantó un paso, le lanzó un puñetazo al rostro y ella bloqueó el brazo. Podía parecer un ejercicio de danza sincronizada, si no fuera porque las intenciones de Mario eran las de darle donde más dolía. La inspectora se precipitó, creyendo que su oponente buscaría golpearla con el brazo izquierdo, pero un movimiento de rodillas la desconcertó y una rápida patada en los tobillos la tiró al suelo.

Cuando su cuerpo rebotó contra la lona, Castillo gimió de dolor y el crujido llegó a su cabeza.

—Lo dejamos por hoy.

—¡No, sigamos! —insistió, desde el suelo—. Ayúdame a levantarme.

—Hemos terminado la sesión. Hoy no es tu día.

Ella dio un respingo y se incorporó del pavimento cuando el instructor ya le había dado la espalda.

—Quiero repetir.

—Ya me has oído... —espetó el hombre, cansado, dirigiéndose hacia un rincón del gimnasio para hidratarse—. Hoy tienes la cabeza en otra parte, así que no hay nada que hacer. Aclárate, date un respiro y practicaremos el próximo día.

—Es injusto.

—No, no lo es. Más bien, es peligroso que sigamos así —explicó, abrió la puerta que llevaba a los vestuarios y se despidió—. Ponte hielo antes de que se inflame.

***

Dos horas después, cerca de las siete y media de la tarde, Sandra esperaba con una cerveza en la terraza de The Duke, un bar irlandés de la plaza de Alfonso X El Sabio. El alcohol funcionaba mejor que las bolsas de guisantes congelados. Tenía el turno libre y había aprovechado para reunirse con Carla, una de las pocas amigas que mantenía después de la separación. Abogada de profesión, además de apoyarla moralmente, se encargaba de aconsejarla para que los trámites del divorcio llegaran a buen puerto. En un principio, Castillo le había negado la oferta, pero acabó cediendo tras ver que su carácter impulsivo no la ayudaría.

Con veinte minutos de retraso, la abogada salió de un taxi, vestida con traje de oficina y caminando sobre unos tacones que llamaban la atención cuando se clavaban en la acera. Por su forma de vestir y de moverse, Sandra y Carla eran como la noche y el día. Pertenecían a mundos distintos que, por suerte, estaban iluminados por la misma estrella.

—Lo siento, de veras... —se excusó, acercándose a la mesa. Después pidió una copa de vino blanco para ella. Acalorada, dejó el bolso sobre la silla, resopló y se sentó frente a la amiga—. Tenemos un cliente que es un auténtico dolor de cabeza... No te imaginas las ganas que tengo de terminar con él.

—No te preocupes, no pasa nada.

—¿Cómo estás? —preguntó, escaneando su rostro—. Te noto... cansada.

—Me han dado una buena paliza, eso es todo.

La copa de vino llegó a la mesa. Carla repasó al camarero, con interés.

—No está nada mal, ¿verdad? Menudos brazos...

Sandra no prestó atención al hombre.

—¿Has acabado de babear?

—En fin... —contestó poniendo los ojos en blanco y dio un sorbo al vino—. ¿Qué es de tu vida?

—No tengo una que merezca la pena vivir.

La abogada arqueó las cejas.

—¿Otra vez con ese tema?

—Ya lo sabes.

—Ya te dije que llevas las de perder, Sandra...

—Al cuerno con mi situación. Quiero recuperar mi vida anterior.

—¿Por qué no te das un respiro? Esperas a que pasen unas semanas, a que se airee el ambiente y, cuando sepas lo que buscas, te reúnes con tu jefe. Seguro que podéis llegar a un acuerdo.

—No pienso hablar con ese cretino.

—¿Algún trapo sucio?

—¿Estás de broma? —preguntó, ofendida—. Es la Policía Nacional, no Ally McBeal.

—Está bien, está bien... —dijo, evitando la discusión—. Olvídalo.

—Oye, agradezco tu apoyo, pero no tengo nada interesante que decir —respondió, inexpresiva, levantó el vaso y le dio un largo trago a la cerveza—. Háblame de ti, ¿qué tal te va todo?

Por un instante, sólo pretendía ser cordial con su amiga, comportarse como una persona normal.

—Bien, supongo... —arrancó y dio otro sorbo a la copa—. Luis y yo estamos pensando en comprar una casa más grande y eso incluye vender el apartamento que ya tenemos.

—Estás pensando en tener hijos.

La amiga se ruborizó.

—¿Me lo preguntas?

—Lo afirmo... y haces bien. Hay que tenerlos antes de que sea tarde.

Las dos rieron. Carla levantó la copa y brindaron juntas.

—Oye, ¿y tu compañero? Es bien guapo...

—¿Abellán?

—Sí, ¿qué tal te trata?

—Simpático, lo justo... pero no sigas por ahí.

—No te pongas nerviosa... —respondió, con una risita—. Es por hablar de algo...

—Trabajo con él, mi vida es la oficina y ambas cosas son una mierda en este preciso instante. ¿Qué quieres que te diga?

—Sé que te ha apoyado después de, ya sabes... Lo que pasó.

—Y estoy agradecida, pero no me interesa Abellán, no es mi tipo... y vive en pareja.

—¿Está casado?

—¡No!

—¿Entonces, desde cuándo ese ha sido un problema para ti? Es probable que le gustes.

—Según tú, que le gusto a todos.

—A todos, menos a Luis.

—Perdona, a tu marido también.

Volvieron a reír.

—Te digo en serio lo de tu compañero.

—Pues lo tiene complicado —respondió, sonriente, y agarró a su amiga por el hombro—. Carla, quiero recuperar mi vida y ser feliz, nada más.

La abogada la miró preocupada. Castillo se acorazaba cada vez más en un escudo que, más pronto que tarde, terminaría enfriando su corazón.

—Estás todo el rato con lo mismo —comentó la abogada, apurando el vino de la copa—. Yo también quiero que lo seas, Sandra, pero estás volcando tu frustración en el trabajo... y eso no es bueno.

—Es mi manera de hacer terapia.

—Te lo digo como amiga, Sandra... —respondió, en voz baja—, y también como tu abogada. Déjalo estar... o tendrás que buscarte

otra cosa.

18

Sábado, 24 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola

Alicante, España.

Había logrado arreglar la mesa, gracias a un carrete de cinta adhesiva que Leonor le había prestado. Pasó la jornada del viernes escribiendo, enfrentándose a la página en blanco con todo su empeño, sin salir del apartamento. De vez en cuando, durante las pausas, estiraba las piernas, se asomaba al balcón y miraba a la playa, por si la chica volvía a aparecer corriendo por la orilla. No hubo suerte y se alegró de que fuera así. Era consciente de que de algún modo, evitar las distracciones lo mantenía concentrado en su propósito. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía inspirado y eso le hacía feliz. Fidel no era un escritor que planeara sus historias de antemano. Necesitaba entrar en sintonía, como él decía, que no era otra cosa que conectar con las palabras y evadirse de la realidad en la que vivía. A veces le llevaba días, pero otras veces podían pasar semanas. Cuando esto ocurría, se escudaba en que la planificación mataba el encanto de la improvisación, pero lo cierto era que hablaba desde la única experiencia que tenía. En esta ocasión, parecía que las palabras brotaban al ritmo de sus pulsaciones, aunque carecieran de rumbo, y eso lo mantenía motivado.

La mañana del sábado, despertó con ganas de regresar al trabajo y con el mismo interés de asomarse al balcón.

Con una taza de café junto al ordenador portátil, despegó la vista del teclado cuando notó la vibración del teléfono.

Suspiró, lo agarró y se levantó de la silla.

—¿Sí? —preguntó al descolgar.

—Vaya, has vuelto a tus madrugones —dijo una voz y Fidel comprobó la hora en el reloj de la pantalla del portátil. Eran las ocho y media—. Supongo que estamos de celebración. ¿Cómo va la escritura?

—Va, que no es poco.

—¿Tienes algo?

—Sí...

—Me lo vas a enviar, ¿verdad?

—Eso lo has dicho tú, Gerardo. Necesito más de tiempo para saber si merece la pena...

El editor soltó un lamento al otro lado.

—Vamos a ver, Fidel, ¿cómo quieres que te explique que no nos queda tiempo? —preguntó, presionándolo—. Mándame lo que tengas escrito, seguro que está bien. Los escritores vivís siempre con la inseguridad de no estar a la altura de lo anterior...

—No, Gerardo. Simplemente, necesito un día más para ordenar las frases, darle sentido al texto...

El editor suspiró. La negociación no parecía ir a ninguna parte.

—Al menos, cuéntame la sinopsis.

Fidel carraspeó. De pronto, sintió una inseguridad que nació en la boca del estómago. En voz alta, no parecía tan maravilloso.

—Es sobre un joven que regresa al lugar en el que había sido feliz durante su infancia... —explicó, pronunciando las palabras con cuidado—. Debo desarrollar más la idea.

—Sí, desarrolla... y añade ganchos al final de cada escena.

Fidel esperó unos segundos. Se arrepintió de haberlo contado.

—Tranquilo.

—Envíame los primeros cuatro capítulos —ordenó, dispuesto a terminar la conversación, sin estar convencido por el argumento que el escritor le había planteado—, y no olvides que las dos primeras páginas son las más importantes... Escribe algo que atrape desde el primer párrafo y, si puede ser, que haya un poco de crítica social... y también sexo, pero el justo. Ahora mismo, es lo que busca el público.

—No es una novela comercial, no me interesan...

—Fidel, esto es un negocio como otro cualquiera, grábatelo en la mente...

—Ni el Diablo compra tan barato...

—Tú mismo, eres libre.

—No me hagas reír, por favor.

—Sí, yo te aconsejo, pero eres libre de sepultar tu carrera. De eso eres libre.

—Gracias por los ánimos. Necesitaba escuchar algo así.

—Cuídate, anda... Envíame eso y nos vemos pronto.

Gerardo colgó la llamada, dejando un regusto amargo en el escritor.

«Esto es un negocio, como otro cualquiera», repitió con desprecio para sus adentros y dejó el teléfono sobre la mesa.

Ese era el problema de Fidel, que no entendía la escritura de ese modo.

Vender ejemplares era importante, y cuanto más, mejor. Cada ejemplar cobrado alargaba el próximo contrato, pero... ¿qué quedaba del escritor, si sucumbía a las ideas de sus jefes?

Sin dinero, su carrera no iría a ninguna parte.

«El éxito no depende del talento», reflexionó, recordando a la vecina y le otorgó la razón.

El sol comenzaba a reflejarse sobre el horizonte de las aguas tranquilas del mar. Sumido en un océano de dudas y temores, salió al balcón para relajarse con la brisa de la primera hora de la mañana. Era una estampa agradable, rodeada de silencio y ausente de contaminación. Apoyado en la barandilla, la reconoció al instante. Estaba corriendo a toda velocidad, de un extremo a otro. Como una sombra, se perdió por el lado derecho de su campo de visión.

El pulso se le aceleró y las ideas florecieron en su cabeza.

«No parezcas un pesado», se dijo, rascándose la barbilla.

Después se puso la ropa deportiva, abandonó el apartamento y salió directo hacia la playa.

***

El agua helada de la orilla rozaba sus pies descalzos. Se sentía vivo, fresco y nervioso. Antes del viaje, no se planteó que correría detrás de una mujer, pero lo estaba haciendo y se dirigía al sur con la esperanza de encontrarla.

Atravesó la zona de Gran Playa y también la de Playa Lisa, cuando las dudas regresaron a su cabeza, indicándole que estaba

cometiendo un error. En ocasiones, los caminos se cruzan una vez, igual que pasan los trenes por la estación y de la misma manera que la muerte perdona a una persona de un trágico final. Fidel comenzó a convencerse de que no volvería a encontrarse con ella. A la altura del viejo espigón que separaba la zona residencial de la playa salvaje, se detuvo y miró hacia la costa que bordeaba la bahía y se perdía en el cabo. Podía correr por la playa y continuar hasta encontrarla, pero había que tener la cabeza en las nubes para cometer tal estupidez. Entre las dunas, notó que algo se movía.

—¿Fidel?

El rostro del escritor enrojeció. Se giró y la vio, ceñida en su indumentaria deportiva, con el cabello recogido en una cola de caballo, trotando hacia él.

—¿Qué hacías entre las dunas?

Ella sonrió y señaló un camino de tierra que rodeaba el área y regresaba a la playa.

—Dar la vuelta al recorrido —explicó—. Me ayuda a sumar metros.

—Entiendo...

—Eres un mal pensado... ¿Me has estado siguiendo? —preguntó, causándole sonrojo, al dar en el clavo—. Te he visto en el balcón de tu casa.

—No sabes dónde vivo.

Ella avanzó unos pasos, obligándolo a retroceder.

—¡Venga! Por favor... ¿Crees que no me iba a dar cuenta?

—Te juro que no sé de lo que hablas.

Juguetona, negó dos veces con la cabeza.

—Mientes fatal.

—Se me da mejor por escrito.

—Podría denunciarte por acoso.

—Pero no lo harás —respondió él, coqueto y siguiéndole el juego —. Además, es sábado.

—¿Y qué?

—¿Quieres tomar algo más tarde?

Se lanzó sin pensarlo. El esfuerzo debía merecer la pena.

Ella se lo pensó unos segundos.

—¿Qué, contigo?

—No voy a estar mucho tiempo aquí...

—¿Cuándo, esta noche?

—Sí, esta noche —respondió—. La vida no tiene por qué ser perfecta, pero hay que vivirla.

Ella no pudo evitar la risa por el comentario y él la acompañó.

—¿Con cuántas chicas has usado esa frase?

—Eres la primera que se ríe.

Andrea sonrió y cambió la expresión.

—No hay mucho que hacer aquí, si te soy sincera.

—Estoy acostumbrado a no esperar demasiado... ¿Siete y media?

Ella miró a los edificios lejanos, se puso los auriculares y se giró hacia él.

—A las ocho, en el puerto... —respondió y la música empezó a sonar—. Y no llegues tarde.

Cuando quiso preguntarle por su teléfono, la chica echó a correr.

19

Sábado, 24 de febrero de 2007.

Alicante, España.

Desayunó en la barra del mismo bar que había frecuentado desde su llegada. A lo largo de sus años como policía, había conocido y estudiado a los mayores criminales de Valencia, desde ladrones de bancos a asesinos múltiples. Gran parte de ellos llevaban una vida muy diferente al perfil que se mostraba en la televisión. Rutinas simples, como las del resto, sin renunciar al café de la mañana en el bar de barrio, a la conversación corta sobre lo cotidiano y, en ocasiones, al buen humor gratuito. La otra cara de la moneda, que sorprendía a los del entorno más cercano, cuando los periódicos publicaban las atrocidades cometidas. De todo se aprende, decía Montaner, y qué mejor experiencia que aquella, pensó, para moverse de un lugar a otro sin llamar la atención de los desconocidos.

El teléfono sonó, era Quintana.

Las excusas empezaban a cansar al marchante de arte.

—¿Qué está haciendo? Su mujer se apaga mientras te quedas de brazos cruzados... Recuerde que su vida depende de mí.

—Necesito un coche para poder vigilarla —explicó el detective, con voz sombría, un día después de la visita a la vivienda de Leonor Romero—. En el edificio vive más gente, así que haré guardia las veinticuatro horas.

—¿Cómo está?

—¿Quién?

—La señora Romero.

El detective se quedó pensativo.

—Es una anciana, pero puede caminar.

—Dele recuerdos de mi parte cuando hable con ella.

Colgó, terminó el café y el cruasán con mantequilla que había pedido y pidió la cuenta.

El reloj jugaba en su contra y la paciencia no era algo por lo que destacaba su interlocutor. Sin embargo, Quintana sí tenía el don de cumplir los deseos ajenos en poco tiempo y el coche no tardó en llegar.

En unas horas, se presentaría en el Aeropuerto de Elche, Alicante, para recoger un vehículo de alquiler a nombre de otra persona. Quintana le confirmó que se encargaba del papeleo, pero que se le acababa el tiempo para rematar el asunto.

Un autobús urbano lo llevó hasta la terminal. Se bajó en la última parada y buscó por el aparcamiento a la persona que Quintana le había indicado. El traspaso de llaves se haría de extranjis. Sacó el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo en el interior de aquel cementerio de vehículos llenos de polvo y abandonados a la suerte. Dio una larga calada y exhaló el humo, formando una nube blanca en al aire. Entre las filas de coches, a unos cuantos metros de él, asomó la cabeza de un tipo que lo reconoció. Tras un silbido, el individuo apareció vestido con un chándal y un anorak que lo protegía del frío.

—¿Montaner? —preguntó, sin rodeos.

El detective dio un vistazo a su alrededor, antes de responder.

—Las llaves —musitó.

—Se devuelve entero, ¿entendido?

Prefirió no contestar.

El tipo cerró la puerta del Ford Fiesta gris, le lanzó el llavero del coche y echó a caminar en dirección opuesta. El detective entró en el sedán y lo recibió un ambientador dulce de gasolinera, que colgaba del retrovisor.

Arrancó el vehículo, puso la primera marcha y se dirigió hacia la salida del aparcamiento para tomar la nacional que lo llevaba a Santa Pola.

***

«Es complicado darse cuenta y aceptar que toda tu vida ha sido una farsa», se dijo, conduciendo hacia el apartamento de esa mujer. Recordó sus días como policía, en los que su única certeza era la de

regresar a casa al final de la jornada. Días en los que él era la autoridad, la ley su amparo y el poder su aliado. Durante años, la comisaría fue la certeza de saber que había un motivo por cada decisión que tomaba, fuera correcta o no. Ahora se sentía como un vagabundo escondido en los callejones a los que no pertenecía; un intruso de las avenidas, un farsante avergonzado. Desde su salida, ya no existía tal cosa, ni refugio, ni memoria, ni razón, y sólo la incertidumbre lo acompañaba en cada momento.

De camino al pueblo costero, paró en un bar de los Arenales del Sol, llenó el estómago y compró provisiones para las siguientes horas. Continuó el viaje por una carretera secundaria y salvaje que bordeaba la costa y el acantilado del faro, entró en el municipio por el este y a medida que se acercaba al puerto, comenzó a recordar ciertas localizaciones que había visto en su primera visita. Luego recorrió el pueblo y notó como el viento agitaba las palmeras que bordeaban la playa. Antes de lo que imaginó, estaba cerca de la vivienda de aquella mujer.

Aparcó en la calle que daba a las espaldas del edificio y se quedó dentro del vehículo, a la espera de que ocurriera algo. Le aburría pensar en la cantidad de horas muertas que tendría aguardar allí metido. Las luces de los dos apartamentos seguían encendidas. Sacó un cigarrillo y fumó. ¿Quién era ese hombre?, se preguntó. A decir verdad, le importaba más bien poco lo que hiciera allí, siempre y cuando no interfiriera en su tarea. Con la suerte a su favor, siendo sábado, este abandonaría el apartamento en algún momento.

Varias horas más tarde, la tranquilidad lo abrumaba y echaba de menos el ritmo y el ruido de la ciudad. Con la radio encendida, una lata de Coca-Cola y un bocadillo envuelto en papel de aluminio, aguardó en el interior del coche, sin quitar ojo a la parcela del edificio. El magacín del sábado, un programa insulso que se limitaba a poner canciones y hacer compañía, lo cansó y apagó la radio.

Encendió otro cigarrillo y abrió la segunda lata de refresco. Las dudas lo abrazaron lentamente, como los tentáculos de un calamar, hasta preguntarse si perdía el tiempo con esa mujer.

No quería hacerle daño, ni cargar con la culpa por el resto de sus días, porque sabía que el remordimiento era la compañía más

dolorosa que podía existir cuando se aproximaba la muerte.

Observó el temprano anochecer de una jornada de invierno. El sol perdía fuerza y se ponía lentamente entre las montañas del sur, que quedaban ocultas por las torres de viviendas del final de la playa. Poco a poco, las calles se transformaron en una cuadrícula sombría y sin luz. Algunas farolas se encendían y otras no, provocando largos trayectos de oscuridad entre las calles. Entre bocado y bocado, la noche se cerró y el frío húmedo comenzó a colarse por la ventanilla del vehículo, pero no notó ningún movimiento en el apartamento de la señora. La cafeína ya no lo mantenía despierto y se cuestionó dónde estaría, y si habría salido.

Entonces, todas las luces se apagaron y la penumbra abrazó el edificio.

Bajó del vehículo, desconcertado, dispuesto a entrar en la propiedad y se dirigió a la parcela. Cruzó la puerta que separaba la finca de la calle. Los pasos crujían sobre la grava del aparcamiento y dio un vistazo a la parte trasera, por donde se podía ver la luz de las escaleras.

«Maldita sea», lamentó al oír un portazo procedente de arriba y buscó la manera de esconderse.

Los pasos acelerados descendieron por las escaleras del edificio, indicándole que el hombre estaba a punto de salir a la calle. Se quedó quieto, pegado a las duchas exteriores que había en la parte trasera. La puerta del edificio se abrió. Entonces vio que era joven y a su paso dejó una estela de colonia en el aire. Aguardó unos segundos a que desapareciera y se percató del viejo Renault que había en la calle. El muchacho abrió la puerta del conductor y Montaner aguantó el aliento, deseando que se largara.

Pero, de repente, el desconocido se giró y regresó al interior de la propiedad.

El detective dio un paso atrás en la oscuridad, y una mala pisada hizo crujir la grava.

El chico se detuvo.

Si lo sorprendía, no tendría más remedio que enfrentarse a él.

«Lárgate, muchacho».

Podía sentir su respiración y oír sus pensamientos.

Montaner apretó los puños y se quedó parado, contando los latidos que rebotaban en su cabeza.

«Vamos... No quiero hacerte daño».

Entre la madreselva que rodeaba el muro, vio los ojos de un gato negro que lo observaba.

«No me jodas ahora».

El desconocido avanzó unos pasos. Montaner podía notar su figura y calculó que, si lo golpeaba, debía acertar a la primera.

De pronto, el maullido del gato desvió la atención y el animal echó a correr por el muro, dando así una explicación a los ruidos. El muchacho salió del aparcamiento, olvidando la causa que lo había obligado a volver y subió al coche. El expolicía contempló cómo los faros traseros se alejaban lentamente por el cruce, como dos luciérnagas coloradas en busca de la luz.

Salió de la penumbra y se dirigió a la puerta.

Ahora tenía el camino para él solo y nadie lo iba a detener.

«Lo siento, Marina, pero el miedo nos obliga a hacer cosas terribles».

Empujó hacia dentro, cruzó el umbral y cerró con cuidado.

20

Sábado, 24 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola

Alicante, España.

No había logrado dormir la siesta por culpa de esa chica. Fidel no tenía claro qué significaba la velada, pero lo cierto era que estaba nervioso. Para él, a partir de las siete de la tarde, ya podía considerarse una cita.

Le hubiese gustado contarle la anécdota a su longeva vecina, pero cuando regresó al apartamento, encontró en su puerta un regalo. Junto al escalón, había una nota, acompañada de un plato con un pedazo de quiche (un pastel de carne) y el viejo ejemplar de *El Gran Gatbsy,* al que había curioseado durante la visita en su casa.

Querido Fidel, Estaré fuera unos días por un asunto personal. Aliméntate y escribe mucho. Te dejo algo de alimento. Puedes quedarte con el libro, sé que lo apreciarás más que yo. Hasta pronto. Leonor

Cuando se acercaba el atardecer, las calles estaban vacías, los pocos bares que abrían ya habían cerrado, y sólo se observaba luz en algunos de los balcones más próximos al núcleo urbano de Santa Pola. Al volante del viejo coche, conducía hacia el puerto del pueblo para encontrarse con Andrea. No esperaba nada por su parte y eso era lo mejor de todo. Siguió las indicaciones de las señales de tráfico, bordeó el puerto, que era un descampado de tierra cercado por una valla metálica de gran extensión y llegó a un cruce que continuaba hacia el casco antiguo. Sobre el tejado de un edificio de dos plantas, con aspecto de restaurante, observó el rótulo luminoso e intuyó que estaba cerca del destino. Se desvió de la avenida de semáforos que atravesaba todo el puerto y paró en una de las numerosas plazas de aparcamiento que había frente a la entrada del restaurante.

Al salir del coche, vio su sombra bajo la luz de la farola y caminó hacia los barcos que se veían al otro lado del establecimiento. La humedad era notable, se colaba por los huesos y esperó que Andrea no tardara mucho en aparecer.

Con pasos cortos, matando los segundos, notó la brisa helada que lo acariciaba. Dio un largo suspiro y se aproximó a las redes tiradas junto a un bote atracado en el muelle. Comprobó la hora en el teléfono, vio que ya era tarde, pero la chica no llegaba.

«No sería el primer plantón», pensó, a punto de darse por vencido.

Miró en sendas direcciones, buscando una silueta que se moviera entre tanta oscuridad, pero no vio más que el desplazamiento de la tripulación del barco de pesca que saldría a faenar pronto.

Con la mandíbula tensa y las manos heladas, se acercó al borde de espigón y observó el reflejo de la luz de la luna en el agua densa y contaminada de carburante que chocaba con la piedra.

«Pierdes el tiempo aquí... Si te quedas un minuto más, te arrepentirás», se dijo, cuando, sin esperarlo, unas manos lo empujaron al agua.

—¡No! —exclamó, en un acto reflejo, echando todo su peso hacia atrás para evitar la caída. Las manos lo agarraron con fuerza y lo tiraron a la superficie—. ¡Ayuda!

Se enredó con la montaña de redes y boyas y cayó al suelo.

Asustado y confundido, la vio frente a él, riendo como una niña pequeña.

—¿Eres idiota?

Enfadado, se puso en pie, sacudiéndose la ropa.

—Si quieres que me vaya, lo has conseguido.

Andrea reía, ocultándose la boca con la mano.

—Lo siento, no pretendía enfadarte...

—¿Y si llego a caer al agua?

—Ya te he dicho que lo siento —respondió, ahora más seria.

—No, no hace falta que lo repitas, ya te he oído la primera vez.

Ella lo miró y él sonrió. Una de las virtudes de Fidel era que podía perdonar con rapidez.

—Eres un idiota. Tendrías que haber caído al agua.

—¿Me vas a explicar qué hacemos aquí?

Ella lo agarró de la mano. Primero notó el calor de su piel y después un cosquilleo que le hizo olvidar lo sucedido. Andrea apuntó con su índice hacia el horizonte.

—¿Ves aquellas luces? Son de la isla de Tabarca —explicó, dejando que el brillo de la luna iluminara sus ojos—. En el pasado fue una cárcel, una tierra de piratas... Hay diferentes leyendas sobre la isla.

—Y ahora... ¿qué es?

—Un destino turístico.

Él notó que seguía apretando su mano. Hizo un ademán para bajar el brazo y ella no opuso resistencia.

—¿No creerás en esas historias? —preguntó con burla—. Ya me entiendes, de piratas y tesoros...

Andrea negó con la cabeza.

—Pensé que podría ser de utilidad en tu libro —contestó, seria—. Nada más.

—Agradezco la aportación, pero estoy un poco mayor para los cuentos de Disney...

El semblante de la joven cambió y se volteó hacia las luces que procedían del centro.

—Tengo hambre —dijo, con voz firme—. Será mejor que vayamos a cenar algo.

Fidel cruzó los brazos.

—¿Te ha sentado mal algo de lo que he dicho?

—No, pero es tarde, ¿queda claro?

—Relájate, ¿quieres? Lo que está claro es que estás molesta.

Ella lo miró, imitándolo con gestos.

—Mira, cuando estoy hambrienta, tengo mal carácter, así que no me provoques...

—Eres una persona complicada, ¿te lo han dicho alguna vez?

—No bromeo, Fidel.

—Ya, ya lo veo.

—Ven, te llevaré a mi restaurante favorito.

21

Al otro lado de la avenida, entraron por una calle residencial que los llevó hasta una pequeña pizzería llamada La Dolce Vita, ubicada en los bajos de un bloque de viviendas y rodeada de torres de apartamentos. El interior estaba vacío, a excepción de una mesa en la que una pareja parecía celebrar algo con poco romanticismo y escasas muestras de afecto. La camarera saludó a Andrea, intercambió unas breves palabras con ella y los dirigió hasta una pequeña mesa, al otro lado del salón.

Se sentaron, ojearon la carta, Fidel se decantó por una cerveza y ambos acordaron pedir un par de pizzas diferentes para compartir en el centro. De algún modo, la falta de pomposidad del local también ayudó a que se sintiera más cómodo, sin pretensiones, con las cartas al descubierto.

—¿Es aquí donde traes a tus citas? —preguntó él, mirando a la austera decoración del local.

—Sólo a los idiotas que rescato en la playa...

—Muy graciosa.

—¿No te gusta el sitio?

Él se encogió de hombros y después rascó la etiqueta del botellín de cerveza.

—Te puedes ir al cuerno.

—Un poco tarde, ¿no crees?

Andrea dejó la carta del restaurante a un lado.

—Escucha, ya te he dicho, estoy hambrienta.

—Lo sé, pero dudo que la comida aparezca por arte de magia... Así que encuentra la calma, antes de que yo también pierda la mía.

—La calma está sobrevalorada.

Él sonrió con incomodidad. La cita estaba siendo un desastre, pero empezaba a divertirse.

—Bueno, ¿cuál es tu historia?

—Soy reportera y trabajo para el Diario de Alicante. Esa es mi historia.

—Tu currículo cabe en una cuartilla...

—¿Y el tuyo?

—Diría que en media.

Andrea dibujó una mueca en su cara.

—Cubro lo que sucede en los pueblos del Bajo Vinalopó y, en ocasiones, les vendo alguna pieza a los medios generales.

—¿Pagan bien?

—Rara vez sucede, aunque no les interesa lo que pasa por aquí... Pagan algo, pero no da para nada... Yo tampoco les escribo un Pulitzer, así que...

—Comprendo... —comentó él, sintiendo algo de pena por la chica. Él no era rico, ni por asomo, pero gozaba del pequeño privilegio de no pisar una redacción—. Vives aquí, ¿no?

—Así es, escritor.

Fidel miró de nuevo a su alrededor, como si sus ojos traspasaran las paredes del local y llegaran hasta la orilla de la playa.

—No está tan mal. Es un lugar tranquilo y tienes el mar.

—Sí... y es barato, si es lo que quieres saber.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Conozco a los tipos como tú.

Él hizo una mueca y dio un trago al botellín.

—No me conoces de nada.

Llegaron las pizzas a la mesa y Fidel se mordió la lengua antes de iniciar una discusión. De algún modo, sentía que Andrea se escondía bajo un escudo para protegerse, pero él no tenía intenciones de ofenderla. Disfrutaron de la comida, pidió una segunda cerveza y Andrea le confesó que hacía años que vivía sola y que la relación con su padre siempre había sido complicada.

—Mi padre trabajaba como pescador y pasaba mucho tiempo fuera —explicó, con cierto dolor en sus palabras—. Supongo que el mar lo transformó, como nos cambia a todos los que vivimos aquí una larga temporada... Cada vez que se marchaba, me preguntaba si volvería y me arrepentía de no haber hecho nada por arreglar nuestras diferencias... Después regresaba, nos llevábamos bien por un tiempo y, al poco, todo se volvía a fastidiar...

—¿Por qué hablas de él en pasado?

Ella le lanzó una mirada triste.

—Murió hace años.

—Lo siento.

—Estaba escrito.

—Da igual, supongo que nunca es fácil aceptar la pérdida de un ser querido.

Ella sopesó la respuesta.

—Allá —dijo y señaló al horizonte imaginario—, donde no hay tierra de por medio, pasan cosas, Fidel, cosas que no me contó... y que ahogó en alcohol para que no salieran de él.

—Lo siento, de veras.

Ella alargó la mano y le dio un toque sobre la suya, acompañando el gesto con una mueca forzada.

—Ahora ya conoces mi historia... Háblame de ti.

—¿De mí?

—Sí, claro —afirmó, cambiando el tono hacia uno más amable—. Te he buscado en Google. Quería darte una oportunidad.

—Vaya, ¿qué has averiguado?

—Que eres de Madrid.

—No está mal.

—Y que las críticas no hablan muy bien de tu obra.

—Pero salgo hermoso en las fotografías... Internet perdona, pero no olvida.

—¿Qué hay de ese libro que estás escribiendo?

—¿La novela? —preguntó en voz alta, con el estómago lleno y la cabeza en otra parte. Tan sólo deseó que la chica no ahondara en su "exitosa" carrera—. Bien, ahí va... En realidad, vine sin una hoja de ruta... Necesitaba alejarme de la ciudad.

—¡Oh, Madrid! La gran urbe... —dijo, burlona, mirándolo de reojo —. Debiste pasarlo realmente mal para titular la novela «Delirio de Madrid».

—El original era «Delirio de grandeza en Madrid» —le aclaró, chistoso—, pero me aconsejaron acortarlo.

—¿Todos los escritores sois tan egocéntricos?

—No te puedes hacer una idea.

—Mejor así.

—¿Has estado alguna vez en Madrid?

—Por supuesto, aunque no me entusiasma.

—¿Prefieres Barcelona?

—No, en absoluto. ¿Qué tienen de malo los lugares tranquilos?

«¿Porque nunca pasa nada?»

—Nada.

—Si te soy sincera, yo tampoco lo entiendo, pero la realidad es que los de aquí se quieren ir allí y los de allí, morís por estar aquí.

—Sólo después de jubilarnos —bromeó—. Hacía muchos años que no venía a Santa Pola. Ahora me doy cuenta de que dejé pasar demasiado tiempo.

—Mal hecho. Debemos regresar al sitio donde fuimos felices.

—¿Para qué?

—Para darnos cuenta de que no lo fuimos tanto como creíamos.

Ambos rieron, pero las palabras de la chica resonaron en el escritor. Él tenía un sentimiento contrariado. Fue feliz, hasta que un recuerdo lo estropeó todo. Ahora que estaba allí, quizá no fuera felicidad lo que reinaba en su cuerpo, aunque sí una calma y una sensación de presente que no experimentaba en los últimos meses.

—Desde que he llegado, no han dejado de pasar cosas peculiares.

—¿Te refieres a tu espectacular caída?

—No, y tampoco me refiero a ti.

—Eres como esos protagonistas de novela que hablan con desconocidos en cada capítulo.

Fidel la miró extrañado. Tenía razón, aunque no era así. Al menos, no en gran parte.

—En mi edificio vive una mujer mayor.

—Que tiene un cadáver en el armario...

Él le lanzó una mirada molesta y ella simuló cerrar los labios con una cremallera.

—Me conoce, sabe quién soy, pero yo no guardo recuerdos de ella... y es extraño —confesó, pensativo—. Aún tengo edad para acordarme de todo.

—No tiene por qué... En general, todos olvidamos con facilidad, por eso tenemos el mundo que nos merecemos.

—Mis padres tampoco saben demasiado... En fin, ¿qué importa? Es una señora encantadora... No sé por qué te cuento esto, no quiero aburrirte con esta historia, de verdad.

—No, no... continúa. Nos estamos conociendo.

—Por eso mismo.

—No, es mejor que me hables de ella. Corremos el riesgo de que no nos guste lo que escuchamos.

Fidel chasqueó la lengua, se aclaró la garganta con la cerveza y buscó su mirada.

—O que nos guste demasiado.

El comentario formó un silencio que se alargó varios segundos. Andrea dirigió la vista al techo y elevó el botellín de cerveza.

—Por supuesto, escritor...

La risa diluyó la tensión.

—¿Cuál es tu libro favorito?

La chica tensó su espalda y lo miró desconcertada.

—¿Es un examen?

—No, curiosidad.

—No leo mucho.

—No importa, no es la primera vez que me contestan eso para evitar otra pregunta.

Ella ladeó la mirada y reflexionó un instante.

—Moby Dick.

—Ajá.

—¿Qué?

—Hija de marinero.

—¿Un cliché?

—Eso lo has dicho tú. Yo sólo lo he pensado.

El comentario la agitó.

—¿Y el tuyo, escritor?

Él arqueó una ceja y cambió el tono de voz hacia uno más grave.

—*El Gran Gatsby*.

—¡Oh! No me sorprende...

—¿Por qué? —quiso saber, extrañado.

—Porque eres un pijo y un esnob.

—¿Perdona? ¿Acaso has leído el libro?

—No hay más que ver tus andares.

—Es una obra universal...

—Me bastó con la película... Menudo bodrio. No sé qué tendrá esa historia.

Criticar la obra de Fitzgerald, para él, era entrar en arenas movedizas.

—Si quieres, te lo explico, Andrea, pero no puedo entenderlo por ti.

La chica sonrió por última vez, ignorando la provocación. Dio un trago a la cerveza, comprobó la pantalla de su teléfono móvil y algo cambió en su expresión. Después pidió la cuenta a la camarera.

—¿Está todo bien?

—Espero que no te importe, Fidel, pero es tarde y tengo que volver a casa.

—Empezaba a divertirme.

—Lo sé, y lo siento... pero mañana madrugo.

A la hora de pagar, él hizo un ademán para sacar su cartera, pero la expresión le cambió al no encontrarla en el interior del bolsillo del pantalón.

—¿Has perdido algo, escritor?

Fidel se palpó, inquieto, la chaqueta.

—Mierda, mi cartera... Creo que la he perdido.

Ella dejó varios billetes sobre el tique y lo miró.

—Ya...

—Te juro que no sé...

Antes de que terminara, ella le lanzó la billetera y él la agarró al vuelo, mirando a la chica con desconfianza.

—¿Cómo lo has hecho?

Andrea sonrió.

—A cambio, quiero que me invites a la fiesta de la presentación de tu próximo libro.

—Pero si Madrid no te entusiasma —dijo, confundido y guardó la cartera.

—¿Quién sabe? Quizá cambie de opinión.

Él aceptó y se preguntó en qué momento le habría robado.

Abandonaron el restaurante y la brisa helada de la noche se pegó a sus cuerpos. Acostumbrado al frío seco y mesetario del centro del país, aquel húmedo soplo le resultaba insoportable y complicado de evadir.

Caminaron en silencio algunos minutos en dirección al paseo de la playa. Él notó que algo se había roto durante la cena y que no había manera de arreglarlo.

«Eres un bocazas, Fidel».

Frente a la playa, que quedaba a escasos metros de sus pies, se detuvo y miró al mar, que ahora era de color negro.

—¿Te llevo a alguna parte? —preguntó, viendo cómo tiritaba de frío.

—Estoy bien. Vivo cerca de aquí.

Él asintió.

—En ese caso, gracias por la cena —respondió, sin más dilación, haciendo un ademán de marcharse—. Ha estado bien.

Andrea lo miraba a un metro de distancia, inmóvil, expectante. Buscó un mensaje en sus ojos, después en sus labios, y trazó un triángulo con la mirada, como si fuera el radar de un submarino, pero la chica era indescifrable.

Finalmente, desistió, sacó su móvil y se lo puso delante.

—¿No me vas a dar tu teléfono?

Ella negó con la cabeza y accedió a cogerlo.

—Sabes muy poco de mí... —dijo y marcó su número. El segundo aparato sonó en el interior de su abrigo—. Llámame antes de marcharte... Si no lo haces y vuelves a Madrid, ni te molestes en invitarme a la presentación.

—Confías demasiado... en mi libro.

—Buenas noches, Fidel —le dijo ella guiñándole el ojo, mostrándole que aún no estaba todo perdido.

Andrea se marchó por uno de los oscuros y silenciosos callejones del pueblo y desapareció en la penumbra. Fidel dio media vuelta, con el viento de cara, y caminó hasta el aparcamiento. Era tarde en su reloj y en su cabeza, para no pensar más en ella. El hechizo de Andrea ya había comenzado a intoxicar sus pensamientos.

Se metió en el viejo Renault, arrancó el motor y tomó el camino de regreso a su casa.

22

Sábado, 24 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola

Alicante, España.

Unas horas antes.

El expolicía subió los escalones hasta la tercera planta, cuestionándose cómo lo recibiría la anciana. Carraspeó, tragó saliva y tocó al timbre. En su cabeza, visualizó varios escenarios. En el primero, y el más pacífico, se presentaría para mantener una conversación breve, tantear la situación y evitar el pánico. En caso de que la mujer no cooperase, activaría el plan de emergencia: un empujón al interior, un golpe seco y maniatarla a una silla.

Tras varios segundos de espera, tocó de nuevo, insistiendo hasta tres veces. ¿Y si no había nadie?, se preguntó. Decidió llamar golpeando la puerta, haciendo ruido, provocando una reacción. La respuesta fue el silencio. Respiró hondo, revisó la cerradura y el grosor de la madera, que no parecía blindada. Retrocedió unos pasos, calculó el impacto y embistió la puerta con el cuerpo. Las tuercas y los tornillos volaron por el pasillo y Montaner provocó un estruendo que resonó en el resto del edificio.

Encendió la luz del corredor, recogió las piezas y rearmó la cerradura como pudo. No tendría una segunda oportunidad después de aquello. Comprobó el primer dormitorio, que estaba intacto y cerrado como si nadie lo hubiera tocado, y después el baño que había a la entrada. Siguió por el pasillo, comprobando las estancias, hasta que llegó al salón que conectaba con la cocina. Se peinó el bigote, en un acto nervioso e inconsciente, sin idea de dónde guardaría la dichosa caja.

—Deme una pista, señora.

Primero se fijó en el enorme y pintoresco cuadro que colgaba de la pared, observando las extrañas mujeres que había en él. Después revisó los estantes, buscó entre los libros y abrió los muebles que contenían las vajillas.

Continuó por la cocina, husmeando en los cajones, sacando hasta el último vaso de cristal con el fin de encontrar un escondite.

Una vez que terminó con el salón, fue a las estancias, donde actuó con menos delicadeza, poniéndolas patas arriba. Por último, entró en la que parecía el dormitorio principal donde dormía la señora. Sin reparo, abrió los armarios y metió la mano entre la ropa interior, cada vez más desesperado. El cuarto comenzó a ganar desorden a medida que sacaba viejas prendas y objetos antiguos de los cajones del armario. Pensó que perdía el tiempo. Ya sólo le quedaba la mesilla de noche. Miró las joyas, sin éxito alguno, y sintió que aquello no estaba bien. Meter la mano en la propiedad ajena, era como despojarla de sus secretos, de su intimidad. Llevaba más de una hora allí dentro, así que debía darse prisa y encontrar la maldita llave.

—Piensa, Roberto, piensa... —se dijo y regresó al salón, ordenando el caos que había dejado por su paso. Cansado, se apoyó en la puerta de la cocina y sus ojos se fijaron en algo que había ignorado antes.

—¿Qué demonios? —se cuestionó y caminó hacia los libros. Uno de los ejemplares de las novelas tenía un brillo extraño en la cubierta. Lo extrajo del estante y lo abrió. Era un libro hueco y de madera, y en su interior había un puñado de sobres aplastados—. ¿Cartas?

Leyó la dirección de los sellos.

Procedían del extranjero y parecían importantes.

Abrió la primera carta y la leyó por encima. Estaba escrita en francés, a máquina, y torpemente podía traducir el contenido:

Querida J.

Respeto tu postura, pero cada vez nos queda menos tiempo. Te niegas a que nos reunamos en Madrid y no sé muy bien por qué. Sé que es arriesgado cruzar la frontera y traerlo hasta aquí, pero, si no lo hago y te vas, todos estos años de silencio no habrán servido para

nada. El secreto debe caer en buenas manos y no desaparecer contigo cuando ya no estés, así que te pido que confíes en mí. Tú, mejor que nadie, sabes que, tarde o temprano, te encontrarán e irán a por ti, así que espero que averigües la manera de elegir a la persona adecuada... Si no aparece, tendrás que tomar una decisión. Hazlo por ti, por mi padre y por esos chicos.

Tu amigo,

Henri.

Antes de seguir con el resto de la correspondencia, los crujidos del viento lo pusieron en alerta. Llevó los sobres con él, abandonó el pasillo, apagó la luz y cerró la puerta con un poso amargo de decepción.

Cuando salió del edificio, caminó hasta el coche, dejó las cartas en el asiento del copiloto, puso la llave en el contacto y marcó el número que Quintana le había facilitado.

—Vamos, cógelo... —murmuró al oír el tono de llamada.

—Señor Montaner, en usted estaba pensando ahora mismo...

—No hay rastro de la caja —dijo, seco, sin preámbulos—. Ni de la mujer.

—Espere —respondió el marchante, desconcertado—. ¿Cómo dice?

—Lo que oye. Ni la llave, ni la vieja.

—¿Está seguro?

—Tan seguro como que he inspeccionado hasta el último rincón.

Quintana hizo una pausa para no gritar.

—¿Ha mirado bien?

—Escuche, he hecho lo que me ha pedido...

—Vuelva en otro momento. Ella se lo confesará.

—No será posible.

—Ya lo creo que sí, Montaner.

El vasco colgó, dejándolo con la palabra en los labios.

A lo lejos, vio los faros de un vehículo que entraba en la calle.

«Otra vez ese muchacho».

El expolicía metió la primera marcha y salió de allí, antes de que lo sorprendiera.

23

Tras un largo paseo, entró en la casa, subió las escaleras y abrió la puerta de la vivienda. Primero, dejó el abrigo en el perchero que había en el pasillo de la entrada y después se dirigió a la cocina, que seguía sucia, con una montaña de platos en el fregadero. Abrió la nevera, sacó una botella de cerveza y la destapó. Después dio un largo trago, se dirigió al dormitorio y se detuvo frente al escritorio. La pantalla del ordenador seguía encendida, sobre la mesa había dinero en efectivo, varios lápices de memoria y un montón de documentos. De la pared colgaba un enorme tablón de corcho con numerosos recortes de prensa y fotografías de objetos y de personas. Apartó la montaña de papeles del teclado, apoyó la cerveza en la mesa y conectó el teléfono al ordenador. Luego descargó la captura que había tomado de la anciana y la imprimió. La calidad era escasa, pero suficiente para colocarla junto al retrato en blanco y negro que había sujeto en el corcho. Era el retrato de una mujer joven, sacada de una película antigua, y su rostro estaba rodeado de recortes de prensa:

«La mujer que burló a Franco y a los nazis», «La leyenda de la espía española que escondió una fortuna», mencionaban los titulares en diferentes idiomas, la mayoría de ellos pertenecientes a diarios antiguos y extranjeros.

Al otro lado del tablero, se fijó en el resto de las noticias que había reunido: «El ladrón de joyas vuelve a actuar en Alicante», «La Policía sigue sin saber quién está detrás de los últimos robos a las joyerías de la ciudad».

Dio otro trago a la cerveza y negó con la cabeza, decepcionada. Se quitó la goma de la coleta y desmenuzó la melena. Estaba agotada, había sido un día más largo de lo habitual, pero tenía la certeza de que se acercaba a ella. Debía jugar bien sus cartas y mantenerse alerta. El escritor podía llevarla hasta el tesoro, pero no quería que se convirtiera en un problema a medio plazo.

Al observar las fotografías, notó un piloto encendido que parpadeaba sobre la mesilla de noche. Caminó hacia el teléfono fijo, pulsó el botón del contestador automático y borró todos los mensajes almacenados.

Ya no esperaba llamadas de nadie.

Había llegado su momento, la hora de culminar lo que su padre no pudo lograr. Se descalzó y se tumbó en la cama. Agarró un portarretrato de la mesilla y contempló la fotografía. En ella aparecía un hombre de mayor edad, con barba grisácea y la mirada castigada, un hombre que estaría orgulloso de su hija.

«Esta vez, no se nos escapará».

24

Domingo, 25 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

La subinspectora Castillo detestaba los domingos, sobre todo cuando libraba los sábados por la tarde, pero lo cierto era que las jornadas eran mucho más tranquilas que en el resto de la semana.

Cuando llegó a su escritorio, vio que alguien había dejado un sobre acolchado encima del teclado del ordenador. Miró a ambos lados y comprobó la dirección.

—Es para ti —dijo un compañero.

—¿Para mí?

—Sí. Lo envían de la joyería.

—¿Un domingo?

—Llegó ayer, pero no estabas.

Ella lo miró con estupefacción y él se encogió de hombros.

Lo abrió al instante, dado que Abellán no se interesaba por el asunto. Una semana antes, decidió pedir las grabaciones de las cámaras de seguridad de la joyería para estudiar lo que había ocurrido. Quizá así, pensó, podría identificar a alguno de los ladrones que estaban sembrando el pánico en la ciudad, aunque la Policía sospechaba que el robo fuera una excusa para el cobro de los seguros. No necesitó una orden, ya que el joyero se ofreció a enviarle lo requerido. Contaba con no encontrar demasiado en los dos discos DVD que le habían facilitado, pero no tenía nada mejor que hacer y el informe aún estaba por redactar. Con aquello, tan sólo esperaba quitarse el asunto de encima.

Cuando introdujo en primer disco en el ordenador, vio varios ficheros de vídeo. Comprobó las fechas y descubrió que las grabaciones databan de las últimas cuarenta y ocho horas previas al hurto. Sintió un sopor tremendo al suponer que tendría que visionar cada minuto.

—Veamos...

Las secuencias eran en blanco y negro y captaban un ángulo del local. Las cámaras estaban instaladas en ambas esquinas del mostrador principal, por lo que sólo se podía observar lo que ocurría a la entrada de la tienda. Se recostó en la silla y pulsó el botón de reproducción. A los pocos minutos de ver las rutinarias imágenes, decidió acelerar la grabación con el fin de no pasar la mañana sentada frente a la pantalla. Toda la actividad era de lo más cotidiana: clientes que iban a dejar sus relojes, parejas en busca de anillos de boda y repartidores que entregaban paquetes. A medida que repasaba las horas de grabación, su atención empezaba a desvanecerse. Sentía que no sucedía nada y que estaba perdiendo el tiempo.

—¿Qué haces? —preguntó el inspector, acercándose por detrás —. Vaya, ya veo...

—Acabarás teniendo razón.

—¿Qué esperabas? Te lo dije. La picardía es muy peligrosa.

—Nada, la verdad, pero tenía que asegurarme.

Abellán le dio una palmada en el hombro y se alejó.

—Avísame cuando tengas el informe y le daré un repaso.

Ella asintió con la cabeza y continuó con su tarea.

Las primeras veinticuatro horas de grabación fueron un fracaso. Se levantó, usó el baño, compró un sándwich y un café en la máquina expendedora y regresó al escritorio. Después sacó el disco, colocó el segundo y abrió la secuencia de vídeos. Las imágenes se repetían. El público al que atendía el joyero entraba y salía, sin detenerse demasiado tiempo a conversar. Pensó que, si no fuera por el dinero que ese empresario ganaba con la venta de las joyas, aquel trabajo no tendría aliciente. Revisó la segunda jornada de principio a fin, sin detenerse en ningún fotograma. El proceso fue abrumador. Cuando quiso darse cuenta, la cabeza le ardía y el sol comenzaba a bajar por la ventana. ¿De verdad había perdido toda la jornada allí metida?, se planteó, asombrada, viendo cómo muchos de sus compañeros desaparecían.

Pero la intuición le indicó que pasaba algo por alto.

Regresó al primer disco. Por lógica, desde su punto de vista, si había algo que resaltar, estaba allí y optó por fijarse en otros

detalles. Fue a por el segundo café. El ardor de estómago empezaba a manifestarse.

«La magia existe para todos, menos para el mago».

Pasó las imágenes desde el principio, anticipándose a lo que sucedería: el cliente del reloj, la pareja de novios, el repartidor, la mujer del abrigo de piel...

La mano golpeó el botón izquierdo del ratón y la captura se congeló.

«¿Qué es esto?»

Chasqueó la lengua, retrocedió unos segundos y reprodujo la secuencia entera. En las imágenes aparecía una mujer de espaldas, a la que no se le veía el rostro. Llevaba un abrigo de piel, un vestido estrecho y unos tacones que la hacían más alta. En un primer momento la descartó, por el hecho de ser una mujer. Error suyo, pensó, influenciada por la lógica del entorno. La cliente parecía preguntar por un collar y el joyero no dudó en enseñárselo. Al probárselo, ella no se mostró convencida y lo devolvió. Eso no era atípico, si no fuera por un extraño movimiento de muñeca que ocultaba bajo el mostrador. En el momento en el que el joyero desaparecía de la grabación, la mujer sacó un teléfono móvil de su bolso y lo colocó a la altura de su rostro. Después lo volteó, esperó unos segundos, y giró el cuerpo treinta grados, repitiendo el mismo movimiento. Por último, guardó el aparato en el bolso y se acercó al mostrador.

—¿Qué? —se preguntó en voz alta, se levantó de la silla y buscó al compañero que le había entregado el sobre. Este seguía sentado frente a su ordenador—. García, ¿sabes de informática?

Él ladeó la cabeza, sin demasiado interés y levantó la mirada.

—No soy un pirata, pero...

—¿Podrías ampliar un fotograma extraído de un vídeo?

—Sí, supongo.

—Pues supón que lo necesito ya —respondió, anotó el minuto en el que sucedía, extrajo el disco y regresó a la mesa del compañero —. Toma, busca este instante.

El policía abrió el contenido del DVD, buscó las coordenadas que Sandra Castillo le había señalado y capturó la pantalla. Después

pegó el fotograma en un programa de edición gráfica y amplió la imagen en blanco y negro.

—No creas que esto hace milagros —comentó, pulsando con una lupa sobre la figura—. La resolución se perderá, a medida que la amplíe. ¿Qué buscas?

—Eso —señaló ella, tocando la pantalla con el dedo—. Hazlo más grande.

La imagen se volvía borrosa cuando aumentaba el detalle.

—¿Qué pasa, Castillo?

—¿No lo ves? Eso cuadrado que hay en lo alto del teléfono... es el objetivo de la cámara, ¿verdad?

—Es difícil ver nada con tanto pixel...

—Dime lo que piensas, maldita sea...

—Sí, eso parece. Ahora todos los móviles llevan una. ¿Qué tiene de extraño?

Entonces su expresión dibujó una mueca.

—Intentaba localizar los puntos de las cámaras de vigilancia, sin que estas la vieran —explicó, segura de sus intenciones—. No son ladrones, García. Todo este tiempo ha sido una mujer.

El compañero la observó con incredulidad, pulsó el botón del lector de discos y le entregó el DVD.

—¿Una mujer, dices?

Ella lo miró desde arriba y le arrebató el disco de la mano.

—Sí, García, una mujer.

25

Domingo, 25 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola

Alicante, España.

Tras la velada del sábado, todo le pareció marchitarse. Tal vez fuera el domingo en sí, que siempre es capaz de predecir el final de algo, o la llamada de Andrea que nunca hizo. La efervescencia de la novedad se había evaporado y sintió que la aventura llegaba a su final.

Aprovechó el domingo para disfrutar de su último día, de la tranquilidad de la calle, de la compañía de las gaviotas y de un breve paseo por la playa, en el que no se volvió a encontrar con la periodista.

«En ocasiones, lo mejor que podemos hacer, es no actuar».

Durante la caminata, recibió la llamada de su editor. En Madrid requerían su presencia y el borrador que no había enviado todavía.

—Te dije que te vendría bien un poco de aire fresco —comentó el editor, al otro lado del aparato—. ¿Cuándo regresas?

—Mañana, si no pasa nada.

—Todavía estoy esperando los capítulos, Fidel...

—Dame un respiro hasta que llegue a Madrid. No tengo conexión a Internet.

—Busca un cibercafé.

—Ni siquiera sé si hay de eso en este pueblo...

Pero su excusa no era del todo cierta. Sabía dónde podía conseguir una conexión a Internet, pero tenía que llamar a Andrea y no quería mostrarse como un interesado. Aunque le apetecía verla, algo en su interior le decía que era mejor así, que no debía forzar un encuentro, por lo que Gerardo podría esperar unas horas más.

Dado que la temperatura era propia de un día primaveral, regresó a casa, se sirvió una copa de vino y disfrutó del sol que calentaba la terraza, acompañando las últimas horas de luz con varias rebanadas de pan tostado, un pedazo de queso, un tomate

partido y el resto de embutido que le había sobrado. Divagando, entre sorbo y bocado, sus ojos alcanzaron el ejemplar de El Gran Gatsby, que la anciana le había prestado. Intrigado por los detalles y las erratas de una edición tan antigua, se levantó para coger el libro y regresó a su silla. Conocía la historia al dedillo, pero sentía curiosidad por leer las anotaciones de la mujer. Cada libro era diferente para quien lo leía. Para algunas personas, aquella novela no decía nada. Para otras como él, marcaba un antes y un después en la trayectoria de sus vidas.

Cuando lo abrió, se fijó en las señales de lápiz que había por todas las páginas. Para él existían dos tipos de lectores: los que escribían anotaciones en los márgenes y los que detestaban las marcas y a quienes las hacían. A los del primer grupo, nunca les dejaba que tocaran su biblioteca y le pareció que Leonor pertenecía a esa clase. A la mitad del libro encontró un curioso marcapáginas alargado de papel, compuesto por una tira blanca con pequeñas perforaciones que parecían conseguidas con un punzón. Lo guardó al final, junto a la cubierta, y ojeó las páginas, recordando viejos pasajes que había olvidado. Comió, bebió y leyó hasta que el vino se le subió a la cabeza, la tarde se volvió oscura, fría y la terraza se convirtió en un lugar hostil en el que estar. Luego recogió los platos y los muebles, cerró las ventanas y dio un último vistazo a la playa, fijándose en el horizonte, allá donde los barcos no eran más que estrellas bajas sobre el mar, la luz verde de Gatsby, las otras vidas que nunca tendría, todo aquello que parecía estar a su alcance pero que nunca llegaría a tocar.

Acostado en el sofá, tapado con una manta y con el radiador de aceite a su lado, bostezaba satisfecho y leía la historia, relajado, para quedarse dormido.

«SI-GUE-LA-LUZ-VER-DE».

Sus ojos, ebrios de alcohol y paz, se perdían en los párrafos y notaba que sus párpados pesaban cada vez más.

«DE-BES-A-YU-DAR-ME».

Lentamente, se rendía ante un profundo sueño que lo arrastraba como la marea de la playa, confundiendo lo real con la nebulosa

onírica.

«E-LLAS-TE-IN-DI-CA-RÁN-EL-CA-MI-NO-FI-DEL».

Un ruido provocado por el viento lo despertó, devolviéndolo a la realidad, de un golpe, y el libro cayó al suelo. Aturdido, oyó el sonido de un vehículo que se detenía en la calle sin apagar el motor. Se asomó a la ventana, observó el farol verde de un taxi y reconoció la voz de Leonor. Todavía mediaba entre lo astral y lo físico, cuando la mujer bajó del vehículo y entró en el edificio. Segundos después, escuchó sus pasos por las escaleras, al otro lado de los tabiques, hasta que llegó al tercer piso y cerró la puerta.

26

Lunes, 25 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola

Alicante, España.

Despertó con el cuello entumecido y la camiseta empapada de sudor. Solía ocurrirle cuando bebía más de la cuenta. Había tenido un sueño denso, muy extraño, del que no recordaba casi nada más que una luz y un montón de gente que lo perseguía. Tras una larga ducha, una fuerte cafetera y una tostada hecha con restos de comida del día anterior, el malestar de la resaca se calmó un poco. Fregó el plato del quiche y lamentó tener que marcharse con prisas. No era una buena forma de arrancar el día. De algún modo, supuso que el regreso se haría más largo que la ida y que aún le quedaban muchas horas por delante, antes de llegar a su buhardilla de Lavapiés. Ordenó el apartamento, cargó el poco equipaje en el maletero del coche y mientras cerraba las ventanas, se asomó a la terraza con la esperanza de verla pasar por última vez.

«Olvidamos con facilidad, por eso tenemos el mundo que nos merecemos», reflexionó, parafraseando a la chica.

—Tú me olvidarás pronto, pero yo a ti, no... y supongo que será lo que ambos merecemos —dijo, hablando con el recuerdo de ella.

Cerró el balcón, bajó la persiana y cogió las pertenencias de la vecina, antes de despedirse de ella. De pronto, cuando tocó el libro, tuvo un extraño recuerdo de la noche anterior, pero pensó que formaría parte del sueño. Salió de casa, con el plato y el libro en la mano y subió las escaleras. Llevaba un breve discurso preparado, para agradecerle la invitación a su casa y la inspiradora conversación, y le prometería un libro firmado cuando saliera a la venta, si todavía seguía con vida.

Llegó a la puerta de la vivienda y tocó al timbre. No había música, ni tampoco movimiento. Esperó unos segundos y pulsó el botón de la pared, pero no hubo respuesta.

—¿Leonor? —preguntó en voz alta—. ¡Soy yo, Fidel! ¡Vengo a despedirme!

La señora no contestaba.

—¿Leonor? ¿Está bien?

Un amargo y frío presentimiento comenzó a recorrer su columna vertebral como una serpiente. Temió lo peor, la mayor de las desgracias, y el miedo se manifestó en un frío y pegajoso sudor. Su mano se fue directa al pomo de la puerta, cuando apreció que esta había sido forzada. El pulso se le aceleró, alertándolo del peligro. Dejó el plato y el libro sobre un escalón y empujó la puerta hacia dentro.

—¡Leonor! —gritó, notando cómo su voz se perdía por el pasillo.

Todo estaba a oscuras, pero la luz exterior aportaba un poco de claridad. La cama del dormitorio principal continuaba deshecha y, al fondo, vio la mano de la anciana, tendida en el suelo.

Cuando se acercó, la encontró inconsciente, con la piel grisácea y los ojos cerrados. Los labios morados le indicaron que debía apresurarse por pedir ayuda.

—¡No, Leonor! —exclamó y buscó el pulso en el cuello de la mujer.

Su corazón aún latía con debilidad, aunque pronto dejaría de hacerlo.

Sacó el teléfono móvil y marcó el número de Andrea.

—Vaya, vaya, sabía que llamarías...

—¡Andrea!

—¿Qué ocurre, Fidel? —quiso averiguar, al notar el tono extraño de su voz.

—Es mi vecina, la señora de la que te hablé. Está inconsciente...

—¿Dónde estás?

—En su casa.

—¿Y qué haces ahí? —preguntó y continuó antes de que él respondiera. Es igual, ya me lo explicarás más tarde... No te muevas de ahí, voy enseguida.

—Gracias, no tardes —dijo y vio unas Páginas Amarillas en la pila de revistas que había junto al tocadiscos—. Pediré una ambulancia...

—¡No, Fidel! Espera...

El escritor cortó la llamada, abrió el libro y marcó el 061 para solicitar ayuda.

—Sí, tiene pulso, pero es muy débil... —explicó al teléfono—. No, no lo sé, no la conozco tanto... Tendrá noventa años... Escuchen, envíen a alguien ya... Está bien... Sí, entendido, gracias.

Colgó, agarró un cojín y se lo puso bajo la cabeza, para que su cuello no sufriera. Después levantó la mirada y dio un vistazo a su alrededor. El desayuno se le hacía una bola en el estómago y necesitaba ir al baño, pero no la abandonaría antes de que llegaran los servicios sanitarios. Estaba nervioso, moviéndose en círculos por la casa, hasta que vislumbró una taza humeante de lo que parecía su última infusión.

—Ya estoy aquí —dijo Andrea, sorprendiéndolo por el marco de la puerta. Sus ojos fueron directos a la mujer, que seguía en el suelo—. ¡Oh, Dios! ¿Es ella? ¿Qué ha pasado?

Las sirenas de la ambulancia anunciaron su llegada.

Andrea dio un vistazo al salón y Fidel sintió una extraña responsabilidad por lo que sucedía.

Los sanitarios irrumpieron en el apartamento, haciendo más ruido del necesario.

—¿Es ella? —preguntó un médico, mientras otros dos pasaban por en medio—. Ahora deben salir de la casa. Nosotros nos encargaremos.

—Pero...

—Por favor, es importante —insistió el hombre—. ¿Es familiar de la señora?

—No, soy el vecino de abajo.

—Tenemos que sacarla ya —respondió la compañera que atendía a la mujer—. Tiene el pulso muy débil.

—En ese caso, no puede venir con nosotros.

El literato miró con impotencia al hombre que tenía delante, consciente de que, a partir de ese momento, no podía hacer más por ella.

—Está bien.

El médico le tocó el hombro a modo de apoyo y se reunió con los otros dos. La pareja abandonó el salón y cruzó el pasillo para salir

del piso, cuando un hombre más alto y fornido que el joven madrileño, con uniforme verde, le salió al encuentro en las escaleras.

—¿Es usted Fidel Duró? —preguntó el guardia civil.

—Sí —respondió, desconfiado, sin entender por qué conocía su identidad—. ¿Ocurre algo?

—¿Me acompaña abajo, por favor? Nos gustaría hacerle unas preguntas.

27

Lunes, 26 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

Los inspectores pusieron rumbo a la ciudad con la sensación de que aún tendrían una larga mañana por delante, dejando a sus compañeros a cargo del cadáver. Los primeros en llegar a la comisaría fueron los hijos de la viuda, los más interesados en denunciar al vecino que había dado el aviso. Poco más tarde, desde la ventana de la planta de su departamento, Castillo vio aparecer al chico de gafas y se preguntó dónde estaría su acompañante.

—¡Queremos denunciar a ese desgraciado!

—Tranquilidad, por favor... y pasen por aquí —dijo Abellán, guiando a los hermanos. El policía quedó atrás y le lanzó una mirada furtiva a su compañera—. No te escaquees.

—Dame un minuto —pidió ella, alejándose de la ventana y esperando al escritor. Cuando lo vio entrar, bajó las escaleras con rapidez y se dirigió a su compañera de la recepción—. No te preocupes, yo me encargo de él.

Fidel Duró la reconoció al verla.

—Venga por aquí, señor Duró —ordenó, llevándolo a otra sala para que no tropezara con los hermanos—, no nos tomará mucho tiempo.

El escritor siguió a la inspectora hasta una habitación vacía de la planta baja. Castillo abrió la puerta y lo invitó a pasar a una oficina sin más muebles que un escritorio y un ordenador. Bajo la atenta mirada de la policía, tomó asiento y cruzó las manos, a la espera del interrogatorio.

Castillo lo observó de reojo, formándose un perfil en su cabeza. A simple vista, le resultó interesante, tal vez por las gafas o por ese halo a desorden y malditismo, pero estaba segura de que encarnaba un cliché. La cuestión era descubrir cuál.

Se sentó en la silla y apoyó los codos en el escritorio. Encendió el ordenador y esperó a que el sistema se iniciara. Mientras Abellán estaba arriba, ella debía permanecer en ese cuarto, así que intentaría alargar el encuentro todo lo que Duró le permitiera.

—Pensé que vendría acompañado... —comentó, lanzando el cebo — ¿Y su amiga?

—¿Amiga?

—La chica que estaba con usted.

—Ah... Esa.

—Supongo que esa tiene un nombre.

—Es probable, pero no tengo el gusto de conocerlo —respondió, áspero—. ¿Nos llevará mucho tiempo, inspectora? Tengo cosas que hacer.

—Veamos, señor Duró —dijo, con un tono de voz firme, pero amable—, usted me cuenta todo lo que ha pasado, desde el principio, y yo le tomo la declaración. Cuando acabemos, podrá marcharse.

—Lo digo porque debo presentarme en Madrid —respondió, preocupado—. Es importante.

—No quiero ser aguafiestas, pero puede que el viaje se retrase.

—Entiendo... —comentó y se meció el cabello hacia atrás. Después dio un largo suspiro—. Mire, inspectora, le contaré lo que quiera...

—Todo detalle será importante para aclarar lo ocurrido —dijo, seria, sin verter lo que opinaba—. Ha hecho lo correcto avisando a los servicios de emergencia.

Él miró hacia un lado y chasqueó la lengua.

—Si es por esos dos, le juro que Leonor estaría muerta.

—Se refiere a Leonor Romero.

—Sí.

—¿La conocía?

—Éramos vecinos.

—¿Tenían una relación?

—Vecinal —rectificó él—. Lo típico en estos casos, de cuando veraneaba con mis padres, ya sabe... Ellos vienen a menudo.

—¿Y usted?

—Cuando no vienen ellos.

—¿Cuál ha sido el motivo de este viaje?

—Trabajo.

—¿Profesión?

—Escritor.

—Ajá —contestó, sorprendida.

—Escribo poco, pero puede encontrarme en Internet —confesó, consciente de que cualquier cosa que dijera, tomaría otro significado —. Llegué hace menos de una semana para terminar un proyecto, pero...

—¿Pero?

—Me sentí inspirado.

—Entiendo —dijo, con apatía, y siguió tecleando—. Señor Duró, no quiero alargar esto demasiado. Sé que su tiempo es importante.

—Como el suyo, inspectora...

Las respuestas del escritor agitaban su paciencia. No parecía dispuesto a colaborar ni sentía miedo ante su presencia.

—Cuénteme lo que ha ocurrido, cronológicamente.

Él resopló.

—He ido a despedirme de ella antes de marcharme, pero no respondía al timbre y he supuesto que algo no iba bien.

—¿Hora?

—Esta mañana.

—Aproximadamente...

—No lo sé, ¿las diez? —contestó—. ¿Es relevante?

—Todo lo es —dijo ella y tecleó—. ¿Cómo ha entrado?

—He llamado al timbre varias veces y no ha contestado. Después he alzado la voz... Por último, me he dado cuenta de que la cerradura estaba rota.

—¿Rota?

—Sí, forzada...

—Ajá.

—Entonces la he visto en el suelo, al final del pasillo.

—Y ha llamado a los servicios de Urgencias.

—No.

—¿No?

—Primero le he tomado el pulso, para asegurarme de que seguía con vida. He pensado que era lo correcto.

—¿Le comentó algo su vecina? Sobre problemas de salud o quizá usted notó algo extraño en ella...

—No, nada raro, pero era mayor, eso es obvio, y a esa edad no puedes pasarte.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Anoche.

—¿Anoche, dice?

—Sí. Un taxi la dejó en la puerta del edificio. Estuvo fuera... No debía de sentirse muy mal, ¿no cree?

—¿Le dijo a dónde iba?

—No, pero pregúnteselo a los que dicen ser sus hijos.

Ella notó el resquemor en su tono.

—¿Qué me puede decir al respecto de la herencia?

Duró arqueó las cejas y se frotó los ojos.

—Nada. Pensaba que venía a testificar sobre lo sucedido.

—Ahorraríamos un viaje, por su parte o por la nuestra.

—Es una broma, ¿no?

—No, señor Duró.

—No estoy al corriente de ninguna herencia.

—Aún tenemos que aclarar esa parte, pero parece que los hijos de Leonor Romero dicen la verdad respecto al cambio de testamento... Usted debió de ser importante en su vida...

—No soy quién para cuestionar la última voluntad de nadie... —respondió con sorna, estirando la sonrisa—, pero desconozco la razón por la que lo hizo... Si es por mí, dígale a la familia que no quiero saber nada de la herencia, si es lo único que les importa... Así ganamos todos y nos ahorramos un viaje.

Después le sonrió.

Castillo se mostró indiferente ante la provocadora mueca, anotó el asunto en un cuaderno y lo subrayó.

—¿Hay algo que quiera añadir?

Él negó con la cabeza.

—Era una mujer entrañable, eso es lo único que puedo decir. Escríbalo, que quede constancia de ello.

—No aporta nada al testimonio.

Cansado, Fidel cambió de posición y dobló una pierna.

—Inspectora, ¿cuándo podré regresar a Madrid?

—Buena pregunta —contestó ella y tomó aire—. Tendrá que quedarse, al menos, unos días por aquí, hasta que aclaremos lo sucedido. Espero que se sienta inspirado.

—No puedo hacer eso, me necesitan en Madrid —expresó con apuro—. Esto es absurdo.

—Tengo que pedirle que se quede, hasta que le avise.

—¿Estoy bajo sospecha?

—¿Debería desconfiar de usted? —preguntó ella, desafiante, pero Fidel se rio y ladeó el rostro.

—Vendría bien a mi currículo para vender más libros.

Ella cerró los ojos y dio un largo suspiro en busca de paciencia.

—Lamento informarle que no, no está bajo ninguna sospecha, ni hay una investigación abierta, por el momento... —aclaró, intentando que el escritor cooperara—. Sin embargo, presiento que los familiares pondrán una denuncia contra usted.

—Adelante, eso también ayudará.

«Lo que ayudaría, sería un buen guantazo».

—Se le notificará todo cuando llegue el momento —respondió, sin entrar en detalles—. Mire, siga mi consejo y haremos todo por aclarar la situación lo antes posible. Si esto ha ocurrido tal y como dice, no tiene por qué preocuparse... Respecto al asunto de la herencia... Hable con la familia o busque un abogado.

—Me quedo más tranquilo —dijo con un fuerte sarcasmo en su voz—. ¿Hemos terminado?

—Ha sido muy amable.

—Gracias, procuro decepcionar —respondió y se puso en pie, dispuesto a salir de la comisaría—. Usted también lo ha sido... Llámeme cuando sepa algo. Me gustaría regresar a Madrid... lo antes posible.

—Lo haré, no se preocupe —dijo y vio cómo el escritor se dirigía hacia la puerta—. Por cierto, señor Duró...

—¿Sí? —preguntó, mirándola de reojo.

—Respecto a su acompañante, ¿desea añadir algo más?

—No.
—¿Está seguro?
—He imaginado que bastaría con mi declaración.
Ella lo miró desconfiada.
—La próxima vez, deje la imaginación para sus libros.

28

Lunes, 26 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola.

Alicante, España.

La mañana calentaba la superficie de las mesas del Tano, el único bar abierto a esas horas. La terraza del local daba a una carretera de doble sentido, a espaldas del paseo cercano a la vivienda de Romero.

Al otro lado había una pequeña plaza, una pista deportiva con canastas de baloncesto y una avenida desaliñada, rodeada de asfalto, maleza y urbanizaciones de apartamentos vacíos.

A causa de un desliz, había perdido la ocasión de sorprender a esa mujer.

El día anterior, antes de viajar a Santa Pola, una llamada de la clínica privada cambió sus planes: Marina reaccionaba de manera negativa a la primera fase del nuevo tratamiento. El desasosiego y la sensación de pérdida lo obligaron a viajar a Valencia, temeroso de no tener más ocasión que esa para despedirse de ella. Allí, al llegar a su lado, estaba tan cansado que cayó fulminado en el sofá de la clínica y durmió durante horas.

Cuando despertó al amanecer, abandonó el hospital y puso rumbo al pueblo costero, sin contar con lo caro que le saldría aquel error.

Pidió un café cortado, una tostada con queso y la prensa del día para disipar los malos pensamientos, pero estos tardarían en diluirse.

Podría haberla esperado allí, escondido en las escaleras, pero decidió posponerlo, seguro de que no sucedería nada durante su ausencia.

Calculó mal.

El día en el que ocurría todo, el golpe para el que se había preparado, sin importar lo que él quisiera, ella tenía que fallecer antes de que la visitara.

«Con esa mujer muerta, se acabó, Roberto, se acabó el dinero», lamentó, fustigándose en silencio.

El camarero sirvió el desayuno y Montaner le pagó con un billete para ahorrarse el viaje a la barra. Después sacó el paquete de Ducados, encendió un cigarrillo y exhaló el humo en soledad, antes de mojar el bigote con el café.

Fumó ansioso, pegando pequeñas e intensas caladas hasta que la melodía del teléfono interrumpió sus cavilaciones. Aplastó el cigarrillo en un cenicero de cristal y sacó el terminal. Era Quintana y no estaba preparado para enfrentarse a él. Se bebió el café de un trago largo, notando cómo el líquido abrasaba su garganta.

—¿Señor Quintana?

—Montaner, ¿qué tienes para mí? —preguntó, ansioso—. ¿Sabemos algo de nuestra amiga?

El expolicía tragó saliva.

—Está muerta, Quintana.

—Vaya... Tiene usted la sangre muy fría.

—No, no la he matado yo.

El vasco balbuceó.

—Aclárese...

—La han encontrado sin vida en el apartamento.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Pero... —respondió. El desasosiego entorpecía el ritmo de su dicción—. Hablé con usted el sábado... por la noche...

—Así es.

—¿Dónde diablos estuvo ayer durante todo el día?

No se lo iba a contar, porque la gente como Quintana no perdonaba. Y si lo hacía, no se llamaba perdón, sino falta de memoria.

—Haciendo guardia, ya lo sabe.

—Me parece sospechoso que no viera nada...

—Escuche, señor Quintana... —intentó explicarse, mientras sacaba otro cigarrillo.

—No, escúcheme bien usted a mí —setenció el otro, rotundo—. Tenemos un acuerdo y debe cumplir con su parte.

—Ya le he dicho que está muerta.

—Es una pena, le enviaré un ramo a la familia, pero le pedí que consiguiera la llave.

—Lo siento, esto va más allá de lo acordado.

—Disculparse es fácil. Gánese mi confianza, Montaner... No querrá verme enfadado.

—¿Perdone?

—Hágalo.

—Escuche, no pienso entrar de nuevo en esa casa. El edificio es un avispero de policías.

—La llave existe.

—Me importa un carajo.

Quintana hizo un silencio.

—¿Y su esposa?

La respuesta lo desconcertó, dejándolo sin palabras. Entonces recordó las cartas que se había llevado y que ahora guardaba en el coche.

—Entiendo por dónde va...

—No, no lo entiende, Montaner, por mucho que se esfuerce. Compórtese como un hombre de honor, encuentre la maldita llave y mantenga viva a su esposa. No es tan complicado.

El marchante colgó. La mano del detective temblaba por los nervios. Después de mucho tiempo de abstinencia, sintió la fuerte necesidad de pegar un trago.

Cerró los ojos, respiró tres veces y contó hasta diez. Luego pensó en ella.

«Maldito hijo de perra... Como le hagas algo, desearás no haberme conocido.... No subestimes a la gente a la que pisoteas».

Subió al coche, arrancó el motor y salió disparado hacia Alicante. Debía reunirse con Ojeda.

29

Lunes, 26 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola.

Alicante, España.

A Gerardo López no le agradaron las novedades que tenía para él. Retrasar la reunión suponía enfadar a los jefes de la editorial. Su editor temía que no tuviera nada.

—Me gustaría contarte otra cosa —explicó, conduciendo de regreso—, pero... es lo que hay. En cuanto se aclare y me dejen marchar, estaré allí.

—Los de Hispano son gente seria, Fidel... No quiero que piensen que nos estamos marcando un farol.

—Prometo enviarte los capítulos a lo largo del día... y escribiré más mientras esté aquí. Te doy mi palabra.

—Tu palabra me es indiferente. No quiero quedar mal con ellos, no es sólo por ti, ¿lo entiendes?

—Por supuesto.

El escritor tomó el cruce que se desviaba hacia Urbanova. Estaba siendo una mañana demasiado larga para él.

—En este negocio, no puedes fiarte ni de tu sombra... La mayoría de gente te decepciona en cuanto tiene ocasión.

—Gerardo, confía en mí.

—Confiaré cuando vea tu firma sobre el papel —remarcó, por si no lo tenía claro—. Quiero cerrar este acuerdo lo antes posible. Ya lo sabes, contrato que...

—Sí, sí... Contrato que pierdes, oportunidad que gana el rival.

—Eso es.

—Adiós, Gerardo.

La llamada se cortó. Fidel condujo de vuelta al apartamento, angustiado por el descontrol de los acontecimientos. Supuso que, a medida que se movieran las agujas del reloj, empezaría a digerir todo lo ocurrido, pero la verdad era que se sentía atrapado en un callejón sin salida.

«Eres inocente, no has hecho nada malo. Ya verás que antes de que te des cuenta, la pesadilla habrá terminado y estarás de regreso a Madrid».

En cuanto a la herencia, supuso que debía de ser una confusión. No había sido del todo claro con esa inspectora, pero es que ella tampoco se lo había puesto fácil.

Llegó a Santa Pola, tomó la carretera que llevaba al paseo y giró a la altura del cartel del Café París, que seguía estático en lo alto del local. Vio que la calle estaba desierta.

Aparcó frente al edificio y subió las escaleras. Antes de entrar en la casa, continuó hasta la última planta, curioso por comprobar cómo había quedado todo. Se fijó en la puerta, ahora cerrada y precintada con cinta policial, y también en la cerradura, pensando que Leonor no podría haberla forzado con sus manos.

«Alguien entró durante su ausencia».

Al lado de la escalera, sobre un peldaño, vio el libro de *El Gran Gatbsy* y el plato que le había prestado. Le sorprendió que siguieran allí, que nadie se hubiera fijado en ellos, después del vaivén de personas que habían entrado y salido del edificio en las últimas horas. Los recogió, regresó a su casa y el teléfono comenzó a sonar.

—¿Sí?

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Andrea.

—Más o menos... —respondió, dejó el plato sobre la mesa y se puso a jugar con el libro mientras conversaba, abriendo las páginas, pasándolas de manera inconsciente—. Tendré que quedarme unos días más...

—¿Y eso es bueno o malo?

—Depende de para quién —dijo, preocupado por la reunión de Madrid—. Necesito encontrar un cibercafé en el pueblo.

La chica se quedó callada.

Él colocó el libro abierto sobre la mesa. Entonces, sus ojos se fijaron en las marcas de las páginas.

—Tengo que enviar unos documentos —continuó, desatendiendo lo que decía, revisando el viejo libro. Fidel era una de esas personas que podían concentrarse en dos cosas a la vez. Cogió un bolígrafo y empezó a anotar las sílabas subrayadas en cada párrafo—. Son los

primeros capítulos de la novela. Mi editor está molesto porque no puedo asistir a la reunión...

—No te preocupes, seguro que hay algún locutorio en el centro del pueblo.

—Claro... —respondió, distraído, uniendo las sílabas sobre el papel, formando palabras, construyendo frases.

SIGUE LA LUZ VERDE

DEBES AYUDARME

ELLAS TE INDICARÁN EL CAMINO, FIDEL.

Cuando completó las frases, soltó el bolígrafo y apartó el libro. Un escalofrío lo atravesó de repente, devolviéndolo a la conversación telefónica.

—¿Fidel, estás ahí?

—Sí.

—Te noto un poco raro, ¿ocurre algo?

Había leído esas frases anteriormente, la noche previa, en el sofá.

—No... —murmuró, evitando asustarla—. Vas a pensar que estoy perdiendo la cabeza.

—Lo siento, pero como no te expliques mejor... Te vendría bien descansar, ¿no crees?

Él sonrió, sabiendo que ella no lo podía ver.

—Oye, ¿podrías venir a mi casa?

—¿Cuándo, ahora?

—Sí.

—¡Guau! Qué directo eres. No me refería a ese tipo de descanso.

—Es importante, de veras... No te lo pediría si fuera una estupidez... Necesito que otra persona compruebe esto.

—¿El qué, Fidel? Me estás poniendo nerviosa.

—Es difícil de explicar, de verdad... Ven y no tardes...

Al colgar, se detuvo frente a las páginas y examinó con detalle cada uno de los párrafos, asegurándose de que no dejaba escapar ninguna sílaba más.

En ese momento, la confusión lo aterró. Por eso quería que ella lo viera, para asegurarle que estaba confundido a causa del estrés,

uniendo palabras que carecían de sentido.

Pero lo peor de todo era que su instinto le indicaba lo contrario.

30

Lunes, 26 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

Cuando Fidel Duró abandonó la comisaría, los hijos de la difunta aún seguían reunidos con Abellán. El escritor la había desconcertado con su actitud e intuyó que aquel idiota daría más trabajo del habitual. Comprobó la hora y notó que el compañero llevaba un buen rato con los familiares de la difunta. Le había prometido unirse a ellos, pero prefirió esperar a que concluyeran el encuentro.

Su presencia no cambiaría nada, pensó. Los casos como aquel, solían terminar en los tribunales. La inspectora tenía suficientes problemas en su vida como para involucrarse en un culebrón más.

Se sentó frente al ordenador, encendió la pantalla y vio la nota adhesiva amarilla que alguien le había dejado pegada en el marco del monitor.

«Ojeda pide el informe de la joyería», leyó.

Respiró hondo, sin ganas de ponerse con el asunto.

Abrió el documento de texto, buscó las fotografías que había extraído de los vídeos y volvió a observar a la mujer que sostenía el teléfono y estaba de espaldas. Su sospecha sobre ella era más que obvia, pero no tenía pruebas para acusarla y, por supuesto, tampoco sabía quién era.

Así que ponderó las dos opciones que tenía sobre la mesa: una, pasar por alto el detalle, tal y cómo Abellan le habría sugerido, redactar el informe y cruzar los dedos para que la burocracia cerrara el caso. El propietario reclamaría su parte al seguro y asunto zanjado. La otra elección, la más ética, era entrar en la madriguera, cavar más hondo, averiguar quién era esa mujer y aclarar si era la misma persona que estaba detrás de los últimos robos.

Pensativa, contempló su silueta y sintió una extraña familiaridad con ella. Había algo en su expresión corporal que había visto en

alguna parte, y detestaba la sensación de saber y no tener una respuesta.

Atrapada en un dilema, optó por la vía rápida, redactó el informe y lo guardó, sin llegar a imprimirlo, cuestionándose qué estaba haciendo con su vida.

«Está bien, Sandra. A veces, tienes que actuar como no quieres para evitar obrar mucho peor en el futuro».

—Me has dicho que vendrías —comentó Abellán, aproximándose a ella y dejándole un montón de papeles sobre la mesa—. Ya te vale... Me debes una.

Castillo tomó los documentos y los ojeó por encima. Eran los testimonios de los hermanos Parres.

—¿En qué quedamos? —preguntó, despegando la nota amarilla del ordenador, haciéndola una bola y lanzándosela a la cara—. Se llama división de tareas.

—La próxima vez, me encargo yo del informe... —respondió él, cansado y se apoyó en el extremo de la superficie, cruzando los brazos—. ¿Qué diablos vamos a hacer con esto?

Ella encogió los hombros.

—Es evidente, ¿no? Hemos cumplido con nuestra parte.

—No depende de nosotros, Castillo.

—Es absurdo iniciar un procedimiento, Abellán... Hay asuntos más importantes...

—He oído que Ojeda nos va a adjudicar el caso —intervino, bajando la voz—. A mí tampoco me hace gracia, pero...

Ella inclinó la cabeza.

—¿Lo has oído de su boca?

—No.

—En ese caso, son solo rumores.

—Hagamos nuestra parte y fin del asunto, ¿vale?

—¿Por qué haría lo contrario?

—Sólo te pido que no te compliques.

—¿Lo dices por el robo de la joyería?

Él miró al techo.

—Lo digo por ti —contestó, ofendido—. Mira, escribe lo que consideres, pero no te demores.

—Claro...

—Aquí te dejo la declaración de los familiares. Échale un vistazo cuando puedas, no tiene desperdicio.

Abellán se levantó y desapareció de su vista. Ella negó con la cabeza, antes de desbloquear la pantalla y mirar por última vez el documento que había escrito. A pesar de ir contra sus principios, reconoció la razón del compañero y modificó el informe hasta dejarlo estéril. En su situación, era mejor evitar problemas, que nadar a contracorriente. Ya sabía cuál era el precio que se pagaba por los errores, y allí dentro, las segundas oportunidades tenían un coste elevado, así que pulsó el botón de imprimir.

Mientras esperaba, cogió la declaración de los familiares y le pegó un vistazo rápido.

«El abogado de la familia notificó a los familiares, dos días antes de su muerte, que la señora Leonor Romero había realizado cambios en la versión definitiva de un testamento que no había sido modificado en los últimos veinte años, dejando a Fidel Duró como beneficiario de una caja de música, de madera, y de un cuadro pintado por la difunta», leyó en silencio.

Se sintió decepcionada al leer los detalles de la herencia.

En su cabeza había imaginado algo de más valor.

Dejó los folios a un lado y buscó el archivo del escritor, que seguía en escritorio virtual.

Comprobó el orden cronológico de los hechos y contrastó las versiones. De acuerdo con Duró, este había llegado unos días antes de la muerte de Romero. Según los hijos, la difunta madre modificó el testamento poco más tarde, después de que este permaneciera sin cambios durante dos décadas.

La inspectora se rascó la cabeza, pensativa y sospechó que, en esos días, algo tuvo que suceder entre los dos para que Leonor Romero cambiara de opinión.

31

Lunes, 26 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola.

Alicante, España.

Andrea miraba de reojo a Fidel, mientras este le mostraba el libro y las frases que había extraído de él.

—Dime que no me he vuelto loco.

—La locura es un estado transitorio, así que tranquilo.

—Pero, lo ves, ¿verdad? —preguntó, indicándole con el dedo los párrafos marcados—. Es un mensaje.

La chica frunció el ceño, confundida e interesada a partes iguales por el rompecabezas de palabras.

—Sigue la luz verde, debes ayudarme, ellas te indicarán el camino... Fidel —leyó en voz alta y alzó la vista—. No sé, ¿y si hacemos una güija y se lo preguntamos a ella?

El escritor dio un respingo, manifestando su decepción.

—No me crees, ¿verdad?

—Pueden existir cientos de variables...

—Te parece una broma.

Ella se acercó y le acarició el pelo.

—Me parece que estás soportando un estrés innecesario —añadió, dejando el tono jovial a un lado—. Reconoce que tienes muchas cosas en la cabeza...

—Yo no se lo pedí, fue ella quien me prestó el libro.

—Pero le dijiste que era tu favorito, ¿verdad?

—Surgió el tema. No me escondo los gustos personales.

—Pues ahí tienes la explicación —respondió, cerró el ejemplar, lo dejó sobre la mesa y salió al balcón—. Sólo te digo lo que pienso.

—No estás siendo de ayuda.

Fidel insistía en el tema, pero ella intentaba cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Es aquí donde te inspiras? Bonitas vistas a la playa...

—Lo que me pregunto es por qué me ha elegido a mí... ¡A mí! Como si no le hubiera explicado el melón que tengo abierto...

—Eres tú el que ha decidido ser el protagonista.

—¿Cómo dices? Yo no he pedido nada de esto.

Andrea dio la vuelta y se paró ante él con una expresión vaga.

—Admítelo, necesitas un poco de aventura en tu vida, te gusta ser el centro de atención —respondió, ladeando el rostro—, y tu mente busca una excusa para encontrar esa razón.

—¿Estás de broma? Ahórrate el psicoanálisis.

—He venido para darte mi opinión.

—Y me estoy arrepintiendo de haberte llamado, así que será mejor que dejemos la conversación...

—Quiero decir —reculó, consciente de que se había excedido con el desinterés. El escritor había mordido el cebo—, si la vida te da un nuevo comienzo, cógelo, ¿qué puede pasar?

Él le dio la espalda y salió a la terraza para contemplar el mar. La chica lo siguió.

—La vida no es más que una serie de accidentes —respondió, pensativo—. Y este, me está afectando. Ahora mismo, me siento en una situación absurda, sin sentido... No debería seguir aquí, sino que debería subir al coche y largarme, pero no me siento capaz de tomar ninguna decisión que merezca la pena.

—Vaya, se nota que tienes alma de juntaletras.

—Sí... y la cuenta corriente de un mendigo. Necesito beber algo.

—Relájate, ¿te ha dicho la Policía cuándo podrás volver a Madrid? —quiso averiguar, sin ser demasiado indiscreta, pero el movimiento de muñeca la delató.

Él se dio cuenta del gesto inconsciente y entendió que era la forma silenciosa de expresar que no deseaba que se marchara.

—No —dijo él, molesto—, pero han preguntado por ti.

—¿Y qué les has contado?

—Tranquila, tu secreto está a salvo.

Ella no supo cómo interpretar las palabras y guardó silencio. Sabía que un interés desmesurado, lo pondría en alerta. Fidel dio un soplido y pensó en preparar una cafetera y se cuestionó cuánto

tiempo lo frenaría aquel problema. Caminó a la cocina, puso agua en el depósito, rellenó el filtro con café y encendió el fuego.

—Dicen querer saber qué ha ocurrido, pero sé que me señalan como sospechoso.

—Pero no lo has hecho...

—He notado cómo me miraba la inspectora —explicó, de espaldas a ella. Agarró un paño y se secó las manos. Andrea seguía sus movimientos—, quizá esté equivocado... y sólo sea atracción sexual.

—Muy gracioso.

—Parece que Leonor cambió el testamento poco antes de fallecer y me dejó algunas cosas en herencia... —explicó, esperando que el café saliera, notando cómo la chica se acercaba a él—. Sé lo que estás pensando, pero no me habló de ello.

—¿Qué la llevaría a hacer algo así?

—¿Despecho? No lo sé —opinó y detuvo el fuego en cuanto notó el gorgoteo del café. Después lo sirvió en dos tazas pequeñas y le ofreció una a su acompañante—. Cada ser humano es un universo tan complejo... Todas esas cosas que nos marcan nos convierten en lo que somos, y nunca escapamos de ellas.

—¿Ahora hablas de ti o de ella?

—De todos.

—¿Te mencionó algo de su pasado? Puede que ahí tengas la respuesta. Quizá no guardara una buena relación con sus hijos...

—Si lo que pretendía era cabrearlos, se ha lucido... —dijo, tomando con humor la situación—. Mi familia me advirtió que no intimara con ella. Para ellos, era una mujer extraña, que se había quedado viuda muchos años atrás y que vivía ahí desde que yo era pequeño... Y que no estaba muy cuerda. Y puede que tuvieran razón, pero conmigo fue agradable, así que no voy a juzgarla y tampoco quiero un mal recuerdo de ella. Por desgracia, se le llama extraña a la persona que no encaja con en el resto del rebaño.

La periodista cruzó los brazos.

—¿Por qué dices eso?

—Leonor era cabal con sus acciones y con sus palabras. Quizá no diferencie un cristal de un diamante, pero sé cuándo hay una

intención en lo que se hace.

—Sigues dándole vueltas a esas frases...

Fidel sorbió el café y se encogió de hombros.

—Y al asunto de la herencia —aclaró—, pero le he dicho a la Policía que pueden quedarse con todo.

—Eso no funciona así, Fidel. La Policía no puede hacer nada. Es la voluntad de esa mujer y deberías respetarla.

Él la miró con desdén.

—¿Qué hay de la mía?

Andrea dio un paso atrás.

—Tú sabrás lo que haces.

—Ese es el problema, su voluntad frente a la mía... Y aquí sólo veo inconvenientes.

—¿Y si no fuera así?

—Es mejor que sea así.

Ella agachó la mirada y se quedó pensativa por unos segundos.

—Suelo guiarme por la lógica de las cosas, pero esto no tiene ninguna...

—La razón hace la vida aburrida.

—Está bien, te lo preguntaré de otro modo, ¿significan algo para ti esas frases?

Él entornó los ojos y sujetó el libro con las dos manos.

—Puede ser.

—En ese caso, ¿quiénes son ellas?

—No lo sé.

—Ahora eres tú el que no colabora.

—En serio, Andrea, dudo que tenga que ver con el libro.

—¿Y la luz verde?

Fidel apretó los labios, la miró a los ojos, notó el brillo en ellos y pensó en lo perfecto que estaba compuesto su rostro. Hablarle de la luz, era hablarle de su vida, de sus anhelos, de todo aquello que quedaba por alcanzar. También de los sueños de Leonor, de su convulsa existencia y de una juventud pobre en experiencias y placeres.

Caminó hacia el balcón, se apoyó en la barandilla de aluminio y señaló al horizonte del mar con el mentón, pero ahora no había

barcos, ni luces que parpadearan sobre las aguas.

La tranquilidad se quebró cuando notó una vibración en el bolsillo del pantalón. Sacó el teléfono, observó la pantalla y comprobó que llamaba un número desconocido.

—¿Diga? —preguntó. La voz profunda del otro lado no le vaticinó buenas noticias—. Sí, soy yo... Entiendo... Claro... Sin problema.

Después colgó.

—¿Todo en orden, Fidel?

—Sí —respondió, sin moverse de la barandilla.

—¿Quién era?

Tardó un poco en contestar. Le costaba asimilar el ritmo de los acontecimientos.

—El señor Lizón, el abogado de la familia —explicó, con incertidumbre en su voz—. Quiere reunirse conmigo mañana, en Alicante.

Andrea intuía lo que significaba el encuentro. Como un felino, se acercó hasta él y le tocó el hombro.

—No quiero parecer entrometida, pero... —dijo y él la observó de frente, cercana—, estoy aquí para lo que necesites.

El escritor sonrió, sin mostrarle los dientes, y regresó la mirada al mar.

—Gracias, pero iré solo —respondió, reflexivo, y ella se distanció —. Empiezo a sospechar que la luz es lo que me ha traído hasta aquí... Si realmente Leonor tenía un propósito para mí, mañana saldré de dudas.

32

Lunes, 26 de febrero de 2007.

Estación de autobuses de Alicante.

Alicante, España.

Las noticias llegaron a la Comisaría Provincial antes de que él tuviera tiempo para dárselas a Ojeda en persona. El comisario lo citó en la cafetería de la estación de autobuses, un lugar donde ambos pasarían desapercibidos.

Dejó el coche en el aparcamiento de la calle de Italia, caminó varias manzanas y se dirigió al interior de la estación. Comprobó la hora, miró a su alrededor y ocupó una mesa de la cafetería, a la espera del excompañero. Supuso que Ojeda no estaría de humor y que sospecharía de su implicación en la muerte de esa mujer. Estaba metido en un pequeño lío. Contarle la verdad no sería de utilidad, pensó, sobre todo, después de dejar huellas por toda la casa, pero eso era lo que menos le preocupaba. A diferencia de lo que la gente creía —a causa del cine policial—, si la huella no estaba registrada previamente, no era sencillo dar con la persona.

Con el café servido a la mesa, esperó, pensando en la correspondencia de la mujer. No le iba a contar sobre las cartas. Pensó que el comisario no tendría por qué saber de la existencia de estas. Montaner no hablaba francés y le había costado entender parte del escrito, pero la tecnología avanzaba y los programas informáticos le echarían una mano. No entendía el asunto principal, ni por qué el interlocutor se dirigía a ella por J. y no por su nombre de pila, pero intuyó una relación entre el fervoroso interés de Quintana por la llave y lo que el francés y la señora protegían.

Arrastrado por una marejada de interrogantes, alzó la vista y vio a Ojeda, llegando a la estación.

—Descuida, no te levantes —dijo el comisario, sin uniforme y con una carpeta de piel bajo el brazo. Tomó asiento y dejó el dosier sobre la mesa—, no me quedaré mucho rato.

—¿Quieres beber algo?

El comisario se fijó en la taza de café, intacta, que tenía delante.

—Tengo que darte malas noticias.

El exinspector se quedó expectante por escucharlo.

—Estoy acostumbrado a ellas.

—Es sobre la mujer que buscabas, Leonor Romero —especificó, desplazando la funda hasta él para que la cogiera—. ¿Llegaste a visitarla?

Negó con la cabeza.

—Fui, pero no había nadie en el domicilio.

—¿Dónde has estado el resto del tiempo?

—En Valencia, visitando a Marina.

—¿Está mejor?

—No.

—¿Y tú?

La conversación estaba cogiendo un tono incómodo para él.

—No he vuelto a beber, si es lo que quieres saber.

—Me alegra oír eso.

—¿Cuál es la noticia?

—Han hallado a Romero muerta, esta mañana en su casa... —detalló, serio, preciso con cada palabra—. Según los médicos, una insuficiencia cardíaca. Nada extraño debido a su edad.

—¿Y según la Policía? —indagó el sabueso, intrigado.

—Debemos esperar al informe oficial de la autopsia... —comentó, esquivando la pregunta, e hizo un gesto con la mirada, apuntando a la documentación—. Hay un enredo de herencias, pero no parece serio... De todos modos, ahí tienes lo que he encontrado sobre ella y su familia. No es de mucha utilidad, pero será útil para darle una explicación a tu cliente.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Es un motivo legal para olvidarse de ella.

Montaner clavó sus ojos en el rostro picado de Ojeda.

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará.

—Ya... seguro... No sabes de quién hablas.

—¿Cuál es el fin de esto, Roberto?

El detective apartó la mirada.

—Te digo la verdad, Miguel, ya te lo expliqué en su momento —continuó, abriendo la cremallera de la funda de piel que protegía los documentos—. Sólo quería encontrarla, hablar con ella y entregarle un mensaje. Nada más.

—Nada más, ¿eh?

—Sí, ¿a dónde diablos quieres llegar?

—¿Crees que soy imbécil?

Los ojos regresaron a Ojeda.

—Está bien... Mi cliente busca una llave, eso es todo lo que sé, ¿vale? —confesó, mostrándole las palmas de las manos—. Mi trabajo era persuadir a esa mujer para que me la entregara.

—Extorsionarla.

—No pensaba tocarla.

—¿Tan bien paga?

—Es más que una cuestión de dinero —contestó, firme, apartando sus problemas personales—. Soy un tipo de palabra y lo sabes.

—¿Cómo se llama tu cliente?

Montaner tuvo un mal presentimiento.

—¿De verdad?

—Somos amigos, ¿no me lo puedes decir?

—Secreto profesional.

—Pues tendrás que explicarle que hay una investigación de por medio.

Montaner arqueó una ceja.

—¿Cómo dices? —preguntó y comprobó las fotocopias que tenía delante. Eran dos actas policiales.

—Los hijos de la difunta acusan a un vecino del edificio, de haber seducido, por calificarlo de algún modo, a la mujer para que esta cambiara el testamento, poco antes de morir... El acusado, por el contrario, jura no estar al corriente.

—¿Tiene coartada?

El comisario apretó los labios.

—Esa es la parte interesante, que no la tiene... pero asegura que alguien forzó la cerradura de la mujer durante su ausencia.

—Vaya.

—Eso mismo he pensado yo —dijo, mirándolo con sospecha—. En cualquier caso, lo siento por ti y por ese cliente tuyo... La familia va a pelear por recuperar lo que le corresponde. Tendrás que decirle que se acabó. La documentación será suficiente para justificarlo.

—No puedo hacer eso —respondió, pensando en el dinero que debía—. Es un hombre férreo en sus ideas. No aceptará un rechazo.

—Mala suerte —lamentó por él—. Ya he asignado la investigación a una pareja de inspectores de mi unidad. Ella es un poco problemática, pero son eficaces.

—Entiendo...

Entonces, Ojeda juntó los brazos y apoyó los codos sobre la mesa, mirando con codicia a su antiguo compañero.

—Dile a tu cliente que ya no eres policía.

La afirmación lo desconcertó, provocándole un sudor frío.

—Sé más claro, odio los rodeos.

—Que *c'est fini*, Roberto. Se acabó. Regresa a Valencia y acompaña a tu esposa.

Montaner llenó los pulmones, dio un sorbo al café que ya estaba templado y chasqueó la lengua.

—Lo pensaré.

—No tardes.

El detective asintió y liberó el aire por la nariz. El comisario se puso en pie para marcharse.

—Gracias, Miguel —comentó, con la mirada borrosa. Este no entendía a qué se refería—, por recordarme la línea imaginaria que separa tu lugar del mío.

Ojeda se quedó en silencio, estudiando su expresión, en busca de una respuesta en los ojos, sintiendo lástima por él.

—Es mejor así... Cometemos estupideces por múltiples razones. El amor y la culpa son dos de ellas.

El detective levantó la vista para enfrentarse a él.

—Te consideraba un amigo.

—Y puedes seguir haciéndolo... Por eso mismo, por tu bien, no te metas en un lío del que no puedas salir.

33

Martes, 27 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

Abellán se comportaba de modo extraño con ella, como si no le importara nada de lo que hacía. Ambos sabían que estaban en el punto de mira de los superiores, sobre todo ella, pero no era razón para convertirse en un burócrata «calientasillas». Castillo sospechó que debía de haber algo más, pero no iba a meter el hocico en una charca que no era la suya.

Revisó el informe que le había llegado de los compañeros encargados de inspeccionar el piso de Romero. Las pertenencias de la mujer no destacaban por nada en particular y se resumían en revistas anticuadas, libros de pasatiempos, una pequeña biblioteca de clásicos, una máquina de escribir Olivetti, discos de música, recetarios de cocina francesa y un par de álbumes de fotografías familiares. Entre los objetos personales no había nada de valor, más allá de las sortijas y de un colgante de plata y, entre los montones de papeles y facturas que guardaba en los cajones, no había rastro de informes médicos ni de recibos de farmacia, por lo que, su muerte no estaba ligada a ninguna enfermedad. Por último, en la galería encontraron los productos de limpieza habituales, varios botes de insecticida para las cucarachas y una caja de raticida para las plagas de roedores.

Después de varias llamadas y un poco de presión a los funcionarios del Registro Civil, consiguió reunir las últimas piezas que le faltaban sobre la vida de Leonor Romero, pero su historial tenía algunos claroscuros.

Nacida en Madrid, en 1912, poco había sobre ella hasta junio de 1945, semanas después de que terminara la Segunda Guerra Mundial. Romero se había empadronado en Alicante ese mismo año como soltera, llegando de la capital, en una casa próxima a la plaza del Carmen.

«¿Sola en la ciudad? Un poco extraño para los tiempos de posguerra».

Continuó con la lectura, revelando que, unos años más tarde, la mujer contrajo matrimonio con Miguel Parres, con quien tuvo los dos hijos que Castillo había conocido en Santa Pola. Parres había sido un comercial modesto de Alicante, procedente de una familia humilde sin gran reputación social. Tras unos años en Alicante, el matrimonio se mudó al pueblo de Santa Pola, donde Parres fundó una pequeña empresa de materiales para la pesca, que mantuvo a la familia hasta su muerte. El comerciante murió joven, a causa de un infarto. Los hijos, Liborio y Teresa, ya habían terminado sus estudios y la viuda, que trabajaba como ama de casa, vendió el negocio con el fin de mantener a la familia.

El resto era historia.

«No debió de ser fácil enviudar tan pronto, en una sociedad como la de entonces».

Pero Castillo no estaba satisfecha con la primera lectura. No había registro de su árbol familiar, ni de su pasado previo a la llegada. Sólo una dirección que llevaba a la calle de Cervantes y dos personas como progenitores. Sin embargo, no existía registro de ellos.

—Lo siento, me temo que se perdieron durante la Guerra Civil — le informaron desde Madrid.

Insatisfecha, indagó más, buscando una aguja en un pajar, un fleco suelto, una razón para desconfiar de su pasado, pero la mujer no había tenido grandes ahorros y el apartamento de la de la playa era lo único que tenía. Una vivienda modesta, antigua y frente al mar.

«¿Esto es todo?», se preguntó de manera retórica, sabiendo que siempre había algo más cuando parecía lo contrario.

Por desgracia, Romero no era la única persona que le preocupaba. El escritor le había dejado una impresión opaca durante su visita, y existía algo extraño en él, un interés oculto en no contárselo todo.

Resopló, sentada en la silla de la oficina, miró con desgana el montón de papeles que esperaba en el escritorio.

De pronto, la aparición de Abellán le recordó que no había entregado el informe. El inspector le hizo una señal desde el pasillo para que se reuniera con él.

—Si me vas a preguntar por el informe...

—Es Ojeda, nos quiere en su despacho.

—¿Ahora, por qué?

—No tengo respuestas para todo, Sandra.

—Ojeda odia las reuniones.

Estaba en lo cierto. Existían otros mecanismos de comunicación sin tener que pasar por el despacho. Cuando el comisario citaba a alguien, algo estaba a punto de suceder.

***

Abellán se adelantó, tocó dos veces y abrió en cuanto oyó la voz del superior. No era la primera vez que entraban allí, pero habían pasado unos meses desde la última visita. Para ella, aún seguía reciente el encuentro, no había olvidado el olor a Brummel y a barniz de muebles, ni al comisario animándola con el entusiasmo de quien limpia los excrementos de las aves sobre la carrocería de un coche.

—Buenos días, señor comisario.

Ojeda vestía de uniforme y parecía estar de buen humor.

—Siéntense, por favor... —sugirió y se dirigió a ella—. ¿Cómo está, Castillo?

«¿Por qué me preguntas a mí?»

—Bien, gracias —dijo, evitando el contacto visual—. Mucho mejor.

—Me alegro —contestó, con una sonrisa forzada y se acomodó en su silla de piel. Sus ojos guardaban un toque lascivo que ponía nerviosa a la policía—. Han pasado diez meses, lo superará. Es usted muy valiente, no todo el mundo lo logra.

—Gracias, comisario.

—¿A qué se debe la reunión? —preguntó Abellán, separando las aguas.

—Nada en concreto. Una puesta al día. ¿Sabemos algo nuevo de los robos a las joyerías?

—No —contestó el inspector.

—¿Y en qué trabajan? Aún espero el último informe —dijo y Abellán miró de reojo a la compañera—. Llevamos tres robos en el centro, hay que mediar con el asunto, antes de crear una crispación pública innecesaria.

—Lo tendrá en un rato —añadió ella.

—Eso es... A todo esto, ¿qué hay de la señora Romero? Imagino que están trabajando en el caso.

—Usted nos puso ahí —contestó ella y sintió el puntapié del compañero por debajo de la mesa.

—Estamos esperando el informe médico. No tardarán.

Ojeda tensó las facciones.

—Manténganme al corriente de los avances.

—¿A usted, directamente? —preguntó, curiosa, cometiendo el error de cuestionarlo.

—¿Algún inconveniente, Castillo?

—Ninguno —respondió dando un respingo.

—Mejor... —dijo y juntó los dedos, formando un triángulo—. No queremos fastidiarla otra vez, ¿verdad?

«Cabronazo».

—Queda claro.

—Pueden retirase.

Los policías abandonaron el despacho sin cruzar siquiera una mirada. Cuando Abellán cerró la puerta, ella lo agarró por el brazo.

—¿Tienes un minuto?

—Estoy bastante ocupado...

Castillo lo zarandeó y luego lo soltó.

—No me cabrees, Fernando.

Él resopló.

—Está bien —dijo y se apartaron de la puerta, acercándose a las escaleras—, pero no aquí. Vamos al bar.

—No, aquí y ahora —replicó.

Él dio un vistazo a su alrededor, evitando llamar la atención.

—¿Qué pasa?

—¿A qué ha venido eso?

—Eso lo debería preguntar yo.

—¿Desde cuándo tenemos línea directa con él?

—Ya lo has oído —contestó, sin preocupación—. Lo mantendremos al corriente.

Ella arrugó la expresión.

—De verdad... A veces, no te entiendo.

El rostro del compañero dibujó una mueca.

—Es que no tienes por qué entenderlo todo, Sandra. Ese es tu problema.

—Parece que tenemos maneras diferentes de tomar decisiones.

—Nosotros no decidimos.

—La indiferencia nunca arregla nada.

—¿Y no es suficiente para ti? —preguntó y cogió su abrigo del perchero de pie, del pasillo.

—¿Te largas, sin más?

—Vuelvo en un rato —respondió, alejándose de ella—, y no te olvides del maldito informe... No quiero volver a ese despacho.

34

Martes, 27 de febrero de 2007.

Alicante, España.

Creyó que se ahogaba, pero había sido una pesadilla.

Sobresaltado, abrió un ojo y observó el cuarto: el cenicero lleno de colillas, una botella de litro de Coca-Cola sobre la mesilla de noche y un montón de notas en un cuaderno.

Había dormido vestido con los vaqueros y una camiseta de tirantes blanca. Abrió los ojos y vio el techo de escayola, sintiendo cómo la jaqueca le atravesaba el cráneo. Le faltaba el aire en la habitación. Después levantó el brazo izquierdo y comprobó la hora en el reloj de pulsera. No había descansado más de dos horas, pero dormir poco fue la norma a lo largo de su carrera. Dio una honda respiración, notando los pulmones encogidos y se incorporó. Sintió la lengua pesada, la boca pastosa y la saliva amarga y espesa a causa de los cigarrillos. Estiró el brazo, cogió la botella de plástico y terminó el líquido oscuro de un trago.

Después abrió la ventana y notó la brisa en su rostro. El ordenador portátil seguía abierto, con la pantalla apagada, y la correspondencia sobre el pequeño escritorio.

Poco a poco, su cabeza recuperó la consciencia y recordó lo que había trabajado durante la noche anterior.

35

La tarde del día antes.

Tras el frío y distante encuentro con Ojeda, regresó conduciendo hasta la Plaza de Toros. Después entró en el ultramarinos que había cerca de la pensión y compró cigarrillos, una gran botella de refresco y un bocadillo de jamón cocido. Estaba convencido de que sería una larga noche. Nada más subir a la habitación, colgó la etiqueta para que no lo molestaran y cerró con llave. A continuación, conectó el ordenador, encendió un cigarrillo y contactó con su compañero virtual, a través del programa de mensajería, para que extrajera más datos sobre Leonor Romero. Esta vez prometió remunerarle la faena y le insistió en que era urgente.

Lo quería saber todo sobre ella.

Los minutos pasaron y a la espera de una respuesta, decidió trabajar en las cartas de la mujer. Con la ayuda de un intérprete virtual, un diccionario y mucha dedicación, logró traducir gran parte de la correspondencia que el francés había enviado. El programa no era perfecto, pero el detective lograba unir los párrafos con coherencia. Pensó que ese Henri debía de ser alguien cercano y más joven que ella, al menos, por la manera en la que se dirigía, pero lo evidente era que le angustiaba lo mismo que a la señora: el destino de una fortuna que no mencionaban, pero que existía.

Querida J.,

Entiendo tu preocupación. Siempre fuiste una mujer de palabra. Papá me hablaba mucho de ti, de tu valentía y de lo mucho que os amabais. En cierto modo, os envidio por haber vivido una época tan bella como los años treinta en París... ¡En París! Y con Hemingway, Fitzgerald, Picasso (...) Me contó cuando se citó contigo en aquel restaurante de la planta 22. Mi padre siempre lamentó haberse retrasado. ¿Por qué nunca le diste una explicación? Si hubieras

esperado un poco más, ahora no tendríamos que pasar por esto... pero él entendió que corrías un riesgo enorme. Jamás se perdonó llegar tarde a la cita (...) Es una pena que no podamos llegar a conocernos, soy consciente del peligro que significaría un encuentro (...) Le hiciste una promesa a mi padre, no lo olvides. El problema es que debes encargarle la tarea a alguien de confianza. Si tus hijos lo descubren, si saben de su existencia, lo habremos perdido todo. Debemos encontrar un transporte para que llegue a Francia.

Tu amigo,

Henri.

Montaner intentó establecer un orden cronológico en la conversación, pero las cartas no tenían fecha, a excepción de la que aparecía en algunos sellos de tinta.

Querida J.,

¡Has perdido el juicio! ¿Cuánto tiempo lleva escondido allí? A tu edad, no es seguro viajar a Madrid, ¿y si te estuvieran vigilando? (...) Pensándolo bien, no te pueden detener por lo de tu esposo. A estas alturas, aquello habrá prescrito, ¿no? Nunca se me han dado bien las leyes (...) No quiero asustarte, ni tampoco apresurarte para una decisión equivocada, pero debo advertirte de que el rumor de tu historia está sonando en los círculos de las subastas más importantes del país. Han llegado a pagar cientos de miles por los originales de otros... ¡Imagina lo que podrías ayudar con ese dinero! (...) Puedo enviar a alguien para que le entregues la llave y haga el viaje, pero sé que desconfías de cualquiera, incluidos tus hijos. Piénsalo, por favor. El tiempo se termina.

Tu amigo,

Henri.

Las agujas del reloj continuaron moviéndose de madrugada, cada vez más rápido, casi hasta llegar al amanecer. Con las horas, los cigarrillos que ya no sabían a nada y las burbujas, Montaner comenzó a sentir un chisporroteo en su cabeza, como si se le estuvieran friendo las neuronas allí dentro.

Agotado, examinó la traducción del último mensaje, el más alarmante para él. Al leer, se le puso la piel de gallina:

Querida J.,

Soy yo, otra vez. Hace tiempo que no sé de ti y me dejaste preocupado en tu última carta. Lamento haberte asustado, aunque, viniendo de alguien como tú, pensé que lo asumirías con estoicismo. Tú, mejor que nadie, sabes lo que es vivir perseguida, oculta. Superaste el final de una guerra, el inicio de otra y engañaste a ese, en fin... Sólo debes ponerte a salvo (...) Los chicos tienen todo lo que necesitan para trabajar en su talento, aunque nos vendría bien el dinero. Me siento fatal al decirte esto, pero ojalá pudieras ayudarnos pronto (...) Y sí, es cierto que preguntan por ti en las subastas privadas, así que es cuestión de tiempo que te encuentren. Es el momento de dar el paso, J., hiciste una promesa y yo se la hice a mi padre. Hazlo por ellos.

Responde y dime que estás bien.

Tu amigo,

Henri.

Cuando se fijó en la hora que era, el reloj marcaba las seis de la mañana, el refresco se había terminado, la claridad alcanzaba la ventana y pestañear se convertía en un ejercicio de resistencia. Bajó la persiana, se quitó la camisa y sin darse cuenta, cayó dormido sobre la cama, con los zapatos puestos.

36

Martes, 27 de febrero de 2007.

Alicante, España.

Tras una ducha de agua helada, comenzó a sentirse mejor. El sol entraba por la ventana, el tráfico de los coches se oía a lo lejos y el ruido del personal de limpieza retumbaba al otro lado de la pared. Mientras se abotonaba la camisa, revisó las traducciones de la noche pasada y reflexionó sobre la razón por la que su cliente se había ofrecido a pagar el tratamiento de Marina. Comprobó las notas del cuaderno y encontró un sinfín de interrogantes por aclarar. ¿Quién era esa señora y por qué quería viajar a Madrid? ¿Era allí donde escondía eso tan valioso que mencionaban? ¿Por qué desconfiaba de sus hijos? ¿Realmente había vivido en París y conocido a Hemingway?

Pulsó una tecla y el ordenador se iluminó. Introdujo la contraseña y en la pantalla aparecía la última conversación mantenida con su contacto, ocho horas antes.

«Comprueba tu bandeja de entrada. Tienes un regalo».

Abrió el gestor de correo y vio lo que le había enviado. El mensaje iba sin asunto y sin texto, con dos documentos adjuntos llamados *«Registro—Civil.doc»* y *«Ficha—01.pdf»*. Por desgracia, no tenía tiempo para entretenerse con ellos, así que cerró la ventana, apagó el sistema y anotó mentalmente revisarlos más tarde.

Poniéndose en los zapatos de los agentes, dedujo que irían primero a por el muchacho, dada la extraña relación que tenía con Romero y su herencia.

Por su parte, aprovecharía la ocasión para visitar a los hijos en calidad de policía. No era lo más ético, pero sí lo más justo si quería sonsacarles alguna información de interés sobre la madre, aunque, después de leer las cartas, dudó que supieran algo relevante.

Los Parres llevaban juntos una pequeña gestoría de empresas y particulares, y un par de búsquedas bastaron para encontrar la dirección física del negocio.

Media hora más tarde, subido en el Ford y con la ventanilla bajada, encendió un cigarrillo, después la radio y condujo por la avenida de Maisonave hacia la otra punta de la ciudad.

***

El despacho de los hermanos Parres se ubicaba al otro lado del castillo de Santa Bárbara, en la parte alta de la ciudad y próximo al Hospital Universitario. Hizo el trayecto guiándose por la memoria y atravesó el paseo marítimo que bordeaba el puerto, tranquilo a esas horas de la mañana, para después incorporarse a una larga avenida, que atravesaba la cuesta y dejaba a un lado un gran edificio de viviendas con forma de pirámide.

Aparcó a escasos metros de la entrada del inmueble de oficinas, dio un largo respiro y subió las escaleras hasta el primer piso.

En la recepción lo esperaba una asistente que custodiaba la oficina.

La chica, una joven rubia con el cabello liso y brillante, lo miró desconfiada y expectante.

—¿Le puedo ayudar en algo?

—Sí. Estoy buscando a los señores Parres.

Ella arqueó una ceja y esperó una explicación más sólida.

—¿Tenía una cita programada?

Carraspeó y pasó al plan principal.

—Dígales que está aquí el inspector Montero, por el caso de su madre.

«Nunca se te dio bien improvisar».

—Sí, un segundo... —comentó con torpeza y descolgó el teléfono para comunicar su llegada. Acto seguido, unos pasos cruzaban con firmeza el pasillo.

—¿Inspector? —preguntó el hombre que tenía delante.

De cerca, Liborio Parres poseía una presencia arrolladora.

—Montero... Brigada de Delitos... Contra las Personas —expresó y le ofreció la mano con firmeza. Parres le dio un vistazo, pero el aspecto de Montaner seguía siendo el de un policía de la vieja escuela—. Un gusto.

—Pase por aquí, por favor —indicó y le chasqueó los dedos a la recepcionista para que trajera unos cafés. El abogado lo dirigió hasta una sala de reuniones y le pidió que esperara allí dentro. Segundos después, mientras se acomodaba, los dos hermanos aparecieron en la sala—. Le presento a Teresa, mi hermana.

—Siento lo de su madre.

—¿Tienen ya los resultados de la autopsia? —preguntó la mujer, que tenía el mismo rostro que el hermano, aunque era más menuda en tamaño—. No nos ha llamado nadie todavía.

—Las autopsias se pueden demorar días, semanas... Esto no es la tele. Tengan paciencia.

—¿Han interrogado ya a ese tipo?

—No hace falta mencionar que oculta algo. Que sepa que no lo hemos visto en nuestra vida.

Montaner se limpió la comisura de los labios.

—Todo a su tiempo, señores...

Liborio Parres estiró los brazos y apoyó las manos en la mesa de madera, dejando a un lado a su hermana.

—¿Cuál es su opinión de todo esto, inspector?

El detective detectó esa mirada. Sabía lo que quería escuchar y se lo iba a dar. Esperaba una reacción por su parte, una respuesta emocional, algo a lo que aferrarse. Pero él no estaba allí por el escritor, sino por la madre.

—Mi opinión es irrelevante, por eso he venido a hablar con ustedes.

—¿Van a detenerlo?

—No podemos, no existen pruebas —respondió, notando la decepción en sus caras—, pero, si las hay, lo investigaremos.

—¿Y mientras tanto?

—Usted hace su trabajo y yo el mío.

—¿Qué es lo que necesita? —preguntó ella.

Vaciló por un segundo, formulándose dos veces la cuestión.

—La verdad, para empezar... —contestó, intercambiando las miradas—. Empecemos con algunas preguntas acerca de su madre, la relación que mantenían con ella, sus amistades y... por supuesto, la herencia.

—No teníamos constancia de que iba a cambiar nada.

—¿Estaban al corriente del testamento?

—Sí, claro. Lo supervisamos hará unos diez años, si no recuerdo mal.

—¿Lo supervisaron?

—Mi hermano quiere decir que la asesoramos para que el reparto fuera justo.

—¿Temían que su madre realizara algún cambio?

—¡Nunca nos habló de ello! —saltó la hermana.

—¿Se llevaban bien?

Los dos hicieron una pausa.

—Sí, supongo —contestó él.

—Es una pena que ella no pueda hablar, ¿verdad?

—Nuestra madre se quedó viuda y eso le cambió el carácter.

—Esa no era mi pregunta.

—Escuche —intervino el hermano—, ha muerto con noventa y cinco años.

—Una señora longeva. ¿Fumaba?

—No... Pero, a esa edad... la cabeza falla.

—¿Insinúa que sufría algún tipo de demencia?

La hermana le propinó un codazo al pariente.

—Nuestra madre estaba bien.

—¿La veían a menudo?

—¿Nos hace mejores o peores hijos la frecuencia con la que se visita a una madre?

Montaner frunció el ceño. Le fallaba el ingenio. No estaba formulando las preguntas oportunas y esos dos lo sacaban de quicio.

—Limítese a responder, si es tan amable.

Liborio dio un respingo y asintió con la cabeza.

—Afirman no conocer a Fidel Duró, el chico que llamó a Urgencias, pero la familia de este reside todos los veranos en la segunda planta, desde hace más de veinte años, por lo que tendrían que haber coincidido en alguna ocasión.

—Nunca nos gustó Santa Pola, así que íbamos lo justo —respondió ella, ofendida y con los brazos cruzados. A Montaner le

recordaban al famoso dúo musical que cantaba a medias las canciones—. Quedarse allí sola, fue idea suya.

—¿Tenía amistades? ¿Un grupo de amigos o conocidos? ¿Alguna razón por la que pasar todo el año... aislada?

Liborio se rio delante de él.

—No, era una mujer solitaria. Sus amistades murieron hace tiempo.

—¿Algún viaje al extranjero? ¿Algo que la entusiasmara?

—No.

—Además, nunca salía de ese piso —añadió la hermana—. No quiero parecer grosera, pero... ¿qué relación tiene todo esto con la herencia?

—Pesquisas, señora...

—Ya veo.

—Intento hacer mi trabajo.

—No lo dudo...

—Y usted lo complica.

«A decir verdad, me aseguro de que no tenéis ni idea de quién era vuestra madre».

—El problema es que cambió el testamento unos días antes de morir, sin previo aviso —respondió, molesta—. Y su trabajo debería centrarse en ayudarnos con ese cretino interesado.

—¿Está segura de eso, señora Parres?

La mirada chula del inspector la obligó a retroceder.

—Es lo que hace la Policía en estos casos...

—El testamento, ¿quién lo gestionó?

—La familia tiene un abogado que se encarga de todo —añadió el hermano.

—¿Me podría dar su contacto?

—Por supuesto —respondió, dócil, y buscó una tarjeta de negocios en su cartera—, aquí tiene.

«Fernando Lizón, abogado».

—Gracias... —dijo, la guardó y chasqueó la lengua—. De todos modos, les aviso de que su madre estaba en su derecho de hacer los cambios sin su permiso. Lo lamento, pero no estoy aquí para resolver sus diferencias familiares.

—¿Y no le parece extraño que falleciera después de haberlos hecho?

Montaner resopló y decidió ir al grano del asunto.

—Seré honesto —contestó, cansado de tanta insolencia—. Lo que me sorprende es que no le haya dejado dinero al señor Duró.

—Eso es lo que menos importa.

—¿Usted cree? Si lo hubiera hecho y estuviera en su pello, pues sí, me preocuparía.

—Me atormenta que herede algo que nos pertenece.

—Díganme, ¿qué clase de valor tienen esos objetos para ustedes?

—Pues... —balbuceó la hermana.

—Ninguno —remató el detective—, pero, como ya he dicho, estoy aquí por otra cuestión.

—Inspector —dijo el hombre, sacando pecho—, es más simple que todo eso... Lo único que queremos es que se aclare su muerte y que ese individuo nos devuelva lo que nos pertenece, nada más.

—Hablamos de nuestra madre, no existe la lógica de por medio y no permitiremos que su herencia acabe en las manos de un cualquiera.

—Comprendo, se nota que son abogados... —dijo con sarcasmo, se puso en pie y se dirigió a los dos—. No se preocupen por nada... Les llamarán pronto... Tan pronto como averigüemos qué ha pasado.

Regresó al coche, abrumado por la codicia de los hermanos. Para él, era obvio que Leonor Romero los había engañado. No tenía hijos, pero pensó que habría hecho lo mismo en su lugar. Debía seguir investigando el sentido de las cartas y el significado de la herencia. Con cada segundo que pasaba, el contenido de la caja que se abría con esa llave aumentaba su valor. Las cosas no eran tan simples cuando había una mentira de por medio y eso daba un vuelco a su relación contractual con el señor Quintana.

Era consciente de que no podría jugar al gato y al ratón y escaquearse de él por mucho tiempo.

Ni de él, ni de Ojeda, pero algo en su interior le decía que debía apostarlo todo a esa carta.

«En esta vida, una mitad es suerte y la otra es destino. Siempre he hecho lo correcto y el destino me ha demostrado ser un cabrón, así que es mejor tener suerte, o al menos, creer que la tienes. Al fin y al cabo, es un acto de fe».

37

Martes, 27 de febrero de 2007.

Gran Playa, Alicante.

Alicante, España.

La breve conversación con el señor Lizón lo agitó emocionalmente, hasta el punto de no poder conciliar el sueño. La provocadora insistencia de ese hombre lo inquietó. Era cierto que Leonor Romero lo había incluido en el testamento y por cómo hablaba aquel tipo, parecía de suma importancia. La situación le resultó, cuando menos, desconcertante.

¿Por qué yo, Leonor?, se preguntó, enfadado por haberse dejado utilizar como un muñeco de trapo al aceptar los agasajos de la señora y creer en su buena voluntad.

El regreso a Madrid se retrasaba, Fidel no avanzaba en su historia y los dueños de la editorial Hispano mostraban su preocupación. Por los menos, el día anterior, había conseguido mandar los primeros capítulos por correo electrónico, en un cibercafé del pueblo. Aquel envío estiraría la espera, aunque no estuviera orgulloso del texto. No le quedó otra opción que hacerlo, a pesar de lo que Gerardo opinaría.

—No puedo presentarles esto, Fidel —respondió al teléfono, a primera hora de la mañana—. Los capítulos son una porquería.

—Te lo dije.

—Ponte las pilas —advirtió—. No sé cómo terminará tu novela, pero sí sé cómo acabará esto si no te lo tomas en serio.

La llamada se terminó y Fidel se sintió culpable por no haber cumplido con su trabajo.

La situación empezaba a perder el control y eso aumentaba la tensión entre los dos. Para él, las últimas veinticuatro horas se habían convertido en una *nouvelle vague*: larga, revuelta y sin final a la vista. Cada minuto que pasaba, se arrepentía de estar allí. ¿Había fracasado como escritor? ¿Era aquel el fin premonitorio de su carrera?, se cuestionó.

Era probable, pero no era un final poético ni merecido.

Listo para acudir a su encuentro, salió del apartamento y subió al coche.

—Acabemos con esto —dijo, arrancando el motor del Renault 11 para poner dirección a Alicante.

Abandonó la playa y se alejó de la costa. Esa mañana, estaba centrado en su maraña de pensamientos y el paisaje no tenía ningún interés para él. A lo lejos vio la ciudad y al otro de la carretera, el tren de cercanías que se acercaba a la estación de ferrocarril. La carretera lo llevó hasta las proximidades del centro urbano. Se movió por esa zona y buscó la calle de Colón, que se encontraba a espaldas de una larga avenida, en el laberíntico y angosto corazón de la ciudad. Con la atención puesta en las señales que lo arrastraron a una atascada vía de cruces y de rotondas, notó cómo los conductores viajaban despacio, sin prisa y sin la constante necesidad de apretar el claxon. Respiró un ambiente más tranquilo y desairado, distinto a lo que acostumbraba a ver por los alrededores de Atocha y Tirso de Molina. Bajó por la avenida, zigzagueó por las calles que bordeaban un enorme edificio gubernamental y alcanzó la dichosa calle del abogado. Próximo a una iglesia, vislumbró el rótulo de un aparcamiento público y fue directo a él. Al salir del garaje, buscó el número del portal y pulsó el único timbre que había en el lateral de la entrada.

La puerta se abrió, Fidel cruzó el umbral y subió los escalones de mármol hasta la planta superior. En el aire notó un ligero olor a colonia varonil y a madera vieja y le recordó a esa fragancia universal de otra época, una esencia que se pegaba a los muebles, a los tejidos y a los pensamientos. Cuando llegó a la puerta, oyó cómo alguien giraba un cerrojo al otro lado.

—Le estaba esperando, señor Duró —avisó un hombre con gafas redondas de alambre y bigote canoso y recortado, vestido de traje azul marino y con un pañuelo en el bolsillo del pecho. Fidel reconoció la voz que le había hablado por teléfono—. Pase, por favor.

El escritor se adentró en una amplia y antigua oficina del siglo anterior, con varios despachos en ella y decorada con muebles de

época. Se apartó a un lado, a la espera de que el señor Lizón lo guiara. El abogado, rígido en sus movimientos, caminó por el pasillo hasta la entrada de un despacho. Dentro, había una enorme estantería con libros relacionados con el Derecho, pero también con antiguos ejemplares de tapa dura de obras de la literatura universal. En un rincón, reconoció una vieja gramola restaurada, brillante. Junto a ella, una pila de discos antiguos. De la pared colgaba un tapiz de un ciervo, amplio y colorido.

—Lamento la urgencia de la llamada, pero prefiero hablar en persona —explicó, señalando al viejo teléfono de rueda que había sobre su escritorio acolchado—. Si ha venido hasta aquí, supongo que ha tomado una decisión al respecto.

—¿No es necesario seguir un procedimiento legal?

—Así es, pero en esta situación podemos acelerar algunos pasos burocráticos —respondió con una solemne seriedad y tomó asiento en la silla de piel. Luego sacó una carpeta amarilla de papel—. He reunido la documentación necesaria para hacer el reparto de la herencia. Aquí dentro tiene lo imprescindible... Una copia del certificado de defunción del Registro Civil, el certificado de últimas voluntades, una copia del testamento y, bueno... en cuanto a la notaría y los testigos... En fin, soy el abogado de la familia, el albacea y también el apoderado de la señora Romero, pero si desea que una tercera persona esté presente...

—Gracias —dijo, confundido.

—Tampoco deberá preocuparse por la notaría. El notario con el que la señora Romero firmó el testamento trabaja conmigo y es buen amigo de la familia. Como verá, todo queda en casa.

—Un momento, no tan rápido... —manifestó, deteniéndolo con un gesto—. Todavía no he decidido qué haré.

—Entiendo —dijo y cruzó las manos—. Tiene derecho a rechazarla. Es la voluntad de la señora Romero contra la suya.

—Si es posible, antes me ayudaría hacerle algunas preguntas.

—Como guste, pero yo no tengo las respuestas que busca —respondió, reticente—. Sólo soy un protector de los bienes y un consejero particular.

Fidel sabía que no era así. Podía notarlo en su expresión. De lo contrario, la señora Romero no habría montado aquel circo.

—¿La señora Romero le dio alguna razón para hacer el cambio en su testamento?

—No tengo por qué contestarle a eso. Es información privada de mi cliente.

—¿Le habló de mí? —preguntó, ignorando su respuesta.

El hombre se colocó las gafas sobre la nariz y respiró hondo.

—Señor Duró, le he citado para que tome una decisión e iniciemos los trámites correspondientes —explicó, esquivando las preguntas—. Si no desea su parte de la herencia, no la acepte. Los Parres lucharán por recuperar lo que es suyo, pero no se sienta presionado por hacer lo que es debido.

Las palabras resonaron en su cabeza.

—¿Qué es lo debido?

—Usted sabrá. Yo no soy el heredero.

Las dudas envenenaban sus pensamientos.

—¿Puedo hacerle otra pregunta?

—Por supuesto, pero no se demore demasiado —respondió y Fidel notó cómo el eco de su voz llegaba hasta el pasillo—. Lamento advertirle que no tengo todo el día para usted.

—¿Qué me dejó la señora Romero en herencia?

El abogado sonrió levemente. El escritor intuyó que no era un gesto que practicaba a menudo.

—Pensaba que lo sabía...

Abrió la carpeta de cartón, sacó uno de los documentos en los que figuraba el testamento y clavó el dedo índice sobre un párrafo:

—Ordeno que los bienes que tengo bajo mí propiedad al momento de fallecer —leyó con voz sonora—, deben ser dados en su totalidad a mis hijos, Liborio Parres Romero y Teresa Parres Romero, a excepción de la caja de música de madera y la pintura al óleo de Las señoritas de Aviñón, que serán dados a Fidel Duró García y que, hasta ese momento, custodiará mi albacea, Fernando Lizón Pomares...

—¿Eso es todo?

—Esa fue su voluntad.

—¿Y no le dio una explicación?

El escritor lo presionaba sin éxito. Recordó la disputa que había tenido respecto al cuadro y su nombre e intuyó que, como el libro, la obra tendría un mensaje para él. Por lo tanto, quería evitar la herencia a toda costa.

El abogado arqueó una ceja, cansado de tanto rodeo.

—Señor Duró, podríamos pasarnos todo el día así... Usted, haciendo preguntas insustanciales y yo esquivándolas por mera educación... Puedo leerle el testamento las veces que lo requiera, pero soy incapaz de adivinar los pensamientos de la difunta.

—No quiero un enfrentamiento legal con sus hijos.

—Comprendo su postura, por eso no tiene por qué tomar la decisión en este momento... Recuerde que posee todo el tiempo del mundo.

—Tampoco voy a dejar el asunto en el aire. Debe de existir una explicación.

—Entonces, medite y comuníqueme su decisión.

—Lo haré —respondió, claudicando ante él—. Gracias por su tiempo.

—De nada. No olvide los documentos.

Lizón acompañó al escritor y se despidió de él en la puerta, con actitud sobria y distante.

Cuando salió del portal, caminó hacia el aparcamiento y se metió por las escaleras que llevaban a la planta subterránea. A lo lejos, de espaldas a él, los faros de un vehículo se aproximaban a toda velocidad.

38

Martes, 27 de febrero de 2007.
Alicante, España.
Unas horas antes.

Tras escabullirse del tráfico de la mañana, bajó la avenida de Oscar Esplá, organizando en su cabeza la batería de preguntas.

El siguiente sería el abogado de la familia. Ardía de curiosidad por saber qué era tan importante para que esa mujer decidiera dejarlo en manos de un desconocido. Aunque no lo sorprendió que lo hiciera. Él y Marina no habían tenido niños, pero pensó que debía de ser muy triste criar a dos como aquellos. Los Parres no mostraban ningún remordimiento por haber ignorado a su madre durante años.

De repente, próximo a un semáforo, una silueta lo despistó.

Montaner frenó en seco ante el paso de cebra, alarmando a los peatones que se disponían a cruzar. A escasos metros de su ventanilla, Fidel Duró salía a pie del aparcamiento de la Muntanyeta, hacia la calle de Colón.

—Hablando del rey de Roma... —murmuró, frotándose los ojos con una mano y la otra en el volante. Duró llegaba en el momento oportuno.

Cuando lo perdió de vista, dejó atrás el paso de cebra y condujo hacia el aparcamiento del que había salido el literato. Bordeó la primera planta dando una vuelta completa y bajó por la cuesta que llegaba al segundo nivel subterráneo, hasta que reconoció el sedán francés, aparcado entre dos pilares. Con la pista despejada, decidió esperarlo allí abajo para sorprenderlo cuando regresara. Su maña policial, pulida durante los años en el Cuerpo, pondría tieso al chico, que no parecía muy perspicaz, y le haría cambiar de opinión para que contara lo que sabía.

***

La espera se hizo más larga de lo imaginado. Cada minuto en silencio, suponía un viaje al infierno de sus temores. Marina, Quintana, el tratamiento, la fortuna de Romero y las ganas de tomarse una copa.

«Conseguir la llave y entregársela a Quintana, o convertir su propósito en el tuyo», caviló, ponderando la mejor opción. Era evidente que esa llave abría una cerradura, un cofre, una caja fuerte, un lugar que protegía una pieza de valor. Necesitaba el dinero, de eso no había duda, y empezaba a sospechar que el objeto en cuestión tenía un precio más alto que sus tarifas. Sin embargo, estaba metiendo las narices donde no debía. Traicionar a Quintana tenía unos costes muy altos.

«Cierra una puerta, dile a un niño que no puede pasar y hará lo que le pidas por conocer lo que hay detrás».

Así que se repitió que lo mejor era evitar el problema, cumplir con Quintana, olvidar el asunto y regresar a su vida.

De manera fortuita, notó una presencia en el aparcamiento que reconoció al salir de las escaleras de la planta subterránea. Fidel Duró llevaba una carpeta en la mano y caminaba hacia su vehículo.

Arrancó el motor y esperó unos segundos a que el escritor se alejara. De repente, dos faros amarillos deslumbraron la pista. Vislumbró un vehículo que se acercaba a toda velocidad, dispuesto a arrollar al chico, que no era consciente del peligro. El desasosiego activó el piloto mental y automático del detective, que asomó el morro del coche y pitó con fuerza, irrumpiendo en el camino del conductor. El Peugeot frenó en seco, respondiendo con otra fuerte pitada y maniobró para apartarse. Montaner vio al escritor, confundido y asustado. Luego vio el Peugeot, disparado por el pasillo, y anotó los dígitos de la matrícula.

«¿Qué cojones?»

Cuando quiso reaccionar, Duró abandonaba el aparcamiento en su coche. Seguirlo, no sería útil, después del susto, pensó. Había perdido la oportunidad de interrogarlo, pero no era del todo tarde

para averiguar quién conducía el otro vehículo. Tenía una corazonada de aquello.

Tomó la rampa del aparcamiento, salió de allí y avistó el coche a lo lejos.

39

Martes, 27 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

La reunión con Ojeda la había dejado con un sabor agridulce. Pese a sus palabras, llevaba meses apartándola como a una mosca, cuando más necesitaba estar en activo. Para más inri, su compañero seguía sin aparecer por la comisaría y pensó que, de nuevo, ella tendría que comerse el caso.

Salió a por un café al bar de enfrente y regresó para hacer frente al ordenador y terminar con el papeleo pendiente. De pronto, el teléfono de Abellán sonó. Los ojos de Castillo miraron al aparato y después a su alrededor.

—¿Es que nadie puede coger el dichoso teléfono? —espetó, malhumorada.

Se levantó de la silla y lo descolgó.

—Inspectora Castillo al habla.

—¿Está Abellán? —preguntó una voz femenina—. Soy Mirete... Es sobre los resultados de la autopsia de la señora Romero.

—Yo me hago cargo, Abellán ha salido —dijo y volteó la mirada hacia el despacho de Ojeda—. ¿Qué tenéis?

—Hay que hacer una segunda observación y después firmar los documentos, pero quizá os interese saber que hemos encontrado una cantidad notable de arsénico en los análisis de sangre.

—¿Arsénico?

—Sí... Ochenta miligramos... No está mal... —explicó, sorprendida—. La mujer tuvo suerte de no morir a causa de una diarrea. La parada respiratoria se la llevó antes de que la intoxicación llegara al estómago.

—¿Y eso?

—¿Estrés? ¿Destino? Quién sabe...

—Me refiero al veneno... —comentó, desdeñosa—. Perdona mi ignorancia, pero... ¿cómo puede alguien intoxicarse con arsénico?

La interlocutora suspiró.

—Está por todas partes y hasta hace unos años se podía conseguir en cualquier farmacia... Estamos más expuestos de lo que imaginamos... —explicó, llena de dudas—. Habría que investigar su historial, si ha trabajado en un ambiente contaminado, en fábricas, en alguna refinería... o si estaba bajo tratamiento de algún medicamento nocivo, en contacto con pesticidas...

Castillo negó con la cabeza.

—Noventa y cinco años, Mirete.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Puede que se equivocara con la mezcla... Oye, ¿me harás el favor de decírselo a Abellán? Se pone muy pesado y ahora tengo que salir hacia Dénia. Ha aparecido un cadáver sin extremidades en un apartamento de playa...

—Sí, claro, tranquila... Le dejaré una nota, gracias.

Castillo colgó y regresó a su escritorio.

«¿Arsénico?»

El informe tardaría algunos días en llegar y eso la ponía en ventaja respecto al comisario. Sabía que, en cuanto se hiciera oficial, se abriría una investigación de presunto homicidio.

«Y se la dará a otra unidad».

Sintió los nervios de la incertidumbre. Con un poco de habilidad, podía ganar algunos puntos con ese movimiento, pero debía meditar el siguiente paso, aunque saltaba a la vista que Ojeda confiaba más en Abellán que en ella.

El teléfono timbró otra vez, pero esta vez era el de su escritorio.

—Castillo... —dijo al descolgar—. ¿Con quién hablo?

—Buenos días, inspectora —saludó la voz de un hombre—. La llamo del Registro Civil, en relación con los certificados que solicitó ayer, de la señora Leonor Romero.

—Sí, ya los recibí —contestó, recordando al funcionario—. ¿Qué sucede?

El empleado público aguardó unos segundos antes de responder.

—Pues... es difícil de explicar por teléfono.

—Inténtelo.

—Verá, después de enviarle la documentación, encontré una negligencia en el dosier de esta persona...

—¿De qué tipo?

—Es curioso, pero no existe ningún registro previo a la inscripción de matrimonio —explicó—. He consultado con la central de Madrid y no tienen nada.

—¿Por qué me cuenta esto?

El hombre se quedó helado y sin palabras.

—Pensé que le interesaría saberlo.

—Estoy segura de que existe una explicación —respondió, molesta—. Insista.

—Ya lo he hecho.

Castillo tragó saliva con dificultad. Con el teléfono pegado a la oreja, notó las vibraciones del pulso en el oído.

—¿Es algo habitual?

—No, no debería.

—Deme una explicación sincera.

—¿Le importaría acercarse al Registro? Es un tema delicado.

El interlocutor se sentía agobiado por un motivo que no quería manifestar.

—Lo siento, pero no tengo tiempo —reprendió, firme—. ¿Por qué no puede contármelo por aquí?

El hombre carraspeó.

—Si no es mucho pedir, inspectora...

Sandra Castillo arqueó una ceja.

—Estaré allí en un cuarto de hora.

Cortó la llamada y miró por última vez al despacho del comisario.

Después abandonó el edificio en silencio.

***

El Registro Civil se encontraba a varias calles de la comisaría. Lo primero que vio fue una cola de personas impacientes que aguardaban su turno. Se presentó en la puerta y se identificó ante el guardia civil que custodiaba la entrada. Un hombre más alto que

ella, calvo, con algo de sobrepeso y vestido con una camisa de rayas verticales, apareció por el pasillo de la izquierda para recibirla.

—Inspectora Castillo, ¿verdad? Mi nombre es Andrés Quiralt —dijo, sin ofrecerle la mano—. Hemos hablado hace un rato. ¿Me acompaña, por favor?

Ella asintió y lo siguió por el pasillo que llevaba a un departamento de amplias oficinas separadas. Quiralt no trabajaba solo y su escritorio era uno de los muchos que había en el interior de la sala.

—Póngase cómoda, por favor.

—Dispongo de poco tiempo —abrevió ella—, así que vaya al grano... si no le importa.

Quiralt la miró por encima de sus gafas de alambre y le entregó varios documentos. Después se frotó el mentón, buscando las palabras correctas.

—Esto es una oficina pública y hay ciertas cosas que prefiero no decir por teléfono.

—No está haciendo nada malo, señor Quiralt. Estamos en medio de una investigación. Ahora explíqueme qué pasa con esta persona.

—Por favor... —le pidió, haciendo un gesto con la mano para que bajara el volumen. Después agachó la cabeza para no levantar la voz —. ¿Es grave?

—¿El qué?

—El caso...

—No estoy autorizada a hablar de ello.

Él la miró seriamente y metió la cabeza entre los hombros.

—Ni yo de esto... Se me caerá el poco pelo que me queda.

—Lo tiene difícil —respondió, notando el brillo de su aceitosa cabeza.

Inquieto, movió los ojos en círculos.

—No es la primera persona que solicita información sobre esta mujer.

—Ah, ¿no? —preguntó sorprendida y echó la cabeza hacia atrás.

—No... Hace unos días, vinieron dos personas.

Ella esperó a que siguiera, pero el hombre no quería hablar.

—¿Por qué no salimos y me lo cuenta en una cafetería?

—No, hay cámaras y vigilancia. Si nos relacionan, será el fin para los dos. Este es el único lugar seguro.

Castillo comenzó a dudar de la credibilidad de aquel tipo.

—¿Me va a decir quiénes eran?

—Del Interior, eso es todo lo que sé.

El hombre evitaba establecer contacto visual.

—Ajá... Estupendo. ¿Y qué interés tiene el ministerio en la muerte de esta señora?

La pregunta rompió la tensión y derrumbó los nervios del funcionario. Este se mordió el labio, cerró los ojos y respiró hondo.

—Es probable que la razón por la que no hay ningún registro previo, ni aquí, ni en Madrid, sea que... la señora Leonor Romero...

—Por Dios, Andrés, dígalo ya... Me está poniendo de muy mala leche.

—Fuera una funcionaria pública del Estado.

Castillo inclinó la cabeza para ponerse a la altura de su interlocutor. Después bajó el tono.

—¿Como usted?

—No.

—¿Entonces?

—Del SIAEM, lo que más tarde fue el CESID, ya me comprende...

La respuesta la confundió.

—¿Está seguro de lo que dice? Hablamos de Leonor Romero.

El hombre le advirtió que bajara la voz.

—Siete años antes, alguien reclamó el acta de defunción y el resto de los certificados de una persona. La situación era parecida y el registro previo a Alicante, nos llevó a Salamanca. Días después, llamaron desde allí, informando de que no existía esa persona en la base de datos.

—Lo siento, pero no sé a dónde quiere llegar...

—Llevo veinte años trabajando aquí. Sé que destruyeron los registros. Yo mismo he obedecido órdenes para hacerlo.

Castillo asintió, absorbida por la información.

—De ser esto cierto, ¿por qué me ayuda? Podría denunciarlo y usted perdería su puesto.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Hágalo si quiere, aunque no está aquí por eso —contestó, carraspeó y la miró con camaradería—. Se lo he contado porque debe saberlo. Así, evitará una situación desagradable... Investigarla, puede levantar ampollas en ciertos departamentos... y le traerá problemas, inspectora. Desconozco lo que hizo o qué esconde esa señora y no me interesa... Pero debió de ser importante, para que, todavía hoy, los del ministerio se molesten en descolgar el teléfono y presentarse aquí... ¿Me sigue ahora?

—Sí.

—Lleve cuidado, no vuelva a preguntar por mí y no regrese a esta oficina. Por favor, es lo único que le pido —rogó, serio, invitándola a marcharse—. Para bien o para mal, hay llamadas que cambian el rumbo definitivo de nuestras carreras.

40

Avistó el vehículo francés a lo lejos, atascado en el tráfico que subía hacia la plaza de los Luceros. Montaner se unió a la cola, manteniendo la distancia para que no lo descubriera y se incorporó a la avenida en cuanto tuvo ocasión. Una vez en ella, el conductor adelantó a varios vehículos, dando fuertes aceleradas, y atravesó la glorieta dejando al detective atrás.

—Cabronazo... —se quejó, golpeando el volante con el puño cuando los semáforos cambiaron al rojo. Pero sospechó que aquel tipo no iría muy lejos, al ver la fila de luces del mismo color. Continuó despacio, con la intención de no llamar su atención, preguntándose a dónde iría.

Dejaron atrás la terminal de ferrocarril y bajaron por la amplia y larga avenida que moría a la altura del mar. Poco antes de llegar al desvío que salía a las afueras de la ciudad, el sospechoso giró en un cruce ancho y el detective reconoció algunos edificios.

Segundos más tarde, el sedán francés alcanzó las inmediaciones de la Comisaría Provincial de Alicante, obligándolo a quedarse más atrás, aminorando hasta parar al principio de la calle.

«¿Un policía?», se dijo, sorprendido, al verlo estacionar en el área de agentes. Intrigado, se quedó allí quieto, en el interior del vehículo, observando la escena en la lejanía. Del Peugeot salió un hombre al que no había visto antes, vestido de paisano y con algo de prisa. De pronto, sus ojos advirtieron a Ojeda, en los peldaños de la escalera principal. El comisario mantenía la postura firme y fría, y los dos hombres intercambiaron algunas palabras.

«En verdad, en verdad os digo, yo soy la puerta de las ovejas», recordó la cita bíblica, estupefacto por la traición del que consideró años atrás, su amigo, y sacó el paquete de tabaco del interior del abrigo.

Golpeó la parte trasera, agarró un cigarro que se puso entre los labios y lo encendió, aspirando con inapetencia.

Tras una breve conversación, Ojeda hizo un gesto con los ojos, apuntando hacia la parte superior de la comisaría y le dio una palmada en la espalda al subordinado. En ese momento, el detective se percató de una silueta femenina, al otro costado de la carrocería, que reconoció al instante. Montero se quedó estático, aguantando la respiración y palpó la tensión y el secretismo entre los hombres. Escondió el cigarro, las brasas le quemaron el dedo y se mordió la lengua para reprimir el grito. La mujer lo ignoró, siguió con paso firme hacia las escaleras y los policías cambiaron su lenguaje corporal al verla.

Ojeda subió en la parte trasera de un vehículo negro y los inspectores cruzaron la entrada principal.

Reflexivo, se incorporó en el asiento, apagó la colilla en el cenicero y se rizó el extremo del bigote. Ojeda tramaba algo y se lo había advertido en la estación de autobuses. Fue un ingenuo al no creerlo, y no se arrepintió de haberle ocultado lo que sabía.

Si Ojeda pretendía entorpecer al escritor para que no recibiera la herencia, sus caminos volverían a encontrarse.

41

Martes, 27 de febrero de 2007.
Gran Playa, Santa Pola.
Alicante, España.

SIGUE LA LUZ VERDE

DEBES AYUDARME

ELLAS TE INDICARÁN EL CAMINO, FIDEL.

Fidel apretó los puños, soltó un grito de impotencia y su voz se perdió por el balcón.

—¿Por qué juegas conmigo? —murmuró, recuperando el aliento y sin encontrarle sentido a las enigmáticas palabras del mensaje. Le ponía enfermo no tener una respuesta. Romero había logrado que mordiera el cebo y la cabeza del escritor no cesaba en darle vueltas al acertijo.

No podía pensar con el estómago vacío, así que cortó un poco de queso, se sirvió una copa de vino blanco y preparó un bocadillo con los restos de fiambre que quedaban en el frigorífico.

Mientras comía, reflexionó, concentrado en el problema que tenía delante. Para entonces, ya se había olvidado de Gerardo, de los editores y de su carrera literaria. Ahora, lo único que le importaba era descifrar lo que Romero intentaba decirle.

«Tres elementos, un mensaje».

Por un lado, aceptar la herencia no era una cuestión ligera. Estaba convencido de que existía un propósito para que Leonor hubiese cambiado de opinión a última hora, y esas tres frases lo confirmaban. No obstante, la cuestión legal paralizaba su decisión. A pesar de lo que le había contado al abogado, no temía aceptar la parte que le correspondía, si no fuera por las desavenencias que acarreaba la decisión. Primero los hijos, y después la Policía. Por el contrario, si la rechazaba, podría respaldarse en su desinterés.

—Un escándalo como este, no es lo mejor para tu carrera.

Dio un bocado al pan, se aclaró la garganta y siguió reflexionando.

—Piensa, demonios, piensa...

«Tres elementos, tres frases, un mensaje».

«¿A quiénes se refería Leonor cuando hablaba de ellas?»

Regresó a la novela, sospechando que una revisión de su contenido podría ser de utilidad y analizó la historia.

Cuando tocó la rígida cubierta, tembló al recordar el momento en el que lo encontró en su puerta, junto al delicioso quiche.

Aquel había sido el principio de todo.

Suspiró, bebió más y liberó la mente para concentrarse en el mensaje. Si realmente había algo importante en esa historia, lo encontraría. Fidel conocía muy bien el trabajo de Fitzgerald. Había analizado su obra al detalle, indagando entre líneas para acercarse a la idea que el americano quiso transmitir cuando la escribió.

«¿Eres tú una imitación de Fitzgerald?»

En *El Gran Gatsby* aparecían mujeres a lo largo de la trama, pero sólo una recibía toda la atención. En una lectura superficial, Daisy era la luz, tan brillante como frágil, el amor de juventud, inalcanzable, de Gatsby. Pero la historia no giraba en torno a un secreto, sino a las ambiciones, a las esperanzas y a los anhelos del misterioso personaje.

«Haz lo posible por no enamorarte de nadie».

Por otro lado, no hablaba en ningún momento de música. Gatsby era un hombre sin límites, un aventurero y un corazón pasional, capaz de arriesgarlo todo por un flechazo inalcanzable de juventud.

—El amor como tema principal —mencionó, recordando la conversación que había tenido con la mujer.

Echó la vista hacia el balcón y de pronto se vio allí, más joven, en una tarde de agosto de aquel fatídico verano, con el rostro limpio de impurezas, el corazón roto y las lágrimas reprimidas para que los vecinos no lo vieran desde sus balcones. En lo más profundo de Duró prendió la llama que había cambiado su vida.

—¿Qué te llevó a hacerlo?

«La persona con la que lo quería todo, no quiso nada conmigo. Esa fuerza me llevó a escribirlo».

«Las rupturas siempre fueron buen material».

Aquel polvorín se llamaba Laura Marco y ella fue la razón por la que era escritor. Una tragedia que se convirtió en combustible del éxito y que, en lo más profundo de su ser, esperaba que el eco llegara a los oídos de aquella chica.

«Leonor lo sabía, todos lo sabían», pensó, recordando los felices años de juventud que había transformado en postales de dolor.

«Sólo nos damos cuenta de lo estúpidos que fuimos, cuando podemos echar la vista atrás».

La jaqueca se manifestaba y decidió preparar una cafetera. Apoyado en la encimera, a la espera de que el café gorgoteara, ojeaba las últimas páginas, en las que se hacía mención de la nostalgia, el deseo de repetir el pasado, que es lo que lleva a las personas a regresar a él continuamente.

«Duele que te rechacen, que no te amen... pero más duele cuando amas y renuncias».

Estaba tan absorto en sus pensamientos, que el libro se le resbaló de las manos y cayó al suelo, abierto por la mitad. Al recogerlo, se fijó en el extraño marcapáginas que había en su interior. Lo había visto antes, pero sin detenerse a pensar en él. Lo observó perplejo, tocando la guía de pequeñas perforaciones sobre la tira de papel, y una imagen del extraño cuadro apareció en su cabeza.

—Aquellas mujeres representadas de forma abstracta, con un cielo limpio y una carretera a sus pies... Madame Avignon, de 1964 a 1968 —pensó en voz alta.

De un modo intuitivo, unió todas las piezas en su cabeza con un enfoque holístico.

En un principio, pensó que el enigma se refería a él, a su ego y a su corazón roto, pero con cada pista que encontraba, estaba más convencido de que Leonor Romero le hablaba de ella, de su pasado, de sus creencias. Lo había elegido a él para un cometido, igual que

había seleccionado minuciosamente cada frase, cada respuesta, cada detalle de su encuentro.

«La angustia nos atrapa cuando conocemos nuestras limitaciones».

«Entonces la buscarás en otra parte, más joven que tú».

Pero lo que más le inquietaba era su grito de auxilio. Para Fidel, era evidente que algo más importante ponía en peligro su vida, en eso residía el secreto que escondía. ¿Y qué podía ser más valioso que la propia existencia?, se planteó.

—Si la luz está en el libro y ellas en el cuadro... —murmuró, poseído por la revelación que descifraba el rompecabezas, recordando la caja de música—, es evidente que este marcapáginas no pertenece aquí...

«En el arte, como en las personas, lo que ves, es lo que hay... y lo que se esconde o no llegas a ver, es tu problema».

Un torrente sanguíneo activó su cuerpo.

Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón, buscó el número de Andrea y marcó.

—Cógelo, por favor, es crucial.

El buzón de voz se activó en el momento que sonó el primer tono.

La tarde caía lentamente, el sol se fundía entre las montañas y pronto anochecería.

«Todo lo que ves, ha sido mi vida».

Sin pensarlo dos veces, Fidel dejó el libro sobre la mesa, cogió su chaqueta y salió a la calle, dispuesto a encontrar a la chica.

42

La explicación del funcionario la dejó desubicada. Cuando regresó a la comisaría, encontró a Abellán y al comisario en las escaleras.

«Me da que vamos a tener unas palabras».

A medida que se acercaba a ellos, percibió cómo los dos hombres cortaban la conversación en seco, recibiéndola con un silencio incómodo.

—Vaya, por fin apareces —comentó, resentida—. ¿Me he perdido algo?

—Abellán me ha puesto al corriente de la investigación.

—Siempre cumpliendo con el deber —exclamó con sarcasmo—. No me sorprende.

—Inspectores, les veré más tarde —dijo, abriéndose paso en las escaleras—. Me están esperando.

Luego subió a la parte trasera de un vehículo oficial y este se perdió por el cruce. Castillo llenó los pulmones y se dirigió con desprecio al compañero.

—Eres el poli bueno de la historia, ¿no? —contestó, enfadada—. Luego quieres que me abra contigo.

—Vamos al coche —ordenó y señaló al aparcamiento—. Te lo contaré todo por el camino.

—No voy a ir a ninguna parte hasta que no me expliques dónde has estado.

Abellán frunció el ceño, expresando su desacuerdo.

—Lo primero, vamos a dejar una cosa clara, Sandra —advirtió, inclinando la cabeza—. No tengo por qué darte explicaciones de mi vida personal...

Pero ella no se dejaba convencer tal fácil.

—Tu vida me importa un cuerno... No voy a hacer el trabajo sucio por ti, ni por nadie, para luego quedar como una imbécil.

Él chasqueó la lengua y se apartó.

—Vamos al coche, por favor —insistió, bajando los escalones—. Tenemos que interrogar a los Parres. Creo que he dado con algo.

—¿Estás sordo?

—Sandra —dijo y dio un vistazo a la calle—. No montes una escena.

Ella no respondió.

El inspector abrió la puerta del conductor y la miró desde lo lejos.

—¿Vienes?

—Como si tuviera otra opción... —respondió a regañadientes, abrió la puerta y se metió en el coche. Después tomaron el primer cruce hacia la oficina de los hermanos Parres.

Al final de la calle, el Ford Fiesta de Montaner arrancó, siguiéndolos en la distancia.

***

Abellán, que era el charlatán, estaba más callado de lo habitual, pero ella no tenía intenciones de romper el hielo. La crispación era notable entre los dos.

—Escucha, Sandra...

—Si vas a empezar con tus rodeos, ahórratelos —replicó, con el codo apoyado en la puerta y los ojos puestos en la ventanilla—. Me has decepcionado.

—Ni siquiera me das un respiro.

—¿Me vas a contar qué está pasando?

—Para esto, tienes que dejar que hable, ¿vale?

—Claro...

Castillo echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo.

—Es sobre Leonor Romero.

—Esto se pone interesante. Sigue...

—Hace unos días, contacté con un viejo amigo... Hablamos de la vida, del trabajo... y acordé de que su padre había sido un médico importante en la ciudad...

Ella nubló los ojos.

Detestaba que alargara las historias más de lo necesario.

—El caso es que el marido de Leonor Romero era paciente suyo.

—Vaya, qué coincidencia...

—Parres era un buen amigo de este médico.

—Al grano, Abellán, que estamos llegando.

Él le lanzó una mirada irascible. Si a Castillo le molestaban sus largas explicaciones, él no soportaba que lo interrumpieran.

—Cuando murió, fue él quien realizó la autopsia...

—¿Última voluntad?

—No, mera casualidad... Alicante, años cuarenta, en plena dictadura... Había menos médicos y mucho más trabajo. Le fue muy bien y ganó un buen dinero.

—No te enrolles, por favor.

—Revisé la documentación que me enviaste y le pedí a mi amigo el teléfono de su padre para realizarle unas preguntas sobre Parres... No tenía nada que perder, a pesar de la avanzada de edad. Tal vez me dijera algo sobre su familia... Debía intentarlo.

—¿Sacaste algo en claro?

—Eso es lo más sorprendente.

—Eres la segunda persona que me desquicia hoy con tanta pausa.

—Parres murió de un paro cardíaco, oficialmente hablando.

—Si hubieras leído el acta, me habrías ahorrado todo esto...

Abellán la miró de lado por un segundo.

—Esa no fue la verdad.

—¡Maldita sea, Abellán! —bramó, golpeando el salpicadero—. ¡Ve al grano, por Dios!

—Lo encontraron muerto entre sus heces —respondió, dejándola muda—. ¿Qué te parece?

Castillo lo miró perpleja.

—¿Estás de broma?

—Tendrías que haber oído la voz de ese hombre, a su edad... Me erizó el vello. El pobre lo recordaba como si fuera ayer y me temo que todavía se siente culpable por no contar la verdad.

—¿Cuál fue la razón?

—El respeto hacia la familia, ya que no iba a cambiar nada... Firmó la autopsia oficial y olvidaron el tema.

—Pero él no, ¿verdad?

—Cree que lo envenenaron.

—¿Por qué motivo?

—El cadáver presentaba manchas en la piel y líneas horizontales en las uñas de las manos... Al parecer, son síntomas propios de la intoxicación.

—¿Sabemos con qué lo envenenaron?

—No.

—¿Y mintió a la familia?

—Se guardó el secreto, que es diferente.

—Lo que se dice, un profesional de ética intachable.

Castillo miró por el cristal y reconoció la dirección de la asesoría de los Parres.

—Hemos llegado —señaló con el dedo y se quitó el cinturón de seguridad. Después esperó un par de segundos en silencio y le dijo lo que realmente pensaba—. Sé que estás funcionando bajo mucho estrés, pero espero que sepas comportarte ahí dentro.

—¿Eres tú quien me lo dice?

Sus ojos se clavaron en los de ella y apretó la mandíbula con fuerza.

—No quiero arrepentirme de haber confiado en ti.

43

Martes, 27 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola.

Alicante, España.

Andrea no respondía a sus llamadas. Hasta donde él comprendía, su decisión no era un motivo de peso para retirarle la palabra. Pero, quizá le hubiese faltado un poco de tacto, pensó, y ahora el silencio formaba parte de una reacción repentina e inmadura.

Fidel detestaba ir detrás de los demás y, en otro contexto, hubiera esperado unos días, hasta que se le pasara el enfado, pero necesitaba su ayuda para encajar las piezas.

Atravesó el puerto a pie, recordando su primera noche con ella, en la que casi termina mojado. Recorrió la misma ruta, se guio por las fachadas de los edificios que le resultaban familiares y los recuerdos lo llevaron hasta la pizzería La Dolce Vita, en la que habían cenado juntos. Ahora, el local carecía de magia, el cartel luminoso brillaba sin fuerza y el toldo verde estaba recogido en un rollo de tela. Se asomó por la cristalera y los ojos de la empleada se desviaron hacia él, reconociendo su rostro, con una mueca.

«En un lugar nuevo, sólo se es desconocido al venir por primera vez».

Respondió con una sonrisa y un titubeo, antes de preguntar por Andrea.

—Estuve cenando aquí el sábado con Andrea...

—Sí, lo sé —contestó, repasándolo con la mirada, como si fuera un acosador—. ¿Querías algo?

—En realidad, la buscando a ella.

—Aquí no está.

—Sé que la conoces y que vive por cerca, pero no responde a mis llamadas.

—¿Te has preguntado por qué?

—Sí, pero eso no le hará cambiar de opinión.

Ella se encogió de hombros, indiferente ante su problema.

Fidel entendió que allí era un extraño y que no debía insistir más de la cuenta. No todo iba a ser perfecto en el mundo de provincias, pensó. Cualquier cosa que dijera, cualquier excusa que pusiera, sólo jugaría en su contra.

—Si la ves, dile que sólo quería disculparme antes de marcharme a Madrid, nada más.

La chica no respondió y se quedó quieta tras la barra del establecimiento.

Fidel le dio la espalda y abandonó el local sin remordimientos. Lo había intentado todo y en su mejor versión.

—¿Le has roto el corazón?

El escritor se detuvo y giró lentamente la cabeza y después el resto del cuerpo.

—No... Dudo que alguien sea capaz de hacerlo.

—¿Entonces?

Él la miró confundido. Era una desconocida, pero sintió que debía contárselo.

—Es difícil de explicar —respondió, recordando a Leonor—, pero, digamos que, cuando se trata de expresar un sentimiento, mi paleta de colores es un poco... básica.

—Vaya, qué poético. Te gusta, ¿verdad?

—Hago lo posible por no enamorarte de nadie.

La mujer se rio para sus adentros y sopesó la decisión.

—A lo mejor puedes arreglarlo con una pizza.

—¿Cómo?

La chica sonrió y repitió la frase.

—Que le lleves una pizza... Por el estómago se soluciona todo —sugirió, mirándolo ahora con otros ojos—. Anda, te prepararé la de anchoas, que es su favorita.

Fidel arqueó una ceja.

—¿La de anchoas?

—Confía en mí, la conozco mejor que tú.

***

Media hora más tarde, cargaba con una caja de cartón de la que salía el olor pizza recién horneada. Siguió las indicaciones hacia la ermita, subiendo por las agostas calles del casco antiguo, bajo la luz amarillenta de las farolas, el frío húmedo de la penumbra levantina y el silencio de un pueblo que hacía vida en las casas.

Un molinillo giraba en un balcón, movido por el viento, y este le indicó que estaba en el lugar correcto.

De repente, los nervios le jugaron una mala pasada y el sudor pegajoso se apoderó de sus manos. La caja resbaló, pero la sostuvo a tiempo. Tal vez hubiera intentado parecer ingenioso ante esa camarera, pero sus palabras iban cargadas de verdad. Andrea le gustaba más de lo que imaginaba, pero no se había dado cuenta hasta ese momento. Evadió los pensamientos inútiles y tocó el timbre de la planta superior.

Contó hasta dos e insistió, aumentando la pulsación.

Los pasos bajaron a toda velocidad por las escaleras y se detuvieron tras la mirilla.

—Abre, por favor —le dijo a la puerta, sin obtener respuesta—. Sé que estás ahí. Esto es ridículo.

El cerrojo se liberó y el portón se desplazó unos centímetros. Fidel vio su rostro bajo el resplandor de la luz interior.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó, confundida.

—¿Por qué no respondes a mis llamadas?

—He estado ocupada —explicó, escueta y con ganas de acabar —. No es buen momento para hablar, lo siento...

Algo removió las entrañas del escritor, que digerían muy mal los rechazos. Quizá fuera la rabia, o puede que el desasosiego de la incertidumbre.

—No te creo. Sé que me ocultas algo.

—Tienes que marcharte, de verdad.

Pero Duró no aceptó la derrota. Antes de que la puerta se cerrara por completo, puso un pie en el hueco, empujó hacia dentro y ocupó las manos de la chica con la caja que cargaba. Desprevenida, no pudo detenerlo y él subió los escalones a toda prisa.

—¡Fidel, no! —exclamó, desde abajo, siguiendo sus pasos—. ¡No entres!

El escritor entró en la casa. No sabía qué buscaba, aunque esperaba encontrar a otro hombre. No le importaba que estuviera con otro, pues no estaba celoso, pero necesitaba saber la verdad, eso era todo. Cruzó el pasillo, buscó por las habitaciones y llegó a un cuarto iluminado por una lámpara de escritorio y la pantalla de un ordenador.

Entonces, su mundo de ficción y las emociones confusas que habían crecido alrededor de la chica se derrumbaron de manera catastrófica, dando lugar a un volcán ardiente de frustración, trastorno y desengaño.

44

Martes, 27 de febrero de 2007.

Alicante, España.

La visita no agradó a los hermanos, que los recibieron con desconfianza.

Liborio Parres tenía el rostro desencajado y una notable expresión de incredulidad.

—Ustedes... —comentó al reconocer a Castillo, que esperaba detrás de su compañero—. ¿Sinceramente? No sé de qué va esto... Empiezo a pensar que juegan a perder el tiempo.

—Señor Parres —respondió Abellán—, intentamos averiguar qué causó la muerte de su madre. Entienda que tengamos preguntas, si no es molestia.

—Pero... ¿qué buscan?

—¿Está su hermana también?

—De verdad que no sé qué pretenden.

—Se lo acabo de decir.

La hermana apareció por el pasillo.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó, sobresaltada—. ¿No han tenido suficiente?

—Señora Parres... —intervino Castillo.

—Ya se lo hemos contado todo a su compañero esta mañana. ¿Qué quieren ahora?

La respuesta provocó una mirada de complicidad entre los inspectores. Algo no encajaba en esa afirmación. Hasta donde sabían, no había nadie más a cargo del caso. Mantuvieron el contacto visual durante unos segundos, descifrando lo que pensaba el otro para no cometer un error.

—Perdone, pero no tenemos constancia de ello... —comentó Abellán, estudiando el lenguaje corporal de los dos hermanos—. ¿Quién les ha interrogado, exactamente?

—Otro inspector, mayor que ustedes —describió el hermano—. Un tipo seco y con cara de amargado.

—¿Con cara de amargado? No me ubico, hay demasiados —dijo ella, haciéndose la estúpida—. ¿Podría darnos una descripción más detallada? Si no es molestia, claro...

—Lleva un bigote canoso y tieso y unas gafas con los cristales amarillentos. ¿Satisfecha?

Castillo sintió una familiaridad con la descripción que estaba haciendo de aquel tipo. Lo había visto en alguna parte, aunque no recordaba dónde.

—El inspector Montero, ese es su nombre —recalcó la hermana —. Él está a cargo del caso y también en averiguar qué sucede con la herencia...

Abellán carraspeó.

—En eso, señora, no podemos ayudarla...

—¿Cómo que no? Le hemos dado el contacto de nuestro abogado...

—La Policía no se encarga de esos temas... —enfatizó Castillo.

—¿Entonces, para qué les pagan? —preguntó, ofendida—. Si ni siquiera son capaces de ponerse de acuerdo entre ustedes.

—Tranquilízate, ¿quieres? —le pidió el hermano—. Seguro que existe una explicación.

—No seas bobo, Liborio. No te pongas de su parte.

El hombre se adelantó y se dirigió a los inspectores.

—Perdonen a mi hermana, pero lleva casi dos días sin dormir —comentó en voz baja, excusándose—. La pérdida de nuestra madre está siendo muy dura. No la esperábamos así...

—Nunca se espera a la muerte.

El hombre la miró, incómodo.

—Si no les importa, tenemos clientes a los que atender... —se excusó, acompañándolos a la salida—. Aclaren su problema y regresen en otro momento. Su compañero tiene todos los datos que nos ha pedido.

Sin más discusión, los inspectores se despidieron y abandonaron la gestoría, con una amarga sensación en el cuerpo. La desconfianza aumentó en ella, intuyendo que Ojeda los manejaba como a dos títeres, con mucho descaro. Subieron al coche en silencio y Abellán tardó unos segundos en arrancar el motor.

—¿Contenta?

—La verdad es que no.

—Te he dicho que te comportaras.

—¿Y qué he hecho?

—Es igual.

—¿Qué diablos está pasando, Fernando?

El compañero aguantó unos segundos más.

—No lo sé.

—Eso es todo, ¿no?

Abellán se apoyó en el respaldo, echó la nuca hacia atrás y se tapó la cara con la mano.

—Estoy jodido, Sandra.

—No estás solo.

—Te lo digo en serio. No me refiero al trabajo... Lo siento, pero estos días no he sido del todo sincero contigo.

Un chispazo la hizo reaccionar.

—¿De qué hablas ahora?

—Carla me ha echado de casa —aclaró, suspirando—. Hemos tenido algunas diferencias, eso es todo... Estamos pasando por un mal momento y... las relaciones de pareja nunca son perfectas, tú ya lo sabes...

—¿Dónde duermes?

—En la casa de mis padres, pero pronto encontraré algo.

—Así que es grave... ¿Por qué no me lo has contado antes?

—Por Dios, Sandra... Ya es bastante vergonzoso, como para airearlo por la oficina.

—No me vendría mal dejar de ser el centro de las conversaciones por un tiempo...

—No tiene gracia.

—Perdona, soy una bocazas... pero soy tu compañera —replicó, olvidándose por un momento del malestar que sentía hacia él—. Hemos tragado mucha mierda estos meses.

—Gracias —dijo, sin más.

—Háblame cuando lo necesites. Tenemos que confiar el uno en el otro, si queremos salir de este bache... Pero, si no hablas y

desapareces, me siento sola, como una estúpida... y me dan ganas de tirar la toalla, o de algo peor...

—No digas tonterías.

—Romperle la cara a Ojeda no es ninguna estupidez.

—Yo diría que sí... y no merece la pena. Será mejor que averigüemos quién es el tal Montero. ¿Te suena su nombre?

—No, no lo he oído en mi vida —contestó, recordando por un instante al desconocido que entró en el despacho de Ojeda—, aunque sí sabemos quién es. Puede que no lo recuerdes, pero hemos visto a ese hombre antes, en la comisaría... Así que, presiento que el comisario nos debe una explicación.

45

Martes, 27 de febrero de 2007.
Santa Pola.
Alicante, España.

La pared estaba llena de fotografías en blanco y negro de Leonor Romero, de pequeña, de joven, de adulta, sola y con su familia. También vio recortes de periódicos con titulares llamativos sobre espionaje, cartas en francés escritas a máquina, imágenes de París en las que aparecía ella bajo la Torre Eiffel, minúscula, feliz, o en los Campos Elíseos. En una esquina del tablón de corcho, la reconoció, más adulta, en una fotografía de color sepia. Leonor aparecía sentada en la terraza de una cafetería de la Gran Vía, con el cabello recogido y unas gafas de sol negras que cubrían sus ojos, reunida con una pareja de hombres trajeados, con sombreros y semblante tieso. Estupefacto, se quedó sin palabras, sin pensamientos, sin entender qué era aquello, y desvió los ojos hacia un viejo mapa de Santa Pola, con diversas marcas y un sinfín de anotaciones en los márgenes. Las emociones se mezclaban en su interior, agitando su corazón y golpeándolo como si fuera una piñata. Con asombro y detenimiento, escudriñó toda la documentación que Andrea había reunido en torno a la figura de Leonor, cuestionándose si aquel sería su verdadero nombre.

En ese momento, la ansiedad del desconcierto se apoderó de él y deseó correr hacia el pasillo, desaparecer y huir lejos, tan lejos como pudiera y tan rápido como fuera posible. Esa era su solución para todos los problemas.

—Te he dicho que no lo hicieras... —dijo Andrea, acercándose a él por el pasillo. Conmovido, ni siquiera se volteó para mirarla. Había quedado absorto frente a aquel panel, rechazando lo evidente.

—¿Es una broma? —preguntó, furioso.

—Es largo de explicar, Fidel...

—Puedes empezar, no pienso ir a ninguna parte.

—¿Fidel?

Harto de sus rodeos, con los ojos en llamas, la agarró por los brazos, empujándola contra la puerta, acercando su rostro a la cara de la chica.

—¿Desde cuándo lo sabías? —quiso averiguar, exaltado.

Ella, acostumbrada al peligro, le propinó un rodillazo en la entrepierna, que lo derrumbó en segundos. El escritor cayó dolorido, contrayéndose como un acordeón.

—Si te calmas, te lo explicaré todo...

Fidel se lamentaba en el suelo.

—¿Tenías que golpearme ahí?

—Te recuperarás.

—Desde el principio... lo sabías... Por eso te acercaste a mí...

—No es cierto.

—Me has utilizado en tu beneficio... como ella...

—Ya te he dicho que no es verdad.

Pero las palabras vacías flotaban en al aire. Su figura angelical y traviesa había desaparecido a los ojos del escritor.

—Tú no tienes nada que ver con esto... —comentó, mirándolo desde la altura—. Te juro que llegaste por una casualidad, eso es todo.

Fidel recuperó el aliento, se incorporó y se puso en pie, manteniendo la distancia.

—¿Acaso te llamas Andrea?

—¡Basta ya! —bramó, enfadada, revelando su verdadero malestar—. ¡Te estoy diciendo la verdad!

Él la observó, como quien intenta comprender las intenciones del pintor de una obra en un museo.

—¡La verdad, dice! ¿Qué verdad? ¿Quién eres? ¿Quién es ella? Merezco una explicación sincera —respondió, devastado y confundido a partes iguales, por tanta mentira—. ¿No lo entiendes? Yo no debería estar aquí, sino en Madrid firmando un contrato, pensando en mi libro... ¡Joder, he mentido a la Policía por ti... y me la has colado hasta la yugular!

Antes de que continuara, la chica se lanzó sobre él y lo besó en los labios con fuerza, de manera inesperada, generado un torbellino de sensaciones en sus cuerpos, derrumbando las barreras de prejuicios y despertando un sentimiento mutuo que estaba a punto de marchitarse. El momento se alargó hasta que ella separó sus carnosos labios de la boca del escritor. Después suspiró y se meció el cabello hacia atrás.

—Siento que hayas tenido que descubrirlo de esta manera.

Él abrió los ojos lentamente.

—Demasiadas emociones seguidas...

—Te prometo que te lo iba a contar todo.

—Me pregunto cuándo...

—¡No, de verdad! Estoy siendo sincera contigo...

Él suspiró, levantó la cabeza y señaló las fotos de Leonor.

—Ella fue quien te mintió —afirmó—, no era la mujer que conociste...

—Será mejor que me marche, antes de que vomite en tu habitación, la ración de embustes que intentas venderme...

Fidel quiso abandonar el cuarto, pero Andrea bloqueó la salida.

—¡No! Debes escucharme, de verdad.

—Creo que he tenido suficiente.

—Fidel... confía en mí.

Él la miró con desprecio.

—Hasta tus labios saben a mentira.

Se sentía desubicado, ninguneado, y la apartó de su camino.

Ella intentó besarlo otra vez, con más fuerza, pero él se separó.

—¡Déjame en paz! Necesito que me dé el aire, pegar un trago.

—Me estoy abriendo a ti... —insistió con la voz quebrada. Sus ojos eran el reflejo de la desesperación—. Quiero que confíes en mí, te lo ruego...

El chico se detuvo frente a la entrada.

—Nunca te he utilizado, de verdad.

—No te inventes más cosas, por favor... —respondió, de espaldas a ella, intentando abrir la puerta—. No quiero saber nada, ni de ti, ni de esta historia.

Ella se adelantó y lo agarró del brazo, con firmeza.

—Tienes razón, no la conocí en persona, pero sé más de ella que tú, y te demostraré que no fue sincera contigo... —explicó, a escasos centímetros de su rostro y retiró la mano cuando notó que la escuchaba—. Piénsalo, Fidel, piensa en lo que te ha arrastrado hasta mi casa, ¿crees que ha sido una casualidad?

Un pensamiento lo retuvo antes de responder con rapidez.

«Gatsby, el vino francés, la carbonada flamenca, Edith Piaf cantando *La vie en rose*».

—No creo en las casualidades.

—Porque en el fondo de tu corazón, sabes que hay un motivo, aunque no quieras oír la verdad.

Su voz interior era superior a la de la chica.

«Tuve la suerte de estudiar en un colegio francés... Mi padre era una persona muy culta».

Andrea se acercó al tablón, arrancó varias fotos y despejó un recorte de prensa que había bajo las fotografías. Luego se lo dio y él lo leyó con atención:

LA ESPÍA ESPAÑOLA QUE BURLÓ A LOS NAZIS, AL FRANQUISMO, Y SE CODEÓ CON FITZGERALD

Cuenta la leyenda que una joven madrileña de familia acomodada y con el sobrenombre de Jacqueline Avignon, a principio de la década de los años treinta vivió en París, mientras cursaba Bellas Artes, y se introdujo en los círculos sociales de los escritores norteamericanos que residían en la capital francesa por aquel entonces. Aunque no hay documentos que lo testifique, algunos testigos de la época afirmaron que también llegó a conocer a Picasso, quien ya era un artista de renombre, y a su entorno más cercano. Con el comienzo de la Guerra Civil, Avignon —que era su nombre de guerra y se desconoce su verdadera identidad— trabajó como informadora para el bando nacional, comunicando sobre los planes de los republicanos

exiliados, a la vez que pasaba desapercibida entre las altas esferas culturales. Durante los años más duros de la invasión alemana, cuando los nazis expoliaron lo que consideraron necesario y de valor, se sabe que Avignon logró burlar a los alemanes y esconder una pieza de coleccionista que, una vez terminado el conflicto bélico español, trajo a España y ocultó a los servicios de inteligencia.

El recorte pertenecía a un periódico español amarillento y extinto.

—Se dice que escondía un tesoro que trajo de Francia y que luego no pudo sacar de España —explicó mientras él leía—. Una obra que, con los años, se convirtió en un bien muy preciado...

Las instantáneas del encuentro en el salón aparecían en su cabeza, como el destello de un fotomatón.

Mientras se sentía enredado en un ovillo de preguntas, Andrea le entregó una de las imágenes en blanco y negro que había colgadas en el tablón.

—Fíjate en su rostro. Es una de las pocas fotografías que hay de esa época.

—¿Cómo ha acabado aquí? —quiso averiguar.

—Es una copia... y he tardado años en conseguirla.

El documento era uno de los escasos recuerdos que le había dejado su padre, poco antes de morir, pero el escritor no tenía por qué conocer su pasado.

Fidel observó minuciosamente el retrato y vio el rostro de una mujer joven, de unos veinte años, con el cabello liso, oscuro y brillante como el azabache, y esa nariz puntiaguda, ausente de arrugas. Distinguió su mirada clara y cristalina, así como la sonrisa relajada y seductora. Reconoció su belleza y su parecido, pero le costaba aceptar la historia que escondía.

Los ojos de esa joven precavida y misteriosa le susurraron en silencio:

«El talento viaja contigo, deja que hable por ti y no de ti... Sigue la luz verde», se repitió, comprendiendo que andaba más cerca que

nunca de ella, de sus anhelos, como también lo estaba él de encontrar la historia por la que tanto se había esforzado.

Entonces comprendió su plan.

Leonor no lo había utilizado, y entendió lo mucho que se necesitaban para que el cruce de sus destinos significara más que un anecdótico accidente.

—Tengo una pregunta para ti —dijo, tras un largo silencio.

—Claro, adelante...

—Pero quiero que seas honesta conmigo. Si no, habremos terminado de por vida.

Ella tragó saliva, expectante.

—Tú dirás...

La tensión aumentó en el cuarto.

—¿Cuánto tiempo llevas detrás de esta mujer?

Ella sonrió, bajó la guardia y se sintió a salvo.

Por fin, empezaba a creer en la historia.

—Toda una vida, Fidel... Toda una vida.

46

Martes, 27 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

Atardecía en la ciudad y las tripas comenzaban a propinarle latigazos a causa del hambre. Algo había salido mal. La visita fue demasiado corta. Primero lo vio salir a él, que se dirigía en su dirección. En un acto reflejo, Montaner se escurrió en los asientos para que no notara su presencia, pero descubrió que el inspector sólo pretendía alejarse. Cuando lo vio de cerca, lo notó intranquilo al teléfono.

—Sí, me encargaré de él más tarde, no se preocupe, no habrá más fallos —respondió al aparato y cortó la llamada. Después apareció la compañera y la pareja subió al coche. El detective esperó a que se alejaran para seguirlos, mientras reflexionaba en silencio. No le preocupaba la mujer, pues Ojeda desconfiaba de ella. Sin embargo, el otro era peligroso y no tenía ninguna duda de que llevaba algo entre manos. ¿Qué le ocultaba a su compañera?, se planteó, analizando las imágenes de su encuentro con Ojeda.

El cielo estaba cada vez más oscuro, pero los siguió hasta la comisaría. La mujer bajó del coche y el inspector siguió patrullando. Montaner tuvo un mal presentimiento de lo que iba a suceder. Estaba agotado después de haber pasado el día entero al volante, pero era la ocasión para averiguar en qué andaba metido.

Podía seguirlo y comprobar que estaba equivocado, o quedarse al margen y permitir que se saliera con la suya.

***

El Peugeot abandonó el casco urbano, bajando por la avenida que moría en la vieja estación de ferrocarril y tomó la carretera que bordeaba la costa. Varios metros por detrás de él, Montaner lo seguía, intentando mantener una distancia prudente. A medida que

se alejaban de la ciudad, la ausencia de tráfico, la penumbra y la luminosidad de los faros, convertían la carretera en un manto oscuro de brillos blancos, ámbar y rojos. Debía llevar cuidado, pensó, al intuir la dirección que tomaba el policía. La carretera estaba desierta, desolada en una noche cerrada e invernal en la que, en el cielo, sólo se apreciaban los luceros de los aviones que entraban y salían del aeropuerto. Reconoció el trayecto. Lo había hecho días antes para vigilar el apartamento de esa mujer y ahora comprendió que el inspector estaba dispuesto a hacer lo mismo. A falta de semáforos, mantuvo una velocidad constante para no recortar la separación. El Peugeot avanzaba sin prisa, confiado, y él sabía que no existía nada peor que un policía seguro de sí mismo.

A la altura de la gasolinera de Gran Alacant, el inspector se desvió, adentrándose en el cruce y conduciendo hacia lo alto de las urbanizaciones. Montaner aminoró y permitió que se alejara, siguiéndolo con la vista. Luego tomó el desvío y se detuvo en la gasolinera para repostar. Llenó el tanque de combustible, compró un Twix de chocolate, un paquete de tabaco, una lata de Coca-Cola y pagó en efectivo. De regreso al vehículo, el teléfono móvil vibró en el bolsillo del pantalón.

Era Ojeda.

—Mi amigo el comisario —le dijo, encendiendo el motor e incorporándose a la ruta.

—¿Te parece divertido, Roberto? —preguntó, muy enfadado—. ¿No fui claro en la estación?

Relajado, le dio un bocado a la punta de la galleta de chocolate y siguió el rastro que dejaba el otro coche en la penumbra.

—¿Qué ocurre?

—Te dije que se había acabado.

—Ah, ¿sí? No lo recuerdo —comentó, indiferente, masticando la bola de galleta y caramelo que se le pegaba a las muelas—. Últimamente tengo muchas cosas en la cabeza.

—Como tu mujer.

No le gustó el tono de sus palabras.

—¿Qué quieres de mí?

—Que dejes lo que estés haciendo y que regreses a Valencia. Eso es lo que quiero.

—Descuida, pronto lo haré.

—No, no te estoy pidiendo un favor.

Montaner destapó la lata de refresco y le pegó un trago para que la galleta se reblandeciera en su garganta.

—Has sido tú quien ha ordenado lo del escritor, ¿no?

Ojeda continuaba tenso al aparato.

—Esto no va sobre ti o sobre mí, por eso quiero que te largues y te olvides del tema.

—Entonces, ¿por qué me ayudas? —respondió, cambiando el rumbo de la conversación. Ojeda guardó silencio y, de pronto, un pensamiento cortocircuitó todo su cuerpo. Ahora lo veía con absoluta claridad—. No hace falta que mientas, ya me respondo yo... Pensabas echarme el muerto encima, ¿verdad? Por eso me ayudaste.

—...

—¡Contesta, hijo de perra!

Ojeda tardó varios segundos en hacerlo.

—¿Dónde estás, Roberto?

Algo chasqueó en su cabeza cuando escuchó la pregunta. De pronto, regresó al pasado, a un fotograma confuso, lleno de lagunas y mucho dolor. Pensó que lo había soñado, que formaba parte de su colección de pesadillas, pero había ocurrido de verdad. Por desgracia, el alcohol se había encargado de formatearle la memoria, aunque su mente aún guardaba una copia de seguridad.

La razón por la que al detective lo habían echado del Cuerpo, a diferencia de a sus compañeros, residía en ese fragmento.

—¿Roberto? Dime dónde estás e iré a buscarte... No cometas una estupidez.

Las palabras resonaron en su cabeza como un martillo hidráulico.

Como si estuviera en una butaca del cine, lo vio en la gran pantalla de su mente.

Él estaba borracho, ausente y esa noche no trabajaba. Los pasos sin rumbo lo habían llevado hasta los descampados del Cabanyal, cuando oyó una discusión a lo lejos. Dando tragos a una botella de

ron, reconoció un coche patrulla a lo lejos, y se acercó para ofrecer su ayuda. A pesar de su estado, logró identificar a Ojeda y a otro inspector, golpeando con saña a un hombre que apenas respiraba.

—*Ojeeeda*... *qué cojonessss...*

Lo siguiente que recordó fue la reacción del ahora comisario, al escuchar su nombre. Las imágenes se emborronaban y lo siguiente era en una ducha, con un chorro de agua fría sobre la cabeza y la mano de Ojeda sujetándolo.

—¿Dónde estoy, Miguel? —preguntaba, desorientado.

—Roberto, mírate, joder... —decía, señalando su ropa manchada de sangre—. Te has metido en un buen lío.

—Me duele la cabeza...

—No me extraña, desgraciado... Has dejado moribundo a un detenido.

—¿Qué? No sé de qué hablas, no era yo, Miguel... —respondió y lo último que recordó fue las manchas de sangre sobre su ropa.

Entonces se dio cuenta de que tenía razón y en ningún momento había sido él.

Jamás tuvo marcas en los nudillos, ni dolencias en el cuerpo. Todo había sido una mentira.

Veinte años tirados por el desagüe.

Una trayectoria limpia, destruida por encontrarse en el lugar equivocado y cruzarse con quien no debió.

Nunca hubo una caza de brujas y los verdugos salieron indemnes de aquello. Toda esa historia había sido un cuento del comisario y él lo creyó, mientras se rehabilitaba.

Ahora, Ojeda volvía a utilizarlo para su beneficio, pero esta vez no lo iba a permitir.

—Te dije que no era yo... ¡Maldito cabrón!

Montaner colgó y dejó el terminal encima del asiento del copiloto.

Un agudo zumbido silenció el ruido externo y un yunque emocional cayó sobre la boca de su estómago, aplastándolo con saña hasta destrozarlo por dentro. El infierno se abrió bajo sus pies y se sintió frágil, sediento, notando que le flaqueaban las piernas y no lograba dominar el temblor de las manos. El dolor era tan intenso, que sentía que le faltaba el oxígeno en el interior del coche.

Jamás lo vio venir. Desconocía las razones por las que Ojeda habría hecho algo así, pero ya era tarde.

«La venganza es como una serpiente de dos cabezas... Mientras ves al enemigo caer, eres tú quien muere envenenado».

Sacó fuerzas del fondo del abismo en el que se encontraba, bajó las ventanillas para que la corriente lo espabilara, agarró el volante con firmeza y se puso un cigarrillo entre los labios mientras conducía.

Pronto, comenzó a sentirse mejor, más aliviado y con más seguridad en sí mismo. En lo alto de la cuesta, vislumbró las luces de un pub irlandés y reconoció el turismo aparcado en la calle. El bar tenía un ambiente relajado y la música de los altavoces llegaba a su ventanilla. El inspector le estrechó la mano a un hombre de aspecto nórdico, regresó a su coche y continuó por la pendiente que llevaba a la carretera de la playa por debajo del faro.

La pista se volvió oscura, estrecha y llena de curvas. La marea golpeaba con violencia la bahía rocosa, en el horizonte se contemplaban los pesqueros que regresaban de faenar, y a lo lejos quedaban las luces de los apartamentos del este de Santa Pola. El detective sabía que era un terreno peligroso para correr, incluso conduciendo un coche preparado. A la altura del faro, vio el enorme acantilado y la llanura salvaje que quedaba bajo este. Entonces, Abellán redujo la velocidad y encendió las luces de emergencia.

—¿Qué carajo haces?

Cuando le pasó por delante, el policía activó la sirena, ordenando que se detuviera.

Redujo la marcha y se apartó a un lado de la carretera, temiendo que lo hubiera descubierto o, aún peor, que Ojeda le ordenara acabar con él. Comprobó el espejo retrovisor, pero no lo vio. Una fuerte tensión recorrió su cuerpo. No había arriesgado tanto para tan poco. Lo debía hacer por Marina, ella era la razón de todo sacrificio.

Nervioso, se quitó el cinturón de seguridad y aguardó, expectante. Contó con que Abellán iba armado y él no, por lo que estaba en desventaja. Salir del coche lo podría en la diana, como una perdiz en un campo de tiro. Buscó en la guantera algo con lo que defenderse y lo único que encontró fueron unas tijeras para el

cinturón de seguridad. Pasados unos segundos, miró al espejo y lo vio bajando del coche. Primero fue una pierna y luego el resto del cuerpo. Tuvo un mal presentimiento de lo que estaba a punto de suceder, pero no iba a rendirse tan pronto.

Con la sangre fría y el corazón helado, guardó las tijeras en el bolsillo trasero del vaquero, apagó el motor y esperó a que se acercara a la ventanilla.

47

Martes, 27 de febrero de 2007.

Santa Pola.

Alicante, España.

Fidel continuaba pasmado frente al recorte de prensa. Le costaba asumir que la historia era cierta.

—Será mejor que comamos —comentó ella, interrumpiendo su oleada de cavilaciones que no llevaban a ninguna parte—. No es bueno tomar decisiones con el estómago vacío.

Andrea liberó el escritorio de papeles y colocó la caja de la pizza, que aún estaba caliente. Después sacó una botella de Ballantine's del cajón de la mesilla.

—Toma, te sentará bien —dijo y se la ofreció—. ¿Cómo te sientes?

—No te haces una idea de lo que ahora mismo sucede en mi cabeza —contestó, le dio un mordisco a la pizza de anchoas y se aclaró la boca con un trago de whisky—. Así que es cierto...

—Algunos escondemos nuestra verdad por miedo a que nos hieran... Si te lo hubiera contado, no la habrías tomado en serio.

—Por supuesto que no, pero eso no justifica que me mintiera —arguyó—. Me abrí a ella, le mostré mi vulnerabilidad.

—Y se aprovechó de ella.

Él levantó la vista.

—Crees que soy débil, pero te equivocas.

Andrea dio un bocado a la punta del triángulo y entornó los ojos, prestando más atención a las palabras del escritor.

—¿Por qué crees que eres tan importante?

—No lo sé... ¿Qué parte no me has contado todavía?

—Es largo de explicar... Para eso, tendría que hablarte de mi padre.

Él hizo una mueca y ladeó la cabeza.

—Tenemos tiempo.

—No sé si quiero hablar de ello...

—¿Crees que tienes otra opción?

Ella resopló, se sirvió un poco de whisky en un vaso y lo bebió de un trago.

Quería mostrar su templanza, pero el tic de la muñeca la delató.

—¿Te pasa desde hace mucho? —preguntó él, señalando la mano.

Cuando tomó consciencia, se detuvo.

—Son las secuelas... Hablar de él, siempre duele.

—Entiendo...

—Mi padre, un gran tipo, un idealista... —confesó, con la voz quebrada—. Anduvo una vida entera soñando despierto... y eso le pasó factura. Nunca lo conocí de otra manera... Era pescador, pasaba mucho tiempo fuera. El mar es duro, te trastorna... y se interesó por las historias de marineros, por los tesoros abandonados en las profundidades del mar, por la esperanza que desprendían las novelas que me leía por la noche... Compró un pequeño bote, trabajaba lo justo para mantenernos y, cuando reunía un poco de dinero, dejaba el empleo para dedicarse a su pasión.

—Una entereza admirable.

—Era demasiado pequeña para comprender que su cabeza no funcionaba como las del resto —explicó, afligida—. Tampoco era consciente de su problema con la bebida, un detonante que aceleró su pérdida... Dedicó una vida entera a buscar fantasmas, pero, en el fondo, huía de ellos...

—¿Y tu madre?

—Nos abandonó.

—Lo siento.

—Yo no. Una madre que abandona a su hija y no hace nada por recuperarla, no es una madre.

—¿Os conocéis?

—Sí, pero no quiere aceptar la historia. Ahora vive felizmente en Barcelona, casada y con un hijo.

—¿Qué pasó con tu padre?

—Murió en la prisión de Fontcalent, a causa de un problema hepático —confesó con dureza—. No era un ladrón, pero las expediciones marítimas eran caras. Descuidó la pesca, vendió el bote

que tenía, para saldar sus deudas, y buscó la forma de traer dinero fácil a casa... La mala suerte lo juntó con quien no debía y empezó a trabajar para gente peligrosa... hasta que se convirtió en uno de ellos, con la esperanza de dar un buen golpe, algún día, y dedicarse a su única obsesión.

—Una persona obsesionada es fácil de manipular.

—Supongo que sí —contestó, apenada—. Aprendió a ser un ladrón profesional con coraje...

—Como la hija...

Ella sonrió orgullosa y apenada.

—Por desgracia, necesitas algo más que talento y agallas... —prosiguió—. En un atraco a una sucursal bancaria, disparó a un guardia de seguridad y lo atraparon cuando quiso fugarse... Pasó los últimos diez años enfermo y entre rejas, soñando que, cuando saliera, seguiría con su cruzada.

—¿Y por qué Leonor Romero?

Andrea arqueó las cejas.

—A mi padre no le interesaba el dinero, sino reconstruir la leyenda de esa mujer —respondió, recordando sus anécdotas—. Jacqueline Avignon era un caso especial, una Mata Hari a la española, que nunca trabajó para nadie: ni para la República, ni para Franco, sólo para ella.

—Un momento... —dijo, haciendo un inciso cuando oyó aquel nombre.

—¿Se puede ser tan egoísta y valiente en una época tan convulsa?

—Me estás diciendo que...

Pero Andrea no lo dejó terminar.

—La historia cuenta que estudiaba en París cuando estalló la Guerra Civil y amenazaron a su familia si no colaboraba... Así que tuvo que arriesgar su vida dos veces, una por cada bando...

—Me contó que su padre era un hombre muy culto y que había estudiado en un colegió francés...

—Hasta donde sé, su familia era madrileña y pertenecía a la clase media de la época —aclaró—. Con la agitación de la República,

el padre la mandó a París para que estudiara allí, pero, en el fondo, intentaba protegerla.

—¿Cómo lo hizo?

—Coqueteó con todos los espectros políticos, sedujo a quien necesitó para sobrevivir y cuentan que tuvo un romance con un joven parisino, el hijo de un diplomático francés. Él fue el amor de su vida.

—Pero reconoció que nunca había viajado a París.

—Lo siento, pero te mintió —afirmó, limpiándose los labios con una servilleta—. Y puedo demostrarlo.

Le hizo un gesto para que aguardara un segundo, encendió la pantalla del ordenador y buscó un archivo. Era una imagen antigua en blanco y negro, escaneada y de mala calidad. En ella aparecía un joven apuesto, peinado con brillantina, delante del Museo del Louvre.

—¿Es él?

—Sí, Damien Lacroix —explicó—. Fue un marchante de arte conocido entre la burguesía francesa. Murió hace veinte años a causa de la leucemia.

—¿Qué tiene que ver esto con lo que esconde?

—Según cuenta la leyenda, él la ayudó a burlar los Servicios de Inteligencia del Estado y juntos escondieron algo por lo que hoy pagarían mucho dinero...

—¿Y eso es?

—Por desgracia... nadie lo sabe —contestó, apretando los labios —. Hay quien dice que son cartas que comprometerían al país, otros que son documentos que harían peligrar la estabilidad de las democracias europeas... Fantasía, habladurías que alimentan el mito. Nadie conoce su paradero, ni hay fotografías, pero la única verdad es que ese fue su pasaporte y también su venganza personal, así que debió de ser importante.

—¡Un momento, por favor! —exclamó, haciendo un gesto con las manos para que frenara—. ¿Su nombre era Leonor Romero?

—No... durante esos años —detalló, pensativa—. Cuando los alemanes invadieron Francia, regresó a España, donde ya había terminado la Guerra Civil. Su rastro desapareció y nació Leonor

Romero... Es probable que su influencia la ayudara a que los servicios secretos le proporcionaran una nueva identidad, aunque, una vez más, no hay información al respecto... Lo que se cuenta es que Jacqueline Avignon era su nombre de guerra, como la conocían en París.

Fidel buscó la cama y se sentó en el colchón para aguantar el impacto.

—Madame Avignon.

—¿Qué?

—Así es cómo firmaba el cuadro que había en su casa... Madame Avignon, del sesenta y cuatro al sesenta y ocho...

—¿Te dijo algo más?

—No, porque no era más que un estúpido cuadro que colgaba en la pared del salón... En ese momento, pensé que era un homenaje al cuadro de Picasso.

—No te fustigues, no lo podías saber.

Él volvió la vista hacia ella.

—Cierto... —respondió, sintiendo el calor de unas brasas que ardían en su interior—. ¿Tu padre te contó algo más de su vida?

—No habló de otra cosa durante sus años en prisión. Cada vez que lo visitaba, me preguntaba si la había encontrado... Me avergonzaba verlo morir apenado, consciente de la fantasía.

—¿Nunca supo su verdadera identidad?

—Romero quemó su pasado para proteger su futuro... Las personas dañadas son las más peligrosas, saben cómo sobrevivir.

El escritor dio otro trago a la botella y la sonrisa entrañable de la señora apareció en su cabeza. Comprendió que Leonor había esperado décadas, más de medio siglo, sin perder la fe, para entregar su secreto a las manos adecuadas, hasta que la luz verde se convirtió en él y ella comprendió que su momento había llegado.

De pronto, experimentó un sentimiento de rabia hacia la mujer.

—Fue una egoísta hasta su último día.

—¿Por qué dices eso?

—Murió, esperanzada de que averiguaría esto, y de que sería incapaz de cargar con la culpa por no haber hecho nada...

—¿Hay algo que tenga que saber?

«Las ciudades no cambian a las personas, somos lo que somos».

Andrea se acercó a él y le acarició el rostro, pegando su cuerpo al del escritor.

Él suspiró, la miró a los ojos y encontró su apoyo.

—Yo soy Fidel y escribo esta historia.

—De ti depende... —le susurró al oído, acariciándole el lóbulo con los labios—, no de ella.

Lentamente, sus bocas se juntaron de nuevo, fundiéndose en un profundo y fluido beso, sin ataduras y con más pasión que los anteriores.

Cuando se separaron, pensó que no había visto un rostro tan hermoso en mucho tiempo. El teléfono móvil vibró en el bolsillo de su vaquero. Se alejó unos centímetros de la chica, comprobó la pantalla y sospechó de aquel número tan largo.

—¿Sí?

—Señor Duró, soy la inspectora Castillo, de la comisaría de Alicante.

48

Martes, 27 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

El párpado derecho de la inspectora temblaba de manera compulsiva, manifestando el cansancio que soportaba. Había sustituido el café por las bebidas energéticas de la máquina de refrescos y tenía el estómago destrozado, debido a la mala alimentación de los últimos días.

Se sentó frente al teclado del ordenador, apoyó la lata en el escritorio y se frotó las manos. La visita a los Parres había descubierto al tercer hombre. ¿Quién era el desconocido? ¿Qué papel tenía en esa historia?, puso en duda. Lo cierto era que estaba obstaculizando su trabajo.

A pesar de los diez meses supliendo banalidades laborales, Castillo mantenía el olfato que la había ascendido a la categoría de inspectora. Tal vez fuera pronto para tomar una decisión sobre Ojeda, pero estaba convencida de que había un interés pernicioso por la señora Romero.

Abrió la carpeta digital que contenía los testimonios de la familia y la información que había recibido del Registro Civil. Recordó la conversación con el funcionario y pensó que, aunque existía la posibilidad de que Romero hubiera colaborado con el Estado, aquel relato sonaba a ficción barata de quiosco.

Con un bolígrafo en la mano, anotó la sucesión de eventos en orden cronológico, con tal de reconstruir el pasado de la señora. Entre las fechas reunidas en los diferentes registros, se dio cuenta de un detalle. Leonor Romero, original de Madrid, había llegado a Alicante en la primavera del año 1944, con una edad de treinta y dos años. Ocho meses pasaron hasta que contrajo matrimonio con Miguel Parres, y Liborio, su primer hijo, nació un año más tarde, en el cuarenta y seis. Dos años después llegó Teresa y con ella se completaba el séquito. Parecía que Romero se apresurara en formar

una familia, teniendo en cuenta que Parres los abandonaría en el año 1969, dejando a sus hijos con poco más de veinte años.

«Veneno», pensó al recordar la explicación de la compañera del laboratorio y la historia que Abellán le había contado en el coche.

Buscó entre los dosieres que guardaba en la funda de plástico y revisó el informe del apartamento.

«En la galería se han encontrado dos botes de insecticida para cucarachas y una caja expirada de raticida para las plagas de roedores».

—Matarratas... —murmuró, planteándose si ella habría envenenado a su marido y, décadas más tarde, habría acabado del mismo modo con su propia vida.

La inspectora se frotó los ojos resistiéndose al cansancio y le pegó otro trago al brebaje. La historia de Leonor Romero terminaba, sospechosamente, apuntando a Fidel Duró, el escritor madrileño.

El asunto de la herencia la inquietaba, sobre todo por la parte que le correspondía al literato: un cuadro que, según la tasación, no superaba los quinientos euros de valor económico y una caja de música que se podía comprar en cualquier tienda.

Algo se le escapaba.

Dio un largo suspiro y se separó del desordenado escritorio con tal de hacer un inciso que la despejara. Bajo el teclado, percibió las esquinas de los folios que sobresalían. Al tomarlos, vio las imágenes en blanco y negro de las cámaras de seguridad de la joyería y recordó que se había olvidado por completo del informe. En ese momento, un pensamiento atravesó su cabeza.

Dejó las fotocopias a un lado, desbloqueó la pantalla e introdujo el DVD con las grabaciones de las cámaras.

—He visto esto antes... —murmuró y puso los dedos sobre el teclado. Había pasado por alto un pequeño detalle de la grabación. Adelantó los minutos hasta que localizó a la mujer del abrigo de piel. Después pulsó el botón de reproducción. La dama se acercaba al joyero, preguntaba por uno de los colgantes y realizaba un extraño movimiento con la muñeca izquierda. Sintió un pálpito, acusándolo al exceso de cafeína, pero un destello visual la agitó, llevándola al día en el que conoció a Duró por primera vez.

—Es ella...

Era difícil de asegurar que fuese la misma persona, ya que la apariencia juvenil no tenía nada que ver con el aspecto elegante de la cliente, pero la imaginó de frente, sin tacones, con el cabello largo y oscuro, la figura atlética, el tamaño mediano del busto y la forma redonda de su cabeza.

Abrumada, cogió el ratón y buscó el directorio en el que guardaba la documentación sobre los últimos robos.

La intriga se apoderó de ella. Necesitaba una descripción, un aliciente que asegurara que estaba tras la misma persona. Buscó el nombre de los policías que se habían hecho cargo de las tres investigaciones.

«Vamos, dadme una respuesta».

Descolgó el teléfono y preguntó por ellos. Dos de los policías ya no se encontraban en el puesto de trabajo, pero uno de ellos todavía seguía en el edificio. Castillo insistió para que el agente hiciera memoria.

—Todo lo que averiguamos está en el informe... —aseguró el compañero—. Nadie fue capaz de darnos un perfil del sospechoso que perpetró el robo.

—¿Por qué considerasteis que lo hizo un hombre?

—Es lo que supuso el propietario.

—¿Revisasteis las grabaciones de las cámaras de seguridad?

—Sí, pero no vimos nada extraño, es decir... fuera de lo habitual —explicó—. Clientes que entraban, miraban y no compraban nada.

—Clientes que entraban, miraban y no compraban nada.

Pero al compañero no le gustó que se burlara de él.

—Sí... ¿Algo más?

«Panda de inútiles».

Agradeció el testimonio y colgó, confiando en su presentimiento.

Pensó en Duró, en lo ingenuo y fácil que era, dejándose embelesar por una cara bonita.

«Por eso la protegía».

¿Estaba celosa?, se planteó.

«Gilipolleces».

Chasqueó la lengua, buscó el número del autor entre los documentos y descolgó el teléfono del escritorio.

—¿Sí? —preguntó él, al otro lado de la línea.

—Señor Duró —respondió, sobresaltada—. Soy la inspectora Castillo.

El escritor se quedó callado por unos segundos.

—¿Qué ocurre, inspectora? —preguntó con voz calmada y seria —. ¿Me puedo marchar ya a Madrid?

—No, todavía no... —contestó, carraspeó y decidió ir al grano del asunto—. Le llamo por otra cuestión... Es sobre la chica que lo acompañaba.

—Sí.

—Afirmó que no la conocía.

—Así es.

—¿Por qué me mintió, Duró?

La pregunta lo desarmó por un instante y Castillo percibió la inseguridad en su reacción.

—¿Por qué no me cree, inspectora?

—Debe saber que entorpecer una investigación es un delito penado con cárcel... —explicó, presionándolo—. Si me cuenta la verdad, olvidaremos lo ocurrido. Un nombre es todo lo que necesito.

—¿No cree que tanta sospecha es injusta? Le digo la verdad y desconfía de mi palabra, pero tampoco se molesta en comprobarla.

—Todavía no se le acusa de nada.

—Mire, debería estar en Madrid, negociando mi próximo libro.

—Usted sabrá lo que hace... Si descubro que miente, se verá en un buen lío.

—Ya veo... En ese caso, lo mejor será que me busque un abogado.

—Duró, escúcheme...

—Buenas noches, inspectora.

49

Martes, 27 de febrero de 2007.

Santa Pola.

Alicante, España.

La llamada de la inspectora Castillo lo dejó descompuesto, pero no quería mostrar preocupación ante Andrea.

Los ojos de la chica lo miraban, prendidos como dos velas en la penumbra. Por encima de todo, debía mantener la compostura, aparentando tener la situación bajo control. Confiaba en ella, aunque no podía deshacerse de lo que la policía le había dicho. Esa inspectora era como una garrapata molesta y difícil de olvidar.

Colgó el teléfono y lo guardó en el bolsillo.

—¿Qué quería esa mujer?

—Nada de interés —respondió, sin darle importancia y miró la botella de Ballantine's, que ya estaba vacía—. ¿Tienes reservas?

—¿Te ha preguntado por mí?

Fidel negó con la cabeza, se acercó a ella y la sujetó con cuidado por los mofletes.

—Ya le he dicho que no te conozco de nada... —respondió, juguetón—. ¿A qué viene tanto interés?

Ella apartó la cara y se dirigió a la cocina.

—Es por lo de mi padre, ya sabes... —comentó, alejándose por el pasillo—. La Policía ata rápido los cabos sueltos...

Fidel la vio salir. Le gustaba, pero no quería hacerse ilusiones con ella. Aprovechó la ausencia para robarle un trago al vaso de la chica. Ahora sólo pensaba en beber y relajarse mientras asimilaba lo que estaba pasando. A sus ojos, Andrea era una mujer compleja, debatida por su historia y también por las ambiciones. Como él, perseguía una luz verde, un anhelo, y se planteó si aquel deseo interferiría con sus planes.

Ella regresó con las manos vacías.

—Hemos agotado las existencias —comentó y entornó los ojos, curiosa, al verlo meditabundo—. ¿Va todo bien?

—El abogado de Romero me dijo que podía llevar un testigo a la notaría —confesó, mirándola con deseo—. He pensado que podrías ser tú.

Ella respondió sorprendida:

—¿Yo?

—No veo a nadie más aquí.

—¿Estás seguro?

—¿Te gustaría acompañarme? Es una pregunta sencilla, con dos respuestas posibles.

Andrea se esforzó por contener la emoción.

—Claro... Será un placer.

—En ese caso, mañana por la mañana, llamaré al señor Lizón para concretar la cita —respondió, seguro de la decisión—. Sé que esta es la historia que Leonor quería que escribiera.

—Y me prometiste que me invitarías a la presentación.

Los ojos de Andrea se encontraron con los del escritor y contuvo la emoción girando la muñeca sin darse cuenta. Fidel se acercó a ella y la agarró del brazo para que se detuviera. Ella sonrió, rendida ante su presencia y él la besó con ternura, sosteniéndola por la nunca y empujándola contra la pared. Primero fueron las caricias, después las uñas que se clavaban en la piel, cada uno desvistiendo con torpeza al otro, hasta que terminaron desnudos en la cama. Por un breve espacio de tiempo, atrás quedarían las historias del pasado, las herencias y los remordimientos. Esa noche sus almas experimentarían la pureza de la sinceridad con la que se amaban de manera presente, incierta y tan efímera como el polvo de las estrellas, consumando el amor bajo las sábanas, fundiéndolo en un intercambio de cariño y deseo.

50

Martes, 27 de febrero de 2007.

Santa Pola.

Alicante, España.

Los faros del Peugeot deslumbraban el espejo retrovisor. Montaner sintió un ligero pinchazo en el pecho y el corazón comenzó a latirle con más y más fuerza cuando oyó los pasos de Abellán crujiendo sobre la tierra, acercándose lentamente a él. Liberó el seguro de la puerta, a modo de preocupación, pero el policía se detuvo en la penumbra:

—Baje la ventanilla y no se mueva —ordenó, sin alzar la voz—. Ponga las manos donde las vea.

El detective obedeció, ganando tiempo, intentando adivinar su juego. Bajó la ventanilla y colocó los dedos sobre el volante. Entonces lo vio pegado a la puerta, sonriente, con los brazos en jarra y una mirada tan desconcertante y peligrosa como la de un mandril.

—La documentación —solicitó, poniéndolo a prueba. Él le entregó la billetera—, y también los papeles del coche.

—Claro... —respondió y se acercó a la guantera. Antes de abrir el cajón, por el rabillo del ojo notó cómo le apuntaba con un arma—. ¿Qué está haciendo?

—Baje del coche, ¡rápido! —ordenó, moviendo el cañón de la pistola.

—Escuche...

—Cierra la boca, Montaner... —espetó, mofándose de él—, ¿o prefieres que te llame Montero? ¡Venga! Pon las manos en la cabeza.

Nada más salir del Ford, Abellán le propinó una patada en el trasero y lo empujó hacia la explanada que había bajo el acantilado del faro. Podía intuir su final.

—Ponte de rodillas —le dijo, desde atrás.

—Te van a coger... Saben que estoy aquí.

—¡Que te agaches, coño! —bramó, reprendiéndolo con un puntapié en la espinilla para que cayera al suelo. Montero contaba los segundos, sintiendo el cañón apuntando a su nuca. Si hablaba con él, lograría despistarlo hasta confundirlo. Debía aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara.

—Podemos llegar a un acuerdo.

—No negocio con borrachos —respondió, tajante, e intuyó que era el cachorro de Ojeda—. Si no hubieras metido las narices, no tendríamos que pasar por esto...

—Matar a alguien, pesa en la conciencia... pero pesa más cuando ese alguien es como tú.

—Ya no eres policía.

—Crees que lo sabes todo, ¿verdad?

—Lo único que sé, es que estás acabado.

—Cuando termines conmigo, y después te limpies al chico, ¿qué crees que va a pasar contigo?

—No tienes ni idea de lo que hablas.

—Ojeda me tendió una trampa, igual que hará contigo.

Abellán vaciló por un momento.

—Me advirtieron de que tenías la boca muy grande... ¿Alguna pregunta más, antes de marcharte?

—Tu compañera sabe que existo, ¿la matarás también?

—Sandra está loca. Nadie la creerá.

—¡Espera!

—¡Ja, ja! Que te sea leve, Montaner...

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

Con el descuido, agarró las tijeras, se echó a un lado y se las clavó en el muslo. Abellán rompió en un grito, apuntó al suelo y disparó a ciegas.

La explosión retumbó en las paredes de la sierra y se perdió en las feroces aguas del Mediterráneo. Montero se mordía la lengua, sintiendo una horrible quemazón en el oído manchado de sangre. El roce del disparo le había rasgado parte de la oreja. Cargado de adrenalina, se levantó de un golpe y encontró a Abellán dolorido, sujetando la pistola. Cuando se echó sobre él, le apuntó al pecho y

tiró del gatillo, pero el arma se atascó y el semblante del policía empalideció. De un golpe, Montero le arrebató la pistola de las manos y lo mandó al suelo de un puñetazo. Abellán se arrastraba al otro lado de la carreta, donde las rocas morían bajo el agua.

—Ven aquí, pedazo de mierda —dijo el detective, acorralándolo. La espuma de las olas comenzaba a alcanzarlos, convirtiendo la superficie en un terreno afilado y resbaladizo.

Abellán retrocedió con cuidado, se puso en pie y le respondió con un derechazo en el pómulo. Aturdido, no pudo evitar el segundo impacto que le propinó en el oído, tirándolo contra la rocosa superficie, clavándose las piedras en las costillas y arrepintiéndose de no haberlo rematado a tiempo.

—Debiste hacer caso a Ojeda —dijo Abellán, ahora con una piedra del tamaño de una pelota en la mano, preparado para matarlo a golpes—, por algo es jefe.

La cabeza le daba vueltas y pensó que ya estaba muerto, cuando el rostro de su esposa se le apareció.

—No te resistas más, este es tu final.

—Vete al infierno... cabronazo...

Antes de que la piedra impactara en su cabeza, sacó fuerzas del último reducto de su cuerpo y se resistió con la pierna, apoyando, con torpeza, la suela del zapato sobre el pecho del policía. El empujón apenas llevaba fuerza, pero fue suficiente para desequilibrarlo. Una fuerte ola los alcanzó, empapándolos por completo. La bota del inspector resbaló y el peso del cuerpo lo tiró hasta chocar con el canto de una roca, golpeándose la nuca. Montaner se preguntó si sería un truco, al ver que ya no se movía.

Con dificultad, se asomó en la penumbra, pero el cuerpo del policía permanecía inerte. Gateó con cuidado hasta él, le sacó la cartera del abrigo y lo abandonó a la suerte. No lo había matado, se dijo. Más bien, ese hombre se había buscado su final. De regreso a la carretera, se limpió la sangre de la boca y cojeó hasta el coche.

Estaba sediento, magullado, sordo de un oído y el pulso le temblaba.

«Lo siento, Marina, pero esta noche haré una excepción».

Arrancó el motor, hizo un cambio de sentido y se marchó hacia Alicante.

51

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Santa Pola.

Alicante, España.

Una mañana engorrosa era mejor que una noche solitaria, pensó recordando los momentos cubre de la velada. No habían vuelto a hablar de lo ocurrido, ni de Leonor, ni de los besos, ni de por qué se había marchado esa mañana de su casa sin despedirse.

Pero lo cierto era que necesitaba algo de tiempo, reflexionar y, sobre todo, un poco de soledad.

Tan sólo esperó que no respondiera con otro de sus beligerantes cabreos.

A medida que avanzaban las agujas del reloj, se notaba nervioso, con un nudo en el estómago, y sentía que sería una mañana importante, aunque no lo fuera para el resto del mundo. Después de una larga y relajada ducha, preparó una cafetera bien cargada y desayunó la tostada de cada mañana, observando el amanecer desde el balcón.

La cita había sido confirmada por parte del señor Lizón y este le aconsejó que se presentara vestido de manera formal. Duró no puso ninguna objeción.

Unas horas más tarde, ataviado con lo más elegante que tenía —una camisa planchada, unos pantalones de pinzas y perfumado para la ocasión—, condujo hasta la puerta de la casa de Andrea. La calle estaba tranquila y el movimiento de vecinos era inexistente. Antes de tocar el claxon para avisarla, revisó que no había olvidado nada: los documentos de identidad y aquel extraño marcapáginas con agujeros. Entonces oyó el traqueteo de unos tacones que marcaban el ritmo de su llegada.

La chica apareció puntual por la puerta, con el cabello suelto, un colgante de brillantes y un vestido dorado que realzaba su silueta. Encima llevaba un abrigo de piel fino que la protegía del fresco que

soplaba a esa hora. El escritor se quedó boquiabierto al verla, creyendo tener un ángel delante.

Cuando ella lo vio, sonrió y se dirigió al coche.

—Vaya, te ves muy guapo —comentó, dejando una ráfaga de perfume que embriagó al escritor—. Deberías arreglarte más a menudo.

—Gracias, pero no tengo arreglo —respondió, regalándole una mueca—. Tú, sin embargo, deslumbras. ¿Llevas la cámara encima?

—Sí.

—¿Estás segura de esto?

Ella asintió y lo miró a los labios.

Por un instante, Fidel no supo cómo responder a aquello, si acercándose para darle un beso o quedándose donde estaba. De alguna manera, el clima de la noche anterior se había evaporado, dejando una ligera tensión en el aire.

Cerró la puerta, regresó al interior y se puso el cinturón de seguridad.

Después arrancó el motor y se alejaron de la casa.

52

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Plaza de Toros de Alicante.

Alicante, España.

Un trago nunca es suficiente para quien está sediento.

Cuando despertó, la cabeza le giraba como un tiovivo, las náuseas subían y bajaban y daba largas respiraciones para controlarlas. Tenía la lengua quemada y la saliva amarga y espesa. Abrió el ojo izquierdo y reconoció la habitación. Levantó el otro párpado y amplió la visión, avergonzado al ver las botellas vacías que había sobre el escritorio.

Una profunda resaca lo sacudió en la azotea y después en el estómago. Caminó hacia la ducha, esforzándose por mantener el equilibrio y metió la cabeza en el inodoro para arrojar la mezcolanza de sus tripas.

—Das asco —se dijo después, al verse frente al espejo.

Los demonios comenzaron a despertar en su conciencia. Después del malestar, llegaron los remordimientos, la sensación de mandarlo todo al traste, de ser un renegado y darle la razón a los que se alegraron de verlo fuera del Cuerpo. Sentado en el colchón, se figuró lo que habría dicho Marina al respecto, y contempló los botellines vacíos de cerveza y la botella verde de Cutty Shark. Un vaso de cristal acompañaba un cenicero cargado de colillas aplastadas y un paquete vacío de Ducados. Se esforzó por recordar la noche anterior, por traer alguna imagen de vuelta, que diera contexto a las contusiones que presentaba por el cuerpo. El destello mental no tardó en llegar, revelando la imagen del policía sobre las rocas.

—¡Oh! Mierda... —lamentó, consciente de que Ojeda iría a por él.

—Mierda, mierda, mierda... —se quejó en voz alta, buscando una solución.

La falta de aire limpio, la deshidratación y el calor de la resaca le provocaron un fuerte sudor que lo destempló.

La psicosis lo comía por dentro.

—Maldito hijo de perra...

Entonces, el teléfono móvil vibró sobre la mesilla.

Agarró el aparato y leyó la pantalla.

—¿Número oculto?

Se aclaró la garganta y descolgó.

—¿Diga?

—Roberto Montaner... —comentó la voz jocosa del marchante. En cierto modo, se alegró de que no fuera otra persona—. ¿Se divierte?

—Señor Quintana...

—¿Por qué no contesta a las llamadas?

No podía darle una explicación.

—Eh...

—Se nos acaba el tiempo. ¿Dónde está lo que me pertenece?

—Ha habido un pequeño imprevisto.

La respuesta conmocionó al adinerado.

—¿Qué pensará su esposa cuando le comuniquen que no hay dinero para continuar con el tratamiento?

La pregunta resquebrajó al expolicía.

—Oiga...

—Ya se lo digo yo... —contestó y alzó la voz—. ¡No pensará nada! La próxima vez que la vea, será en una caja de madera.

—¡No, espere! —rogó, con la respiración entrecortada—. Deme un poco más de tiempo.

—¿Más?

—Sé quién tiene la llave.

El vasco chasqueó la lengua.

—¿A qué espera, pues?

—No depende de mí —respondió y notó la reticencia de su cliente—, y así no puedo hacer mi trabajo.

—¿Me toma el pelo? Consiga la llave, es todo lo que le he pedido.

—La Policía ha intentado persuadirme para que rechazara su oferta.

—Evidentemente... ha declinado la oferta.

—No me gusta llevarme mal con ellos, ¿entiende?

—Ni a mí que incumplan con su palabra —respondió, tajante—. Tiene cuarenta y ocho horas... La próxima vez que hablemos, será

para cerrar la entrega...

La llamada se cortó y Montaner tragó saliva.

Agarró la botella de escocés y se sirvió un trago corto. El alcohol, después de tanto tiempo sin regar su sistema, funcionaba como un remedio curativo, aportando un efecto vigoroso y único, reduciendo los mareos y entregándole una falsa sensación de templanza.

Encendió el ordenador y comprobó la bandeja de entrada.

En busca de una respuesta, abrió el último correo que había recibido el día anterior, para dar un segundo vistazo al expediente de la señora Romero.

—O como demonios se llame —murmuró en voz alta.

De pronto, abrió un documento que no le era familiar y pensó que se había confundido. Toda la documentación había sido mecanografiada, fotografiada con una cámara digital y robada de un archivo secreto.

Comenzó a poner más atención en cuanto reconoció los escudos de los encabezados.

«Estado Español, Servicio de Información y Policía Militar... Ministerio del Ejército... Secretaría del ministro...», leía, moviendo los ojos en diagonal, hasta que se detuvo en una hoja manchada por un sello de color rojo que indicaba SECRETO y OPERACIÓN AVIGNON.

Excelentísimo Señor:

La agente franco-española JACQUELINE AVIGNON, enlace entre nuestras Organizaciones de Barcelona y los Agentes de este Servicio en la capital francesa, está en búsqueda y bajo investigación, por existir pruebas palpables de haber intentado desertar, tras un intento de robo patrimonial a nuestros aliados alemanes.

Verificada su identidad y su misión en París, uno de nuestros colaboradores alemanes, también en contacto con la señora AVIGNON, ha confesado de la manera más amplia y rotunda el doble

papel que ha venido desempeñando, y como consecuencia de ello, se han enviado al Sr. Auditor de la 6ª Región Militar las pruebas escritas demostrativas de su culpabilidad, hallándose próxima a ser juzgada en Consejo de Guerra en cuanto sea detenida. Cabe esperar fundadamente que el fallo del Consejo sea la condena en prisión.

Finalmente, y teniendo en cuenta las consecuencias que para nuestras Organizaciones en la región francesa tendría la salida de Avignon de nuestro territorio, me permito hacer presente a V.E. la necesidad absoluta de que ni por medio de canje, ni bajo ningún otro concepto pueda verificarse este hecho.

Dios guarde a V.E. muchos años.

Burgos, 10 de enero de 1939.

Excelentísimo Señor:

El coronel de E.M. Jefe.

Cuando finalizó la lectura, se paró en silencio ante la pantalla, boquiabierto y sin nadie con quien compartir el hallazgo. Allí estaba la respuesta que no quería darle Quintana y la razón por la que el vasco, la Policía, y sólo Dios sabía quién más, perseguían el pasado de esa mujer.

Volteó la vista hacia las cartas y reconoció las iniciales a las que el tal Henri se dirigía: Jacqueline Avignon era el nombre de Leonor Romero y los documentos confirmaban que había trabajado como espía para el bando nacional durante la Guerra. Sin embargo, no comprendía cómo había logrado huir de París, cruzar la frontera y regresar a España, siendo una desertora en busca y captura para ser condenada.

Pero no le interesaba esa parte de la historia.

Ahora comprendía la importancia de la llave y la caja que esta abría. Estaba convencido de que su contenido valdría mucho más de lo que Quintana pudiera pagarle.

Una euforia lo contagió, sacándole una sonrisa traviesa, animándolo a bailar sobre la sucia moqueta del cuarto.

Quintana lo necesitaba a él y no al revés. Si conseguía la llave y averiguaba dónde se escondía la caja, pondría fin a todos sus problemas.

Abrió el equipaje, donde guardaba munición en una funda metálica y un revólver Astra del treinta y ocho, una pieza de coleccionista, un regalo por los veinte años de servicio. La limpió, abrió el tambor, cargó las seis balas y le dio un golpe para que rodara, antes de cerrarlo. Observó el cañón corto de acero, se miró frente al espejo del baño y empuñó la pistola con el brazo extendido, apuntando a su reflejo. Lamentó haber pasado demasiado tiempo dando palos de ciego, pero tenía la oportunidad darle un revés a su mala fortuna.

—Dios escucha, los deseos se cumplen y las ocasiones llegan, Marina... Sólo hay que tener fe y saber aprovecharlas.

53

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

A las ocho de la mañana, la inspectora Castillo llegó a la Comisaría Provincial, vestida con su habitual chaqueta de cuero, unos vaqueros desgastados y subida en la motocicleta japonesa que conducía para desplazarse por la ciudad. Se fijó en que allí no estaba el Peugeot y pensó que a Abellán se le habría complicado la noche. Entró en el bar que había frente al edificio y pidió un café cortado para desayunar, que la ayudaría a entrar en calor, aunque no a recuperar el sueño que había perdido durante la noche. No podía dejar de darle vueltas a la historia de Romero y a esa ladrona. Sin embargo, remover las aguas, sólo le traería más problemas.

La autopsia del cadáver seguía sin ser oficial y en cuanto lo fuera, Ojeda los apartaría. Las quinielas no jugaban a su favor y un traspiés podía dar motivos al comisario para que acelerara los trámites.

Por la cristalera, lo vio llegando al edificio y cruzando la puerta principal.

«Actúa con cabeza y sin sentimiento», se repitió, abonó la cuenta y corrió para encontrarse con él.

—¡Inspectora! —gritó el superior al abrir la puerta de la oficina—. Aquí, ahora mismo.

Los compañeros la miraron con recelo. Llenó los pulmones de valentía y se dirigió al despacho. El superior tenía el semblante tenso y una expresión general de mal humor que no ocultaba.

—No cierre la puerta, sólo entórnela.

—Como prefiera —dijo antes de sentarse en la silla.

—¿Dónde está Abellán? —preguntó el comisario, sin preámbulos.

—No lo sé, no tardará en llegar.

—En fin, da igual... —expresó, moviendo las manos, como si no le interesaran las excusas—. Quedan relevados de la investigación

de Leonor Romero... Si es tan amable, comuníqueselo a su compañero cuando lo vea.

—¿Perdón?

La mirada helada del hombre se clavó en ella como una estaca.

—No hay discusión.

—Pero...

—Ha llamado el abogado de la familia Parres —alegó, cruzando las manos y elevando el tono de voz—. Lo que sucedió ayer, fue lamentable.

—Señor, desde el máximo respeto...

—Mi teléfono no ha parado de sonar. ¿Quiere responder a las llamadas?

Ella se quedó muda.

—Dígame, Castillo, dígame qué debo hacer.

—Señor...

—Les he dado una oportunidad y no la han tomado en serio.

—Entiendo su malestar, pero...

—En el momento que dice pero, se contradice.

En esta ocasión, fue ágil para prever la zancadilla del cabrón que tenía delante. La puerta seguía abierta y no tenía la menor duda de que el departamento lo escucharía todo. El comisario estaba utilizando su autoridad y las palabras contra ella, así que no insistió y decidió guardarse la mención sorbe el hombre del bigote. De hacerlo, él lo negaría y la ridiculizaría en voz alta. De repente, tuvo un pequeño déjà-vu que la llevó diez meses atrás. Todo se repetía de nuevo, era otra vez su palabra contra la de Ojeda. Debía ser más inteligente y aguantar la compostura. ¿Quién era aquel hombre y por qué lo protegía? Se prometió que más tarde lo averiguaría.

El comisario chasqueó los dedos en el aire.

—Castillo, ¿sigue ahí?

—Sí.

—Tómese unos días libres y regrese el lunes.

—Agradezco su interés, pero no es necesario.

—No es una sugerencia, sino una orden —matizó—. No creo que esté lista para operar en condiciones.

Ella calló, se levantó y abrió la puerta. Le hubiese gustado romperle la cara en ese momento, pero la satisfacción inmediata nunca le traía nada bueno.

—Castillo... —dijo y ella se giró—. ¿Cuánto tiempo me iba a ocultar que había muerto por arsénico?

La inspectora intentó tragar saliva, pero la garganta se le cerró.

—No encontré la ocasión oportuna para hacerlo.

—Ya... Cierre la puerta y envíeme hoy el informe de la investigación.

54

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Calle de Colón.

Alicante, España.

Llegaron a Alicante a primera hora de la mañana, cruzaron el centro de la ciudad y fueron directos al aparcamiento que había junto a la gran iglesia. El encuentro con el notario se celebraría en las oficinas de Lizón. Finalmente, Fidel volvería a ver el cuadro.

El abogado los dirigió a una amplia sala de reuniones en la que aguardaba un hombre fornido y corpulento, embutido en un traje azul y un chaleco de tela que ocultaba bajo la americana. Entre sus redondas manos había un pequeño monto de papeles que pronto firmarían. Lizón entró en la sala, cerró la puerta y ofreció asiento a los recién llegados. Después de una breve presentación, solicitó las credenciales de identidad de la pareja, los comprobó y se los entregó al silencioso fedatario.

El encuentro no se alargó más de lo necesario. El notario leyó el testamento para los presentes, realizó los procedimientos pertinentes para asegurarse de que todo estaba en regla y, por último, ofreció diversos documentos para que la pareja y el abogado firmaran su consentimiento. Una vez terminado el proceso por el que se llevaría un buen pellizco económico, les dio la enhorabuena y se despidió, no sin antes recordarles que tendrían que esperar veinte días para recibir lo heredado.

—¿Qué? —preguntó Fidel—. ¿Veinte días?

No era así como lo habían planeado.

—Así es, señor Duró.

—No puedo esperar tanto tiempo.

—Yo no hago las leyes.

Una fuerte decepción hundió al escritor.

El abogado caminó hasta la cristalera que daba a la calle y se quedó quieto unos segundos.

—Lo siento, pensé que lo sabía.

—No me dijo nada al respecto —respondió Fidel, mostrando su enfado—. Es demasiado tiempo. Me marcharé antes de aquí.

—No se preocupe por eso. Venga cuando tenga ocasión.

Desconcertado, no supo bien cómo reaccionar.

—¿Era eso lo que quería? —preguntó en voz alta, adelantándose unos pasos, quedándose entre las dos cristaleras—. ¿Era ese el deseo de la señora Romero, retenerme aquí?

—Veinte días pasan enseguida, señor Duró —explicó, sin perder la calma—. A efectos legales, entenderá que no puedo hacerle entrega de la herencia. Soy el albacea de la señora. Si me saltara la ley, podría denunciarme o, lo que sería peor, chantajearme... Si no usted, estoy convencido de que lo haría la familia.

Fidel miró a la chica. De pronto, ella habló:

—¿Y ver el cuadro? —preguntó, en un intento desesperado—. Si usted es el albacea, es el responsable de proteger la propiedad.

Lizón levantó una de sus gruesas cejas y miró al literato.

—No veo inconveniente, pero me lo tendría que pedir el señor Duró.

Fidel puso los ojos en blancos y repitió la pregunta.

—Por favor —insistió el escritor.

—Por supuesto, síganme por aquí... —respondió, se dirigió a la puerta y después se volvió hacia ellos—, pero el cuadro no saldrá de este edificio.

***

Lizón los guio por un largo pasillo que daba a una tercera sala cerrada con llave. Abrió la puerta y entraron en un despacho privado con una estantería llena de libros y una lámpara verde de cristal. Frente a la mesa, un sofá Chesterfield granate y encima de este, un enorme cuadro de la ciudad de Alicante, pintado al óleo y con un marco dorado. El abogado se acercó a la estantería, movió uno de los ejemplares que había sobre las baldas y sonó un chasquido que rebotó en las paredes. Después se dirigió hacia el sofá y desplazó el cuadro a un lado. Fidel y Andrea observaban con precisión. Tras la pintura se descubrió una enorme caja fuerte negra. Ocultó el panel

numérico con la mano, para que no alcanzaran a ver la clave y del bolsillo sacó una llave dorada que introdujo en la cerradura. Cuando pulsó el botón de apertura y giró el picaporte, la puerta se abrió.

Del interior de la caja, primero sacó el cuadro, envuelto en papel de embalaje, y lo llevó hasta el escritorio. Luego rescató una caja de madera del tamaño de la palma de la mano, la dejó en la mesa y cerró la cubierta de seguridad.

Los ojos de la pareja se concentraron en la pintura embalada. Fidel llevaba días pensando en ese instante.

—¿Me permite? —preguntó el escritor, aproximándose a la obra y poniendo las manos sobre el papel.

—Todo suyo... pero no rompa nada.

El escritor despegó los bordes del adhesivo y retiró el fino envoltorio que protegía el cuadro. Después cogió una silla y utilizó el asiento y el respaldo como puntos de apoyo para sostener la pintura. Por último, se colocó frente a ella y retrocedió unos pasos con la intención de tener una visión panorámica.

Tal y como recordaba de la primera vez que lo había visto, el cuadro era una evidente imitación de *Las señoritas de Aviñón* de Picasso, con diversas variaciones, no sólo en la forma sino también en los colores que Romero había empleado. Los troncos alargados de aquellas mujeres terminaban en unas cabezas granates y desproporcionadas, con forma de platillos volantes. En su momento, pensó que se debía a una licencia personal, pero estaba equivocado. El cuadro era un reflejo de su existencia.

«Todo lo que ves, ha sido mi vida».

Las mujeres representaban otras figuras. De reojo, observó la expresión de Andrea, concentrada en resolver el enigma. Reluciente con aquel vestido dorado que dejaba a la vista su piel, la chica notó que la observaba y le hizo una mueca de camaradería.

—Es brillante, ¿verdad? —preguntó él, separándose del cuadro para acercarse a la caja de madera. En ella había un pequeño mecanismo que giraba con una manivela, pero que no funcionaba sin una partitura que encajaba bajo los dientes del rodillo de metal y

a su vez, se clavaban en las teclas que hacían sonar las notas musicales.

Lizón mantenía la boca cerrada y las manos cruzadas. Entonces comprendió Fidel la función que el marcapáginas del libro escondía.

«La Santa Trinidad: literatura, música y arte».

Regresó al cuadro, con el fin de estudiar la obra con detenimiento. Buscaban una pista, un mensaje, pero no era tan obvio a la vista, como pensaban. El escritor se fijó en la esquina inferior y reconoció la firma con su nombre de guerra: Madame Avignon, y bajo la rúbrica, los años 1964-1968.

«Jacqueline Avignon no dejó nada al azar», reflexionó en silencio.

—¿Y bien? ¿Han terminado?

Fidel chasqueó la lengua y se dirigió al abogado.

—¿Nos da un minuto más?

El hombre observó a la chica, que seguía frente a la pintura.

—Está bien, les dejaré a solas un momento... Debo hacer una llamada —comentó el abogado—. No toquen nada.

—Gracias —dijo y lo siguió por el rabillo del ojo, viendo cómo abandonaba la sala.

La pareja se miró y contempló la obra.

—¿Son ellas las que nos van a guiar?

—Se supone que sí —respondió, esperando el milagro—. Pero ya no estoy tan seguro.

Fidel se acercó a la mesa, abrió la caja de música e introdujo el marcapáginas de puntos.

—¿Qué haces ahora?

—Averiguar a qué pertenece.

Con la partitura en la caja, el escritor giró la manivela y sonó una dulce melodía.

De repente, notó cómo se le erizaba el vello de los brazos. La canción era tan familiar que el resto se reprodujo en su cabeza.

«Madrid, Madrid, Madrid,

pedazo de la España en que nací».

«Madrid, Madrid, Madrid,

en México se piensa mucho en ti».

«Ahora lo recuerdo», se dijo al asociarla con el mismo chotis que había oído antes de dormirse, la primera noche que pasaba en la playa.

Entonces, al ver el cuadro, la recordó a ella en la cocina, el tocadiscos y la colección musical que guardaba bajo las revistas.

Paró la música y se detuvo ante la pintura.

—Lo firmó con su nombre, pero esa fecha no encaja con el periodo de París —observó ella, acercándose más al lienzo—. Debió de pintarlo más tarde... no lo sé, ¿qué opinas?

Pero a Fidel le costaba concentrarse en algo que no fuera la bonita cintura de Andrea, que tapaba la mitad del cuadro, realzada por ese hermoso vestido dorado.

Entonces, dio un paso al frente y cubrió la firma con la mano.

Si el libro representaba la esperanza y el marcapáginas sonaba a Madrid, el cuadro contenía un último código.

«Donde tú ves mujeres, yo veo otra vida, otro lugar... Pero también observo el pasado, la pena, la lejanía, la renuncia».

—Realmente, puede que tampoco fuera su nombre real —señaló al percibir un detalle—. No te muevas, Andrea.

—¿Qué?

—Madame Avignon.

—No te entiendo.

—Los tres elementos —explicó, concentrado—. La música pertenece a Madrid, su infancia... La luz verde del libro se refiere a lo inalcanzable, al futuro... El cuadro es...

—El presente.

—Otro lugar, otra vida —respondió y separó la firma en dos partes—. La vida a la que renunció por sobrevivir, por convertirse en Leonor Romero... La equis del mapa.

—De verdad que no te sigo...

—MAD-AME... AVIGNON —repitió, pero ella se encogió de hombros. Después se refirió a la pintura—. El cielo contaminado de la gran ciudad, las mujeres convertidas en torres de edificios, el tráfico de los vehículos a sus pies...

Ella se mostraba confundida, sin entender palabra de lo que decía el escritor, pero él había logrado resolver parte del acertijo.

¿Y qué edificio se levantaba hacia el cielo como hacían las señoritas de Aviñón en la pintura?, se planteó.

Por supuesto, todo encajaba en su cabeza con una lógica flagrante, aunque pasaba por alto que, para reconocer la obra arquitectónica que representaban las mujeres, había que tener un ligero conocimiento de la capital, más allá del turismo de fin de semana y de los emplazamientos de las guías de viajes.

Por esa razón ella no entendía nada.

—Madrid... América... —murmuró, sonriente—. Es una obra dentro de otra obra.

—¿Qué intentas decirme?

—Da igual —abrevió, cortando la explicación. No tenían tiempo para eso—. Fotografía el cuadro, es importante.

Ella abrió el pequeño bolso y sacó la cámara digital, pero en la pantalla apareció un símbolo rojo.

—Maldita sea... —se quejó ante el aparato.

Fidel retiró la partitura de la caja y corrió hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó, confundida al verlo moverse.

—No te distraigas y haz las fotos... Lizón no tardará en regresar.

—La cámara no funciona.

Los pasos del abogado abandonaban la habitación contigua y se dirigían al pasillo

—Vamos, Andrea, no me fastidies...

Ella sacó la batería del aparato, la volvió a colocar giró la rueda que encendía la cámara. El pitido de alerta sonó, pero el sistema logró iniciarse.

—Lo estoy intentando.

Los pasos del abogado retumbaban en el pasillo...

—Vamos, vamos...

—Ya voy, espera...

—Date prisa, por el amor de Dios...

La periodista desactivó la luz, enfocó a la pintura y disparó varias veces.

La puerta se abrió y golpeó al escritor en la cara.

—¡Oh! —exclamó, sorprendido por el golpe—. Dios, mi nariz...

—¿Está bien, Duró? —preguntó y miró a la chica, que cerraba el bolso con disimulo—. ¿Qué demonios hace ahí detrás?

—Necesitaba ir al baño... —respondió, tapándose el ojo con la mano, pero ahora necesitaré un médico.

El hombre entró en el despacho, se plantó junto al lienzo con un gesto desconfiado y comprobó que todo estaba en su sitio.

—¿Han acabado?

—Sí —dijo ella.

—El cuadro y la caja se quedan aquí.

Después sacó un sobre blanco y se lo ofreció al escritor.

—¿Y esto?

—Fue el último deseo de la señora.

Él cogió el sobre con desconfianza, lo abrió bajo la mirada de los acompañantes y extrajo la nota.

«Encuentra a Henri Lacroix. Él es mi destino».

55

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Plaza de Toros de Alicante.

Alicante, España.

Con el arma en la cintura, subió al Ford Fiesta, salió del aparcamiento del mercado de abastos y puso rumbo a Santa Pola. Había sacrificado demasiado como para rendirse y estaba dispuesto a llevarse por delante a quien se interpusiera en su camino. Llenó el depósito a mitad de trayecto, en la misma gasolinera en la que había parado la noche anterior, y se preguntó si el vehículo y el cadáver seguirían bajo el acantilado del faro. Luego pagó y regresó a la carretera principal, optando por no desafiar de nuevo a la suerte. El teléfono personal continuaba apagado y era mejor así, se dijo, pensando que Ojeda intentaría localizarlo.

Veinte minutos más tarde, cruzaba el paseo que bordeaba Gran Playa. Redujo la velocidad y entró en la calle con suavidad, sin llamar la atención y sin precipitarse. Desde el asiento, observó el bloque de apartamentos, en busca de actividad, pero no parecía haber nadie en él. El tercer piso estaba cerrado por completo, así que dedujo que la policía habría pasado por allí. La segunda planta tenía el toldo recogido, pero las persianas seguían subidas, indicándole que el escritor no andaría lejos.

Dio una vuelta de reconocimiento a la manzana, sin encontrar rastro del Renault en las proximidades. Una vez que se aseguró de su ausencia, entró en la propiedad, abrió la puerta del edificio y subió hasta el segundo piso.

Comprobó la hora, que se acercaba al mediodía y echó un vistazo a las escaleras. No podía ir muy lejos, así que decidió esperarlo en el descansillo que había entre la última y la segunda planta.

Poco después de que se escondiera, Duró abría la entrada del edificio, acompañado de otra persona. Reconoció su voz y también la de la chica.

Montaner apoyó la rodilla en el suelo, estiró el brazo derecho por el espacio de la barandilla y apuntó a la puerta.

56

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola.

Alicante, España.

Encontrar a Henri Lacroix.

Cuando creía haber resuelto el rompecabezas, Leonor Romero subía la apuesta. ¿Cómo iba a dar con el paradero de ese hombre?, se preguntó, ausente, con las manos al volante.

Las piezas encajaban y todo lo que Andrea le había contado, cobraba sentido.

—¿Crees que es una coincidencia? —preguntó ella con inocencia, refiriéndose al parentesco del desconocido con el amante parisino de la española—. Tienen el mismo apellido.

—A estas alturas, no existe tal cosa... Pero no sé cómo lo vamos a encontrar.

Cuando regresaron de Alicante, Fidel subió las escaleras a toda velocidad, deseoso por estudiar las fotografías que ella había tomado del cuadro. Andrea lo siguió, aguantando el ritmo, temerosa de que Castillo los visitara cuando menos lo esperasen. El mensaje de Leonor había sido claro, pero antes de buscar al francés, debían resolver el último acertijo para conocer la ubicación exacta del secreto.

—Debemos darnos prisa —dijo, sacando el juego de llaves del bolsillo—. Es probable que el abogado se lo haya contado a la familia, así que no tardarán en aparecer por aquí.

Abrió la puerta, entró en el pasillo y dio un vistazo rápido.

Ella se giró y vio una silueta de frente, apuntándole a la cara con un revólver.

Montaner le hizo un gesto con el índice para que se mantuviera tranquila.

—¿Tienes hambre? —le preguntó el chico.

—No mucha...

Fidel se adentró hasta la cocina, sin percatarse de lo que sucedía en la entrada.

—Como no hables más alto...

Montaner la agarró de la cabeza y le tapó la boca, sin encontrar resistencia por parte de la chica. Luego la inmovilizó por el brazo, advirtió sus intenciones de morderle la mano y le apretó la nariz con fuerza, impidiendo que respirara, amenazándola con el cañón en la sien.

—No te pases de lista, chica... —le susurró al oído, apretándole con fuerza—, no quiero haceros daño.

Extrañado por el silencio, Fidel se asomó al pasillo.

—Atrás, escritor... —ordenó el detective, indicándole que se alejara de la cocina—. No te hagas el valiente.

—No dispare...

—No tengo intención de hacerlo —respondió, soltó a la chica y la empujó contra él. Con los dos enfrente, retrocedió un paso y movió el cañón—. Dadme la llave y os dejaré en paz.

—¿Quién es usted?

Andrea, en silencio, buscaba la manera de ganar tiempo.

—La llave, chico, no tengo todo el día...

—No sé de qué habla.

Antes de que terminara la frase, Montaner se acercó a él y le propinó un golpe en la cara con la culata del revólver. El impacto sonó como una teja partiéndose en dos y Fidel se derrumbó sobre el sofá.

En medio de la confusión, Andrea intentó desarmarlo, lanzándose contra el brazo que sujetaba la pistola, pero el detective la cogió por el cuello y le apuntó entre las cejas.

—Te lo he dicho, cara bonita —susurró, con los ojos encendidos, echándole el amargo aliento a cigarrillos y alcohol—. No quiero haceros daño, pero no sé por qué os empecináis en llevarme la contraria.

Fidel seguía conmocionado en el sofá, con la nariz ensangrentada.

—Está herido.

—Se recuperará —le comentó y sonrió al vislumbrar un rollo de cinta adhesiva de color aluminio sobre la encimera de la cocina—. Ahora... vamos a tener una pequeña conversación.

57

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola.

Alicante, España.

Una vez que los ánimos se calmaron, Montaner bajó la guardia y les explicó lo que hacía allí. Necesitaba al chico de su lado y debía ganarse su confianza. Sin él, no obtendría las respuestas que había ido a buscar a esa casa. Guardó el arma, a cambio de que no intentaran nada extraño y la pareja aceptó la propuesta. Fidel era consciente de que negociar estaba de más, sobre todo si era la otra persona quien portaba el arma. El detective les contó quién era, a qué se dedicaba y por qué había seguido los pasos de la señora. Les habló de la investigación, sobre lo que había averiguado por su cuenta, del pasado de Romero como espía internacional, del sospechoso interés de la Policía por evitar que se supiera su secreto y de la importancia que aquello tenía para su cliente. No entró detalles sobre su pasado personal, ni tampoco en las horas previas a la muerte de la mujer. No iba a dar más información de la necesaria, ya que esta podía ser utilizada en su contra, cuando menos lo esperara. Por el contrario, intentó ganarse su empatía con la historia de su esposa. Sin embargo, su problema era entender cómo ordenar las piezas que había reunido y, sin la ayuda del escritor, sentía que estaba atrapado en un callejón sin salida.

—Tu vida está en peligro, muchacho —dijo el detective, tras contarles cómo había evitado que lo atropellaran en el aparcamiento —. Ese hombre es policía y también ha intentado matarme. Necesitas protegerte.

Tanto Fidel como Andrea estaban desconcertados ante la explicación que el hombre del bigote les daba. Hasta el momento, la única preocupación del escritor era que no pudiera salir de aquel pueblo y que Castillo lo señalara como principal sospechoso de la muerte de Leonor.

—¿Y esa protección, nos la vas a dar tú? —preguntó Andrea, vacilando a su interlocutor. Sus palabras no fueron recibidas con simpatía.

—Soy el único que tiene un arma, bonita —respondió con tirantez y se dirigió al literato, dejando constancia de que no le interesaba hablar con ella—. Escucha, chico... he sido policía durante muchos años y sé cuándo algo huele mal y, créeme, esto apesta a kilómetros... Nos tenemos que ayudar. A esta gente no le interesas, solo quieren evitar que descubras lo que hay en la caja. Debes confiar en mí.

—¿Por qué debería hacerlo? —quiso saber él.

Montaner dio un respingo, sacó un montón de cartas arrugadas de su abrigo y las puso a la vista.

—Porque sé cuál es el fin de todo esto —respondió, señalando los sobres—. No eres tú, precisamente. Romero te ha utilizado para que llegues a su hombre de confianza, para que termines su misión.

—Lo siento, pero no tienes ni la menor idea de...

—¿Te suena el nombre de Henri Lacroix?

Al escucharlo, se produjo un chispazo en la cabeza del escritor.

—¿Qué sabes de él? —preguntó, acercándose a las cartas, pero Montaner las retiró.

—Lo suficiente —respondió, breve—, como para conocer la estrecha relación que la mujer tenía con él. Al parecer, Romero, o Avignon, o como se llamara... tuvo un romance con su padre durante la juventud. Ella abandonó Francia, haciéndole una promesa que aún sigue vigente. Por desgracia, parte de esa promesa está en el contenido de la caja, el cual debe de ser de gran valor e importancia, por lo que presupongo... Hasta donde sé, la caja se esconde en algún lugar de Madrid y hay una llave que la abre.

—Todavía no has respondido a la pregunta.

—Tú sabes dónde está la llave y dónde se encuentra la caja.

—¿Qué ganamos ayudándote?

Montaner rio.

—Seguir con vida, ¿no os parece suficiente?

El escritor tragó con dificultad.

—No me resulta un buen método de persuasión.

—Descuida, chico —contestó, reculando—. No pretendía asustarte, no tengo intenciones de haceros daño, pero hay mucha gente que sí... Por eso, te propongo un trato. Tú me llevas a la caja y yo os llevo con Lacroix.

El farol que Montaner se marcaba no terminaba de convencer a la chica.

—¿Quién nos asegura de que no nos engañas? —preguntó ella.

—¿A ti quién te ha dado vela, bonita? Debéis confiar en mí, nada más. No hay más tiempo para explicaciones y tampoco tenéis muchas más opciones.

Fidel lo observó detenidamente. Su cabeza no dejaba de trabajar en busca del escondite de la llave y estaba convencido de conocer su paradero. Leonor lo había calculado todo al milímetro. Dijera la verdad o no, por desgracia, ese hombre tenía razón y si no colaboraban, no irían muy lejos. En cambio, no todo estaba perdido. Aún existía la manera de deshacerse de él.

—Supongo que tiene razón.

El detective sonrió y la chica lo miró asombrada.

—¿Qué dices, Fidel?

—Que tiene razón —repitió, sin pie a discutir—. Creo que sé dónde se esconde la llave.

***

Tras una larga explicación, Fidel les contó lo que había deducido de las diferentes pistas que Leonor le había dejado a lo largo de su aventura. La firma del cuadro, que hacía alusión a su seudónimo, usaba, en cierto modo, acrónimos para dirigirse a la localización exacta. El edificio Torres Blancas, conocido por los habitantes de la capital, un enorme complejo residencial y de oficinas, referente del Brutalismo de mediados de los sesenta y ubicado en la avenida de América, en pleno barrio de Prosperidad, era la única construcción de gran altura que se alzaba con una forma similar a la de las mujeres, dejando a sus pies el cinturón de la ciudad. Además, intuyó que la fecha de la firma no haría alusión al período que le había tomado terminarlo, sino al de la construcción del edificio. En algunos

edificios de Madrid, los arquitectos escribían la fecha en las entradas de sus construcciones.

—*MAD-AME*... Madrid, Avenida de América... —señaló, separando las siglas en un cuaderno—. Si Avignon era su apellido, ¿por qué no lo firmó con el nombre de Jacqueline? Si hubiera hecho alusión al cuadro original de Picasso, lo habría llamado *Les Demoiselles...* pero no fue así. ¿Me entendéis? Estoy convencido de que sabía lo que hacía.

—En las cartas, el francés mencionaba algo de un restaurante en Madrid, de una cita a la que su padre llegó tarde... —comentó Montaner—. El restaurante de la planta 22...

Los ojos de Fidel se abrieron. El escritor no tenía la menor duda de que se refería a ese edificio.

La resolución fue suficiente para que el detective bajara el arma y confiara en su teoría.

Encabezados por el escritor, los tres salieron del apartamento y subieron las escaleras hasta el apartamento de Romero. La puerta seguía precintada y la cerradura suelta. Montaner recordó el episodio, pero se mantuvo callado, como si nunca hubiera estado allí.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, consciente de que dejarían sus huellas por toda la casa.

Él asintió, empujó con fuerza y abrió la puerta. El olor dulzón que habitaba en el pasillo seguía presente. Pulsó el interruptor de la luz y cruzaron el corredor hasta el salón. La colección de libros y de discos seguía en su sitio. Fidel apartó las revistas, abrió el pequeño mueble y sacó la caja donde Leonor guardaba los discos de vinilo.

—¿Qué estás buscando, muchacho? ¡Déjate de chorradas! —exclamó, nervioso y expectante—. No tardarán en aparecer por aquí.

Fidel le hizo una señal de silencio para que callara. No estaba perdiendo el tiempo. Más bien, seguía la última pista que daba forma al rompecabezas.

—Sólo quiero asegurarme de que mi teoría es válida... La caja de música, Madrid... —murmuró y cogió el disco de canciones populares, asegurándose de que era el mismo que había tocado en su primera visita. Sacó el vinilo, lo colocó en el tocadiscos y buscó el

surco. De pronto, el mismo chotis comenzó a sonar por los altavoces —. Esto era... La Santísima Trinidad.

La música sonó por la habitación y Fidel miró a la chica para que no se despistara.

El movimiento debía ser rápido. La llave estaba dentro de la funda del disco, pero Andrea tenía que desarmarlo antes de que se la robara.

Dejó que el disco girara, con el fin de distraerlo.

«Madrid, Madrid, Madrid,

pedazo de la España en que nací».

«Madrid, Madrid, Madrid,

en México se piensa mucho en ti».

Montaner esperaba que algo sucediera y empezó a inquietarse cuando vio que no era así.

—¿Qué pretendes, muchacho, hacerme perder el tiempo?

La expresión del escritor no necesitó palabras.

Andrea se alejó unos pasos hacia la cocina, en busca de algo con lo que defenderse, mientras Duró entretenía al hombre. Por desgracia, antes de que alcanzara un cuchillo, la mano de Montaner la agarró por el brazo, zarandeándola hasta él.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó y sacó el arma—. Ya me he cansado, ¡dame eso!

La música se detuvo. Fidel miró a la chica atemorizada, sugiriéndole que no lo hiciera, pero el cañón de la pistola apuntándola, no le dejó opción.

El detective cogió la cubierta del disco de vinilo y notó algo pegado en su interior. Metió los dedos, sacó la llave dorada de la funda y la miró, sonriente, como un niño ante una nube de azúcar. Era pequeña, del tamaño de su dedo índice, y no recordaba la última vez que había sentido tal felicidad como esa. La llave era la solución a sus problemas y la tenía en la palma de su mano.

Andrea y Fidel la miraban en la distancia, del mismo modo en el que alguien mira el tren de un ser querido en la distancia, marchándose de la estación. De repente, el cañón cambió de dirección y apuntó al escritor. Este reaccionó retrocediendo.

—Marchando —señaló—. Nos queda un largo viaje por delante.

—Ya tienes lo que buscabas...

—Buen intento, pero no cuela conmigo —respondió—. ¿Crees que soy idiota?

—Te he dicho lo que sé.

—No, me has contado lo que quería oír —respondió—. Tú sabes dónde se ubica la caja, así que te vienes conmigo. Tienes suerte de seguir siendo útil.

—En ese caso, deja que ella se quede.

—¡No, Fidel! —exclamó.

—Ni hablar... —comentó el expolicía—. Ella también viene con nosotros.

58

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

Regresó a su escritorio, llena de impotencia, sintiendo las miradas de los compañeros que habían presenciado la discusión. Pronto se convertiría en la comidilla de las reuniones.

¿Qué era lo siguiente? ¿Sucumbir a una baja indefinida?, se preguntó, al encontrar la compasión en sus ojos. Ellos esperaban que lo hiciera, querían ver cómo tiraba la toalla, pero no les iba a dar tal satisfacción.

Se sentó en la silla de oficina, recogió los folios de la mesa y apagó el ordenador. Luego miró al escritorio del compañero. El inspector había desaparecido por completo desde la jornada anterior, sin dar señales de vida, y ella empezaba a sospechar de la cuartada conyugal.

Lo llamó al móvil, pero el contestador automático se disparó con el primer tono. No entendía nada.

—Castillo —dijo una compañera, acercándose a ella—. ¿Sabes dónde está Abellán?

—No —respondió, seca y sin ganas de hablar.

—Tú trabajas con él, ¿verdad?

—Sí.

La agente la observó e hizo un gesto con la mano, dándole a entender que no tenía tiempo para una explicación.

—Entrégale esto cuando puedas —respondió con asperezas, dejándole una funda transparente con varias hojas—, y dile que utilice el fax de vuestro departamento. No me pagan por hacer de mensajera.

—Ni a mí de recadera.

La policía desapareció por las escaleras.

Esperó unos segundos, comprobó la primera página de los documentos y reconoció los nombres que aparecían en ella. El

interés creció en cuanto leyó el texto que hacía mención a la herencia de Romero. El abogado de la familia, con el consentimiento de los hermanos Parres, había enviado una copia de los documentos firmados por Fidel Duró para aceptar la parte correspondiente que indicaba el testamento de la difunta.

Lo que más le extrañaba era que se lo hubiese enviado al compañero.

Entre los figurantes, encontró el nombre y los apellidos de una persona que no había identificado hasta la fecha. La testigo se llamaba Andrea Vilanova.

Al leerlo, su mente comenzó a funcionar, impregnando la imagen de un rostro limpio de arrugas, la mirada cristalina y aquella melena brillante y oscura.

—Una testigo.

El escritor no conocía a nadie más en la ciudad.

—Vilanova, Vilanova... —repitió a modo de mantra, buscando en sus archivos mentales.

El apellido le sonaba familiar, pero no conseguía asociarlo a un rostro.

Encendió el ordenador y se conectó a la base de datos provincial.

Después tecleó el nombre de la sospechosa, sin obtener resultado.

Lo intentó con el apellido a solas y una larga lista de registros apareció en la pantalla. Impaciente, dio un barrido a la lista, pero pensó que le llevaría mucho tiempo revisar cada expediente. Acercó el puntero del ratón al menú y pulsó en la casilla de expirados. El archivo se redujo a tres nombres, dos de ellos masculinos. Empezó por el principio. Descartó al primer hombre y a la única mujer.

Por último, pulsó dos veces sobre la ficha de José Vilanova y al fin lo encontró.

El hombre que aparecía en la fotografía era muy parecido a ella. Andrea Vilanova había heredado la forma del rostro, la mirada afilada y el oscuro color de pelo. Como consecuencia, la imagen la trasladó al pasado, recordando la detención de aquella persona. Por entonces, Castillo opositaba para entrar en el Cuerpo cuando se enteró por la televisión nacional de la noticia. Durante meses, una

banda de atracadores había sembrado el terror en la provincia de Alicante, cometiendo más de seis hurtos a mano armada. Por suerte, en el último golpe, no contaron con el aplomo de un guardia jurado que plantó cara a la banda y recibió a quemarropa un tiro en la pierna. La Policía detuvo a Vilanova y este jamás confesó la identidad de los otros miembros de la banda.

José Vilanova había fallecido en prisión, años atrás, por un fallo hepático.

Con las pulsaciones disparadas y un nudo en el estómago, comprobó la dirección del domicilio y tuvo una fuerte corazonada sobre aquello. La anotó en un cuaderno y la arrancó de las anillas.

—¿Todavía sigue aquí, Castillo? —pronunció en voz alta el comisario desde la puerta del despacho.

Sin mentar palabra, se levantó, apagó el ordenador, cogió su chaqueta de cuero y abandonó la sala.

59

El motor de la Yamaha rugía como una motosierra. Concentrada en la larga carretera que la llevaba directa a Santa Pola, no podía dejar de pensar en lo estúpida que había sido por no seguir su intuición.

Leonor Romero los estaba poniendo a prueba, llevándolos al agujero de su madriguera. Primero el escritor, luego Vilanova y ese hombre del bigote... Cada pieza se movía en el tablero en el que la difunta jugaba su partida.

Pero... ¿cuál era el fin de todo?, se cuestionó bajo el casco integral.

Cruzó la costa saltándose los límites de velocidad, llegó a la glorieta que daba acceso al pueblo y tomó la salida que la llevaba a la parte alta del casco urbano, donde se ubicaba el domicilio de Vilanova. Al llegar, reconoció una vieja casa de dos plantas. Se quitó el casco, bajó de la motocicleta y dio un largo respiro. Debía mantenerse despierta, ya que la ladrona no se dejaría atrapar.

Tocó al timbre y oyó el sonido en la parte alta de la casa.

Nadie respondió.

—¿Busca a alguien? —preguntó una mujer que salía de la vivienda contigua, con un carro de la compra.

Castillo la oteó, precavida, y le sugirió con la mirada que se metiera en sus asuntos, pero la vecina no parecía estar dispuesta a marcharse.

Entonces le mostró la placa y la señora se relajó.

—Estoy buscando a una chica que vive aquí... Se llama Andrea, ¿la conoce?

La desconocida asintió con la cabeza.

—Sí, claro, Andrea... —dijo, insegura—. Es una buena chica. ¿Se ha metido en algún lío?

—No... —respondió, indecisa—. Quería hacerle unas preguntas, pero no parece que haya nadie.

— Hace días que no la veo, no sé en qué andará metida... — explicó, desentendiéndose del asunto—. Esa muchacha ha tenido

una vida difícil.

—¿A qué se refiere?

—La madre la abandonó y el padre murió hace unos años —expresó, sintiéndose apenada por ella—. No me extraña que esa mujer se fuera... Esa casa era un infierno. Él era un bala perdida, con mil pájaros en la cabeza, además de un borrachín... Le contaba su vida a todo el pueblo cuando se ponía fino a base de anís... La chica lo pasó mal.

—¿Qué ocurrió con él?

—Las malas compañías... nunca traen nada bueno... y acabó en la cárcel. Si no tenía suficiente, cuando murió, la niña tuvo que hacer frente a la deuda de la hipoteca de la casa. No debió de ser fácil para ella, pero como es tan hermética...

—¿Sabe a qué se dedica?

—Pues no... En el pueblo dicen que es reportera para no sé qué diarios, aunque no me lo creo —remarcó, indecisa—. Quien quiera saber, mentiras con él... así que no me haga mucho caso.

—Está bien, no se preocupe, ha sido de gran ayuda —respondió, terminando la conversación. Había escuchado suficiente para corroborar sus pesquisas—. Regresaré en otra ocasión.

—Es difícil averiguar cuándo volverá —señaló la mujer, agarrando el asa del carro, antes de despedirse—. Ahora parece que se ha echado un novio, aunque le durará poco.

—¿Un novio, dice?

—Sí, un chico moreno... Anoche vino a su casa. Lo sé porque lo vi llegar —explicó con detalle—. Y esta mañana ha venido a recogerla en su coche. Ella iba muy elegante, muy guapa...

—Ese novio del que habla, por casualidad, ¿lleva gafas?

La mujer intentó recordar.

—Sí, creo que sí... Lo que sé es que el coche era muy antiguo, de eso estoy segura.

—Gracias por la información... Que tenga un buen día.

La vecina se marchó calle abajo, alejándose de su vista hasta desaparecer por completo. Se colocó el casco, subió a la moto y bajó hacia el puerto para tomar la carretera que llevaba al paseo de la playa.

60

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Restaurante Juanito, La Roda.

Albacete, España.

Fidel conducía por la autovía de Alicante, bajo la atenta mirada de Montaner y del cañón de su revólver. Atada de pies y manos con cinta adhesiva, Andrea los acompañaba en la parte trasera, sintiendo cómo sus planes se derrumbaban. Montaner no se fiaba de ella y esa había sido su manera de demostrar confianza. Ese cretino los había engañado y encontraría la ocasión oportuna para deshacerse de ellos. Cuando dejaron atrás Albacete, el indicador de falta de combustible se encendió.

—Hay que parar a repostar —dijo el escritor, apuntando a una señal de tráfico que avisaba de la próxima área de servicio.

—Eso lo tendré que decidir yo, muchacho —respondió el detective—. Está bien... Toma la siguiente salida.

—He estado aquí antes —comentó Fidel, al ver el rótulo con letras amarillas que había sobre el restaurante.

En ese momento se dio cuenta de que se acercaba al final. Recordó la luz verde de Gatsby, el porvenir evasivo e inalcanzable entre la neblina, aquella tragedia que los tres perseguían en el interior de un automóvil. Un futuro que brillaba, pero que nunca sería cierto.

Jamás encontrarían a Henri Lacroix, ni escribiría la historia de esa mujer.

Tenía el presentimiento de que se acercaba un final desastroso.

Paró el coche junto a las mangueras del surtidor y Montaner ocultó el arma bajo el abrigo.

61

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Gran Playa, Santa Pola.

Alicante, España.

La llamada se cortó.

Detenida frente a la entrada de la propiedad del edificio, Castillo se preguntó dónde estarían todos. No había rastro del Renault, Abellán seguía sin dar señales de vida y sintió que se perdía algo. Bajó de la motocicleta y entró en el edificio. Subió hasta la segunda planta y se detuvo ante la puerta del apartamento de Duró. Agarró la manivela con firmeza y, para su sorpresa, la entrada estaba mal cerrada, por lo que un ligero empujón la movió hacia dentro.

«No te confíes, Sandra».

Sacó el arma y comprobó que el pasillo estaba despejado. No encontró a nadie en el dormitorio ni en el baño de la entrada. Avanzó por el corredor, abriendo las puertas de las dos estancias que había antes de alcanzar el salón. Finalmente, llegó a la cocina y apuntó en ambas direcciones. Lo primero que notó fue la sangre sobre el sofá. Después advirtió el rollo de cinta adhesiva. Guardó el arma y dio un vistazo a su alrededor. En la mesa del comedor había un ordenador portátil en suspensión, un montón de papeles arrugados, un libro y un cuaderno de notas. Encendió el PC de Duró, entró la sesión y apareció una carpeta llena de fotografías.

Los archivos tenían fecha de esa misma mañana y pertenecían a un cuadro. Los abrió para ampliar las imágenes y no entendió nada. Después miró a su derecha y ojeó un montón de viejas cartas en francés escritas a máquina. En ellas había nombres marcados y párrafos subrayados en rojo. Hizo una lectura rápida en diagonal, guiándose por las partes señaladas, y echó la vista a un lado para apoyarse en el bloc de notas que había junto a las misivas.

—Dios mío, así que es cierto —murmuró, leyendo las anotaciones del cuaderno.

«Madrid, Avenida de América, Edificio Torres Blancas», leyó en silencio y un fuerte pálpito la levantó de la silla.

La pareja iba de camino a Madrid.

Se puso en pie, cogió el teléfono y marcó el número de Abellán por enésima vez, pero este seguía sin responder a sus llamadas. Se sentía perdida.

Sin esperarlo, el aparato vibró en su mano.

—¿Diga?

—¡Sandra! —exclamó el inspector, con la voz cansada—. Necesito tu ayuda.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde te has metido?

—Te lo contaré más tarde... Dame tu ubicación.

—Estoy en casa de Duró.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, extrañado.

—Ven, es largo de explicar, así que mejor que lo veas tú mismo.

***

Media hora después, el Peugeot gris se detuvo frente a la puerta del edificio. Cuando Abellán apareció por las escaleras, ella lo miró horrorizada.

—¿Qué diablos te ha pasado? —preguntó, al ver su rostro herido, con un derrame bajo el ojo, el pómulo hinchado y una venda que le cubría la cabeza.

—Nada... —dijo él, restándole importancia al suceso, cruzando el pasillo con dificultad—, sobreviviré.

—Deberíamos ir a un hospital. Tienen que verte esa herida.

—Estoy bien... ¿Qué es todo esto, Sandra?

—¿Has hablado con Ojeda?

Él la miró con el ojo sano.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Estamos fuera del caso.

Intentó reírse, pero el dolor del rostro lo frenó.

—¿Dónde está Duró?

Castillo cerró el ordenador y se cruzó de brazos.

—Antes, cuéntame lo que sabes.

—¿A qué viene esto, Sandra?

—No pienso decirte nada —dijo y alzó el mentón—, hasta que no me expliques qué coño está pasando aquí.

El compañero aguantó la mirada unos segundos, intentando presionarla para que desistiera, pero Castillo fue firme.

—¿Sabes algo del hombre del bigote? —quiso averiguar.

Entonces ella se dio cuenta del error.

—No, no sé nada.

—¿Dónde está el escritor? —preguntó, revisando las notas del cuaderno.

—De camino a Madrid.

—Hay que detenerlo.

—No podemos hacer eso.

—Ha desobedecido una orden, Sandra.

—¿En serio?

Él la miró de cerca.

—Recuerda lo que pasó por seguir el manual al pie de la letra.

Un chispazo la alejó emocionalmente de él. Abellán no estaba jugando limpio y aquel comentario había sido lanzado para abrir su herida.

—Entonces, avisaré a la central para que lo comuniquen en Madrid —dijo, sacando el teléfono móvil, pero la mano de Abellán la agarró por el antebrazo.

La inspectora contempló su fría expresión, bajó el brazo y se echó atrás—. ¿Para quién trabajas, Abellán?

Él resopló y se frotó el tabique nasal. Sacó las llaves del coche, cogió su mano y se las puso dentro.

—Para los mismos que tú —respondió y le cerró los dedos—. Conduce, yo no estoy en condiciones...

—Necesito respuestas.

—Las tendrás, te lo prometo, pero, por favor, Sandra, tenemos que salir ya... No podemos perder más tiempo.

62

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Estación de Servicio Repsol, Zafra de Záncara.

Cuenca, España.

El trayecto se hacía pesado y soporífero. Fidel se esforzaba por mantener la atención en una carretera sin tráfico, infinita y rodeada de un paisaje de campo seco y en barbecho. Calculó que en poco más de una hora, así como indicaban las señales, llegarían a la capital.

—Necesito ir al baño —dijo Andrea en voz alta, rompiendo el aburrido y tenso silencio que habitaba en el interior del coche—. Es urgente.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —preguntó el detective, molesto—. No vamos a parar. Nos queda una hora.

—Es demasiado tiempo.

—Venga, nena, haz un último esfuerzo.

—De verdad, por favor... —suplicó—. No puedo aguantar más.

Montaner se frotó el bigote y miró de lado al escritor, que seguía con la atención puesta en el asfalto. Pasaron por delante de una venta de carretera y después vieron la señal de una gasolinera.

—Está bien, sal por ahí —dijo, a regañadientes—, pero es la última parada del trayecto. Haz todo lo que tengas que hacer, ¿entendido?

—Gracias.

Fidel tomó la salida que lo llevó a una estación de servicio construida en medio de la nada. Echó un vistazo a ambos lados de la explanada y sólo vio más y más llanura. Aminoró la velocidad cuando entraron en la era de asfalto y observaron que la estación estaba compuesta de una tienda y de un pequeño bar con comedor. En los surtidores había dos coches parados. Montaner dirigió al escritor hacia la parte trasera del área, donde se encontraba un merendero y un aparcamiento con una construcción de metal que protegía los vehículos del sol.

—Para ahí —ordenó, confiado de que nadie los vería.

Fidel obedeció, guiando el Renault hasta una sombra. Detuvo el motor y se quedó callado, al ver que el revólver apuntaba hacia él.

—¿Qué esperas, escritor, que lo haga yo todo? —preguntó el detective, haciéndole un gesto con la cabeza—. Anda, ve y ayúdala.

—¿Cómo?

—No pensarás que voy a... —comentó ella.

—Claro que sí, mujer —respondió, sin ningún reparo—. Sales, haces tus necesidades ahí fuera y vuelves. Nadie te verá.

—No, perdona...

—No me jodáis el viaje ahora... —espetó, bajó la ventanilla con la manivela, sacó un cigarrillo y lo encendió—. ¿Quieres también que te limpie?

El escritor se quitó el cinturón, dispuesto a salir.

—Detente, Fidel —respondió Andrea, rechazando la orden—. No pienso hacerlo ahí.

—¿Ves? Sabía que podías esperar.

El expolicía sintió una mano agarrándolo del antebrazo. En un acto reflejo, giró el rostro y encañonó al chico.

—Déjala ir al baño, por favor —suplicó, clavándole la mirada, sin temblar ante la presencia del arma—. Me hago responsable de ella.

El detective dio una calada, se quitó el cigarrillo de los labios y le tiró el humo a la cara, desafiante.

—Tu valentía es de admirar, escritor —respondió, con media sonrisa—, sobre todo, cuando le importas un carajo a la chica.

—Ese es mi problema.

Montaner se giró hacia Andrea.

—¿Has oído, cara bonita? —preguntó. Después dio un largo suspiro, exhalando todo el humo que tenía en la boca—. Está bien, llévala al baño, pero no te hagas el valiente ahora... o te dejaré como un espantapájaros.

Fidel asintió en silencio, salió del coche y abrió la puerta trasera.

63

Cuando la vio de cerca, encontró sus ojos llenos de esperanza y miedo a partes iguales. Desde su primer encuentro, la mirada de Andrea había sido tan enigmática como el laberinto en el que Romero los había metido. Se agachó, tocó sus piernas desnudas y le retiró con cuidado la cinta adhesiva de los tobillos. En su cabeza notó el largo suspiro de alivio que salió de la boca de la chica. Después la movió para encargarse de las muñecas y admiró su tenacidad y aguante, al no quejarse en todo el camino por la incomodidad de la postura en la que iba sentada. Cuando la liberó del último pedazo de cinta, los brazos de Andrea saltaron como dos muelles en busca del movimiento. La ayudó a salir, ofreciéndole la mano, y sacó su cuerpo del interior del coche. Ella sonrió con sinceridad, de la misma manera que lo había hecho la noche que hicieron el amor bajo las sábanas de su dormitorio.

Por la parte delantera, el expolicía los vigilaba con atención para que no cometieran una insensatez. Fidel sospechó que no sería fácil despistarlo. La única manera de huir era en coche y el detective tenía las llaves.

A decir verdad, pensó, aquel tipo lo tenía todo controlado.

Entraron en la gasolinera y el empleado los observó desde el mostrador. Montaner salió del vehículo y los siguió hasta el interior. Después se dirigió a la caja y pidió un café para llevar.

A la altura del baño de señoras, ella se detuvo y suspiró.

—Hay que quitarle las llaves del coche y recuperar la llave, Fidel —susurró a su lado, con la respiración cortada—. Es nuestra última oportunidad.

Intranquilo, miró al otro extremo del pasillo y lo vio, con el vaso de cartón en la mano, haciéndole un gesto para que se apresuraran.

—Nos matará, ¿acaso lo dudas?

Ella tensó los ojos.

—No es tan inteligente, créeme.

—Andrea...

—¿Recuerdas cuando te robé la cartera?

—Sí.

—No es tan complicado, confía en mí.

—No...

—Es mejor así.

—No, si la otra persona lleva un arma.

Montaner chasqueaba los dedos desde la puerta, a modo de aviso.

—Fidel —dijo y le puso el índice entre los labios, mientras lo silenciaba con la mirada—. Sé que te resulta difícil, pero debes confiar en mí.

64

La chica era más lista que el escritor, no le cabía la menor duda de eso. Conocía esa mirada felina, la había visto cientos de veces y podía leer a distancia sus intenciones. Al igual que a la pareja, el viaje se le estaba haciendo cuesta arriba. Por suerte, en poco más de una hora llegarían a Madrid.

Con el café en la mano, los vigiló dirigiéndose a los baños de la gasolinera. Echó un vistazo a las diferentes salidas de la estación y se aseguró de que no pudieran huir. Él también sentía la necesidad de vaciar la vejiga, pero no podía permitirse el lujo de desatenderlos. Si lo hacía, se la jugarían en cuanto tuvieran la oportunidad. Los esperó a la salida, con el segundo cigarrillo entre los labios. El escritor aguardó hasta que ella apareció por la puerta y ambos abandonaron la tienda de la gasolinera.

—Espero que te hayas quedado a gusto —comentó el detective, intentando alterarla—. No habrá más paradas, cara bonita.

Delante de los dos, caminó hacia la parte delantera. Sin despegar la vista del reflejo que hacía el sol sobre la pintura del vehículo, la vio aproximándose por su espalda.

Frenó en seco y ella cayó encima de él, fingiendo haberse tropezado.

—Perdón —se disculpó, retrocediendo, pero Montaner notó su mano en la parte trasera de la cintura. La agarró de los dedos, tiró hacia él y se los torció.

Antes de que Andrea gritara, le clavó el cañón en el estómago.

—Mira que lo sabía —le susurró al oído y le dio la vuelta—. ¿Te crees que soy imbécil?

—Perdón, yo...

—Mala víbora... ¿Buscabas esto? —preguntó, mostrándole las llaves del coche—. Ahora, llámalo.

—¡Fidel!

El escritor los miró, consciente de que el plan había salido mal.

—Mira que te lo he dicho, pero, qué torpe eres, muchacho... —comentó Montaner, riéndose—. Todavía te queda mucho por aprender de la vida...

—Yo no he hecho nada.

—Desoírme... Anda, ven aquí y métela en el maletero. Estoy cansado de perder el tiempo.

—No, por favor... —suplicó ella, asustada—. Fidel, no lo hagas. No le hagas caso...

—Fidel, no le hagas caso —repitió Montaner con voz burlona, presionándola con el cañón—. Es tu decisión, escritor, pero uno de los dos va al maletero. Ella o tú.

Entre la tensión del conflicto, un teléfono sonó, desviando la atención hacia el bolsillo del pantalón del escritor. El detective lo miró y le ordenó que comprobara la llamada.

—Es la Policía —confirmó.

—Cógelo —indicó, pensando que sería buena idea averiguar qué llevaba entre manos con ella—. Pon el altavoz... y no te vayas de la lengua, o acabaréis en una zanja.

Él asintió en silencio. Puso el teléfono a la vista de todos y activó el modo de manos libres.

—¿Sí?

—Duró, soy la inspectora Castillo —dijo, agitada, con un zumbido de fondo—. ¿Puede hablar?

—Lo justo.

—Sé que está en la carretera.

Fidel levantó la vista al cielo.

—He parado en una gasolinera.

—Lo sé todo, Duró —afirmó—. Sé que se dirige a Madrid con ella... Escúcheme bien, Andrea Vilaplana es una criminal con una orden de detención... Lo ha engañado, lo ha utilizado, así que deje de hacer el idiota y diríjase a una comisaría para solicitar ayuda.

—¿Cómo ha dicho?

—Le hablo en serio, Duró... y está siendo su cómplice.

Montaner le hizo una señal para que cortara la conversación.

—No sé qué decir...

—¿A qué altura se encuentra ahora mismo?

Antes de que respondiera, la mano del expolicía le arrebató el teléfono y colgó. Después lanzó el terminal al merendero. Con una sonrisa, apuntó a los dos, antes de que se echaran sobre él y retrocedió hasta la puerta del conductor.

—Supongo que aquí es donde se separan nuestros caminos.

—No nos puedes abandonar —respondió él—. ¡Nos necesitas!

—He cambiado de opinión. *Au revoir*, ¡gilipollas!

Luego subió al vehículo, arrancó, salió de la estación de servicio quemando rueda y Fidel vio cómo el coche de su padre se perdía por la autovía.

Andrea corrió hacia uno de los vehículos aparcados en los surtidores y regresó nerviosa, llena de energía. Sin embargo, él se sentía decepcionado, aunque a ella no parecían importarle mucho sus sentimientos.

—¿Tienes dinero? —preguntó, nerviosa.

—¿Para qué?

—Esos tipos de ahí nos llevarán, si pagamos la mitad del combustible.

—No voy a ninguna parte, Andrea...

Ella lo agarró por la solapa del abrigo y lo besó en los labios. Después sacó la llave dorada del bolsillo. Sus ojos brillaban como dos soles.

—Te dije que confiaras en mí.

El escritor la empujó, deshaciéndose de sus manos.

—¿Por qué me has mentido?

La pregunta no le sentó bien y algo cambió su rostro por completo.

Fidel se dio cuenta de que no le interesaba nada más que el secreto de Leonor Romero y, lo peor de todo era que esa inspectora tenía razón.

—Lo siento, Fidel —contestó, mirándolo con pena.

Antes de que reaccionara, la chica lo golpeó con dureza en la sien. Fidel se tambaleó, aturdido y con la vista borrosa. Perdió el equilibrio y se desplomó contra el asfalto. Vio como las piernas de la chica se alejaban del merendero hacia los depósitos de gasolina e intentó gritar, pero no tenía voz. Un zumbido le impedía oír nada

más y un puñado de hormigas se movían en sus ojos, volviéndolo todo más oscuro.

65

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Cuenca, España.

Desde el primer momento había sospechado de esa chica. Pese a todo, hizo el esfuerzo por aguantarla, pero se había hartado de los dos.

«Ese idiota nunca aprenderá», se dijo, pensando en Duró, que quedaba lejos, abandonado a la suerte en esa gasolinera. No podía llevarlos con él, y menos sabiendo que la Policía los buscaba. Lo lamentó por el escritor, pues no merecía un final así, pero tampoco él había merecido lo que Ojeda le había hecho. Condujo a toda la velocidad que el viejo Renault daba, en dirección a Madrid, convencido de que encontraría la manera de localizar la caja. Duró le había confesado la localización del edificio, así que debía de existir algún almacén de taquillas o cajas de seguridad en su interior. Le llevaría tiempo averiguar el sitio exacto, pero contaba con algunas horas de margen, hasta que la pareja apareciera por allí. De pronto, el teléfono comenzó a sonar.

—¿Sí?

—Montaner...

—Señor Quintana...

—¿Cree que no me iba a enterar?

—No sé de lo que me habla.

—¿Qué es ese zumbido? ¿Está conduciendo?

—Sí.

—Interesante... Sobre todo, sabiendo que no ha devuelto el coche que le presté.

Quintana lo sabía, aunque era incapaz de averiguar cómo lo había descubierto y pensó que lo habría vigilado desde un principio, a pesar de las mentiras.

—¿Qué es lo que quiere?

—Llegar a un acuerdo con usted.

—Pensaba que teníamos un trato.

—Pero ha vuelto a faltar a su palabra —recalcó, demostrando que estaba al corriente de lo que sucedía—. Para que vea que soy piadoso, le daré una última oportunidad. Entrégueme la llave e ignoraré que ha intentado engañarme.

—¿Qué pasa con mi esposa?

—Todo seguirá en pie.

El detective respiró profundamente. Estaba tan cerca de la caja que le costaba aceptar la oferta. Entonces se palpó el bolsillo de la gabardina, en un acto inconsciente, para asegurar que la llave seguía con él, cuando notó algo extraño y un escalofrío le recorrió la espalda.

«No, no puede ser, no puedes haberla perdido», pensó, intranquilo.

—¿Está ahí, detective? Estoy esperando su respuesta.

—Sí...

«Maldita hija de perra, ¡lo sabía!», bramó en silencio, maldiciendo a esa chica.

—¿Entonces?

Rápido, se dijo que, si ella poseía la llave, haría lo imposible por llegar al edificio. No podía retrasarse. De una manera u otra, la pareja encontraría un modo de viajar hasta Madrid.

—Está bien —dijo, ganando tiempo, consciente de que jugaba con fuego. Pero le daba igual. Una vez que recuperara la llave, desaparecería de su radar—. Regresaré a Alicante en unas horas. Le avisaré cuando esté listo para hacer la entrega.

Quintana suspiró con alivio y él notó la sensación de paz al otro lado del aparato.

—Me alegra oír que, por fin, vamos a terminar con esta historia... —comentó por el altavoz—. Bien hecho, Montaner, no esperaba menos de usted... ¡Ah! Y no se tome la molestia, mis hombres se encontrarán con usted en la puerta del edificio Torres Blancas. No me falle.

66

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Cuenca, España.

Lo primero que sintió al despertar, fue el agradable perfume de una mujer y el doloroso picor de un sopapo en la cara. No sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente, pero sí que había transcurrido el suficiente como para que algo saliera mal.

—¿Duró? ¿Me oye? —preguntó la inspectora Castillo—. Parece que se mueve...

—Puedo probar a darle otro guantazo —comentó el compañero.

—No, no... Estoy aquí —dijo, abriendo los ojos con dificultad y notando el carrusel que tenía en la cabeza—. ¿Dónde me encuentro?

Antes de que le dieran una explicación, comenzó a recordar lo que había ocurrido y un profundo desasosiego se apoderó de él. El sol le golpeaba en la cara y los dos inspectores lo sujetaban con cuidado para que no cayera de espaldas. No se había movido de la gasolinera, pero pensó que alguien debió de socorrerlo.

—Despacio, Duró... —indicó la mujer—. Le han dado un buen golpe.

—Suficientes por hoy... —comentó con sorna—. ¿Cómo me han encontrado?

—Las preguntas las haremos nosotros, ¿le parece?

—Beba agua, le vendrá bien —le ofreció la inspectora y él se tomó la botella de un trago. El empleado de la gasolinera miraba de lejos y sospechó que él habría dado el aviso. En el fondo, a Fidel le importaba bien poco cómo había llegado la pareja hasta él. Andrea tenía la llave y se había fugado a Madrid—. ¿Y bien, dónde está?

—¿Quién?

—Andrea Vilanova.

—No lo sé... —dijo, palpando la tensión que había entre los tres. Por algún motivo que desconocía, el policía no le transmitía seguridad. El inspector colocó los brazos en jarra, mostrando su hostilidad—. Se ha largado y me ha dejado tirado.

—Lo sabemos todo, Duró —aclaró ella—. Lo del cuadro, la llave, su relación con Romero, a dónde se dirigían... Hemos estado en su domicilio.

—Todo, todo, no... —respondió, confundiéndolos—. Ese detective, Montaner, ha sido quien nos ha obligado...

—¿Se refiere al hombre con bigote?

Al hacer la pregunta, Fidel notó cierto fastidio en la expresión del compañero y recordó la explicación del detective. Aquel era el policía que había intentado matarlos a los dos.

—Sí, bigote canoso y olor a cenicero —dijo con disimulo, recuperando lentamente la respiración—. Nos ha engañado como a dos idiotas. Él nos ha traído hasta aquí y después nos ha dejado tirados.

—¿Y Vilanova?

—Ya se lo he dicho, no lo sé... Lo último que recuerdo es que le había robado la llave a Montaner y que había encontrado un transporte para llegar a Madrid.

—¿Qué ha pasado después?

—Saca tus propias conclusiones, Sandra —comentó el inspector, burlándose del escritor, mientras sacaba el teléfono móvil. Después le pidió a Fidel el número de la matrícula del coche y se alejó para hacer una llamada.

Al tenerla de cerca, el escritor se dio cuenta de un detalle en el rostro de la mujer. Desvió la vista hacia el compañero, que parecía tenso y preocupado y volvió a ella.

—Inspectora, sé que he sido un imbécil desobedeciendo sus advertencias...

—Ya habrá tiempo para eso, Duró.

Él se acercó y la tocó por el brazo.

—De verdad que lo siento, pero ahora debe escucharme con atención...

Ella miró su mano, que la tocaba sin presión, sin mostrarse violento y reflexionó sobre sus palabras.

—¿De qué está hablando?

Él bajó el tono para asegurarse de que el otro no lo oyera.

—No se fíe de su compañero.

Las entrañas se le removieron. En las dos horas de camino, Abellán había sido incapaz de darle una explicación coherente de lo que estaba sucediendo. Por otro lado, el escritor se había ganado su antipatía por méritos propios.

—No diga tonterías... No es usted el más indicado para hablar.

—Él conoce a Montaner y es probable que sepa lo de la llave. Su compañero fue quien intentó atropellarme y asesinar a ese hombre... Si no me cree, pregúntele qué le ha pasado en la cara.

Las palabras del escritor alimentaron la confusión que reinaba en ella, ofreciéndole también una explicación para las heridas que Abellán presentaba por la cabeza y la constante ausencia en el trabajo. Desde el principio había sospechado de las acciones de su compañero y de la complicidad con el comisario, pero en ningún momento creyó que acabaría dándole la razón al funcionario del Registro Civil. ¿Era cierto que Abellán y Ojeda trabajaban bajo las órdenes del Ministerio del Interior para eliminar el rastro de Leonor Romero?, se planteó, aunque cosas peores se habían visto a lo largo de la historia del país. Sin embargo, nunca está uno preparado para gestionar un caso así de cerca. Mirando fijamente al hombre que tenía delante, pudo encontrar en sus ojos la verdad.

Los pasos sobre el asfalto interrumpieron la conversación.

—Tenemos que movernos —comentó el inspector, mirando con recelo a los dos—. He solicitado a la Comisaría Provincial que el aviso llegue a todas las centrales de La Mancha y de la Comunidad de Madrid. Si lo ven, lo pararán. Sé que es complicado, pero cualquier movimiento será favorable para detenerlo.

Castillo se levantó del suelo, llena de desconfianza y asombrada por la influencia del compañero.

—¿A qué estamos jugando? No estamos al mando...

En silencio, Abellán ayudó a Duró a ponerse en pie. Luego sacó unas esposas y se las colocó en las muñecas. El escritor miró a Castillo, sin espetar palabra y Abellán lo metió en la parte trasera del coche. Después se dirigió a su compañera, que lo miraba con semblante serio, con una risa malvada que sabía a victoria cercana.

—¿No querías demostrarle a Ojeda que estábamos a la altura?

—Pero no así —replicó—. Estás llevando esto al extremo. No podemos detenerlo, ni operar fuera de la provincia sin...

—Una criminal en busca y captura por tres robos consecutivos y un expolicía que nos ha dejado en evidencia —comentó, rascándose la áspera barba de varios días—. ¿De verdad, Sandra? ¿Vas a repetir lo del protocolo?

—No es una cuestión de protocolo, más bien es...

La mano del compañero la alcanzó, pero él no la tocaba como lo había hecho el escritor, sino que su tacto le produjo un mal presentimiento.

Lo miró a los ojos y él sonrió.

—Tranquila, confía en mí, sé lo que hago... Todo saldrá bien. Lo único que les importa, es el resultado final.

67

La tapicería del vehículo ardía a causa del sol y el aire acondicionado estaba apagado. Mientras los dos agentes hablaban, Fidel sentía cómo su cuerpo se derretía en el interior del coche, a la vez que sus sueños se evaporaban con el calor. Con las muñecas esposadas, intentó bajar la ventanilla para que corriera el aire y escuchar la conversación que tenían fuera, pero los elevalunas no funcionaban.

«He aquí una gran verdad sobre la suerte... La mayoría de la gente carecemos de ella», pensó, mirando a la inspectora e intuyendo cuál sería el final para los dos.

«No puedes interferir en el destino, Fidel... Por eso se llama así».

Las ventanas impedían que pudiera oír con nitidez lo que decían, pero ella se mostraba intranquila, en desacuerdo con lo que el compañero le contaba. Tan sólo esperó que no olvidara sus palabras, a diferencia de su ejemplo. Lamentó no haberle hecho caso, pero el embrujo de Andrea, de Leonor y de aquella historia, lo habían abstraído de lo que sucedía a su alrededor. Le resultó paradójico y cómico, en cierto modo, que regresara a Madrid en un coche de Policía y asumió que aquel viaje, desde su concepción en la sala del Museo Reina Sofía, no había sido una buena idea.

«Debemos regresar al sitio donde fuimos felices, para darnos cuenta de que no lo fuimos tanto como creíamos».

Puede que esa fuera la única frase sincera que Andrea le había dicho en todo ese viaje y él fue incapaz de darse cuenta a tiempo de que debía regresar a Madrid. En ese momento, aceptó su insana obnubilación por Gatsby, por la luz verde, y por ese anhelo que nunca alcanzaría. Era hora de pasar página. Las ilusiones alimentan el alma, pero también la pueden matar. Su historia, la de Leonor, la que iba a escribir por ella, no era más que otro sueño inalcanzable que se le escapaba, otro problema en el que meterse para evitar la página en blanco y demostrar que tenía algo que contar frente al papel. En medio de la introspección, se dio cuenta justo a tiempo, en el interior de ese coche, de que no era más que un idiota y que la

vida era más valiosa que cualquier historia de un muerto. Entre el silencio incómodo, notó una vibración del teléfono, procedente del bolsillo del pantalón. Con un poco de habilidad, lo sacó y comprobó la pantalla.

—Lo que me faltaba... —dijo, al ver el nombre del editor y cortó la llamada. No tenía el estómago preparado para iniciar una discusión. Segundos después, el teléfono vibró de nuevo. Esta vez era un número desconocido, pero Fidel temió que fuera Gerardo, desde otra línea—. ¿Sí?

—¿Fidel Duró? —preguntó una voz con acento extranjero que lo desconcertó—. ¿Hablo con el señor Duró?

—Sí, ¿quién es?

—Mi nombre es Henri Lacroix, soy un viejo amigo de Jacqueline —explicó el hombre y, de repente, el joven escritor sintió que necesitaba escapar de allí—. No me conoce... He viajado hasta Madrid para reunirme con usted...

—Sí, sí que le conozco, pero tiene que ayudarme, señor Lacroix.

—¿Sucede algo? Parece un poco nervioso.

Fidel vio que los policías terminaban la discusión y regresaban al vehículo.

—¿Cómo ha conseguido mi número?

El francés titubeó.

—Su agente me lo dio.

—Está bien, no importa —susurró, apurando la conversación antes de que la pareja entrara—. Por favor, reúnase conmigo en una hora y media.

—Genial, ¿dónde?

—En el edificio Torres Blancas de la avenida de América.

68

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Madrid, España.

Andrea Vilanova había soñado tantas veces con ese día, que se olvidó por completo de la presencia de la pareja que la acompañaba en el coche. Las casi dos horas de trayecto se le pasaron volando, pensando en su padre, en lo orgulloso que estaría de ella e imaginando lo que encontraría en el interior de la caja fuerte que abría esa llave. Pero también tuvo tiempo para reflexionar sobre lo que haría con el dinero. Por fin, después de toda una vida, podría empezar de nuevo, desapareciendo de aquel pueblo costero en el que permanecía atrapada, saldando todas sus cuentas y convirtiéndose en la persona que nunca había podido ser.

Lo que Andrea perseguía, no era un sueño, sino una obsesión que conseguir y hacer suya. Un deseo que la mente no lograba explicar y que tampoco ella quería dejarlo marchar. En su interior sabía, igual que su padre, que aquel tesoro le daría la oportunidad que no tuvieron.

A medida que entraban en Madrid, reconoció la antena de comunicaciones de Torrespaña y los altos edificios de oficinas del distrito financiero. Se acordó de Fidel, de su libro y de aquella historia sobre la luz inalcanzable que le había contado. Ellos dos no eran tan diferentes, pensó con cariño y un poso de nostalgia, a excepción de que ella no arriesgaría su vida por nadie, ni siquiera por él. Andrea no creía en los héroes ni en las historias con final feliz. Lamentó haber hecho aquello para no traicionarse a sí misma, terminando con él de una manera tan desagradable. En el fondo, no lo merecía, se dijo, pero la noche en su cuarto había marcado un punto de inflexión en ella, una línea peligrosa que no debía cruzar, a pesar de que se desviviera por hacerlo. Fidel era especial, diferente a otros hombres que había conocido, y enamorarse de él tenía un precio demasiado alto. No estaba dispuesta a despertar un día,

sabiendo que todo había terminado, sintiéndose incapaz de ver en el mundo la misma belleza que antes.

La pareja de desconocidos la dejó en la avenida de América, a escasos metros del enorme y largo edificio Torres Blancas.

Andrea bajó del coche con elegancia y notó el gélido aire mesetario de la capital, que nada tenía que ver con la brisa fresca de la costa. Por suerte, a pesar del ligero vestido dorado, iba bien ataviada en el abrigo de piel, dejando a la vista unas piernas que tiritaban de frío. A escasos metros de la entrada, primero reconoció el nombre y después un cartel en el que se indicaba la fecha del fin de la obra, tal y como había sugerido el escritor. Luego miró hacia lo alto y contempló la grandeza de la construcción, las veintitrés plantas que formaban el edificio, recordando el cuadro de Leonor Romero y las semejanzas que había entre la pintura y la obra. No tenía la menor duda de que estaba en el lugar indicado y reconoció que Fidel era un genio.

Cruzó la entrada ajardinada y cuando estuvo dentro del edificio, se dijo que sólo debía encontrar el escondite de la caja. Aquel era el último acertijo que tendría que resolver por su cuenta, sin la ayuda de nadie.

Se detuvo frente una recepción asimétrica, cargada de estructuras blancas que la hicieron pensar en una dentadura desordenada, rodeada de puertas de cristal rojo, ante la presencia de un portero que vigilaba sus movimientos. Sus ojos se dirigieron al ascensor que había en uno de los pasillos, cuando notó unos pasos acercándose por su espalda.

Antes de que reaccionara, le llegó un tufo familiar a alcohol barato y cigarrillo. Después notó la punzada del cañón en la parte trasera de la cintura.

—¿Pensabas que te ibas a deshacer de mí, cara bonita? —le preguntó el detective, abordándola por detrás y le abrió el bolso para arrebatarle la llave—. Al César lo que es suyo...

—Cerdo, desgraciado...

—Si llamas la atención, te juro que tiro del gatillo.

—No voy a ir contigo a ninguna parte.

—Créeme que sí —dijo y la apartó hacia uno de los pasillos, evitando que el portero los siguiera. Después la empujó contra los buzones y le hizo un gesto para que callara. Por la entrada principal, dos hombres altos y trajeados entraban en el edificio y se dirigían a la recepción.

Montaner reconoció a los gorilas de Quintana.

—Venga, muévete —ordenó, llevándola hacia las escaleras—. ¿Dónde carajo está el escritor?

Ella se mordió el labio.

—He tenido que continuar sin él.

Pero Montaner no la creyó.

—Será mejor que subamos a la última planta.

—¿Los conoces?

—Me temo que sí... y no pararán hasta encontrarnos.

69

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Madrid, España.

A lo lejos vieron la ciudad de Madrid, el paisaje de ladrillo que rodeaba las afueras y la boina de contaminación que descansaba sobre el cielo de la capital.

Aquel no era el viaje de vuelta que Fidel había planeado. Volvía a casa, después de una larga semana, sin una novela bajo el brazo y custodiado por la Policía. Lo peor de todo era que no podía avisar a nadie de que se encontraba allí y eso lo hacía sentir aún más perdido.

Durante la última hora, no había pensado en otra persona que no fuera Henri Lacroix. Su llamada alimentaba el pequeño atisbo esperanzador que quedaba en el escritor, pero... ¿cómo sabía que podía confiar en el francés? De ser así, ¿por qué Leonor había esperado tanto para hacerlo?

Un puñado de variables jugaban en su cabeza. El detective, Andrea Vilanova, Henri Lacroix, ese inspector, el enigmático contenido de la caja.

Leonor Romero no revelaría su secreto hasta el chasquido final de la cerradura al girar la llave.

Castillo salió de la autovía cuando divisaron la enorme altura de Torres Blancas y aparcó en una de las calles cercanas al edificio.

Abellán se quitó el cinturón y se dirigió a Fidel:

—Usted se quedará aquí —comentó, quitándose el cinturón de seguridad—. No podemos arriesgarnos.

—¿Qué? No, no pueden hacerme esto... —respondió, moviéndose en la parte trasera—. ¡Me necesitan!

—Ya me ha oído. Mantenga la calma y espere a que regresemos.

—¿Inspectora?

Ella lo miró de lado y abrió la puerta del vehículo.

—Ya ha oído a mi compañero, señor Duró.

—Se arrepentirá... —murmuró, pero ella fingió no hacerle caso.

Cuando la pareja salió del vehículo, notó cómo el cierre automático bloqueó las puertas.

Con esfuerzo, sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y marcó el número extranjero de Lacroix, pero este no contestaba. Al colgar, el aparató comenzó a vibrar y leyó el nombre de su editor en la pantalla.

—¡Gerardo!

—¡Fidel, maldita sea! ¿Por qué no respondes a mis llamadas?

—Escúchame, Gerardo, necesito tu ayuda...

—No, no, escúchame bien a mí —intervino, cortante y enfadado —. Tengo a los de Hispano en la otra sala, preguntándome dónde estás y por qué no has enviado los capítulos. Te estoy llamando para que des la cara.

—Lo sé, Gerardo, y lo siento... pero necesito que me ayudes.

—¿Qué no entiendes, muchacho? ¿Acaso te tomas esto en serio?

—Es largo de explicar, pero ahora no puedo hablar con ellos.

—¿Fidel? Si me fallas esta vez, puedes olvidarte de escribir más libros.

Una sombra oscureció el interior del vehículo. Pensó que se debía a las nubes del cielo, hasta que encontró una presencia al otro lado de la ventanilla. La voz le cambió y el corazón se le detuvo.

—Tengo que dejarte, Gerardo.

—¡Fidel! ¡Espera! —gritó al aparato—. ¡Que sepas que estás acabado!

La llamada se terminó cuando el desconocido que se había acercado al coche, le mostró el ladrillo que portaba en la mano.

70

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Edificio Torres Blancas, Prosperidad.

Madrid, España.

A la altura de la décima planta, Montaner hizo un inciso para recuperar el aliento antes de continuar. Los ascensores subían y bajaban sin cese y temía que la pareja de matones los sorprendiera antes de llegar a la parte superior del edificio. Andrea notó el cansancio del detective y lo sujetó del brazo para que se apoyara.

—No aguantarás a este ritmo —comentó, notando su respiración al sujetarlo, a pesar de que el cañón seguía apuntando hacia ella—. Todavía nos quedan doce pisos más.

—No seremos tan estúpidos de utilizar el ascensor —dijo y sacó una pequeña botella de vodka de la gabardina—. ¿Quieres?

—No, gracias.

Él le dio un trago y comenzó a sentirse mejor. Después se fijó en ella y se dio cuenta en lo que se había convertido. Retiró el arma, dándole una tregua, porque no tenía intención de hacerle daño. Ella apreció el gesto y lo miró.

—Te propongo un trato, cara bonita.

Ella arqueó una ceja.

—Supongo que no estoy en posición de negociar...

—Sea lo que sea que contiene esa caja, iremos al cincuenta por ciento de su valor, «fifty-fifty», mitad y mitad... Estoy seguro de que tendremos de sobra para arreglar nuestros problemas. ¿Qué opinas?

Andrea se quedó pensativa, intentando averiguar las intenciones que lo llevaban a esa propuesta. En el fondo, aquel hombre tenía razón, aunque no la convencía su argumento.

—¿Por qué? Si quisieras, podrías deshacerte de mí.

Él sonrió y guardó la botella.

—Tú lo has dicho —contestó, con los ojos enrojecidos—, pero te estoy ofreciendo lo contrario... Me temo que ahí arriba será más complicado.

—¿Lo dices por esos dos? No nos encontrarán.

—Es lo que me dice la experiencia. Escucha, necesito que hagas una última cosa por mí, en caso de que esto no termine bien...

—¡No digas tonterías, por favor! —exclamó, reacia a escuchar sus palabras—. Encontraremos la caja y nos marcharemos de aquí.

Montaner la tocó en el brazo que lo sujetaba y la miró con ternura.

—Prométeme que pagarás el tratamiento de mi esposa. Se llama Marina... Está ingresada en una clínica de Valencia, tiene una enfermedad muy extraña y su vida depende de esto. Por eso estoy aquí.

Ella le apretó el brazo con fuerza.

—No, Montaner, tú te encargarás de cuidarla, porque no nos pasará nada, ¿me oyes?

El detective hizo un esfuerzo para contener las lágrimas que salían de sus ojos, pero era tarde para que la chica no se diera cuenta de ello.

—Entonces, ¿somos un equipo?

—Somos un equipo.

En ese momento, los contadores de los ascensores dejaron de moverse, Montaner dio un respingo y miró hacia las escaleras.

—Será mejor que sigamos. Están cerca y aún nos queda un buen trecho.

71

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Edificio Torres Blancas, Prosperidad.

Madrid, España.

El reloj de pulsera de la inspectora Castillo marcaba las cinco y media. En cuanto la pareja de policías se aproximó a la recepción de la portería, el bedel del edificio se fijó en el sospechoso y malherido aspecto de Abellán.

—Buenas tardes —dijo el hombre con hostilidad, desde su puesto de trabajo.

Antes de que ella le devolviera el saludo y comenzara con las formalidades, el inspector se adelantó y le mostró la placa policial para identificarse. La expresión del hombre cambió de manera repentina y su actitud pasó a ser más amable—. ¿En qué les puedo ayudar?

—Buscamos a dos personas —comentó, suponiendo que Montaner y Vilanova ya habrían llegado a la ciudad—. Un hombre y una mujer. ¿Ha visto algo extraño en las últimas horas?

El portero se mostraba confundido con la situación.

—Por aquí pasa mucha gente. ¿Sabe cuántas personas viven en el edificio?

—Él es un hombre alto, fornido, con bigote y ella una chica morena y delgada—describió la inspectora.

El hombre frunció el ceño, pareciendo recordar algo.

—Ahora que lo dice... —contestó, levantó el índice y señaló a la entrada—. Recuerdo haber visto a un hombre con bigote en el edificio.

—¿A qué hora? —preguntó Abellán.

—No lo sé, pero hará treinta minutos, como mucho —dijo y notó la complicidad que había entre las miradas de los policías—. ¿Ocurre algo grave?

—No, pero necesitamos acceder a la planta veintidós, y que impida el acceso a los ascensores, por la seguridad de los vecinos.

—¿A la veintidós, ha dicho?

—Sí, ¿algún inconveniente?

El portero se quedó perplejo.

—Hace años que la planta está vacía y cerrada al público —contestó, desconcertado—. Al principio, hubo un conocido restaurante allí arriba. Después, se utilizó como espacio de oficinas... De hecho, el último uso se lo dio una aseguradora de coches, que la alquiló hasta hace poco... Pero ahora no hay más que polvo y suciedad.

Abellán dio un respingo. Castillo lo observaba desde la distancia, intentando averiguar qué tramaba.

—Si es tan amable, déjenos la llave e iremos a dar un vistazo.

Pero el portero se negó.

—¿No deberían presentar una orden para hacer esto?

—No, no la necesitamos.

El hombre les pidió que aguardaran un segundo y caminó hacia el cuarto donde guardaba las llaves. Al instante regresó con un llavero en la mano.

—Los acompañaré, si no les importa.

La pareja aceptó y los tres se dirigieron a uno de los ascensores, caminando sobre un suelo de mármol impoluto y bajo un techo futurista de formas redondas y blancas. Después de una breve espera, las puertas granates del ascensor se abrieron y del interior salieron dos hombres altos y corpulentos, vestidos de traje y abrigo, con el cabello corto y el semblante torcido. Los tipos saludaron a los policías y estos hicieron lo propio hasta que pasaron por delante de ellos y entraron en el elevador.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo, Castillo sintió encontrarse en otra línea temporal, en un mundo ajeno al que vivía. La revolucionaria terraza del edificio Torres Blancas era un juego de luminosidad, arquitectura futurista con formas redondas y poligonales, como un gran espacio lleno de nostalgia por una época que nunca existió. La cúpula alta y amarilla, y de ventanas circulares como eran también las del mirador, permitían que los últimos rayos del atardecer se colaran por cada espacio de la altura. Tras los cristales se podía observar la panorámica de una ciudad llena de

colores, de edificios diminutos, de tejados rojizos y de un sol cobrizo que se apagaba en la sierra.

El portero abrió una de las puertas que daban al extinto restaurante y la pareja entró en el amplio salón, ahora lleno de polvo y vacío de vida. El sonido de los pasos rebotaba en las paredes hasta perderse por las escaleras.

—Tal como he dicho —comentó el conserje—, aquí no hay nada.

Pero Abellán no atendía a sus palabras. Se mostraba más preocupado por encontrar el escondite de la caja. La inspectora dio un vistazo a su alrededor, preguntándose por qué Romero habría elegido aquel lugar y si tenía razón Fidel al decir que era otro de sus engaños para llevarlos a su terreno.

El portero carraspeó para llamar la atención de los policías.

—¿Le importa que demos un vistazo? —preguntó el inspector.

El hombre se resignó a aceptar y caminó hacia el ascensor.

—Si necesitan algo, estaré abajo. Tengo que atender la portería.

Cuando se marchó, Castillo se quedó pensativa y en silencio durante varios segundos, librando un conflicto interno ante la impresionante vista de la ciudad que tenía delante. Bajo su criterio, aquella no era la manera de proceder y sabía que su carrera estaba terminada en cuanto regresara a Alicante. Abellán había perdido el norte y ella lo había seguido, quizá por inercia o puede que, de manera inconsciente, para dejar un trabajo que empezaba a odiar.

Pero debía de haber algo más, se dijo, al no reconocerse en sus acciones. Llevaba meses luchando contra el sistema en el que vivía, a pesar de haber perdido su guerra contra el comisario Ojeda. Meses dando la cara, haciendo frente a un entorno laboral que pedía su rendición, que la presionaba para que tomara la baja y de esa forma les diera la razón a todos.

De repente, se dio cuenta de que tenía una corazonada sobre su compañero, un golpe de intuición que la obligaba a permanecer cerca de él. Sentía que, de alguna manera, aún podía evitar un desastre y remendar el pasado, con el fin de hacer las paces consigo. Era demasiado tarde para echarse atrás.

Entonces, un ruido la desconcentró de sus pensamientos y se giró para buscar al inspector.

—¿Abellán? —preguntó en voz alta, precavida, y agarró el arma —. ¿Dónde estás?

—Aquí... —contestó, desde el otro lado de una mampara de vidrio—. Ven, creo que he dado con algo...

Ella se dirigió al otro extremo del salón y abrió la puerta de cristal que llevaba a una sala contigua, redonda y llena de columnas. La cruzó hasta llegar a un pequeño cuarto de contadores y entonces encontró al compañero, de espaldas a ella, frente a una placa metálica abierta, con el logotipo de alto voltaje, y una caja fuerte de color negro mate, del tamaño de un buzón.

Pero antes de abrir la boca, un extintor la alcanzó por detrás, golpeándola en la cabeza y dejándola inconsciente en el suelo.

72

Miércoles, 28 de febrero de 2007.

Edificio Torres Blancas, Prosperidad.

Madrid, España.

Cuando el francés lo encontró atrapado en el interior del vehículo, no vaciló a la hora de destrozar la ventanilla del piloto con un ladrillo, para desactivar de ese modo el cierre centralizado. La espontaneidad sorprendió al literato y, con su ayuda, logró salir del coche sin causarse mayores daños que los que presentaba en las muñecas.

Desde que Lizón le entregara el sobre, había imaginado diferentes versiones de Henri Lacroix, pero ninguna se asemejaba a la que tenía a su lado: un tipo alto y bien vestido, adentrado en sus cincuenta años, con una nariz puntiaguda, una expresión estirada y un fular en el cuello.

Se dirigieron al edificio, con paso rápido y decidido, evitando llamar más la atención. A la entrada de la enorme torre de viviendas, encontraron la portería vacía, así que caminaron hacia los ascensores, antes de que los sorprendiera el conserje. Fidel tenía cientos de preguntas, un repertorio que guardaría para más tarde. Estaba nervioso, agitado por la adrenalina, expectante por lo que ocurriría arriba y temeroso al imaginar cualquiera de los finales. Sin embargo, el francés se mostraba tranquilo, paciente y mesurado.

—Sé que no es el momento de las preguntas... —arrancó el escritor, rompiendo el hielo—. Leonor me dijo que te encontrara, pero ha sido al revés.

—Eso no importa. Al menos, posees la llave.

—No la tengo, lo siento... aunque sé dónde está.

—Estupendo.

El escritor lo miró extrañado.

—¿Ni siquiera estás preocupado?

—En absoluto —contestó con un pulcro acento, manifestando la paz controlada que albergaba en su fuero interno—. He esperado

décadas para este momento... Puedo enfrentarme a lo que venga.

—Yo no estaría tan confiado... Son peligrosos y van armados.

—No importa. Tampoco pensé que lo lograrías... y aquí estamos los dos. Lo siento, no creo en Dios.

—¿Perdón? —preguntó, desconcertado.

Las puertas se abrieron y cruzaron el umbral.

Lacroix estiró el brazo y pulsó el botón con el número veintidós.

—Recibí una carta de Jacqueline, unos días antes de su muerte... Ella sí era creyente y me explicaba que el momento había llegado y que debía estar preparado para esto. Según sus últimas palabras, el milagro había sucedido y se llamaba Fidel Duró.

73

Al salir del ascensor, el cañón de una pistola lo sorprendió por el rabillo del ojo.

—¿Montaner? —preguntó el escritor.

—Frío, frío —contestó Andrea y lo empujó hacia delante—. ¿Quién es tu amigo?

—Henri Lacroix —respondió el francés.

La ladrona se quedó pensativa al recordar su nombre y cambió la postura corporal hacia una más defensiva. Era consciente de que su presencia no era casual y que ese hombre tenía los mismos intereses que el resto.

Sin desviar el arma, los dirigió por el enorme salón de ventanas hasta la sala en la que esperaban los demás. Una vez que cruzaron la mampara de cristal y el segundo espacio de columnas, reconoció a la inspectora Castillo, en el suelo y esposada por la muñeca a su compañero. Le costó creer lo que veía, pero intuyó el desenlace, al ver los extintores que había junto a la puerta y al detective apuntando a la cabeza del inspector.

—Mira lo que he encontrado —comentó la chica, empujándolos hacia dentro—. Ya no falta ningún invitado.

Arrodillada, Castillo miró al escritor, pero este evitó el contacto visual con ella.

Montaner los observó con reticencia. Para su gusto, allí había demasiada gente.

—¿Os habéis cruzado con alguien más? —quiso saber, reticente.

El escritor y el francés negaron con la cabeza.

—Te encontrarán, no lo dudes —comentó Abellán, de rodillas—. El conserje sabe que estamos aquí. Pedirán refuerzos y acabarán contigo.

El detective sacó una pequeña botella de vodka del bolsillo de la gabardina, la destapó y le dio un largo trago. Después la guardó, suspiró profundamente y dio un paso atrás.

—Tienes toda la razón —contestó, apuntó al pie del inspector y disparó a quemarropa.

El estrépito retumbó por las paredes el salón, acompañado de un fuerte grito y un amargo olor a pólvora quemada en el ambiente. El dolor sacudió a Abellán, que arrastró con él a su compañera al suelo.

—¡Joder, estás loco! —gritó la ladrona, apuntando al aire con su arma—. ¿Por qué lo has hecho?

—¡Debería volarle la cabeza! —bramó, enfadado y se acercó a ella—. ¡Este fue el hijo de perra que intentó matarme!

La inspectora socorría a su compañero, sin desatender la discusión.

—Debes mantener la calma, Montaner... —comentó el escritor—. Abre la caja y llévate lo que haya dentro, pero no nos hagas daño.

—¿Es eso cierto? —preguntó la inspectora a su compañero entre susurros—. ¿Intentaste matarlos?

—Mienten, Sandra... Harán lo que sea por confundirte...

Pero las palabras llegaron a oídos del expolicía, que le respondió con un fuerte puntapié en el rostro, tirándolo hacia atrás.

—Él y Ojeda, inspectora... —le dijo, moviendo el arma a escasos centímetros de sus ojos—. Los dos han jugado contigo, como Ojeda hizo conmigo en su día... Ese cabrón nunca da puntada sin hilo... A mí me arruinó la vida y ahora te ha tocado a ti.

La tensión aumentaba en el ambiente, el detective se estaba dejando llevar por los sentimientos y Andrea parecía perder los nervios.

—¡Abre la maldita caja de una vez!

—¿Quién tiene la llave? —preguntó, mostrándosela.

Ella le apuntó al cuerpo, sujetando la pistola con las dos manos.

—Teníamos un trato, cerdo...

Montaner echó a reír delante de todos.

—¡Venga, dispara, valiente!

—No lo hagas, Andrea... —intervino Fidel, pero nunca la había visto así de enfadada. En sus ojos se reflejaba el odio, la furia y la impotencia que causaba la traición.

La chica empuñó con fuerza la pistola y tiró del gatillo.

Su rostro cambió de color cuando el arma no se disparó. Volvió a intentarlo, pero todo esfuerzo se reducía a un chasquido.

El detective frunció el ceño, con enfado, y le mostró el cargador que llevaba en el bolsillo.

—¿Crees que soy tan imbécil, como para darte un arma cargada? —preguntó, negando con la cabeza—. Me has decepcionado, cara bonita. Pensaba que el tonto era el escritor.

Con desprecio, puso el cargador en el suelo y lo deslizó hacia ella.

—Vamos, cógelo...

En un arranque de furia, la chica salió corriendo a por él, pero Montaner no dudó y le disparó de lleno entre las cejas. El balazo silenció el lamento del escritor y el cuerpo de Andrea se desplomó al instante, cayendo como un saco de harina en el suelo. Después, el detective miró a los testigos, que no concebían lo ocurrido, y dio un trago a la botella.

—Nuestra amistad no habría funcionado —comentó y se secó los labios—. Ella pensaba como una delincuente y yo como un policía. ¿Quién es el siguiente?

—No tenías que hacerlo... —dijo Fidel, destrozado tras ver el rostro sin vida de la chica.

Pero los ojos de la inspectora y del francés se encontraron cuando vieron el cargador y el arma en el suelo. Ambos entendieron que, si aprovechaban un descuido, podían revertir la situación.

A pesar de la embriaguez, el expolicía aún conservaba los sentidos. Al percatarse de la escena, se acercó al escritor y le apuntó al cuello.

—Venga, Duró, que vas a abrir la caja —dijo, le entregó la llave y miró al resto. Después le ordenó a Lacroix que se colocara delante de él para vigilarlo—. Si os movéis, os lleno de plomo.

Fidel sujetó la llave y respiró hondo. Con las muñecas separadas por unos centímetros, se dirigió a la caja negra e introdujo la llave en la cerradura. Podía notar cómo los ojos del detective se clavaban en sus movimientos.

Castillo calculó la distancia que había entre ellos dos y el cadáver de la chica y sopesó el salto.

—Necesito que colabores... —le susurró a Abellán, que soportaba el dolor como podía.

—No puedo... moverme... Te matará.

La llave encajó y la giró con toda su fuerza hacia la derecha.

—A la de tres, nos levantamos.

—Espera...

—Una...

El cerrojo se liberó y Fidel tiró hacia atrás para abrir la compuerta. Las miradas de Lacroix y Montaner se iluminaron.

—Dos...

—No, Sandra...

—Si quieres que confíe en ti, tienes que confiar en mí por una vez...

Él la miró en silencio y aceptó.

Fidel metió las dos manos y agarró lo que parecía una pesada funda de papel. Cuando la sacó a la luz, descubrieron que se trataba de un montón de folios amarillentos, protegidos por un embalaje de papel marrón deteriorado y roto por las esquinas. Un cordel cruzado sujetaba el paquete.

—¡Tres!

74

Castillo se levantó de un salto, pero el cuerpo de Abellán la apalancó al suelo como un yunque de acero. Montaner, pendiente en todo momento, apuntó hacia la pareja y descargó otro disparo sobre ellos, haciendo añicos la cadena que unía las esposas y reventando parte de la mano del inspector. Entre la confusión y la desesperación, el francés, que era superior en tamaño y fuerza, se abalanzó sobre el detective para desarmarlo. El revólver cayó entre ellos y llegó a escasos metros de Abellán. Los dos hombres forcejeaban en el suelo y la inspectora corrió para recuperar el arma y el cargador que había junto al cadáver de la chica. En ese instante, Fidel sorprendió al inspector, que se arrastraba para tomar el revólver del detective.

—¡Cuidado! —exclamó, con el paquete entre las manos, al verlo apuntándole desde el suelo.

Cerró los ojos con fuerza y una luz verde con gran intensidad apareció en su mente, llegándose a plantear si ya estaba muerto. Dos disparos silenciaron la sala y cuando abrió los ojos, el cadáver de Abellán se encontraba tirado en el suelo y Castillo apuntándole a él.

Lacroix se acercó al revólver, pero la inspectora lo avisó para que no lo hiciera. En un gesto de cortesía, el hombre empujó el arma hacia ella con el pie.

—Déjanos marchar, por favor —rogó el francés.

—Nadie se mueve de aquí hasta que vengan mis compañeros —dijo, apuntando a los tres y sacando el teléfono móvil para pedir refuerzos.

—¡No, antes, mátame, te lo ruego! —expresó Montaner, poniéndose en pie y dando un paso al frente—. ¡No merezco este final!

Ella empuñó el arma con las ambas manos y la sujetó con firmeza.

—Te lo advierto, ni un paso más.

Pero el expolicía no entraba en razón.

De pronto, el semblante le empalideció y los ojos comenzaron a darle vueltas sin sentido cuando auguró su final.

—No... —murmuró el hombre, arrebatado por la desesperación. Las lágrimas humedecieron su rostro—. No iré... a la cárcel... No quiero... acabar así... por Marina, por los dos...

—Por favor, Montaner. No lo hagas más complicado.

Su cabeza negó, primero despacio y después más rápido y en un descuido, cuando ella creía haberlo convencido, la despistó y corrió hacia una de las cristaleras del salón. Castillo lo siguió, le apuntó a las piernas, pero los pilares dificultaban el tiro y Montaner se lanzó contra una ventana, rompiendo el vidrio con su cuerpo y cayendo al vacío desde la vigésima segunda altura.

—Dios... —lamentó, echándose las manos a la cara, notando por el rabillo del ojo cómo los dos hombres la miraban.

—Inspectora... —murmuró el francés—. Será mejor que nos vayamos... los tres. No nos creerán, ni a usted, ni a nosotros.

—¡No! Nadie se mueve de aquí.

Fidel llenó los pulmones y se dirigió a ella.

—Sandra... Yo me quedo, pero deja que él se marche con esto.

Desconcertada, le arrebató el paquete de las manos y arrancó el envoltorio.

En la cubierta, podía leer una firma escrita en inglés a tinta, junto a un título mecanografiado.

—*El gran Gatsby*, segundo borrador original, por Francis Scott Fitzgerald... —leyó en voz alta—. Para mi querida Jacqueline, de su amigo Fitz, porque algún día, este manuscrito valdrá una fortuna, igual que nuestra amistad, aunque *Sueños de invierno* siempre sonará mejor como título.

—¿El borrador de un libro? ¿Por qué al Gobierno le interesa esto?

—Un alemán, colaborador del Reich, enamorado de ella, la delató cuando se enteró de que tenía un idilio con mi padre —explicó Henri Lacroix—. Era toda una falacia para desacreditarla... Ella nunca robó nada, pero tuvo que huir de Francia como una desertora... Por fortuna, los contactos de los diplomáticos la ayudaron a empezar de nuevo... Cuando *El gran Gatbsy* se convirtió en la gran novela

americana, comprendió que escondía una fortuna que ganaría valor con el paso del tiempo.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—¡Uf! En una subasta... podría costar un millón de dólares... como mínimo.

El rostro del escritor se estiró de la sorpresa.

—¿Un millón?

—¿Por qué lo guardó aquí? —quiso saber la inspectora.

El francés sonrió, nostálgico, y desvió la mirada al suelo.

—Mi padre fue un amante del arte, desde joven, pero nunca llegó a ser un Picasso, así que invirtió todo su dinero y esfuerzo en una residencia para jóvenes con talento y sin recursos... —explicó, recordando con dulzura el pasado—. Reformó una bonita villa, nada pretenciosa, cerca de Burdeos, con lo necesario para que pudieran desarrollar su creatividad... Era un idealista, un enamorado de lo imposible, y su dedicación le costó un matrimonio y un buen puesto de trabajo... Sin embargo, las donaciones no eran, ni son suficientes para mantener las carreras de los artistas... y Jacqueline le prometió que le entregaría el manuscrito para que lo subastara en Francia.

—Pero no lo hizo...

—Nunca sabremos qué sucedió ni cómo terminó en este lugar. Se citaron aquí en Madrid, en el restaurante que había en esta planta, pero él perdió su tren desde Barcelona y, cuando llegó, Jacqueline ya no estaba.

Las sirenas de los coches de la Policía se oían a lo lejos.

—Deja que se marche, por favor —insistió el escritor.

—No, nadie se irá de aquí. Ese manuscrito debería estar en un museo.

—Eso nunca pasará —respondió Lacroix—. La familia lo venderá.

—Por favor, inspectora, este hombre tiene que irse...

—¿Por qué confías en él?

Por un momento, el francés desapareció de la escena, dejándolos a solas entre sus miradas.

—Porque confiaba en ella —respondió con solemnidad—. Arriesgó su vida por esta causa... Ya has visto lo que sucede si la obra termina en las manos equivocadas.

Para Castillo, la decisión estaba tomada desde hacía tiempo atrás.

No contestó, pero bajó el arma y se acercó al cadáver de Abellán para recuperar las llaves. Después cogió a Fidel de las manos y lo liberó de las esposas.

—Espero que tu próximo libro sea un éxito.

75

Lunes, 2 de abril de 2007.

Saint-Émilion, Gironda,

Nueva Aquitania, Francia.

Terminó de teclear con el divino amanecer frente a sus ojos, en la más solemne tranquilidad, contemplando por último día los rayos de sol sobre la enorme extensión de viñedos y el pueblo de Sanint-Émilion que quedaba a lo lejos, en la línea del horizonte. Pero allí, en aquel enorme «châteaux», como lo llamaba Henri, no era el que más madrugaba. Había pasado poco más de un mes hospedado en el austero dormitorio de la segunda planta de un pequeño castillo de dos alturas. Una preciosa construcción cuadrada con un tejado de color rojo y diez estancias más, ocupadas en su mayoría, por artistas de diferentes edades y por el personal de servicio que trabajaba en la finca. Tras el apresurado viaje a Francia, Henri le ofreció quedarse todo el tiempo que necesitara hasta que se sintiera preparado para regresar.

«Te arrepentirás de marcharte», pensó, echando de menos las largas conversaciones con el francés sobre Leonor Romero, sentados frente a la chimenea del salón de la planta baja, preguntando hasta el último detalle de su vida, intentando sin éxito averiguar por qué lo elegiría a él y bebiendo botellas de tinto hasta altas horas de la madrugada, para guardar un recuerdo placentero.

Esa misma mañana, con el canto de los pájaros en su cabeza y una taza de café reseco, puso punto final a un manuscrito de más de trescientas páginas en el que relataba a modo de novela, la verdadera cara de Jacqueline Avignon.

«Tú eres Fidel y escribes tu historia», recordó, poniendo la voz de esa mujer a sus palabras.

—A diferencia de que, en esta ocasión he escrito la suya, Leonor.

Guardó el documento de Word en el disco duro, se conectó a la red inalámbrica y abrió el correo electrónico.

Desde aquel 28 de febrero, el día en el que su vida cambió para siempre, no había vuelto a tener noticias de Gerardo, ni de la editorial Hispano, y no existía remordimiento hacia ellos. El silencio de ambas partes les bastó para entender que habían roto su contrato tras el desplante causado y la falta de compromiso, por su lado. Pero a Fidel no le supuso ningún drama, ya que, por primera vez en mucho tiempo, no le importaba fracasar con su propia decisión, ni morir persiguiendo la luz verde que latía al mismo ritmo que su corazón, así como le había enseñado Leonor, quitándose la vida por una causa más grande que ella.

Con Leonor había aprendido que de nada servía escribir si no se había vivido previamente. Hasta antes de conocerla, él había sido un escritor con suerte, pero con poca experiencia en el lugar donde germinaba la literatura: el terreno humano. Aquel manuscrito era la prueba fehaciente de una historia que había sido contada y vivida de cerca.

«Después de todo, si no funciona, siempre puedes dar clases en la universidad», se dijo y sonrió con añoranza.

Redactó un nuevo correo electrónico, adjuntó el manuscrito y escribió la dirección de su editor.

—Espero que sirva de disculpa.

Después pulsó el botón de enviar y dejó que el ciberespacio y la magia hicieran el resto.

Por desgracia, no todo fue alegría en aquel retiro lleno de creatividad.

Durante semanas vivió preocupado, a la espera de que el teléfono de la villa sonara con un aviso policial. Desde una gasolinera remota, una vez pasada la frontera con España, había telefoneado a sus padres para que estuvieran tranquilos, avisando que regresaría a Madrid en unas semanas, pero el aviso sólo alimentó el desasosiego familiar. Sin embargo, las malas noticias nunca lo llegaron a encontrar. Un periodo extraño en el mundo exterior, del que no supo nada, y no sólo en lo que se refería a su círculo editorial, sino que tampoco encontró noticias relacionadas con la investigación sobre Leonor Romero y lo que ocurrió cuando la Policía llegó al edificio Torres Blancas.

Los diarios nacionales se limitaron a publicar algunos titulares relacionados con el suicidio de Montaner. La mayoría de ellos iban cargados de sensacionalismo, destacando su historial como expolicía, los problemas económicos que sufría y su adicción al alcohol, motivos suficientes como para saltar desde lo alto de uno de los edificios más emblemáticos de Madrid. En cuanto a Andrea, los obituarios locales de Alicante mencionaron su pérdida, sin interés, pasando al recuerdo como un exabrupto del destino.

Pero, para el resto de los medios generalistas, era como si nada hubiera sucedido, como si aquel miércoles hubiese sido un mal sueño para los supervivientes y una pesadilla para los que ya no podían hablar.

Lo sintió por Andrea, pues siempre creyó en la luz que aún alumbraba su corazón, aunque la obsesión por aquel manuscrito la había devorado como a su padre, con las mismas ansias que Ícaro, cuando decidió volar demasiado alto.

De todas las personas en las que pensó durante su estancia allí, fue la inspectora Castillo quien le robó los idus de marzo y el comienzo de un prometedor mes de abril. A falta de noticias, ella había sido de gran inspiración para su novela, aunque nunca llegara enterarse de ello. Le hubiese gustado contactarla, saber que estaba bien, poder hablar con ella, pero toda acción, siempre tenía un coste.

76

Miércoles, 20 de septiembre de 2007.

Comisaría Provincial de Alicante.

Alicante, España.

El café aguado de máquina humeaba en el vaso de plástico. La inspectora cruzó las piernas y miró a la pareja que tenía sentada frente a ella, al otro lado de la mesa. Habían pasado casi cinco meses desde que esos dos formaban parte de su rutina semanal. Los enviaban desde la unidad de Asuntos Internos de Madrid para investigar lo sucedido aquel miércoles de abril, en el que la vida de la inspectora tomó otro rumbo. El funcionario del Registro Civil tenía razón cuando le dijo que una llamada podía cambiar su destino para siempre.

La mujer, que guardaba un aspecto parecido al suyo, le mostró una fotografía del detective.

—Regresemos a este hombre, ¿lo recuerda? —preguntó, señalando al expolicía. Castillo miró la imagen por encima.

—Sí, claro.

—Su nombre era Roberto Montaner, un exinspector del Cuerpo, retirado. Fue expulsado a causa de una investigación interna por un caso de violencia. Estuvo en Alicante cuando investigaban a Vilanova, residiendo durante varios días en una pensión cercana a la Plaza de Toros. ¿Cree que existía alguna relación entre ellos?

Castillo negó.

—No tengo ni idea.

—¿Le habló de sus problemas económicos?

—No, no sé qué hacía allí.

—¿Y de su esposa?

—¿No he sido clara?

—Parece que Montaner estuvo trabajando por cuenta propia, pero no tenemos pruebas suficientes que lo aseguren. Su mujer padecía una enfermedad y alguien se estaba haciendo cargo del tratamiento.

—Perdone, pero no entiendo de qué va esto...

—Sí. Ella murió poco después.

—Lo siento —respondió tras un largo silencio—. Y no, antes de aquel día, jamás lo había visto.

La agente guardó la fotografía y le mostró otra en la que salía el comisario Ojeda.

—¿Y a él, lo reconoce?

—Por supuesto —contestó, regalándole una falsa sonrisa a la pareja—. Era mi jefe.

—¿Qué relación guardaba con él? —preguntó el compañero, que le recordaba a Abellán.

—La misma que puede tener un inspector con su superior.

—Escuche, Castillo, queremos ayudarla, pero debe poner un poco de su parte —insistió la mujer—. Tenemos pruebas de que Montero y Ojeda se conocían. Habían trabajado juntos en Valencia cuando Montaner fue expulsado del Cuerpo. Creemos que existe una relación entre esto y lo que ocurrió.

—El exinspector estuvo aquí, visitándolo —prosiguió el otro—, pero no tenemos conocimiento de la causa... Sabemos que los vio juntos y que no nos está contando la verdad. ¿Por qué se calla?

Castillo se encogió de hombros y la miró a los ojos.

—No me escondo y lamento no serles de más utilidad, pero les juro que no había visto a ese hombre en mi vida.

Estaban perdiendo el tiempo con ella.

Por una vez, Castillo había tomado el consejo que Abellán le dio en su día y optó por no involucrarse en el problema.

Cinco meses atrás, cuando la Policía llegó al edificio Torres Blancas, su versión fue la única que sirvió para relatar lo que había ocurrido en aquella desolada azotea. Por suerte, debido a la conmoción provocada por los hechos, Castillo no logró dar explicaciones de cómo llegaron hasta allí, limitándose a contar que habían seguido a la fugada desde Alicante. La confusa declaración no evitó que la suspendieran y le abrieran un régimen disciplinario, pero le ayudó a ganar tiempo, antes de decidir cuál sería su futuro. La enviaron de vuelta a Alicante, donde testificaría días más tarde para la investigación que se iba abrir en relación con lo sucedido. Un

día después, mientras esperaba su tren con destino Alicante, una mujer la abordó en la cafetería de la estación de trenes de Atocha para informarle de lo que iba a ocurrir en los días posteriores. La agente del CNI le ofreció un testimonio elaborado, bien zurcido, sin flecos ni agujeros, y un porvenir profesional despejado, a cambio de su silencio.

—Ojeda asumirá la responsabilidad y aceptará el cambio de destino a Badajoz —explicó la señora, que aparentaba más edad que ella y vestía como una oficinista de una multinacional—. Usted recuperará su puesto de inspectora, olvidará lo sucedido y se limitará a llevar una vida normal.

—Nunca podré enterrar lo que pasó.

—Estoy segura de que hará un esfuerzo que agradecerá con los años, inspectora.

***

Cuando salió de la reunión, regresó a su oficina, tomando las escaleras que llevaban a la segunda planta. Junto a su escritorio, el inspector Salgado trabajaba concentrado en el ordenador, ocupando el puesto de Abellán. Ella lo saludó, encendió su equipo y se sentó en la silla. Entonces, el teléfono sonó y los ojos de la inspectora se dirigieron al aparato.

—Yo lo cojo —dijo el compañero—. Es para mí.

Castillo introdujo la clave y buscó su carpeta personal en el escritorio. En ella había una segunda carpeta encriptada, llamada «Avignon». Tras una larga reflexión, hizo clic sobre ella, pulsó la opción de eliminar y sintió un profundo alivió que la liberó. Después apagó el ordenador y se levantó.

—¿Ya te vas? —preguntó Salgado, que seguía al aparato.

Castillo sonrió al recordar que era ella quien solía decir eso.

—Termina el informe y mándaselo a la comisario. No queremos cabrearla.

El inspector meneó la cabeza, poniendo los ojos en blanco.

—Siempre me toca lo más interesante.

A pesar de la llegada inminente del otoño, los días aún mantenían las altas temperaturas y las tardes, poco a poco se volvían frescas, gracias a la brisa del mar. Regresó a casa dando un paseo por la avenida de la Estación, disfrutando del bullicio de las calles y de la normalidad de una rutina libre de problemas. De alguna manera, la inspectora había recuperado el control de su vida. Había progresado en sus clases de *ninjutsu*, logrando la concentración plena para el combate y eso la hacía sentir más relajada y confiada ante la vida. Por otro lado, el divorcio con su expareja había llegado a su fin gracias a su amiga Carla, la abogada que se había encargado de todo, mientras ella lidiaba con los de Asuntos Internos. Tal vez su decisión profesional no hubiese sido la más ética, pensaba, pero sí la más noble para todos. En un contexto tan oscuro y poderoso, la habrían machacado como a una hormiga y, por lo tanto, decidió que lo mejor era perdonar y avanzar con indiferencia, en lugar de quedarse anclada en el pasado. Para Sandra, en los asuntos de Estado, David nunca ganaba a Goliat.

Absorta en sus pensamientos, sintió una vibración en el bolsillo de los vaqueros y su rostro dibujó una sonrisa cuando comprobó la pantalla del teléfono.

—Vaya, la abogada de moda de la ciudad.

—¿Puedes hablar? —preguntó la amiga.

—Sí, claro. Ya he terminado.

—Son las seis de la tarde —respondió—. Dime que no estás bebiendo.

La inspectora puso los ojos en blanco.

—Dime que llamas para decirme algo importante.

Las dos rieron. Ella siguió caminando en dirección al mercado de abastos, dejando atrás la plaza de los Luceros.

—¿A qué hora terminas mañana?

—A las siete.

—Perfecto —contestó con un tono misterioso—. Te recogeré a las ocho en tu casa. Ponte guapa.

—¿Guapa?

—Sí, ya sabes. Nada de vaqueros y camiseta. Algo más atractivo.

—Un momento... ¿Me estás organizando otra cita a ciegas?

La abogada se rio.

—Esta vez, te gustará. Es un compañero de trabajo de Carlos.

—¿Recuerdas lo que pasó con el último?

Ambas se rieron al unísono. Desde hacía un tiempo, la inspectora había decidido abrir su mente y su actitud a nuevas experiencias, pero estas no llegaban a cuajar.

Caminando, se detuvo en la entrada de las galerías comerciales, frente al cartel de un evento.

—Entonces, ¿qué me dices?

—Espera... —titubeó al ver el rostro de Fidel Duró en la fotografía, posando con su último libro, *La vida secreta de una espía*, anunciando la presentación de la novela y una firma de ejemplares —. ¿Mañana, dices?

—Sí, Sandra...

La cita a ciegas tendría que esperar.

—No puedo, lo siento... —respondió—. Acabo de recordar que tengo algo importante que hacer.

77

Jueves, 21 de septiembre de 2007.

Centro Comercial Bulevar Plaza.

Alicante, España.

Gerardo López sabía reconocer el talento, pero también cuándo una historia podía ser un bombazo literario que le cubriera la jubilación. Aquel libro lo era y con su ayuda y el apoyo de la editorial Hispano, *La vida secreta de una espía* se convirtió en un fenómeno de masas en cuestión de semanas, vendiendo los derechos audiovisuales antes de su publicación, y consiguiendo que la historia de Leonor cruzara las fronteras en diversos idiomas.

Tras su regreso a España, Fidel comenzó a vivir en un sueño del que no quería despertar. De la noche al día, Gerardo había pasado de ser el editor severo, a un fiel admirador del talentoso escritor. Atrás quedaban las reuniones en el Reina Sofía, que ahora eran reemplazadas por encuentros casuales que organizaba el agente, con otros escritores de renombre para que Fidel se relacionara. López había dado con su gallina de los huevos de oro y estaba listo para exprimirla hasta que dejara de respirar.

De una vez por todas, el literato decía adiós a sus problemas económicos. Se había ganado el reconocimiento de la crítica más feroz y también el de los lectores que en su día lo acusaron de ser un fracaso premeditado. Duró era la estrella del momento y todos querían captar un poco de su brillo. Había pasado de ser un paria a invitado predilecto de los eventos de moda. Lo entrevistaban en las publicaciones de gran tirada y no le faltaban las pretendientas, pero, por encima de las ventajas de la fama y del dinero que ganaba con su trabajo, lo más importante era que había alcanzado la madurez suficiente para reconocer su destreza como escritor. Y todo se lo debía a ella.

***

A las siete de la tarde, no cabía ni una persona más en las dos plantas del vestíbulo principal de la galería. La presentación del libro había sido un éxito y el escritor sospechó que tardaría varias horas en firmar los ejemplares que los asistentes llevaban bajo el brazo. Cuando terminó el coloquio, una enorme ovación de palmas y silbidos lo intimidó. En ese momento se acordó de Laura Marco, el amor de verano por el que estaba sentado en esa silla, y no la echó de menos, ni tampoco esperó que estuviera allí. Tan sólo la recordó como una melodía lejana de la infancia, que queda guardada en algún registro de la memoria, pero que no provoca ya ninguna emoción. Después de muchos años, había aceptado algunas verdades, llegando a la conclusión de que la intensidad de un sentimiento no asegura el éxito de una historia. Su primer libro no lo había escrito desde el amor, sino desde la rabia del rechazo, y eso fue un duro golpe que digerir. A Laura Marco nunca le importó de dónde nacieran sus historias, pues no volvió a interesarse por él desde aquel verano, aunque había tenido oportunidades suficientes, igual que había hecho Henri Lacroix para dar con él. En ese instante, rodeado de fieles que apreciaban su trabajo, Fidel se sintió como un idiota, al darse cuenta tan tarde de que había perdido el tiempo y el esfuerzo, volcando su energía en el pozo incorrecto, reteniendo en su mente a quien no lo merecía, en lugar de apreciar a quienes tenía delante. Pero también se alegró de que la persona con la que ansió todo en algún momento de su vida, no hubiese querido nada con él.

La organizadora de la firma avisó a los lectores para que se colocaran en un lateral de la galería, formando una inesperada cola que daba la vuelta a la calle. Entusiasmado, como en cada ciudad que visitaba, Fidel se sentó tras la mesa, con una pluma en la mano y una botella de agua a su lado, atendiendo a cada una de los asistentes que pasaban por delante de él y le pedían un autógrafo y una fotografía. Después de cuarenta y cinco minutos, con la muñeca dolorida y una cola a la vista que aún alcanzaba el exterior, su mente funcionaba como el piloto automático de un avión, hasta que la presencia de una mujer lo sacó del trance.

—Para Sandra —dijo ella, con las piernas a la altura de su cabeza.

Fidel tomó el libro y levantó los ojos cuando el perfume lo alcanzó.

Conocía esa mirada, aquel rostro marcado por el cansancio y la chupa de cuero que ella llevaba puesta.

No podía creer que estuviera allí.

—¿Castillo?

Ella sonrió.

—No es necesario que escribas el apellido —respondió, sonriente —. Me ha gustado mucho.

El escritor se quedó sin palabras y le pidió un minuto a su asistente. Después se apartó a un lado con la inspectora para hablar con ella en privado.

—No sé qué decir.

—Basta con un «gracias».

Él se rio, se ajustó las gafas y se meció el pelo hacia atrás.

—No, de verdad, me refiero a que... ¡Dios! No quiero dar la impresión de un patán...

—Un poco tarde, ¿no cree, señor Duró?

Él hizo una mueca amable cuando se dirigió a él así, la miró con más intensidad y su tono de voz se volvió grave.

—He pensado mucho en ti estos últimos meses.

La tensión entre los dos se respiraba en el aire. El corazón de la inspectora latía con fuerza, pero ella hacía esfuerzos por mantener la calma en su apariencia.

—Ya me he dado cuenta... —contestó, señalando al libro—. La inspectora de tu novela se parece mucho a mí.

—No se me ocurrió otra manera de encontrarte.

Si la asistente no los hubiera interrumpido en ese momento, Sandra Castillo lo habría besado delante de la multitud, pero aquel beso tendría que esperar.

—Fidel, perdona, pero tenemos hasta las ocho para la firma... —dijo la mujer que lo acompañaba—, y aún queda mucha gente fuera.

—Sí, ya voy, Susana... —contestó y se alejó unos centímetros, antes de volver a ella—. Puede sonar extraño, pero... ¿quieres tomar algo cuando termine?

—Claro.

Ella sonrió, levantó el libro firmado y se alejó de la muchedumbre hasta alcanzar la salida de la galería. Él se despidió con la mano, siguiéndola con la mirada y regresó a su puesto, entregándose al público que lo esperaba.

Quizá no consiguiera escribir un párrafo cuando estuvo allí, pero no tenía la menor duda de que, después de todo, aquel accidentado viaje había merecido la pena.

Si te ha gustado...



Si has disfrutado con este libro, te animo a que descubras Caballero, la primera entrega de mi serie de misterio más conocida. Ahora de manera gratuita por tiempo limitado.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo y nadie quiere saber por qué. Todo apunta a un homicidio, pero Gabriel tendrá que averiguar la verdad: su vida y trabajo dependen de ello, aunque no lo tendrá nada fácil.

Suscríbete a mi lista de lectores para conocerme un poco mejor y recibir todas las novedades que lanzo. Además, llévate este libro totalmente GRATIS.

DESCARGAR CABALLERO

Sobre el autor



Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Página web: elescritorfantasma.com
Instagram: @elescritorfantasma
Facebook: facebook.com/elescritorfant

Libros



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero

La Isla del Silencio

La Maldición del Cangrejo

La Noche del Fuego

Los Crímenes del Misteri

Medianoche en Lisboa

El Doble

La Idea del Millón

La Dama del Museo

Los Cuatro Sellos

El Último Adiós

Serie Don

Odio

Don

Miedo

Furia

Silencio

Rescate

Invisible

Origen

Serie Dana Laine

Falsa Identidad

Asalto Internacional

Matar o Morir

Serie Rojo

Rojo

Traición

Venganza

Desparecido

Secuestrada

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal

Una Apuesta Mortal

Un Crimen Brillante

El Caso del Tarot

Trilogía El Profesor

El Profesor

El Aprendiz

El Maestro

Otros:

El secreto de la señora Avignon

¿Quién mató a Laura Coves?

El misterio de la familia Fonseca

Perseguido

Motel Malibu

Sangre de Pepperoni

La Chica de las canciones

El Círculo